

Quando vas a tener un bebé es como planear unas vacaciones fabulosas en Italia. Compras un montón de guías y haces tus maravillosos planes. El Coliseo. El David de Miguel Ángel. Las góndolas de Venecia. Puede que aprendas algunas frases útiles en italiano. Es todo muy emocionante.

Después de meses de ansiosa anticipación, finalmente llega el día. Preparas tus maletas y allá vas. Varias horas más tarde el avión aterriza. La azafata viene y dice: "Bienvenido a Holanda".

- ¿Holanda? - dices. ¿Cómo que Holanda? Yo me embarqué para Italia. **Bienvenidos a Italia**. Toda mi vida he soñado con ir a Italia. Toda mi vida he soñado con ir a Italia. Pero ha habido un cambio en el plan de vuelo. Han aterrizado en Holanda y aquí estamos.

Lo importante es que no te han llevado a ningún lugar horrible, asqueroso y sucio, lleno de pestilencia, hambruna y enfermedad. Simplemente es un sitio diferente.

Así que tienes que salir y comprarte nuevas guías. Y tienes que aprender una lengua completamente nueva. Y conocerás a un grupo entero de gente que nunca habrías conocido.

Simplemente es un sitio diferente. Camina a un ritmo más lento que Italia, es aparentemente menos impresionante que Italia. Pero cuando, después de haber estado un rato allí, contienes el aliento y miras alrededor, empiezas a notar que en Holanda hay molinos de viento. Holanda tiene tulipanes. Holanda tiene incluso Rembrandts.

Pero todo el mundo que conoces está muy ocupado yendo y viniendo de Italia y todos presumen muy alto de qué maravillosamente se lo han pasado en Italia. Y, durante el resto de tu vida, dirás "Sí, ahí era donde se suponía que iba a ir a Italia, es lo que yo había planeado." Y ese dolor nunca, nunca, nunca, se va porque la

Estefania Scioli

Bienvenidos a Italia

*“Él me besó y ya nada volvió a ser
igual”*

Estefanía Scioli

SINOPSIS

Marlene Flores es una joven periodista que viaja a Brasil por el suplemento de verano del diario "Crónicas del día"; y aprovecha la oportunidad para buscar un poco de tranquilidad, definir un nuevo rumbo y tratar de reencontrarse con ella misma luego de una separación amorosa. En medio del cambio, conoce a Tomás Ruán, uno de los dueños de la redacción que, antes de que ella pueda permitirlo, se introduce en su vida y en pocos días la cambia completamente, dejando que sus emociones vuelen, que sus sentimientos crezcan y autorizando al destino que haga con ellos lo que quiera.

Aceptan que sus caracteres fuertes, explosivos y, a veces, inmaduros, choquen constantemente hasta que Marlene descubre que el corazón de ese hombre está tan dañado y destruido que se preguntará más de una vez si es lo que verdaderamente necesita, si podrá salvarlo de la tristeza que esconde, de los sueños que tuvo una vez sobre formar una familia, de la agonía por sobrevivir y del deseo por querer ser un buen padre.

¿Podrán superar todos los obstáculos que el destino le presente y dejar los celos y las peleas de lado para darle lugar al amor?

"Bienvenidos a Italia" es una novela romántica, con una cuota de erotismo, un viaje hacia lo desconocido y el anhelo por concretar un sueño: llegar a Italia después de conocer Holanda.

No estaba en mis planes tomarme vacaciones de verano, pero la redacción del diario donde trabajo, “Crónicas del día”, me invitó una semana a Búzios para hacer un informe sobre los puntos turísticos más visitados para la temporada 2014, por el suplemento que largan a principios de diciembre junto con el diario nacional de los domingos.

Durante toda la mañana estuve preparando la valija. Para ser sincera, no tuve mucho tiempo antes porque tenía que dejar varias notas terminadas para la semana en la que no voy a estar, aunque esos días son parte de mis vacaciones, agregando dos semanas más que las voy a pasar en casa. No me corresponde hacerlas, pero para ser aún más sincera, no puedo decirle eso a mi jefe.

Son las diez de la mañana y estoy en el taxi que me envió la empresa, camino al Aeropuerto. Me siento nerviosa porque me voy con gente que no conozco, pero que trabajan en otros sectores de la redacción. Con veinticinco años, quiero un viaje tranquilo y distendido para despejarme de mi familia, amigos y trabajo. Y de un ex novio que me partió el corazón en mil ochocientos pedacitos. Me encuentro en una etapa en la cual quiero estar sola y alejada de todos. No porque no soporte a la gente que quiero, sino porque necesito acomodar mi vida.

Tiempo.

Eso necesito. Tiempo para pensar.

Hace medio año me recibí como “Licenciada en medios de comunicación” y me siento demasiado estancada. Mi sueldo no aumentó y mi trabajo sigue siendo el mismo desde hace dos años. Si bien este viaje es como un premio que merezco por mi esfuerzo y mi dedicación hacia mi profesión —es lo que dice mi editor —necesito buscar otra cosa, postularme en la misma empresa o buscar por otro lado.

—Te pido que firmes acá y acá, y escribas tu DNI en este espacio y tu aclaración en este otro —dice el chofer del auto—. Es para entregar en la empresa.

Hago lo que me pide.

—Bueno, gracias y hasta luego —me despido, bajo del auto y voy hacia el baúl para agarrar mi enorme valija, porque el señor que me trajo no tiene una pizca de caballero.

Si supiera que llevo más de 32 kilos de ropa, zapatos, carteras, planchita de pelo y secador y un montón de cosas más que solemos llevar las mujeres en un viaje de tan solo una semana. Mi mamá me dijo que parecía que me iba un mes. Esto es algo que no pienso cambiar y si fuera posible, me llevaría todo el armario.

Las puertas se abren e ingreso al Aeropuerto Ministro Pistarini de Ezeiza, dirigiéndome directamente hacia el sector de Aerolíneas Argentinas. Busco mi vuelo en las pantallas que están colgadas y lo encuentro: *Búzios, Aerolíneas Argentinas, G3 7659, Terminal A, En Horario.*

Camino hacia un sector para embalar mi hermosa valija negra. Cuando termino, me acerco a la terminal que me corresponde, le entrego el *Check In* a una chica con cara de enojada, despacho mi maleta y me invita a pasar por el pasillo hacia la sala de espera, para realizar todos los trámites de la aduana.

Ojalá pueda relajarme un rato hasta subir al avión. Me siento y al lado mío hay dos chicas que me miran y cuchichean. Está claro que hablan de mí. ¡Odio cuando la gente hace eso! Pero yo también suelo hacerlo. Eso me hace soltar una risa irónica.

—¿Trabajás en “Crónicas del día”? —pregunta la rubia con una colita súper apretada que se le estiran hasta los ojos. Cómo sabe y cómo se dio cuenta dónde trabajo, no lo sé.

—Sí, ¿ustedes viajan a Brasil por el suplemento de turismo? —y pongo la mejor onda para caerles bien desde un principio.

—¡Sí! Somos todas mujeres. Me llamo Anabela y ella es Agustina —y su sonrisa impecable, debo resaltar.

—Hola chicas, soy Marlene —le doy un beso a cada una.

Durante treinta minutos hablamos de diferentes temas y de lo que nos gustaría hacer una vez que llegemos a Brasil. Parecen muy copadas y eso me relaja porque tengo un buen presentimiento, sé que vamos a llevarnos muy bien.

Un rato después, escuchamos por los parlantes que llaman nuestro vuelo, nos paramos y nos dirigimos hacia una entrada donde nos atiende un muchachito muy arreglado, de nombre Ariel, y nos invita a pasar al avión. Si antes estaba nerviosa por conocer a mis compañeros, ahora estoy mucho más

nerviosa porque nunca viajé en avión.

¡Ay, mierda! No lo había pensado, pero ahora siento un nudo en la garganta y una pelota en el estómago. Mis manos empiezan a transpirar y comienzo a sacudirlas rápidamente, mientras observo los pequeños pasillos hasta llegar a mi lugar. Y cuando me doy cuenta que nos tocan los tres asientos juntos, no puedo contener la emoción.

Después de un momento, las turbinas del avión toman poder y fuerza. Y como estamos viajando en clase ejecutiva, me siento apretada y encerrada. No puedo estirar mis piernas y tener mi espalda tan recta me molesta.

Siento una presión en la cabeza que me está comprimiendo los ojos. Los cierro y respiro muy hondo. Cada vez más hondo. Inhalo y exhalo lo suficiente para sentirme menos mareada. Mi pecho sube con gran velocidad y no logro controlarme. Dios, esto tarda una eternidad.

Bum, bum, bum, bum... la cabeza me hace ruido y no pienso abrir los ojos, todos mis sentidos se agudizan y mi cerebro comienza a crear una película. Me agarro muy fuerte del apoya brazos. ¿Y si el avión se cae? ¿Y si no llega a despegar? ¿Y si me muero en la explosión? ¿Y si nos caemos en medio del océano? ¿El avión pasa por el océano? ¡Dios, Marlene, pará! Pero no lo hago, cada vez es peor. No me pude despedir de todas las personas que quiero. ¿Y si...?

—Ya podés relajarte, acabamos de despegar —una voz gruesa como si proviniera del más allá, con eco y... mierda, no es del más allá, está a mi derecha, en el pasillo.

Bien, no estaba alucinando. Aún así, no le contesto porque no puedo hablar. Escucho el ruido de un cinturón de seguridad que se desabrocha e inexplicablemente comienzo a sentir un perfume riquísimo, fuerte y... respiro más hondo, llenándome de aire limpio. Me gusta tanto esa fragancia hasta el punto de relajarme.

—¿Estás mejor? —vuelvo a escuchar esa voz.

Abro mis ojos, giro mi cabeza y lo veo.

—Sí.

—Todos sentimientos lo mismo la primera vez —sonríe y me guiña un ojo. Sí, acaba de guiñarme un ojo, supongo que para tranquilizarme—. Soy Tomás, cualquier cosa que necesites, estoy atrás.

—Sí, sí. Gracias, yo... sí, ya estoy mejor —contesto casi tartamudeando,

porque no me puedo concentrar por su perfume.

Quiero oler su cuello. Necesito olerlo. Entonces, cierro los ojos y me arrimo a él, pero el cinturón me impide acercarme más. Enseguida, siento su cuello en mi cara, como si supiera cuáles eran mis intenciones.

¿De verdad lo está haciendo?!

Y sintiéndome la persona más estúpida del avión, caigo en la realidad y abro los ojos, observando su cuello. Un cuello perfecto que me gustaría besar. Miro hacia mi izquierda y veo que Anabela y Agustina me están mirando con cara de: ¿Horror?

—¿Te sentís bien? —pregunta Agustina, abriendo mucho los ojos.

—No se preocupen, está mejor —afirma mi héroe aéreo—. ¿No es así...?

—Marlene, se llama Marlene —Anabela termina la frase, y todavía no logra entender qué es lo que está pasando.

—Es un placer conocerte, Marlene.

—Bueno.

¡Que idiota! ¿Lo único que le pude contestar fue eso? Como cuando te dicen que te aman y sólo decís: *gracias*.

Y entonces, sonrío y poniéndose de pie, regresa a su lugar. Y mi vista queda anclada en la butaca de adelante, sintiendo las miradas de mis compañeras. De repente, comienzan a reír a carcajadas y sin poder controlarme, las imito, tapándome la boca y sintiendo mucho calor.

—¿Bueno? —repite Anabela, tentada—. ¿Bueno? ¡¿Bueno?!

—¡Está bueno! —declara Agustina. Cuando logra calmarse, explica—. Chicas, lo conozco. Si no me equivoco, trabaja en el diario, pero no sé en qué parte... cuando aterricemos, le voy a preguntar a mi compañera.

Y entonces, como si estuviéramos locas, empezamos a reír otra vez.

Me despierto de golpe y no entiendo dónde carajo estoy. Pero al segundo lo recuerdo y eso me relaja. Estoy en el avión, rumbo a Búzios, para pasar una excelente semana y deajo escapar un suspiro. Me pongo una pastilla de menta en la boca mientras observo a las chicas dormir, desabrocho el cinturón, me dirijo al baño y cuando entro, me siento encerrada. Más chico imposible, parece un baño de niños de jardín. Hago pis, me lavo las manos y la cara, me hago un rodete bien arriba de la cabeza y salgo del baño.

—¿Estás mejor? —su voz gruesa, su perfume, su cuello...

—¡Sí, gracias! Perdoname que antes no pude presentarme, me sentía

bastante mal. No fue mi intención hacerte sentir incómodo, o tal vez sí. Como sea, lo siento... —trato de justificarme, mientras sonrío como una tonta.

Y entonces, suspira mientras se pasa una mano por el pelo y sonriendo con sus labios y con sus ojos verdes que, por cierto, se parecen al pasto del fondo de la casa de mi abuela, me deja sin aire.

—Nunca antes, una mujer se había acercado a mi cuello para sentir mi perfume. Fue raro, debo admitirlo, pero me hiciste reír, Marlene.

Trago fuerte. Muy fuerte. Y me animo a mirarlo directo a sus ojos, subo bien la mirada y... las dos cabezas que me lleva, pelo oscuro, nariz puntiaguda, labios finos y... sus brazos. Su espalda ancha. ¡Basta, Marlene! ¿Qué estás haciendo? ¡Controlate, mujer!

—A veces tengo esos arranques y... perdón —una sonrisa tontísima sale de mis labios y casi se me escapa mi risa de chanco. Pero la controlé.

Creo que estoy del color de mi vestido fucsia y un calor insoportable se va apoderando de mis mejillas, lo sé, están por explotar. Siempre me pasa lo mismo. Cada vez que hablo con un hombre que llama mi atención, me pasa esto. Y seguramente tengo un cartel en mi frente que dice: ¡Atención, me gustás!

—No tenés que pedirme perdón —da un paso al frente, más cerca y suspira—. Permiso.

Lo esquivo y voy a mi lugar, tratando de olvidarlo. Solo tratando, porque hombres así, definitivamente son imposibles de olvidar. Me encuentro con las chicas y enseguida nos hundimos en una charla largísima de libros. Me encanta leer y a ellas también. Después, la conversación se dispara para cualquier lado. Agustina cuenta que quiere encamarse con un negro que la tenga grande. Nos reímos sin parar y empezamos a hacer chistes de todo tipo, siempre hablando de las “cualidades” que tienen los brasileros. Las mujeres solemos hacernos fantasías con este tipo de hombres. ¿Por qué será?

Escuchamos por el parlante que debemos abrocharnos el cinturón porque estamos por aterrizar. Nos miramos y sonreímos porque sabemos que ahora comienza lo mejor.

Buen viaje, Marlene.

Desde Río de Janeiro nos transportamos en una combi hasta Búzios. El viaje duró tres horas, hasta que por fin llegamos a la playa, *Joao Fernandes*, donde hay una posada por encima de los morros alucinante. Arena, piedras, vegetación, tranquilidad y de fondo, música brasilera, de esas melodías que te dan ganas de subir a una mesa y ponerte a bailar revoleando el pelo para todos lados.

Nos recibe un negro y qué casualidad, Agustina nos mira y tira los ojos hacia arriba mordiendo el labio inferior, enseguida camina a su lado y nosotras como cómplices, la seguimos por detrás.

Cada una tiene su propia habitación y eso nos sorprende porque habíamos pensado que íbamos a dormir todas en un mismo cuarto. Giro el picaporte y al entrar, me enamoro al instante. Hay un ventanal frente a la entrada que tiene vista al mar, con unas cortinas blancas que se elevan por una leve brisa que proviene de la playa. En el medio, una cama de dos plazas con acolchado blanco y almohadones tejidos con hilos de colores muy llamativos. Todo es de una madera barnizada, parecen troncos cortados a medida. Es hermosa. Todo el juego de muebles es de la misma madera y color. El armario, la cómoda y la mesita de luz. Dejo el equipaje en el piso y voy al baño. Nuevamente todo es blanco. Me da mucha paz. Mucha paz y tranquilidad. Precisamente lo que necesito, lo que busco.

Golpean la puerta y es Anabela, que increíblemente ya tiene puesto un bikini azul con puntos blancos y la toalla colgando del hombro. ¡Eso es muy masculino!

—¿Vamos al mar? Agustina ya se está cambiando, te esperamos abajo — da media vuelta y se va.

Camino hacia la valija, la abro y saco mi bikini blanco con boladitos en los bordes. Me lo pongo y saco la toalla. Me calzo la *havaianas* doradas y salgo disparada de la habitación. Voy corriendo escaleras abajo. En la sala principal me esperan las chicas, me uno a ellas y salimos a la playa. Dejamos las cosas en las reposeras de la posada y nos vamos directo al agua.

El día está precioso, el sol apenas quiere esconderse, el agua tibia y

salada, de un transparente impresionante. ¡Hasta logro verme los pies! Después de media hora, decidimos salir y tirarnos en la arena. Escucho el ruido de un motor y miro hacia el mar. Un yate acaba de anclar en la playa y un hombre se tira de cabeza al agua. Cuando está llegando a la orilla y empieza a caminar, lo veo con claridad: es mi héroe aéreo.

Pienso en hacerme la dormida y cierro los ojos, pero los abro enseguida porque el poco sol desaparece. Está parado frente a mí, observándome.

—¿Cómo te sentís? —habla tan tranquilo.

—Mucho mejor, gracias —respondo seca y cortante. ¿Por qué no quiero ser simpática? Entonces, sonrío y deja de mirarme.

—Espero que hayan tenido un buen viaje. A la noche las espero en el comedor así podemos conversar sobre el plan que tengo en mente para estos días. Si les parece, a las veintidós nos encontramos en la mesa —y como llegó, se fue, chorreando agua. Entra a la posada y el negro lo espera con una bata blanca.

Y desaparece en la oscuridad del interior.

—Entonces, es él... —dice Agustina.

—Chicas, si no me equivoco es Tomás Ruán, uno de los dueños del diario —explica Anabela, con una cara de desconcertada que me asusta.

Entonces, me pregunto si yo debería asustarme de él.

—Y yo le olí el cuello. ¡Bien, Marlene!

—¡Bueno! —gritan las dos al unísono, refiriéndose a mi comentario en el avión.

Y mientras me burlo de sus risas y comentarios, me pongo de pie y comienzo a caminar por la orilla porque me encanta. Adoro pasear mientras siento el mar sobre mis pies que se aleja y se acerca con cada ola. Amo dejar que mi cerebro reflexione sobre cosas que me hayan pasado, pensar a las personas, tratar de volver el tiempo, recordar algún momento de mi pasado donde el protagonista principal sea la playa. Y como si fuera una lista de cosas, pienso en todo lo que pasó en el día.

Tuve la suerte de hacer este viaje con dos personas amables, graciosas y divertidas que, seguramente, me van a hacer olvidar de todo lo que pretendo dejar en el pasado. Pablo, por ejemplo. Sí, quisiera enterrarlo en un médano, hundirlo bajo el mar, que una ola lo revuelque y pierda la conciencia por doblarse el cuello contra una roca, que sufra tanto como estuve sufriendo yo todo este tiempo desde que me dejó. Por cómo pisoteó mis sueños, nuestro

futuro, mi cariño hacia él. Y entonces, recuerdo que las cosas siempre pasan por algo. El Universo, el destino o mi jefe quisieron regalarme una semana en un lugar paradisíaco con personas buenas.

Anabela, de un metro setenta y cinco, de piel muy blanca casi transparente, de pelo oscuro y ojos marrones que tienen una particularidad: es como si quisieran decir algo más y nunca se anima. Como si tuviera una verdad escondida que no deja escapar. Y Agustina, la típica rubia teñida, graciosa y simpática que grita todo el tiempo y hace chistes que me hacen morir de risa. Y sus ojos, a diferencia de Anabela, tienen un brillo especial, tal vez refleja la sinceridad y transparencia.

Y después estoy yo, la chica que entra en un lugar y nadie se da vuelta a mirar, sencilla y simple. Que su ex novio le decía que siendo gorda era más linda. Que por cosas de la vida, siempre se siente inferior y por eso tiene que criticar a las mujeres que la rodean, encontrarles algo malo para poder sentirse un poco mejor. ¿Autoestima baja? Claro.

Mi pelo castaño claro y largo hasta la cola, ojos color miel parecidos a los de un gato, una linda sonrisa provocada por usar ortodoncia durante cinco años, pestañas largas y tupidas herencia de mi mamá y pecas en la nariz y mejillas que se triplican cuando tomo sol, es un regalo de mi papá.

—¿Te molesta si te acompaño?

Es él.

—La playa es muy grande, podemos caminar juntos.

¿La playa es muy grande? ¿De dónde sacaste eso, Marlene?!

Por varios minutos caminamos sin hablar. Cada uno enfrascado en sus pensamientos, entonces me pregunto qué estamos haciendo, si solo recorremos la playa o pasamos tiempo juntos. ¿Por qué quiere caminar conmigo? No me siento incómoda, pero me dan ganas de pegar la vuelta y volver a estar sola porque ese era mi tiempo. Mi semana para descansar. En cambio, estoy dando pasos torpes en la arena con un hombre que, a mí parecer, está buenísimo. Así de simple.

—¿Querés que volvamos? —es como si hubiese leído mi mente.

—Te lo estaba por decir.

—Marlene, no te sientas incómoda de poder hablar conmigo de lo que quieras. No por ser quien soy, tenés que bancarte esto.

¡No! Me malinterpretó.

—¿Pensás que estoy caminando con vos porque sos el dueño del diario? No, lo hago porque quiero.

—Gracias, Marlene.

¿Por qué me agradece?

—¿Te gustaría nadar? —y la pregunta se escapa sola de mi boca.

Asiente con la cabeza y sonrío, mientras extiende una mano para dejarme pasar al tremendo mar que se abre delante de nosotros. Segundos después, pasamos la pequeña rompiente y comenzamos con un crol paralelo. Brazada y brazada, respiramos. Brazada y brazada, respiramos. Brazada y brazada, respiramos. Y cuando ya no lo siento a mi lado, dejo de nadar. Me doy vuelta y está a unos metros de mí, flotando, moviendo sus brazos, mirándome. Su pelo chorrea agua, sus labios entreabiertos y... tiro mi cuerpo hacia atrás y trato de hacer la plancha, cosa que nunca logré, entonces ¿por qué debería hacerlo frente a él?

Me asusto cuando siento una mano en mi cintura y otra en la parte baja de mis nalgas. *Respirá Marlene, respirá.*

—Los pies tienen que estar al mismo nivel que todo el cuerpo. Voy a soltarte y quiero que trates de mantener mitad afuera y mitad adentro, mientras...

—Eso es algo imposible —lo interrumpo y río.

—No, no lo es —afirma y me suelta.

Cierro los ojos, respiro, me concentro y por primera vez siento la mitad de mi cuerpo fuera del agua. De verdad lo estoy haciendo.

—¿Así?

—Muy bien, Marlene. ¡Bien!

Enderezo mi cuerpo para volver a flotar y así me quedo, en medio del mar de una playa de Búzios, observando los ojos verdes del dueño del diario para el cual trabajo, agitada, con los músculos cansados y faltándome el aire.

—Ahora, tus ojos son amarillos —admite pareciendo fascinado y “mis ojos amarillos” se clavan en sus labios entreabiertos, en su pelo mojado chorreando agua y...

Comienza a acercarse hasta que nuestras piernas consiguen rosarse y, aún así, permanecemos flotando. No me alejo, al contrario, me quedo en mi lugar y espero su próximo paso. Y cuando llega... cuando su próximo paso es poner una mano en mi cintura para atraerme hacia él, cierro los ojos. Los cierro porque sabía que algo así iba a pasar. Y mis pensamientos se detienen cuando

su respiración acaricia mis labios, sus dos manos hacen que lo envuelva con mis piernas y me acaricia. Acaricia mi piel y sube por mi columna hasta mi nuca y me empuja hacia él.

Abro mis labios sobre los suyos y ya no puedo respirar. Mi estómago se contrae por los nervios, mis manos quieren apretarlo, mis brazos desean rodearlo y mi boca... mi boca está desesperada por él. Nuestras cabezas van de un lado a otro, empujando hacia adelante, buscando un poco más... me manosea, me aprieta hacia él... *Dios*. No tenía idea de que me gustara tanto.

Y cuando su lengua entra en mi boca, se me escapa un gemido porque me gusta, de verdad me gusta muchísimo lo que está pasando. El agua, por momentos nos tapa, pero volvemos a subir. Y me encantan sus manos en mi nuca, en mi espalda, apretando, descendiendo un poquito más y...

Me separo y sus ojos verdes se clavan en los míos que, según él, son amarillos. Sus labios hinchados y colorados...

—Perdón, no puedo. No salgo con gente del trabajo —me alejo y comienzo a flotar otra vez.

—¡Renuncio, Marlene!

S sonrío y muerdo mis labios porque es un idiota. Y es precioso.

—Así no puedo. No soy el tipo de mujer que imaginás...

—Yo no imaginé nada... estás subestimando mis pensamientos, Marlene.

¡Necesito caminar! Y al abrir la boca para hablar, trago un poco de agua, pero no me ahogo. Quiero dejar de flotar, no podemos estar teniendo esta conversación en medio del mar.

—¿Tenés idea lo que me costó llegar a ser redactora titular? Tantos años trabajando en el diario, ganándome mi lugar, mi derecho de piso, ¿para qué? ¿Para tirar toda mi reputación a la basura? Todo mi trabajo, mi sacrificio, mi esfuerzo, mis horas extras, la confianza y... ¿Y que me vean como a las demás por estar con uno de los jefes? No, ni pensarlo. No tengo idea a qué estarás acostumbrado, pero claramente no soy lo que estás buscando.

—Marlene...

No lo dejo terminar de hablar porque ni siquiera me conoce, empiezo a nadar con toda rapidez hacia la orilla. *Mierda*, son más de 50 metros. No quiero mirar atrás, no quiero ver si se quedó donde lo dejé o me siguió. Con el ruido de mis brazadas no consigo escuchar las de él. Sigo nadando hasta donde hago pie, empiezo a caminar, casi a correr. Y sin mirar atrás, a paso rápido, llego a la posada. Cuando entro, voy directo a mi habitación. Miro mi

celular y tengo mensajes y llamadas de mi mamá, le respondo: **Mami, llegué bien, en cuanto pueda te llamo. TE AMO.**

Bloqueo la pantalla, lo dejo en la mesita de luz y me meto en el baño. Abro la ducha y me sumerjo en el agua tibia porque mi cabeza tiene que parar de pensar, mi cuerpo de sentir, mi estómago de doler y mi piel... mi piel tiene que olvidar el eco que dejaron sus manos; y mis labios tienen que quitarse su sabor, tienen que despegarse del recuerdo suave, tibio, húmedo, salado y...

¿Qué mierda fue eso?! ¿Cómo es que se fijó en mí y no me di cuenta? Si lo hubiese sabido, no hubiéramos caminado juntos.

Enloquecida, me dejo caer contra la pared y las yemas de mis dedos tocan mis labios, los separo y cierro los ojos.

Es como si al besarme me hubiera confirmado que nada va a volver a ser igual. Mi cuerpo, mis pensamientos, lo que sentí y viví hasta el momento, cambió.

—Estábamos esperándote. Qué linda estás, Mar —dice Agustina y Anabela me sonrío.

Ellas también están muy lindas y por primera vez no me siento rara. Me siento diferente, con ellas me siento bien. Me miro en el reflejo del espejo que ocupa toda la pared del recibidor y me sonrío a mí misma porque me siento tranquila.

El negro musculoso, Carlo, nos lleva hacia el comedor de la posada. Ambientado con una luz muy tenue, en cada mesa una vela encendida y hago una nota mental para recomendar este lugar en el suplemento de verano. Caminamos junto a él hasta encontrarnos frente a frente con nuestro jefe. Nuestras miradas entran en contacto... sus ojos verdes, su pelo oscuro despeinado, vestido con una remera blanca y un short de jean azul claro me parece el hombre más precioso que vi en mi vida. Tengo que tragar con fuerza para digerir la pregunta que estoy por hacerme. *¿Por qué te alejaste, Marlene?*

—Buenas noches, chicas. Espero que les haya gustado el lugar —nos pide que tomemos asiento y lo hacemos—. Después de elegir la comida, vamos a lo

nuestro. ¿Qué prefieren beber?

Agustina y Anabela piden gaseosa, y la verdad es que yo tomaría agua, pero prefiero algo de alcohol.

—¿Y vos, Marlene?

—Vino.

—¿Blanco?

—Tinto, por favor.

—¿Puedo elegirlo?

—Por supuesto.

Y sonrío.

—¿Cuál es mi nombre? —su pregunta en voz baja me deja muda. Sé que, desde que lo conocí, nunca lo llamé por su nombre, ni siquiera lo pensé de esa forma.

—Tomás —susurro.

—Garcom —grita camarero en portugués y me quita la mirada de encima.

Y luego de decir su nombre en voz baja, me siento acalorada, transpirada y nerviosa. Mi estómago comienza a doler otra vez porque sé que le gusto. Sí, yo le gusto a Tomás Ruán, a mi jefe, a uno de los dueños del diario, al hombre que me tranquilizó en el avión. Definitivamente, él me besó y ya nada volverá a ser igual.

Mientras cenamos, Tomás nos cuenta por qué nos eligieron a nosotras tres. Supuestamente, a la empresa, le gusta como trabajamos y la clase de periodismo que empleamos. Después de tener una reunión con nuestros editores y revisar las postulaciones que éstos hicieron, decidieron que nosotras nos habíamos ganado el lugar.

Las chicas intercambian ideas y comentarios con él, pero yo me mantengo en silencio, tomando mi tercera copa de vino tinto. Ya terminando el postre, elegimos quedarnos en el lugar porque hay un brasilero dando un show de canto y algunas personas se levantan para bailar. Y cuando me doy cuenta, estamos los cuatro en medio de la pista, un poco entonados y alegres por el alcohol, copiando a Agustina mientras hace un pasito raro con los pies. Claramente no logro seguirla, así que me tiento de risa. Pero sigo moviendo mi cuerpo, tratando de no exagerar demasiado mis movimientos torpes, cero sensuales. Para nada eróticos.

—Bailá conmigo, Marlene.

Asiento con mi cabeza y poniendo una mano en mi cintura, me empuja hacia

él y empezamos a bailar, mientras reímos como tontos. ¡Como si nunca nos hubiésemos besado en medio del mar! O tal vez sí, tal vez por eso nos sonreímos de esta forma.

Mierda, él sabe bailar lambadas.

—¿Cómo es que sabés bailar este tipo de música cuando yo no cazo una?!

Sonríe de costado, mientras me pega más a su cuerpo ubicando mi mano derecha sobre su hombro y sostiene mi mano izquierda con la suya. Aprieta mi cintura y me aferro más fuerte a su hombro porque tengo miedo de salir volando.

—Seguime —susurra en mi oído.

Y comienzo a hacerlo, sigo sus pasos, su ritmo y mi cuerpo deja de ser un poco torpe. ¡Es fácil bailar con él! Entonces, recuerdo lo que siempre dice mi mamá: *“No te fíes de un hombre que sabe bailar”*.

¡No me importa! No paramos de movernos, una canción tras otra porque me seduce muchísimo este tipo de baile. Cada vez se pega más a mí y el hecho de que me toque, me roce, me dé vueltas, apoye su pecho contra mi espalda, ¡me encanta! No me importa nada y bailo más desinhibida que nunca. No sé si es el alcohol o qué, pero... *mierda*.

Dios mío, ¡es mi jefe y yo estoy refregando mi culo contra su pene! Pensaré que soy una cualquiera: primero le huelo el cuello, después nos besamos en el mar, salgo corriendo y ahora esto. ¡¿Dónde está tu cabeza, Marlene?! Dejo de bailar justo cuando las chicas se acercan a nosotros y me alejo de Tomás, tragando con fuerza, mirándolo a los ojos, desviándome a sus labios que tienen dibujada una sonrisa seductora, explicándole con mi cuerpo todo lo que me hace sentir. Porque imagino que no es ningún boludo, sabe exactamente todo lo que está pasando por mi cabeza en este preciso instante. Sonríe más, dándose cuenta que la atracción es mutua.

¡Por supuesto que es mutua!

—Nos vamos a dormir, estamos muy cansadas. Pero, ¡estuvo muy bueno, jefe! La pasamos muy bien.

Doy un paso más atrás, casi saliendo de la ronda que formábamos.

—Por favor, díganme Tomás —pide, mientras ríe.

—Bueno, mañana la seguimos, Tomás —Agustina ni siquiera puede mantenerse de pie.

Entonces, miro el piso porque también quiero irme.

—Las acompaño —dice al fin.

Los cuatro caminamos hacia las habitaciones. Nos despedimos de ellas cuando entran en sus cuartos y nosotros seguimos de largo hasta llegar a los nuestros. 21, el mío. Me detengo en la puerta y cuando justo levanto la mirada para saludarlo y entrar en mi habitación, pregunta:

—¿Te gustaría pasar más tiempo conmigo o preferís dormir?

No soy estúpida, sé a lo que se refiere. Y me gustaría decirle que entremos, que nos sentemos en la cama y hablemos hasta el otro día sobre las cosas que nos gustan, pero no lo hago porque deseamos cosas diferentes, a pesar de lo que quiere mi cuerpo.

—No, está bien. Prefiero dormir ya que mañana va a ser un día bastante agitado y...

Da un paso hacia mí y hago lo mismo, pero hacia atrás. Vuelve a dar otro y choco contra la pared. Y cuando siento su cuerpo pegarse al mío, cierro mis ojos y su mano comienza a pasear por mi mejilla derecha. Su pulgar se atreve a despegar mi labio inferior del superior y se me escapa un gemido porque, claramente, no soy de madera y el tipo está bárbaro.

—Jurame que no te sentís tan vulnerable como me siento yo.

Y otra vez, siento la suavidad de su boca contra la mía y tratando de no perder demasiado el control de mis acciones, lo beso. Pero no dura mucho, porque al sentir que su cuerpo comienza a refregarse contra mí, me pone un poco loca y meto mi lengua en su boca porque estoy excitada, y el hecho de que se haya encorvado para chocar su bulto contra mi vagina, me enloquece un poco. Demasiado. Mucho.

Oh, mierda. Me descoloca peor cuando sus manos aprietan mis piernas y me alza para que abrace su cadera y, jodidamente lo hago. Me sostengo de sus hombros como si fuera a caerme y lo aprieto más a mí... jadea. Gime contra mi boca y necesito respirar, tomar aire. Lo hago y se apodera de mi cuello, sosteniéndome de mis nalgas...

—Vamos a mi habitación —susurra contra mi piel.

—No puedo —casi no tengo aire.

—¿Por qué?

—Porque no...

—Marlene, por favor —ronronea y vuelve a atacar mis labios.

Entonces, niego con mi cabeza y alejo un poco mis labios. Sí, todavía colgada de su cadera.

—No soy así, no me manejo de esta forma. No te conozco, no sé quién sos... y definitivamente, no soy lo que estás buscando, ya te lo dije.

—No entendés —susurra.

Por supuesto que no entiendo. ¡No entiendo nada!

Pegando su frente a la mía, me doy cuenta de que los dos estamos agitados. Pero no voy a cometer el mismo error dos veces, no voy a tener sexo con un hombre que no conozco. Ya lo hice una vez y me terminó dejando.

—¿No te gusto?

Me aguanto la risa porque me da ternura.

—¿Te parece que no me gustás? Mirá cómo estoy... me gustás y por eso no quiero hacerlo —admito, sonriendo.

Asiente y sonrío satisfecho con mi respuesta. Besa otra vez mis labios y separándose de mí, me baja. ¿Por qué presiento que con él siempre voy a estar más en el aire que en tierra firme?

—Hasta mañana, Tomás.

—Ojalá que sueñes conmigo, Marlene.

Sonrío, beso su mejilla, abro la puerta de mi habitación y lo dejó del otro lado cerrando y girando la llave. Tal vez me arrepiento de decirle que no, pero ¿cómo sé que no es solo un hombre que busca sexo? No es que yo esté buscando al amor de mi vida, al padre de mis hijos, con quien envejecer agarrados de las manos... pero estoy segura de que no solo busco sexo. Yo quiero *más*.

Y cuando llego a mi cama, lo primero que hago es tocarme porque estoy excitada. Tomás está ocupando el primer puesto en la fila de mis orgasmos. Invento una película en mi mente en la cual es él quien me toca y yo me dejo ir, jadeando su nombre y gritando... sí, tal vez grito un poco. Y cuando me duermo, sueño con él, tal como me lo pidió.

La luz que entra por el ventanal me despierta, sumado al ruido que hacen las olas y estiro todo mi cuerpo, ronroneando de placer porque hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Me levanto y voy directo a mi valija para agarrar una bikini y un short playero. Disfruto del agua tibia de la ducha y cuando estoy lista, bajo para tomar el desayuno. Un jugo de naranja exprimido, pan con manteca y dulce, y elijo una mesa que da a la playa. Y cuando termino, decido bajar a la playa.

Sonrío al ver a un nene de unos cuatro años revoleando arena para todos lados, riendo y hablando solo. Me acerco un poco y cuando levanta la cabeza para ver al desconocido que se le acercó, me doy cuenta que padece Síndrome Down y mi corazón explota de ternura porque es muy blanquito y está lleno de bloqueador solar. Rubiesito platinado y lleno de pequitas por toda su preciosa carita. Entonces, miro a la pareja que está a solo tres metros de distancia y me sonrían, les respondo también con una sonrisa, y haciendo una seña con mi mano, les pido permiso para jugar con él. La mamá asiente con la cabeza y vuelvo mi atención a mi nuevo amiguito.

Agarro una palita de plástico color amarilla y él sonrío más. Sus ojos son tan celestes como el cielo, ni siquiera se pueden comparar. Empiezo a dibujar un barquito sobre la arena y me da un balde rojo.

—Agua.

—Te traigo agua con una condición.

¿Desde cuándo me volví una negociadora con un nene? ¿Eh?

—¿Qué? —pregunta y me dan ganas de llenarlo de besos.

—Que me digas tu nombre.

—Luchi.

—Bueno, Luchi, ahora te traigo agua.

Me paro y voy corriendo como una nena de 10 años a buscar lo que me pide. Cuando me doy vuelta, veo que me está mirando y sin dudarlo, corre hacia mí. La mamá se pone de pie y le hago una seña de que está todo bien, que lo deje venir conmigo. Lo espero en cuclillas.

—Olas —me señala el mar.

—¿Te gustaría que saltemos unas cuantas olas?

—Sí.

Lo tomo de la manito y nos acercamos al agua. Lo pongo entre mis piernas y con mis dos manos lo agarro de las axilas, cuando viene la ola, lo subo y grita de emoción. Lo bajo y cuando viene la otra, lo subo de nuevo y grita más fuerte que antes. Y así, lo hago saltar más de diez olitas.

Me siento en la arena y él se ubica a mi lado con toda la confianza del mundo. Después de media hora jugando con arena mojada, con la palita y el balde, armando un castillo, rompiéndolo y volviéndolo a armar, miro hacia atrás y veo que los padres de Luchi están hablando con Tomás. Sí, Tomás Ruán. Parece que se conocen, se divierten mientras hablan y él abraza a la mamá de Luchi. Después, camina hacia nosotros y mi nuevo amiguito toma mi mano y espera quietito a mi lado. ¡Ay, por favor, qué ternura!

—Luchi, campeón. Qué lindo verte por acá, ¿te gustó el mar?

—¡Toooo! —grita el nene y poniéndose de pie, abraza a Tomás, llenándolo de arena.

Tomás lo alza en sus brazos y le da muchos besos en el cachete. Muchísimos besos ruidosos. Luchi parece cómodo, en confianza y divertido. Y sin dejarlo en la arena, poniéndoselo en la cadera derecha, se acerca a mí y deposita un pequeño beso en mi comisura derecha. ¿De verdad acaba de hacerlo? Y yo soñé con ese hombre.

Ay por favor, Tomás Ruán con un nene en brazos es lo mejor que vi en el mundo.

—¿No es hermoso? —pregunta, mientras acaricia la mejilla de Luchi llena de arena.

—Sí, es precioso.

—Pensé que ibas a despertarte tarde... —sonríe pícaramente y no entiendo por qué—. Me dijo Roxana que, desde que te acercaste a Luchi, parece poseído. Es muy lindo lo que estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo, Tomás?

—Estar con él, sin importar qué.

¿A qué se refiere? ¿Al Síndrome? No, no puede ser.

—Es que... a penas lo vi, me enamoré. ¿No es así Luchi? —el nene me tira los brazos y lo agarro justo cuando besa mi mejilla y yo me desarmo de amor—. ¡Ay, Luchi! Mi amor, qué lindo. Papito. Es un amor, Tomás.

—Sí, es muy cariñoso.

Lo aprieto fuerte contra mí y se ríe a carcajadas. Después, su mamá lo llama y él sale corriendo.

—¿Querés caminar hasta las piedras que están allá?

No nos va muy bien cuando caminamos, pero acepto.

—Dale, me gustaría.

Por primera vez, desde que llegamos, lo noto relajado. Sus ojos no están rojos como ayer y supongo que eso quiere decir que durmió tan bien como yo.

—Marlene, ¿conocés a chicos como Luciano?

—No tengo un familiar con el Síndrome, ni hijos de amigos, pero a la vuelta de mi casa hay una escuelita especial y cada vez que salgo para ir a trabajar, me encuentro con alguno. Ya son adultos, claro.

Sé que me está mirando, pero yo no lo hago. Observo la arena. Solo la arena. Entonces, está por decir algo, pero no lo hace y mi intriga comienza a crecer.

—Tomás, ¿conocés, además de Luchi, niños como él?

—Sí, conozco muchos —noto un poco de tristeza en su voz y no entiendo por qué—. Ellos son mis amigos y les recomendé este lugar para vacacionar.

—¿Qué edad tenés?

Mi pregunta lo hace reír.

—¿Cuántos años creés que tengo?

—No sé, parecés de treinta y algo, pero sé que sos más grande.

—¿Más grande?! —niega con la cabeza y sigue sonriendo, mientras se pasa una mano por el pelo—. Bueno... no... tengo treinta y tres. Mierda, ¿tan mal estoy?

En este momento, quisiera estar colgada de la palmera que veo allá bien lejos, o caerme en un pozo de arena y salir por China.

—Perdón.

Larga una carcajada fuertísima y tira la cabeza hacia atrás. Parece tentado. Pero ¿por qué? Entonces, inexplicablemente, empiezo a reír como un chancho. Se queda callado y me mira por unos segundos.

¡La cagué! Siempre me pasa lo mismo.

—Me gusta tu forma de reír.

¿Qué? ¿Está loco? ¿A quién le puede gustar mi risa de chancho? Parece que ronco despierta.

—Lo tomo como un piropo.

—¿Sabías que tenemos las habitaciones pegadas?

—Ah, ¿sí? —mi cara de póker es la mejor.

—Sí, Marlene. ¿Acaso había alguien debajo de tu cama y te hicieron todo lo que a mí no me dejaste hacer?

¡Noooooo! Me quiero morir. De verdad, me quiero morir.

Creo que voy a salir corriendo de la vergüenza que siento en este momento. Estas cosas sólo me pasan a mí. Sí, definitivamente a mí.

—¿Pensabas en mí?

Si hablamos de ser directos, aquí le presento al señor Ruán. ¿Cómo puede preguntarme esto como si fuera lo más natural del mundo? Pero ya que para él es tan natural, decido contestarle la verdad.

—Sí, pensaba en vos.

Comienza a reír como antes, pero esta vez yo no me río. Sigo caminando, aunque él quedó atrás. Miro la arena y él sigue riendo. Dios mío, qué vergüenza. No me puede estar pasando esto.

—¡Marlene, esperá!

Retoma su caminata a mi lado y siento su mirada directo en mi cara. Definitivamente, no le importa nada.

—Lo siento, no quise ofenderte.

—Está bien.

—Lo digo de verdad, perdón. Y no digas que está todo bien cuando me acabás de confesar que te tocabas pensando en mí. ¡Por Dios, nena!

Me toma de la mano y quedamos enfrentados, se acerca y mira toda mi cara, distinguiendo mis detalles. Y yo lo único que puedo pensar en ese momento, es si tengo pelos en las cejas o en los bigotes. Acuna mi cabeza entre sus manos y me da un beso corto y húmedo, muy húmedo y tiene gusto a menta. Sí, humedece mis labios con los suyos y sabe a menta. Se detiene y cierro los ojos porque me da vergüenza.

—Mirame Marlene, quiero que me mires.

—Perdón.

—Basta de pedirme perdón.

Entonces, como si me llevara el Diablo, lo agarro de la parte baja de su espalda, le clavo mis uñas para acercarlo y le doy un beso. Responde con unas ganas impresionantes que me estimulan a desear un poco más. Suelta mi cara y me toma de las piernas, me sube a su cadera y enriendo mis piernas en él, en medio de la playa a las diez de la mañana. Lo tomo de la nuca y no lo suelto,

no, ni loca lo soltaría.

Mi cuerpo desciende y quedamos de rodillas en la arena, y yo con mis piernas abiertas. No nos separamos. Nuestras respiraciones empiezan a ser más fuertes y me siento como una chica de quince años.

¿Y si en realidad, lo que siempre pensé que fue amor, no lo era? ¿Y si Tomás es el amor?

Se separa, apoya su frente en mi pera y yo miro el cielo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Ahora soy yo el que no puede, Marlene.

Qué vergüenza.

—Perd... —no me deja terminar la palabra porque pone su dedo índice en mis labios para hacerme callar.

—¡No! No pidas perdón. No hiciste nada malo... Marlene, mirame. ¿Te acordás que hoy a la madrugada te dije que no me entendías? —sí, lo recuerdo. Entonces, asiento con mi cabeza y sigue hablando—. Esto es lo que no entendés, lo que siento por vos no lo entendés. Solo yo sé las cosas que pasan por mi cabeza y no me animo a decir. Y por eso tengo que pedirte perdón, por no animarme a hablar de lo que me pasa cuando te tengo enfrente, por no ser sincero desde el principio.

¿Qué quiere decir con eso de que no es sincero desde el principio? Y como no encuentro las palabras indicadas, prefiero hacer silencio porque todavía no lo conozco lo suficiente como para discutir por algo que no sé qué es. Además, sospecho que esto es mucho más fuerte de lo que en realidad aparenta, la conexión que tenemos es mucho más fuerte que una simple atracción sexual.

—Vamos Marlene, las chicas nos están esperando.

Con una gran desilusión, vergüenza e intriga, me levanto como puedo. Él se queda arrodillado observándome y sonriendo, mientras yo pienso que sus preciosos ojos verdes son tan brillantes como el mar que tengo a mi espalda. Ay, ¿ya me hago la poeta?

Entonces, estiro la mano y la agarra, se pone de pie y seguimos caminando, pero esta vez de la mano. No me la suelta. Y por un segundo, me dejo llevar y mi cabeza comienza a volar. Imagino que somos una pareja enamorada que está pasando su mejor momento, mientras caminan de la mano sin otra preocupación que llegar a la posada para seguir conociendo lugares

paradisíacos.

Llegamos a la posada y subo a mi habitación, me doy una ducha rápida y me pongo un bikini violeta. Elijo un vestidito blanco playero y en una mochila pongo una toalla, un cepillo de pelo, una crema para peinar, el aceite para broncearme, la billetera con los documentos, mi celular y otra bikini.

En la recepción, veo a las chicas con unas capelinas hermosas y yo no tengo una. ¿Por qué no traje una capelina? Pero Tomás se acerca y en su mano hay una para mí.

—La vas a necesitar.

—Gracias, Tomás.

Él saca de su mochila una gorra negra que le hace juego con un short de baño cortito. Los cuatro nos subimos a un buggy naranja y emprendemos nuestra marcha hacia una playa llamada *Cabo Frío*, enseguida lo anoto en mi cuaderno como primer destino para el suplemento y añado el precio del alquiler del buggy, tanto en dólares, reales y pesos argentinos.

En el camino, vamos escuchando música brasilera, mientras observamos el paisaje que se abre ante nuestros ojos. Una ruta hermosa, asfaltada, que parece dibujada entre los morros altos llenos de naturaleza. Cuando llegamos, el mar aparece frente a nosotros como un lienzo perfectamente pintado y me deslumbra lo hermoso que es. Podría escribir cientos de páginas contando el maravilloso paisaje que tengo frente a mí para el suplemento. Hago anotaciones, demasiadas.

En la playa, hay muchas personas para ser principio de diciembre. Por ejemplo, muy lejos de la orilla hay lanchas, botes, veleros y pequeños yates anclados, y mucho más lejos, hay un crucero impresionante. Y a unos cien metros de la playa, un barco pirata con toboganes inflables amarillos que parte de la popa y terminan en el mar, donde los chicos y los adultos se tiran al agua. Por un segundo, me imagino tirándome desde ahí y...

—Pensaba en ir hasta el barco pirata. Es una experiencia divertida — cuenta Tomás, como si hubiese leído mi mente.

—¡Sí! —gritamos las tres, más emocionadas que nenas de diez años y Tomás responde riendo.

Juntos, nos vamos hasta un pequeño bote que nos lleva a la nave más grande, ni siquiera tardamos diez minutos. Primero sube Agustina, segunda Anabela y tercera yo. Cuando estoy trepando con una sonrisa tremendamente estúpida en toda mi cara, doy vuelta mi cabeza, miro hacia abajo y descubro a

Tomás observándome pícaramente y me guiña un ojo. Sí, lo hizo. Y yo solo puedo pensar en que menos mal estoy depiladísima porque seguramente se me ve hasta el apellido. Carcajeo de risa y parece importarle muy poco qué pienso al respecto de que mire mi cola como si fuera lo más precioso que vio en su vida.

Ya arriba del barco, el cual está lleno de gente, nos dirigimos directamente hacia la parte de los toboganes. Dejamos nuestras cosas en unos casilleros con llave y cuelgo la mía en mi cuello. Preparada y a la expectativa de mi turno, como una nena de cinco años, espero apoyada en la baranda. Anabela se tira y en el trayecto grita como una hiena. La sigue Agustina que cae de lleno en el agua y tarda en salir, pero cuando llega a la superficie estira los brazos y grita desafortadamente. ¡Es terrible! Y yo me divierto con solo mirarlas. Cuando llega mi turno, Tomás se acerca y me dice al oído:

—Tené cuidado... —termina la frase y una sonrisa juguetona se dibuja en sus labios.

Me alejo de la baranda y acercándome a él, le doy un beso en los labios y cierra los ojos. Cuando los abre, ya estoy sentada en el tobogán y me tiro con todas las ganas. Caigo de cola en el mar y tardo unos segundos en poder salir y recobrar el aliento. Un chico me pide que me aleje para que otros se puedan tirar y nado un par de metros. Hago la planchita e increíblemente logro que mi cuerpo quede en un mismo nivel. Muevo mis brazos y nado boca arriba, me alejo cada vez más del barco, dejando a las chicas flotando.

Vuelvo a hacer la planchita, mis oídos quedan sumergidos bajo el agua y me tomo el tiempo para concentrarme en el ruido del mar, el sonido que hacen las olas, los motores de las lanchas, las zambullidas de las personas y mi cuerpo al estar quieto. Me da mucho miedo saber la profundidad que hay debajo de mí, sin embargo, logro encontrar la armonía y la paz, la tranquilidad que tanto anhelaba y necesitaba para mí. Es en este lugar, en este momento en el cual me siento feliz. Me doy cuenta que ya nada me importa más que mí misma, acabo de volver a ser yo misma. *¡Hola, Marlene, te extrañé!*

Sí, tengo que volver a ser la Marlene que Pablo se encargó de destrozarse hace dos meses atrás, debo recuperarme para que todo comience a salir bien para mí. Porque así funciona, ¿verdad? Me sobran los motivos para ser feliz, tengo el trabajo que quiero, mi familia está sana, mis sobrinos son nenes felices... yo tengo que ser feliz.

Y entonces, abro los ojos porque algo duro me roza las piernas... tal vez es

Tomás. Enderezo mi cuerpo y mientras floto, moviendo mis brazos en círculo, miro hacia el barco y Tomás no se tiró al agua, está en cubierta. Hundo la cabeza en el agua y veo una raya enorme debajo de mí. Y como si estuviera loca, estiro la mano para tocarla, pero se aleja. Saco mi cabeza del agua y uno de los chicos del barco viene nadando hacia mí. Lo pierdo de vista cuando se hunde, por unos segundos no sé nada de él, hasta que sale a la superficie justo a mi lado y me pide que, por mi seguridad, vuelva al barco.

—Es solo una raya —susurro y él sonrío.

—Órdenes del Capitán.

—¿De verdad esos toboganes tienen un capitán?

Sonríe. Y seguida por él, vamos hasta el barco. Subo las escaleras y en el final, me espera Tomás que estira su mano para ayudarme a subir. Al segundo, tengo a las chicas a mí alrededor y parecen un poco... histéricas. Y yo que me estaba divirtiendo.

—Había una raya en el agua. ¡¿No escuchaste cuando dijeron que subamos al barco?! —pregunta Agustina.

—No, pero es inofensiva. Solo estaba jugando —y cuando veo que me observan como si tuviera un pulpo violeta en la cara, pregunto —: ¿Qué les pasa?

—Te podría haber clavado la cola en el corazón y habrías muerto... —no dejo que Anabela termine de hablar, doy media vuelta y me dirijo a los casilleros.

¡Vamos! ¿Qué están haciendo? ¡¿Qué se supone que están haciendo?! Había encontrado mi equilibrio, mi momento de paz y con sus gritos estropearon todo. Ni que me hubiera puesto las antiparras y comencé a bucear entre cien rayas.

Llego a mi casillero, me quito la llave del cuello, abro, saco mi toalla de la mochila y mientras me seco, Tomás pega un lado de su cuerpo contra los casilleros.

—¿Estás bien?

—¿Qué pasa, Tomás?

No, Marlene. Controlá tu carácter.

—Solo te pregunto si estás bien...

—Sí, estoy bien. ¡No pasó nada!

—¿Por qué gritás? Estamos hablando —ah, encima me trata de loca.

—No vayas por ese camino, Tomás.

Frunce la frente y tira un poco la cabeza hacia atrás.

—¿De qué camino estás hablando, Marlene? Solo quiero saber por qué te fuiste tan lejos, no era necesario.

Y ahí está, él quiere cuidarme y yo no quiero que lo haga.

—¿Sabés qué pasa?! Que no necesito que te preocupes por mí, tengo veinticinco años y siempre me cuidé solita. Y si hubiese querido tener a alguien que vigile cada paso que doy, hubiera traído a mi papá. Además, ¿por qué tengo que darte explicaciones?

Dicho esto, doy media vuelta y bajo por las escaleras en busca de los barquitos que se están yendo con algunas personas. ¿Por qué estoy tan enojada? Subo al bote y me alejo del barco pirata que me hizo esto. Yo no soy así, no suelo ponerme nerviosa por algo que no tiene sentido. No soy de contestar de esa forma porque mi vieja ya me hubiera dado vuelta la cara de un tortazo, ¿entonces?

Me siento mirando hacia la playa porque no quiero darme vuelta para verificar que, seguramente, Tomás debe estar mirándome desde el barco y las chicas también. Me confundí, metí la pata y ahora no sé qué hacer. Y entonces, mi cuerpo me traiciona y cuando me doy cuenta, veo a Tomás hablando con las chicas, discutiendo, intercambio miradas y palabras que no logro escuchar. Están hablando de mí.

¡Ay, Marlene! Sin pensarlo dos veces, me tiro de cabeza al mar y nado hasta él. No me importa la raya enorme, solo quiero llegar hasta él. ¿Exagerada? Un poco, pero la cosa es que, cada bocana de aire y cada brazada es un paso más para llegar hasta él, un nuevo empujón. Quiero llegar a mi meta y mi meta en este momento, en el mar de la playa Cabo Frío, es él. Solo lo quiero a Tomás.

Cuando llego a la escalera y me agarro de los dos extremos, miro hacia arriba y lo veo a él, sonriendo. El hombre más hermoso de Brasil me está regalando una sonrisa a mí. Llego al final de la escalera y me agarra de las axilas para ayudarme a pisar suelo firme. No logro decir nada, porque tomándome la cara entre sus manos, me besa tiernamente en mis labios y mi corazón es empujado por una fuerza extraña, hasta que duele. Mi corazón sigue doliendo.

¿Y si estoy haciendo todo mal? ¿Y si tendría que esperar un poco más hasta olvidarme completamente de Pablo? ¿Y si mi corazón me está avisando que es temprano para empezar algo nuevo? Tal vez tiene miedo, tal vez no está

preparado para volver a sentir *amor*. ¿Amor? ¿De verdad es amor?

Abro muy despacio mis ojos cuando se separa de mí y respiro con fuerza al verlo tragar varias veces.

—¿Cómo me salió la plancha?

—Perfecta —susurra, guiñándome un ojo.

—Perdón, Tomás. No tengo idea de lo que me pasó hace unos minutos atrás... no quiero volver a ser esa Marlene manipulada por un hombre. Perdón por tratarte mal.

Sí, hablo muy rápido, mezclando cosas.

—Ahora sí acepto tus disculpas.

—Tomás —digo su nombre porque... porque no sé qué decir.

—¿Marlene?

—¿Qué estamos haciendo?

—No tengo idea.

Sonrío y esta vez soy yo la que se acerca para besarlo. Al principio, son pequeños besos, pero ahora nuestros labios se abren uno encima del otro, nuestras lenguas quieren jugar, nuestros dientes están preparados para morder un poco... se aleja y tomando mucho aire, me avisa que vamos a bajar.

Un rato después, ya en la playa, nos acercamos a un carrito de comidas donde hacen *queijo na brasa*, que es un palito con un pedazo de queso, duro por fuera y blando por dentro, calentado directamente en unos carbones con fuego.

Pierdo de vista a Tomás justo cuando Anabela dice:

—Nos perdimos el mejor capítulo, ¿no?

—Es que... no pasó nada más. Fue solo un beso.

—Menos mal, porque tenemos que contarte algo —este comentario me cae tan mal—. ¿Viste que nos comunicamos con una compañera de la redacción cuando teníamos dudas de quién era?

—Sí, al grano, Ana —le pido.

—Bueno... resulta que está casado o algo así. Sería mejor que le preguntes a él.

Entonces, si sería mejor que le pregunte a él, ¿por qué dice algo así, si en realidad no tiene idea de nada?

El enojo que estoy sintiendo no es porque Tomás no me haya contado la verdad, es por cómo Anabela encaró el tema. Se supone que somos periodistas, que nuestro deber es tener una fuente confiable, explicar una noticia y tener fundamentos que la abalen. Entonces, me hace cuestionarme qué clase de profesional es si en su vida personal se maneja de esta forma.

Claro que estoy enojada, y cuando lo hago, mi rostro pierde color, la boca de mi estómago comienza a doler y... era obvio que algo tan lindo no podía ser cierto. ¡Nunca me pasan cosas buenas! Y cuando Agustina se da cuenta del error que cometió Anabela, cambia rotundamente de tema, pero yo ni siquiera la escucho. Solo puedo pensar en la esposa de Tomás y en la infidelidad.

Soy parte de una mentira, soy la segunda de alguien.

Me siento en la arena mirando hacia el mar, levanto cuatro paredes de doble ladrillo hueco e imaginarios a mí alrededor para que nadie me moleste y claramente, los tres, se dan cuenta que no tienen que acercarse. Para agregar más mala suerte, el queso me cae como una patada en la panza. Agarro mi mochila y todo lo que llevaba adentro está empapado. Celular, documentos, ropa... todo por ir a buscarlo, por creer que podía ser alguien bueno.

Me tocan el brazo y es él. Me da su teléfono, ni siquiera se lo agradezco. Vuelve con las chicas y me enojo más cuando veo que la conversación que tienen, parece divertida. Marco el número de mi casa y a los segundos, atiende mi mamá. Y todo lo que había perdido, al escuchar su voz, vuelve a mí.

—¿Hola?

—Mami.

—¡Mar! Corazón, ¿cómo estás?

—Ahora que te escucho, mejor —juego con la arena, mientras me pregunto si debo contarle o no—. Me metí en el mar con la mochila puesta y mojé todo... soy una colgada, me quiero morir.

—Nunca hay que decir eso, excepto que de verdad lo quieras. A ver, ¿qué te pasa?

Me conoce tanto.

—Nada... todo bien. ¿Cómo estás vos?

—Bien, preparando la comida para papá y tus hermanos. Hoy vienen a cenar tus sobrinos, imagínate cómo estoy. ¡Hace media hora estoy escondiendo todo lo que puedan llegar a romper! ¿La estás pasando bien? ¿El lugar es lindo?

—Sí, es precioso. Y la posada es... alucinante.

—Qué lindo, hija. Te lo merecés.

—Gracias, mami. Tengo que dejarte porque no quiero gastar mucho crédito. Registrá el número, cualquier cosita me escribís acá.

—No te preocupes. Te amo, mi amor.

—Te amo más. Y te extraño. Chau mami.

Deslizo el dedo por la pantalla y de fondo, hay una foto de una mujer muy parecida a Tomás con una nena que no se le ve la carita porque tiene una careta de una princesa. ¿A quién se le ocurre poner una foto de alguien que no se le ve la cara?

Me pongo de pie y acercándome al grupo, le devuelvo el celular. El resto de la tarde, caminamos de un lugar a otro visitando locales de artesanías, siguiendo un camino que nos llevó hasta lo más profundo de la naturaleza, conociendo pájaros y animales exóticos. Y cuando ellos decidieron almorzar, me alejé otra vez para tomar sol, puse todas mis cosas sobre una bolsa de nilón y permanecí sola el resto de la tarde.

Cuando el reloj marcó las seis, volvimos a la posada, bajé del bugui y fui directo a mi habitación. Cerré con llave, acomodé todas mis cosas encima de la cómoda de madera, me desnudé y me metí en la ducha. Me di cuenta de que mi piel se había quemado porque empezó a arder. Y fresquita y limpia, me metí en la cama y perdí el conocimiento.

El ruido del teléfono me despierta.

—¿Sí?

—Mar, ¿vas a bajar a cenar? —es Agustina.

—Me quedé re dormida, ahora bajo.

Corto la llamada y me estiro en la cama, me levanto sin ganas y ubicándome delante de la valija, elijo un vestidito corto color verde esmeralda de breteles finitos, ajustado en las lolas y flojo a partir de la

cintura. Me calzo unas chinelas marrones oscuras y me hago un rodete muy despeinado en la cabeza. No tengo ganas de maquillarme porque me arde la frente, el puente de la nariz y las mejillas. Me tiro un poco de perfume y salgo.

En el comedor me encuentro a las chicas sentadas con un grupo de muchachos argentinos de nuestra edad, me acerco muy despacio, dudando al hacerlo, pero cuando llego, las chicas me presentan y todos me saludan alevosamente, ya un poco entonados por la bebida alcohólica. Anabela me hace un lugar a su lado y sin darme cuenta, uno de ellos me está sirviendo cerveza. El vaso, inmediatamente, se transpira.

—¡Salud! —digo con mi mejor sonrisa y todos me imitan. Chocamos los porrones y la confianza nace sola.

—¡Por nuestra última noche! —grita uno de ellos.

Después de comer y tomar mucho, la música empieza a sonar y nos levantamos para ir a bailar. El grupo entero va hacia la pista de baile y desinhibida, bailo sin que me importe nada. No miento cuando digo que bailo con todos los tipos que estaban en nuestra mesa.

Después de una hora y media moviendo nuestros cuerpos al compás de la música, decido salir al balcón a tomar aire y en mi mano llevo el porrón de cerveza. No hay mucha luz en la playa, sin embargo, decido bajar por el caminito en la misma dirección de siempre hasta que me siento. Mi cabeza entra en un reposo absoluto y empieza a maquinarse sobre lo que me contaron las chicas, la postura que tomó Tomás y la forma en que lo traté. Seguramente él supo que tarde o temprano yo me iba a enterar. No entiendo por qué carajo siempre me gusta el tipo equivocado.

Permanezco absuelta de todo durante un buen rato, hasta que alguien se sienta a mi lado.

—Marlene, ¿vas a hablar conmigo?

—Si no querés que terminemos mal, parate y dejame sola. No tengo ganas de hacer planteos tontos ni que me expliques qué es de tu vida matrimonial.

—No es lo que vos pensás...

—No me interesa —miento.

—Yo creo que sí —dice, ya un tanto irritado.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¡No suelo andar contando mi vida privada por ahí! ¿Vos sí? —se pone de pie y camina hasta la orilla.

Estos berrinches pelotudos son de mi sobrino, así que decido dejarlo solo y

que se las arregle con la Luna y el mar.

—¡A la mierda! —me paro y me voy caminando en dirección a la posada. Pero en segundos, me agarra de la mano y me frena.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te enteraste? ¿Por qué en vez de enojarte no pensaste que por ahí quería ser yo quien te contara lo que me pasó?

—¿Te voy a ir a hacer un planteo de qué? ¿Con qué cara?

Me suelta la mano y se da vuelta, otra vez, hacia el mar con la cabeza baja.

—Marlene...

—¡Dios! Cuando uno dice el nombre de la persona, después sigue hablando.

—Marlene... mi mujer murió.

Una presión fuertísima me oprime el pecho y me quedo sin aire. No puedo respirar al imaginarme a un tipo tan joven perdiendo al amor de su vida.

—No creí que hiciera falta contarte algo así cuando hace menos de veinticuatro horas que nos conocemos, mientras que vos tenés otras cosas en la cabeza. No quería darte lástima... ¡Mi esposa falleció, Marlene! Falleció cuando estábamos en la mejor etapa de nuestras vidas... me dejó solo cuando nos amábamos, cuando éramos felices. Se fue sin saberlo, cuando lo que más quería era permanecer a mi lado toda la vida.

Mis ojos se llenan de lágrimas y tapándome la boca, ahogo un gemido de dolor, un grito de tristeza, un llanto que no dejo salir.

—Lo siento tanto, Tomi —susurro.

—Ya pasó... —hace una pausa, se pasa las manos por el pelo y sigue hablando—. Yo estoy bien, Marlene. Pero me rompe el alma que la gente hable de mí sin saber. ¡La redacción es una mierda! Jamás me meto en los asuntos de los demás y no entiendo por qué hablan de mí. Siempre traté de hacer las cosas bien y no mezclar nada bajo ningún punto de vista. Yo pensé... pensé que te habían contado todo.

—No, no lo hicieron.

¿Todo? ¿Hay algo más? Me acerco por atrás, le paso mis manos por la panza y las dejo ahí, para expresarle que no hace falta seguir hablando, no tiene ningún caso traer cosas tristes del pasado que le hacen tanto mal. Sí, así de cambiante soy. Y por un buen rato, solo se escucha el silencio de la noche, el ruido de las olas y su corazón latir en mi pecho con gran velocidad. Me siento culpable por recordarle la muerte de su esposa.

—Me voy a dormir... volvé con tus amigas, Marlene.

—No quiero estar con ellas. Prefiero quedarme con vos.

—¿Conmigo? ¿Por qué? No creo que te convenga mucho querer pasar tu tiempo con alguien como yo.

Trato de borrar estas palabras que acaba de decir, como si nunca las hubiese escuchado.

—Quiero estar con vos —vuelvo a repetir.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Vamos a dormir. Necesito dormir —dice al fin.

Me agarra de la mano y nos vamos caminando hacia la posada. Entramos por la recepción y subimos las escaleras. Pasamos de largo por mi habitación y frena en su puerta. La abre y me da paso para que entre. Es igual a la mía. Idéntica. Entro al baño, me pongo pasta dental en la boca y me enjuago. Hago mi último pis de la noche y salgo del baño. Está parado en el marco del enorme ventanal y su sombra, por la luz de la Luna, se refleja en el suelo de madera. Su mirada se clava en mí.

Me siento en la cama, tratando de parecer indiferente. Me suelto el pelo y me saco el vestido, quedando en bombacha y corpiño. Corro la sábana y me meto. Se desnuda y solo queda vestido con un bóxer blanco que le marca la entrepierna.

¡Lo que me faltaba!

Su mujer falleció, Marlene.

Se acuesta muy cerca y me da un beso simple en la boca. Apoya su cabeza en la almohada y me mira. Nos observamos hasta que cierra los ojos y el sueño lo vence por completo.

Me permito pensar en él cuando se duerme, como si hacerlo cuando estaba mirándome pudiera leer mi mente.

¿Viudo?

¿Su esposa falleció?

Enviudó a los veintiocho años.

Inevitablemente, un sentimiento de culpa invade mi corazón, como si yo tuviera algo que ver con toda esa tristeza.

Si hubiese pensado dos, tres o cuatro veces antes de hablar, Tomás no

hubiese recordado esta terrible y fatal perdida. Y con un dolor en el alma, pensando en todo lo que sé, trato de quedarme dormida.

Me remuevo en la cama al escuchar el sonido de un celular. No es el mío porque murió en el mar... tardo unos segundos en darme cuenta dónde estoy hasta que pego un salto en la cama y veo el celular de Tomás en su mesita de luz. Alguien lo está llamando. Me estiro sobre él y en la pantalla dice: **Mamá.**

Lo zamarreo con delicadeza, pero no se despierta.

—Tomás... Tomás —no me contesta.

Pienso que puede ser importante si su mamá lo llama a esta hora de la madrugada. Entonces, deslizo el dedo por la pantalla y...

—¿Hola?

—Hola...

—Discúlpeme que la atienda yo, es que... Tomás está...

¿Cómo le digo que su hijo está dormido a mi lado sin que se le pase por la cabeza que no soy una chica más que se acostó con él?

—Es importante... ¿Podés pedirle que me llame?

—Por supuesto. Cuente con eso... ya le devuelve la llamada.

—Gracias, corazón.

Sonrío, porque me hace acordar a mi mamá.

—Hasta luego, señora.

Corto la llamada y me quedo observando el teléfono, imaginando el motivo por el cual lo llamó...

—¿Sonó?

Asiento rápidamente porque no quiero que piense que le estuve revisando el teléfono.

—Traté de despertarte, pero no pude y atendí. Era tu mamá, dijo que era importante.

Deja escapar un suspiro y pasándose la mano por el pelo, se sienta y agarra el teléfono cuando se lo doy. Sube la mirada mientras espera que su mamá lo atienda... ¿Por qué me mira así? ¿Debería irme?

—¿Mamá? ¿Qué pasó? —mientras escucha a su madre, juega con la sábana estirándola con sus dedos y hace dibujos imaginarios—. ¿Comió algo

que le habrá hecho mal? —pega su espalda al respaldo de la cama y fija la mirada en un punto—. Bueno, tranquila. Mantéenme al tanto, ¿sí? Acostate con ella y traten de descansar... y gracias, mamá —corta y me mira—. ¿Vas a poder volver a dormir?

Por favor, ¿me está tomando el pelo?

—¿No vas a decirme quién está mal de la panza?
Sonríe y deja el celular sobre la mesa de luz.

—Dame tiempo, Marlene. ¿Podrás?

—Por supuesto que puedo.

No hay mucha iluminación, solo la que entra por el balcón, pero me hace falta la luz para verle la preocupación en su rostro.

—Son las cinco, ¿qué querés hacer? ¿Pedir algo de comer?

Bueno, tal vez su cachorro se siente mal, o la abuela, o una vecina, quizá no es tan importante como para estar pensando en comida. O tal vez es todo lo contrario y de verdad necesita distraerse.

—No sabía que se podía pedir comida a esta hora.

—Por eso pago tanto por estas habitaciones.

—Entonces, tengo antojo.

—La escucho, señorita.

Sonríe cuando atrapo toda su atención.

—Frutillas con crema.

—Bien, llamo y pregunto si hay.

Estira su cuerpo hacia el teléfono de la posada, pero entonces se me ocurre otra cosa.

—No, pará.

—¿Qué pasa?

—Quiero... —no sé si decirle lo que está pasando por mi cabeza en este momento.

Bajo la mirada hacia la sábana y empiezo a jugar con la tela, sonrío por mis pensamientos y... me tumba boca arriba y se ubica encima de mi cuerpo. Me río como una tonta y entonces, sus labios se abren sobre los míos y me besa. Es casi una tortura... porque no respira y no hace pausas, y es suave, dulce, tierno y comienza a desarmarme por dentro. Mueve su cabeza de un lado a otro como si quisiera llegar un poco más lejos... ¿Cómo lo hace?

Sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo, tocando mis pechos y lo dejo...

por supuesto que se lo permito porque me di cuenta de que Tomás no puede dejar sus manos quietas un segundo. Envuelvo con mis piernas sus caderas y empujo mi pelvis hacia él. Responde empujando con más fuerza. Mis manos aprietan su nuca y le revuelvo el pelo, se lo tiro y ronronea dentro de mi boca.

—Me gustás tanto, Marlene —susurra.

—Y vos a mí, Tomás. Te... te necesito, ahora.

Se separa de mi boca y me observa, está desorbitado, parece perdido. Pasea su mano muy despacio por el costado de mi cuerpo hasta que llega a mi pierna y poco a poco la arrima a mi entrepierna, tocándome por encima de la bombacha.

¡Por favor! Estoy desesperada.

Subo mi cadera en busca de más. Porque quiero más.

Corre la tela, separa los labios de mi vagina e introduce un dedo en mi interior provocándome un sacudón en todo el cuerpo... uno de sus dedos lo mueve sobre mi clítoris en forma circular hasta volverme loca. Tan loca que mis piernas no dejan de temblar y mis ojos se van hacia atrás.

Hacia mucho tiempo que no me sentía al punto de explotar, querer gritar y no poder controlar mi cuerpo, los movimientos, la agitación, el temblor, las cosquillas. Por eso no quiero que pare. Cada vez, sus dedos son más rápidos. Sabe lo que hace y él está buscando mi orgasmo.

—Vamos, Marlene... dejate llevar —susurra contra mi oído y vuelve a alejarse.

Y con esas palabras, mis piernas se endurecen, tiro la cabeza hacia atrás, aprieto la almohada y mi cuerpo se dispara, pero sus dedos no dejan de tocarme hasta llegar al final y un poco más también.

—Ay, Tomi... —susurro, perdida, loca, desesperada.

Ronroneo y bostezo, mientras abro mis ojos muy despacio y los refriego. Busco a Tomás dentro de la habitación, no está. Tal vez fue a desayunar, quizá se despertó muy temprano...

¿Qué hora es? Me siento en la cama e inmediatamente el recuerdo de la madrugada viene a mi mente y sonrío porque la noche anterior me estaba tocando sola pensando en que era él quien ponía sus manos sobre mí y hoy lo tenía en carne y hueso, todo para mí.

Estiro de nuevo mis brazos y salgo de la cama para ir al baño. Agarro su cepillo de dientes y pongo pasta dental. Me enjuago la boca y la cara. Me

tomo una duchita hiper rápida y me pongo la misma ropa interior.

Voy hacia el balcón y me asomo al ventanal que da a la playa. El día está hermoso y hace mucho calor. No sé ni qué hora es. Bajo la mirada y veo a Luchi. ¡Qué hermoso es! Tan especial, diferente, con una mirada de ojitos claros que enamora a cualquiera. Está jugando con su mamá como los hacíamos ayer. Ella lo agarra de las manitos y saltan las olitas de la orilla.

—¿Apreciando la vista?

Me doy vuelta y Tomás está con una bandeja en la manos. Me acerco y en un susurro le digo buen día, beso la comisura derecha de su boca y giro hacia la cama. Me siento y lo espero, mientras me observa, pero sus ojos tienen un brillo especial. Su mirada se detiene en mi ropa interior.

—¿Vas a quedarte ahí parado o tengo que ir a buscarte?

Tira la cabeza hacia atrás y ríe. Ese ruido, tan masculino y tan él.

—Tranquila, fiero —dice, riendo.

Se sienta en el medio de la cama y pone la bandeja entre los dos. Hay dos jugos de naranja recién exprimidos, seis medialunas, tostadas, tres frasquitos con dulces, dos vasitos de soda y, claro, servilletas.

—Mmmmm... ¡Pero qué rico! Ya me estaba picando el bague.

De nuevo, tira la cabeza hacia atrás y larga una carcajada que me hace sonreír.

—¿Todavía siguen diciendo esas cosas? —sigue riendo y me encanta.

—Ni que tuvieras cuarenta años, Tomás. Y contame, ¿cómo está la persona con dolor de panza?

—Mejor, mucho mejor. Ayer, cuando te dormiste, me quedé mirándote. ¿Sabías que roncas? ¡Y muy fuerte, señorita!

Necesita cambiar de tema. Está bien.

—¡Mentira! No me mientas. Cuando tenía 6 años me operaron de carnes crecidas en la nariz y me sacaron las amígdalas. Por lo tanto, señorito, es imposible que ronque.

—¿Carnes crecidas? —abre mucho los ojos y ríe a carcajadas.

Agarro una medialuna y literalmente me meto la mitad en la boca.

—¡Tenías hambre, mujer! Tuve que haber traído más, no me vas a dejar ni una.

Eso me hace sonreír. Y seguramente, debo parecer una tonta.

—¡Basta! Hoy estás muy juguetón.

—¿Te gustaría seguir jugando?
Y ahora soy yo la que me río y es él quien se queda mirándome.

Sí, por favor.

—Mmmm... puede ser.

—Me gustó mucho lo que pasó.

Listo, me pongo bordo.

—¿Puedo seguir comiendo? ¿Vos no vas a comer?

—Es que, tengo miedo de que no te alcance —tira la cabeza hacia atrás y ríe, ríe como un tonto.

—Ay, ¡basta!

—Mirá, te conseguí algo.

Se para y va hacia la cómoda. Abre un cajón y saca un paquetito, que por cierto, está envuelto como el culo.

—¿Un regalo para mí?

—Abrilo.

Lo abro, rompiendo el papel y es un celular con un cargador, sin caja. Espero que él diga algo, porque no entiendo por qué me regala esto.

—Se te mojó cuando volviste al barco por mí y pensé que necesitarías uno. Hubiese comprado uno mejor, pero por acá no hay un puto negocio. Me lo dio uno de los chicos que...

No lo dejo terminar y le doy un beso ruidoso en la boca con mis labios entreabiertos.

—Gracias, en serio. Lo necesitaba. Aprovecho y llamo a mamá.

—Llamá del mío porque tu chip no está puesto. Lo tenés en tu habitación.

Agarro su celular y marco el número de mi casa, y no sé por qué pongo altavoz. ¿Quiero que escuche a mi madre?

—¿Hola?

—¡Má!

—Corazón, ¿cómo estás?

—Bien, acá desayunando con un amigo. ¿Vos?

Lo miro y veo sus ojos abiertos como platos. Me río. Y sí, no entiende nada. Lo que no sabe, es que con mi mamá tenemos mucha confianza.

—Ay, después quiero que me cuentes. ¿Quién es? ¿Del uno al diez...?

—¡11! —y me río mucho, porque lo sigo mirando y su cara es increíble. Es muy gracioso.

Mi mamá grita del otro lado y yo me río más.

—Mamá, Tomás está escuchando todo lo que decís.

—Ay, mandale un beso de mi parte. A la vuelta, decile que está invitado a comer fideos caseros.

—Sí, dale.

—Bueno hija, me alegro que estés bien. Tu sobrino me rompió toda la casa. Y ya sé que le vas a traer algo, pero fijate, porque tu hermano dijo que quería havaianas.

—Bueno, después pasame el talle del pequeño demonio. Te mando un beso y un abrazo, después hablamos. Te amo. Mandale un beso a papá.

—Dale, otro para vos. Te amo, corazón. Cuidate, por favor. Chau.

Corto la llamada.

—¿Siempre le hablás a tu mamá de tus... chicos?

—Es ley. Con mi mamá tenemos muchísima confianza. Ojo, no pienses que tengo muchos hombres dando vueltas por ahí. Al contrario. Pero esta vez valía la pena contarle porque... quiero demostrarle que estoy bien...

Trato de no darle muchas explicaciones, pero de verdad me importa que mi mamá sepa que estoy mejor, que mi cabeza se está olvidando de todo el sufrimiento que pasé con Pablo.

—Yo también hablo mucho con mi mamá —admite, mientras niega con la cabeza y sonrío.

Entonces, me doy cuenta de que, tal vez, no somos tan diferentes.

Después de desayunar me voy a mi habitación porque quiero bañarme y cambiarme. Me despido y le doy un beso suave en los labios, se me queda mirando desde la cama y cierro la puerta. Voy hacia mi cuarto y me meto en la ducha. Elijo un remerón fucsia, con el hombro caído. Y un bikini negro que me compré en uno de los negocios que están en las estaciones del subte. Tengo que agarrar otro bolsito porque el de ayer todavía está húmedo.

Bajo a la recepción y las chicas tienen una felicidad tremenda. ¿Por qué será?

—¡Marlene! Hoy vamos a Playa de Osos, pero en yate. ¡Qué emoción! —grita Anabela, como siempre.

Salgo de la posada y bajo por el morro. En la playa está Tomás con la familia de Luchi. Roxana me mira y me sonrío. Tomás se da vuelta y me estira la mano para que me acerque. ¡Wow! Quiere presentarme... y lo mejor, es que me da la mano.

—Chicos, les presento a Marlene, una amiga.

Durante quince minutos hablamos un montón. Roxana es una mujer muy copada y Mauricio también, me gustan las personas abiertas y confiadas, que no tienen prejuicios.

—¿Quieren que cenar con nosotros? —pregunta ella y yo lo miro a Tomás, que me asiente con la cabeza.

—¿A las nueve les parece bien?

—Sí, genial. Nos vemos a la noche.

Antes de irnos, busco a Luchi con la mirada y lo encuentro a unos pasos de nosotros mirándome. Me acerco y le doy un beso en el cachete.

—Hoa. ¿Juegás comego?

Me desarma el corazón que hable tan mal porque me dan unas ganas impresionantes de comérmelo. Lo alzo en mis brazos y lo abrazo, apoya su cabeza en mi hombro y se queda quietito. Me doy vuelta y veo que los tres me están mirando. Roxana se acerca y decir que está emocionadísima es poco.

—Le gustás, Marlene. Le gustás muchísimo.

—Y el a mí. ¿No es así, Luchi?

—Sí, así, así.

Lo escucho a Tomás reír con Mauricio y al verlo, su mirada hacia mí es dulce, la misma que tenía ayer cuando me vio con Luchi jugando en las olas. Cruzo unas palabras más con Roxana y dejo a Luchi en la arena, pero antes lo lleno de besos. Se ríe y grita contento. ¡Él quiere jugar conmigo!

Y tomando de la mano a Tomás, nos despedimos de la pareja porque las chicas nos están esperando a unos cincuenta metros de distancia.

—¿Listas para navegar, marineras?

—¡¡Sí, capitán!! —contesta el dúo dinámico.

Un hombre nos alcanza con una canoa hasta el yate, el cual es blanco y espacioso. Tendrá una capacidad para diez personas, o tal vez un poco menos. No entiendo nada de barcos, pero supongo que debe ser bueno.

—Es un Azimut 39. ¿Les gusta?

—¿Que si nos gusta? Es perfecto, Tomás —dice Agustina, alucinada.

—Pueden hacer lo que quieran, vayan a recorrerlo.

Lo miro y en un susurro le digo “gracias”. Me giña un ojo y se ubica en el timón. Entonces, comenzamos a recorrerlo. Vamos hacia atrás y bajamos por una mini escalera, encontrándonos con unas cortinas de tela muy suave y entramos. El piso está cubierto de madera oscura, las paredes también son de

madera pero más clara. Tiene un televisor y dvd, una heladera y una mesa con sillones de cuero en color beige. Ventanas que permiten ver todo el paisaje que está alrededor, detalles en color azul marino que combinan con lo demás y en el fondo hay una puerta que lleva a una cama doble, está todo muy apretado, pero parece cómodo.

Las chicas no paran de gritar, ésta mañana están muy chillonas. Subimos y veo que él está un piso más arriba, decido seguir subiendo. Me pongo a su lado, me mira y me sonríe, ya navegando. *Mierda*, estoy navegando.

—¿Y estas cosas se compran así o las podés combinar vos como si fuera una casa?

Mi pregunta le hace gracia, como todo lo que le comento. Con una sonrisa tremendamente hermosa niega con la cabeza.

—¿Qué es lo que te da tanta risa?

—Vos, Marlene.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque decís cosas graciosas. Aunque es muy buena la pregunta y nunca se me hubiese ocurrido, tengo que admitirlo.

—¿Vas a responder?

—Es un barco, Marlene. Vas al astillero y elegís el que más te gusta. Y sino, podés encargarlo y esperar a que te lo den... no tengo paciencia, por eso lo compré así.

¿De verdad?

—¿Es tuyo?

—Sí, con mucho esfuerzo, pude comprarlo. Desde chico quise tener un barco y el año pasado me lo compré.

—Qué bueno. ¿Y lo tenías en Buenos Aires o lo compraste acá?

Vuelve a reír.

—No, siempre está acá. Lo que pasa es que vengo muy seguido, cuando puedo me hago una escapada y me alojo en esta posada. Siempre en el mismo lugar.

¿Y no se aburre?

—Qué bueno. Mis escapadas son a San Clemente, porque mis papás tienen una casa allá. Somos como de mundos muy diferentes, ¿no?

Se pone serio y me mira. Dios, que mire hacia adelante, no quiero que choque contra otro barco.

—No pienses que somos diferentes porque vamos a distintos lugares. Vos podés venir conmigo a Búzios siempre que lo desees. Y yo, tal vez, pueda ir a la casa de tus padres cuando me invites.

Entrecierro mis ojos, observándolo como si... ¿Él ve un futuro entre nosotros? Es decir que está pensando en algo serio. ¿No? Uno no dice algo así porque se le viene en gana.

Me acerco y beso su mejilla. Luego, bajo para estar con las chicas. Me saco el vestido y me siento al lado de Agustina para tomar sol.

Hay barquitos de todos los tamaños por todos lados. Y en el horizonte, hay cruceros enormes. Todo es tan hermoso y diferente a lo que estuvimos viendo, que me quedo perpleja. Claramente, esta playa es para personas con un alto nivel adquisitivo. Como Tomás, el dueño del diario para el cual estoy haciendo el suplemento de verano.

—Chicas, tenemos dos opciones. Bajar e ir a la playa, caminar y comer algo por ahí, hay muchos barcitos en un pequeño centro. O podemos almorzar acá y luego bajar. ¿Qué prefieren?

Las tres nos miramos y decimos:

—Bajemos ahora.

Tomás hace una llamada y a los quince minutos, tenemos un bote para llevarnos hasta la orilla. Para mí sorpresa, él prefiere ir nadando como hizo el primer día que llegamos. Por lo tanto, nosotras nos subimos y disfrutamos del pequeño paseo hasta tierra firme. Cuando llegamos, nos bajamos y nos quedamos mirando el lugar como si nunca hubiéramos visto una playa. Hay mucha gente, sombrillas y reposeras. Es un lugar más concurrido. ¿A Tomás le gusta esta vida?

Inesperadamente, me abrazan de atrás y me mojan por completo. Grito y me muevo para zafarme, pero no puedo. ¡Dios, me está empapando! Las chicas me miran y se ríen. Me quedo quieta y me suelta, aprovecho para dar la vuelta y Tomás está con las manos arriba, como pidiendo una tregua.

Mis ojos están achinados por la maldad que quiero hacer... le meto un pie entre los suyos, como haciéndole una traba y cae de lleno en la arena. Comienzo a tirarle arena encima y queda hecho milanesa, pero ríe y trata de ponerse de pie para agarrarme otra vez, pero salgo corriendo. No logro llegar muy lejos, a los segundos, estoy de espaldas en la arena y él encima de mí. Y no puedo enojarme porque está feliz, juguetón, contento y... me gusta que sea así conmigo.

Siempre busqué esta complicidad en un hombre, un juego recíproco... Pablo era de todo menos esto. Me dejaba de lado por sus amigos, no nos mostrábamos en público, se olvidaba de fechas importantes como mi cumpleaños y lo mejor de todo, me engañó con tantas mujeres como pudo. Pero Tomás no es así, demuestra frente a cualquiera que quiere estar conmigo y...

—Tengo tantos sentimientos encontrados, Marlene.

Y me gustaría hacerle todas las preguntas que están pasando por mi cabeza en este instante... ¿Tener sentimientos encontrados es bueno o malo? ¿Con respecto a qué? ¿Lo dice por su esposa fallecida? ¿Me compara con ella? ¿No sabe lo que siente por mí porque todavía la sigue amando? Ay, Dios, ¿qué estoy diciendo? ¡Por supuesto que la ama! La extraña... *oh, mierda.* ¿Estoy luchando contra un fantasma? ¿Es eso?

Prefiero decirle una verdad.

—Me gustaría saber qué pasa por tu cabeza en este preciso momento, Tomás. Pero prometí esperar y eso es lo que voy a hacer. Sea lo que sea, podés hablarlo conmigo. Si... si es sobre tu esposa, podemos hablar con ella... perdón, de ella... podemos hablar de ella.

Y sonrío. ¡Menos mal!

—Y yo prometo que, en cuanto mi cabeza se aclare, voy a contarte todo. Ay, Marlene... hace cinco años que no me permito sentir tanto por alguien más, esta especie de amor... es nuevo, todo es nuevo... es como volver a empezar y da miedo. Estoy aterrado, Marlene.

Está aterrado por lo que siente, como si fuera fácil para mí. ¿No? ¿A qué se refiere, precisamente, con sentir tanto?

—Gracias por ser sincero. Tomás, siempre voy a preferir la verdad... es simple, necesito tu confianza para poder confiar. Vos me das, yo te doy, así funciona para mí.

Soy una chiquilina, lo sé.

—Ya la tenés, Marlene. Si no confiara en vos, tal vez me hubiese molestado que atiendas mi teléfono a mitad de la madrugada, y más aún, ¡dormí con vos! Dormí con vos, Marlene.

—Sí, yo estaba ahí. Y ahora, quiero volver a ver esa sonrisa que tenías hasta hace un ratito. ¿Puede ser?

Sigue arriba mío, me pesa demasiado, pero no le digo que se corra porque me está mirando con esa profundidad que me atemoriza. Parece que en el

fondo hay más, el color verde es infinito, es el espejo de su alma. Y sonrío.

—Así me gusta. Andá a lavarte, te van a picar las bolas con tanta arena en el short.

Y como de costumbre, río muy fuerte, mientras nos levantamos y vamos hacia el mar. Al principio, está un poco fría y mis pezones se ponen duros, la piel se me hace de gallina...

—Si tenés frío, puedo abrazarte —propone, pasándose las manos por el pelo para peinarse y quitarse el agua.

Tomás es digno para un almanaque navideño. Sí, en pleno diciembre, al lado de un árbol y... *ya, Marlene.*

—¿Se nota mucho?

—Solo yo puedo verlo.

Tomás me toma en sus brazos y salimos del agua. Creo que las personas que nos miran pensarán que estamos de luna de miel o que somos una joven pareja que está de vacaciones. Y por un momento me dejo llevar otra vez, me inunda esta sensación y me permito vivir en esta fantasía que tarde o temprano va a terminar. Sé que cuando lleguemos a Buenos Aires las cosas no serán igual. Allá todo es diferente, la vida, las ocupaciones, la familia, las personas, los empleados, los jefes, la comida... todo. ¿Y si no sobrevivimos?

—¡Vamos tortolitos! Hay que trabajar —grita Agustina.

—¡Y comer! —agrega Anabela.

—Bueno marineras, empecemos. Elijan un lugar que yo las invito. Mientras, voy a hacer una llamada. Pueden ir caminando, las sigo atrás mientras hablo por teléfono. ¿Sí?

—Tranqui, jefe. Hable tranquilo —Ana le guiña un ojo.

Con las chicas nos adelantamos y con cada barcito nos enamoramos más de esta playa. Es un pequeño centro, con más de veinte bares de todo tipo. Todos tienen sillas y mesas en las veredas bajo los árboles, con pérgolas y sombrillas blancas, y que el día esté tan pesado por el calor, me invita a querer tomar una cerveza bien fría. Agarro mi cuaderno y voy anotando cada pequeño detalle del lugar.

—¿Nos vas a contar lo que pasó? —pregunta Anabela.

—Sí, pero me tienen que prometer que queda acá, en esta playa, en este lugar. ¿Sí? —las dos asienten y decido contarles la pura verdad—. Estuvo casado, pero hace cinco años que su esposa murió. No sé cómo, no me lo contó. Él pensó que ustedes me habían dicho todo, pero se ve que hay más...

mucho más. Todavía estoy tratando de asumir todo lo que me dijo y... no sé, es más complicado de lo que podemos imaginar, chicas.

—No lo puedo creer. ¿Tan joven y viudo? —repite Agustina, muy conmovida, con una mano en el corazón.

—Sí, tal cual. Es increíble, pero es verdad. Vayan a saber qué ocurrió. Pobre, mujer, ¿no? Me dijo que lo entienda, que en algún momento me lo va a contar, que espere, que le tiempo. Pero es difícil porque desde que murió su mujer, me dio a entender como que no le dio lugar al amor, a los sentimientos...

—¿No te creo! ¿Cómo hiciste para no matarlo a preguntas siendo periodista?

¡Al fin alguien que me entiende!

—Me las hago en mi cabeza, todo el tiempo. No puedo hacer otra cosa, Ana.

—¿Podrás salvar a ese corazón? —pregunta Agustina y habla muy en serio.

—No lo sé. Y tampoco sé si tengo mucho tiempo... podrá sonar cursi, pero mamá dice que el amor siempre es más fuerte que todo y si las cosas se hacen con ese sentimiento, todo se soluciona.

—¡Ay, amiga, te estás enamorando de él! Acabas de nombrar la palabra amor... pero no te olvides que estamos de vacaciones, cuando regresemos a Buenos Aires las cosas pueden cambiar.

¿Yo enamorada de Tomás? Imposible, sino me hubiera dado cuenta.

El grito de Agus me distrae cuando escucha la canción “Si voy al bajo soy yo”, de Mc Caco. Nos miramos y nos reímos porque se pone a bailar en medio de la calle y a la vez, no podemos creer que acá estén pasando esa canción. Nos agarra de las manos y hacemos un tren mientras bailamos. Las demás personas nos miran y se ríen de nosotras. Sí, así de locas estamos. Vamos caminando mientras bailamos, con los brazos arriba, aplaudiendo y riendo, al ritmo de la música.

En una mesa hay tres negros que rajan la tierra y cuando pasamos se paran y empiezan a bailar. Nos reímos y seguimos nuestro camino. Más adelante, elegimos un bar, porque en un cartel dice, en castellano: “Sándwich de lomito”. Encontrar lomito acá nos parece súper raro y nos sentamos en una mesa. Viene el mozo y resulta ser argentino. Se queda hablando con nosotras y nos cuenta que el bar lo puso él con tres amigos más. Vivían en Vicente López

y les salió una oportunidad de comprar un fondo de comercio en esta playa. No lo dudaron y se vinieron a vivir a Búzios.

Después de un rato, me acuerdo de Tomás. Lo busco con la mirada y lo encuentro hablando con una chica rubiesita bastante linda y en ese instante me siento la más fea de la playa. ¿Cuánto hace que está hablando con ella? ¿Por eso nos dejó?

Me paro y voy directo hacia él, cuando me ve, me sonrío. Sí, estando con una chica hermosa me sonrío a mí.

—¿Tomi?

—Marlene —estira su mano y le agarro. La chica que está con él me mira y me acerco a Tomás, dándole un beso en la boca.

Para marcar territorio, estoy yo.

—Mmmmm... —me ronronea en el oído. ¿Qué? Me río y la miro—. Diana, ella es Marlene. Marlene, ella es Diana, una amiga.

Me gusta que haya aclarado que ella es solo una amiga. La miro y sus ojos están clavados en los míos. ¡Sí nena, tengo ojos amarillos!

—Hola Marlene, un gusto.

No tanto, querida.

—Lo mismo digo. ¿Vamos Tomi? Ya pedí tu comida.

—Sí, hermosa, vamos. Hasta luego Diana, nos veremos otro día.

—Pero llamame To, no te olvides —¿To? Ay, la matooooo.

Caminamos más de diez metros y recién le susurro:

—“¿To?” Me fascina la confianza que tienen. Si Luchi te llamó To y tenés una amistad con los padres, no me imagino qué te une a ella.

—¡Marlene, por Dios! No me digas que estás celosa.

Lo suelto, y sigo caminando sola.

—¡Sí, por supuesto que estoy celosa! ¿Tanto tiempo tenías que tardar? Me dijiste que ibas a estar hablando por teléfono y cuando te busco, te veo hablando con ella. ¿Cómo no me voy a poner celosa?

¡Por Dios, qué bien se siente poder explotar!

—Pará, Marlene. ¡Marlene, vení, por favor!

Bueno, pero solo porque yo quiero me acerco a él y me refugio en sus brazos.

—¿Qué? —pregunto, mirándolo a los ojos y copiándome de su sonrisa juguetona.

—Hace veinte minutos te dije que tenía sentimientos por vos...

—No, dijiste que tenías sentimientos encontrados. No es lo mismo.

—Marlene, ya, dejá de hablar —su sonrisa se hace más grande y acunando mi rostro entre sus manos, me besa la punta de la nariz—. Te pedí tiempo porque voy en serio y quiero hacerlo bien... estoy pidiéndote que confíes en mí. Esto que pasó, es confiar en mí porque ella no significa nada.

Él de verdad va en serio.

Entonces, asiento con mi cabeza y le doy un beso en los labios, pero éste sí va en serio, no es para darle celos a nadie, ni marcar territorio, es para responderle que, tal vez, yo también puedo ir en serio.

—Yo también necesito un poco de tiempo —admito en voz baja.

—Lo sé y no está en mí apurarte.

—Bien.

—Bien —coincide.

Segundos después, lo tomo de la mano y caminamos hacia la mesa donde están las chicas. Y el día se pasa volando entre sándwich de lomitos, cervezas, caminatas, zambullidas en el mar y sin preocupaciones.

Me despiertan unas cosquillas en el cuello, trato de abrir mis ojos, pero estoy tan cansada y quemada por el sol, que no logro despertarme. Abro muy despacio mis ojos y lo veo.

—Hola —susurra.

—Hey —me estiro sobre la cama del yate y bostezo—. Estoy tan cansada.

—Yo también, pero ya llegamos y tenemos que bajar.

Salimos y un bote nos está esperando para llevarnos a la orilla. Me cuelgo el bolso en un hombro y Tomás me ayuda a bajar. Se sienta a mi lado y entrelaza sus dedos con los míos. ¿No va a ir nadando? Menos mal, porque no paro de bostezar.

Llegamos a la orilla y comenzamos a caminar hacia la posada sin soltarnos de la mano. Cuando llegamos a mi habitación, voy directamente a mi cama y me acuesto, haciéndome una bolita. Lo escucho reír.

—¿Estás bien?

—Sí, solo... solo necesito dormir un poquito más. ¿Te acostás conmigo?

—No —niega con la cabeza y me acaricia la nariz—. Voy a mi cuarto así podés dormir bien.

—Entonces, ¿con vos al lado no se puede dormir tranquila?

—No... no se puede. No podría dejar mis manos quietas. Descansá, te vengo a buscar más tarde así cenamos con mis amigos.

—Bien... hasta después.

Besa mi cabeza y sale de la habitación. Obviamente, cierro mis ojos y vuelvo a quedarme a dormida.

Golpean la puerta, la abro y es Tomás, está tan hermoso como siempre y las mejillas coloradas por el sol lo hacen parecer tan juvenil y despreocupado. Como si nunca hubiera pasado por una pérdida tan grave.

—Estás hermosa, Marlene, muy hermosa —dice, mientras mira mi vestido corto y negro.

—Gracias, vos también.

Me pide la mano, entrelazamos nuestros dedos y bajamos las escaleras. En el restaurante nos están esperando Roxana, Mauricio y Luchi, que está

sentadito como un principito en una sillita alta en la punta de la mesa. Nos acercamos y los saludamos con un beso a cada uno.

—¿Qué hicieron hoy? Estás muy bronceada —dice Roxana, sonriendo.

—Sí, siento que me arde todo, me puse gel en la cara y en el cuerpo y de a poco se me está pasando. Fuimos a la Playa de Osos, hermoso lugar. ¡Me encantó!

—¿No habías visitado Búzios antes?

—No, jamás salí de Buenos Aires. ¿Vos?

—Tampoco, me lo recomendó Tomás. Y la verdad, es que es muy lindo y tranquilo. Y además, Luchi puede jugar solito y no lo pierdo de vista. Al haber poca gente me siento más relajada.

—Tiene cinco años, ¿no?

—El quince de enero cumple cinco, parece mentira lo rápido que pasó el tiempo.

—¿No pensaste en tener más hijos?

—Tomás, ¿escuchaste la pregunta que me hizo Marlene?

—No, perdón, estaba hablando con Mauricio.

—Marlene me preguntó si pensaba tener más hijos y supuse que sería mejor si lo habláramos todos juntos, ya que a vos también te preocupa este tema.

¿Por qué se preocuparía en una decisión que tienen que tomar Roxana y Mauricio? Entonces, miro a Tomás y verdaderamente parece muy nervioso...

¡Por favor, que hablen de una puta vez!

—Disculpen si pregunté algo que no debía, no fue mi intención provocar tanta incomodidad... a veces, cuestiono más de la cuenta, tienen que entenderme, soy periodista y lo llevo en la sangre...

—No, Marlene —Tomás me interrumpe—. Dejame hablar a mí.

Bien... que hable, por favor.

—Te escucho —me acomodo en la silla y meto mis manos entre las piernas, esperando...

—Es difícil para nosotros responder a esa pregunta... —traga con fuerza y doblando la servilleta, me mira—. Luego de tener un hijo con este tipo de trastorno genético, dudamos en querer buscar otro. No sabemos si los que vendrán tendrán el mismo Síndrome y ante la duda, preferimos no hacerlo. Es por eso que vivimos con el miedo constante a que pase lo mismo... a ver, tener un niño con una discapacidad es una experiencia que no se puede

explicar muy bien y a veces chocamos con las personas por nuestra manera de pensar porque para nosotros es normal, pero... dejarlo solo, si es que a nosotros nos llega a pasar algo... tener otro hijo para que esté acompañado es...

Se queda callado unos segundos y eso me da tiempo a digerir lo que está tratando de decir... ¿Tiene un hijo? ¿Tanta introducción para contarme que tiene un hijo con el Síndrome? ¿Es eso lo que quiere decir? ¿Por qué no me lo dijo estando solos? ¿Por qué frente a ellos?

No puedo quitarle los ojos de encima... no puedo porque los suyos están aguados y no entiendo por qué.

—Hay una carta que se titula “Bienvenidos a Holanda”, de Emily Peral Kingsley. Ella compara la enfermedad con la planeación de unas vacaciones en Italia, comprar un montón de guías, hacer planes, marcar puntos turísticos, elegir el hotel, las ciudades que uno quiere visitar. Después de muchos meses de intriga, de ansiedad, de duda y de felicidad, llega el momento de hacer el viaje. Las valijas están listas y subís al avión, pero cuando aterriza, la azafata dice “Bienvenidos a Holanda”, y uno se pregunta... ¿Holanda? Pero si yo me embarqué para Italia y se supone que el destino es ese porque toda la vida soñamos con recorrer ese país. La azafata responde que ha habido un cambio de ruta y que ha aterrizado en Holanda y nos tenemos que quedar en este país para siempre. Pero, lo que remarca, es que no es un lugar horrible, asqueroso y sucio, lleno de pestilencia, hambruna y enfermedad, sino que simplemente es un lugar diferente. Entonces, tenés que salir urgente a comprar nuevas guías y aprender un idioma nuevo porque vas a conocer gente que nunca habrías conocido.

Mira a Roxana y se sonríen, mientras ella asiente con la cabeza como si lo estuviera felicitando por recordar la carta con tantos detalles. Y yo, estoy conmovida y perpleja porque no esperaba algo así... entonces, vuelve a mirarme.

—Holanda camina a un ritmo más lento que Italia, es menos impresionante, pero después de haber estado un rato, uno contiene el aliento y mira alrededor, entonces ves que en Holanda hay molinos de viento y tulipanes. Pero todo el mundo que conocés está ocupado yendo y viniendo de Italia y te cuentan que es un país hermoso y el resto de tu vida pensás que en ese lugar se suponía que ibas a estar porque era lo que habías planeado... y sí, existe un dolor que nunca se va a ir, porque es la pérdida de un sueño muy importante...

—Pero —lo interrumpe Roxana y la miro —... si vivís la vida quejándote del hecho de que nunca llegaste a Italia, jamás vas a tener la libertad para poder disfrutar de las cosas tan hermosas, especiales y maravillosas de Holanda —concluye con mucha emoción y le agarra la mano a Tomás.

Y acá estoy yo, siendo observada por todos los que están en la mesa, como si estuvieran esperando una respuesta que no sé cuál es. Lo miro a Tomás, va a decir algo y espero que lo haga porque sinceramente estoy perdida.

—Marlene, mi caso es diferente al de ellos. Mi esposa murió por una complicación en el parto y es mucho más difícil... demasiado. Y no te imaginás cuánto... no quiero que me malinterpretes. Amo a mi hija por sobre todas las cosas, pero es muy difícil para mí ser papá y mamá al mismo tiempo, porque estoy solo. Y siempre tengo la duda —mierda, está eligiendo cuidadosamente las palabras que está a punto de decir —... de que no sé si voy a poder estar con otra persona, tener otro hijo y amar como amé.

Hubieron tantos momentos en los cuales estuvimos solos... habló de la confianza, del tiempo y... qué tonta soy, él necesitaba de ellos para decirme que era papá de una nena. Acaso ¿yo no demuestro ser una persona con la que se puede hablar de cualquier cosa? De un hijo, por ejemplo. De su hija. ¡Tiene una hija! Y claro, por eso lo llamó su mamá durante la madrugada, porque su hija estaba mal y él está de joda en Búzios. ¿No podía mandar a otra persona a hacer su trabajo? ¿Por qué dejó sola a una nena de cinco años? Porque ya sé que tiene cinco años, sé que conoce a Roxana y a Mauricio por Luchi y su hija.

Y no estoy mal por enterarme que el hombre con el cual estoy teniendo una aventura en otro país, tiene una hija. Estoy angustiada porque acaba de demostrarme que no puede... que todavía no aceptó ni la muerte de su mujer ni la enfermedad de su hija.

—Marlene, no te sientas mal. No te contamos esto para que te pongas así, simplemente es para que nos entiendas. Por mi parte, solo quiero dedicarme a Luchi hasta que tenga la edad suficiente para poder tener un hermano. Siempre estuvo en nuestros planes tener otro hijo y seguramente va a pasar. Tomás, en cambio, tiene una mirada totalmente diferente y la aceptamos. Él quería contarte esto y se me ocurrió a mí juntarnos y hablar de este tema en un lugar más tranquilo donde nos podíamos expresar mucho mejor que en la playa. ¿No te parece?

El nudo en mi garganta crece cada vez más.

—Esto... esto no lo esperaba, pero les agradezco que hayan confiado en

mí —hago una pausa y miro a Tomás—. No entiendo por qué esperaste tanto tiempo para contarme algo tan importante... tenés una hija, sos papá y lo ocultaste. ¿Por qué?

No dejo de mirarlo y cuando sus ojos se posan en los míos, me quiebro al verlo lagrimear. Levanta los hombros como si estuviera dudando, baja la mirada y toma un sorbo de vino tinto. Entonces, para dejarlo tranquilo, porque sé que no quiere seguir hablando, decido charlar un poco más con Roxana. Ya vamos a tener tiempo...

—¿Cómo fue el parto de Luchi?

Después de esta pregunta, nos hundimos en una conversación muy profunda. Pedimos comida y más bebida. Luego el postre y la charla continuó. A las dos de la mañana, Luchi se durmió en brazos de Roxana y un rato después, decidimos ir a dormir, con la promesa de arreglar otro día antes de volver a Argentina.

Tomás camina a mi lado por las escaleras, está muy callado y eso me asusta. Me preocupa que, después de lo que me contó, piense que ya no quiero pasar tiempo con él o que es un impedimento para continuar... por eso, tomé una decisión.

Cuando llego a mi habitación abro la puerta, lo tomo de la mano cuando lo veo dudar y entramos. No le digo nada, simplemente cierro la puerta y lo miro. Me ubico delante de él y le subo la remera hasta quitársela por completo. Duda otra vez, pero accede, dejando escapar un suspiro y cerrando los ojos.

Paso ambas manos por su pecho, rodeándole los hombros y beso muy despacio su corazón. Me alejo y susurro:

—Sentate en la cama.

Lo hace. Me ubico frente a él y agarrando el borde de mi vestido, me lo quito por la cabeza, quedando solo en bombacha porque no me puse corpiño. Abro mis piernas, me siento encima y acunando su rostro entre mis manos, lo beso en los labios.

Y entonces, me responde, pasando sus manos por mi espalda, abriendo su boca, metiendo su lengua que choca inmediatamente con la mía porque lo estaba esperando. Me empuja contra él apretando la parte baja de mi cintura... se separa y luego de observar por unos segundos mis labios entreabiertos, baja la cabeza y comienza a besar mis pezones. Estiro mi cuello, tiro de su pelo y gimo en voz baja...

—Tomás —susurro.

Y como si fuera una palabra clave, me acuesta sobre la cama, se ubica encima de mi cuerpo y su pelvis empieza a empujarme con fuerza... siento su bulto rozar contra mi vagina y me desespero. Lo envuelvo con mis piernas y... se sienta sobre la cama, me quita la bombacha y rápidamente se desnuda, dejando al aire libre su pene. Tengo que respirar con fuerza porque está tan... recto... Dios.

Se ubica entre mis piernas, tira de mí y pasa una mano por mi vagina... lo escucho largar mucho aire, demasiado. Introduce un dedo y le suplico con mis jadeos que me penetre de una vez.

¡Por favor, Tomás!

Guía su pene y poco a poco, lo mete. Me invade de tal forma... entonces, sus embestidas empiezan a ser más rápidas, profundas y...

—¡Aaaah!

—Chsss —pone una mano sobre mis labios y se acuesta, metiéndose más adentro—. No grites... no se grita, Marlene. Prohibido gritar...

Asiento con mi cabeza y lo veo sonreír. Quita su mano y sus labios atrapan mis jadeos.

—¿Más?

—Por favor —le ruego.

Sin salir de mí, me alza, aprieto mis piernas con más fuerza en su cadera y me apoya contra la pared. Me clava las manos en mis nalgas y continúa moviéndose.

Yo sabía que con él, iba a estar más tiempo en el aire que en tierra firme.

Y trato de no gritar demasiado, respirando muy rápido, hasta que esa sensación placentera se adueña de mi columna, de mis piernas, de mis brazos, de mi cuerpo... Tomás se está adueñando de todo. Más... más... por favor... me concentro porque nunca pude acabar mientras me están penetrando, pero con él... Dios.

—Terminemos juntos, Marlene.

Se une a mi respiración acelerada, gime contra mi boca e increíblemente, acabamos. Mis piernas siguen temblando, aún cuando me acuesta en la cama y se ubica a un costado. Lo miro y está sonriendo.

—Marlene...

—Tomás.

Besa la punta de mi nariz y aprovecho para acariciar su mejilla.

—Sé que puede sonar extraño que te pregunte algo así en este momento, pero ¿cómo es ella?

Lo escucho reír, mientras se pasa una mano por la cara y vuelve a mirarme. Acabo de darme cuenta de que, cuando piensa en ella, su rostro se relaja y sus ojos brillan aún en la oscuridad.

—Es... es dulce, cariñosa, juguetona, divertida, muy caprichosa... demasiado malcriada. Se enoja cuando uno no hace lo que ella quiere y contesta cuando la retás... y canta muy mal... es... es mi hija, Marlene. Mi hija es especial y me hace especial a mí.

Lo abrazo con fuerza y elijo quedarme dormida sobre su pecho sabiendo que su esposa no lo dejó solo.

Los rayitos de sol que se filtran a través de la cortina, vuelven a despertarme como todas las mañanas. ¿Cómo voy a hacer para no extrañar esto cuando vuelva a Buenos Aires? ¿Eh?

Después de ir al baño, decido ordenar mi habitación porque está toda mi ropa desparramada, las sábanas por el piso... y Tomás viene a mi mente tan rápido que me mareo. *Es... es dulce, cariñosa, juguetona, divertida, muy caprichosa... demasiado malcriada. Se enoja cuando uno no hace lo que ella quiere y contesta cuando la retás... y canta muy mal... es... es mi hija, Marlene. Mi hija es especial y me hace especial a mí.*

—Ay, Tomás —susurro, mientras sigo ordenando.

Levanto una pelusa del piso y voy a tirarla al tacho de basura... la tapa queda abierta y... ¿Dónde está el preservativo? Corro hacia la habitación para buscarlo en la mesita de luz, debajo de la cama, entre las sábanas y no está.

No hay condón.

Trato de hacer memoria... recordar en qué momento se lo puso, cuándo dejó de cogerme para ponerse uno. ¡Nunca! Y carajo, yo... yo dejé de tomar las pastillas cuando Pablo me dejó y mi ciclo menstrual cambió, me vino una vez en dos meses y...

La puerta se abre y Tomás entra sonriente en la habitación, con una bandeja de desayuno en sus manos... trago con fuerza porque sé que esa sonrisa se va a borrar. Lo sé.

—Buen día, preciosa —besa mis labios y me siento en el borde de la cama.

Espero a que deje la bandeja sobre la cómoda y cuando me mira, le pregunto:

—Tomás, ¿te cuidaste anoche?

Su rostro pierde color. Sí, señor. A pesar de tener treinta y tres años, experiencia y una hija, se le olvidó. Lo sé porque cierra los ojos y apoya la espalda contra la pared, respira muy profundo y...

—Yo... pensé que vos...

—¿Que qué? ¿Que estaba tomando pastillas? ¿Lo diste por sentado?
Me clava los ojos y pasándose una mano por el pelo, pregunta:

—¿Cuántas son las probabilidades?

—¿Las probabilidades de que quede embarazada? ¡¿En serio, Tomás?!

—¡Vos también estabas ahí, pudiste habérmelo dicho! Ay, Marlene, no me eches toda la culpa encima... yo pensé... pensé que... que como terminaste una relación hace muy poco, te seguías cuidando...

¿Y él cómo mierda sabe eso? ¡¿Eh?! Sin embargo, tiene razón, los dos estábamos ahí.

—Tenés razón, Tomás. Yo... yo tampoco me di cuenta, me comporté como una pendeja de quince años.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Nada —contesto y miro el techo—. Mi ciclo menstrual se dio vuelta desde que dejé las pastillas, por lo tanto, no sé cuándo estoy ovulando o cuándo me está por venir y... no sé. Si querías saber las fechas, no soy una persona regular, para nada.

—Mierda, no puede ser que esté pasando esto —maldice en voz baja y me enojo.

¡Por supuesto que me enojo!

—A ver, ayer me estabas dando cátedra de que te daba miedo tener otro hijo y me lo tuviste que explicar con una estúpida carta, y en el primer garche que tenés conmigo, ¡te olvidás de ponerte un forro! Entonces, no me vengas a correr diciendo que “esto no puede estar pasando”.

—¿De verdad vamos a pelear, Marlene?

Me pongo de pie y empiezo a caminar por la habitación como si fuera un gato enjaulado...

—Necesito...

—¿Comprar la píldora del día después? —me interrumpe.

Ah, es un idiota.

—Tomás, creo que es mejor que te vayas...

—¿Y si no quiero que la tomes?

No existe en el mundo entero, una persona tan cambiante como él. Y tampoco existe una mujer tan loca como yo.

—Vos estás enfermo, Tomás. No tenés la puta idea de lo que querés para tu vida... ¡¿Y si estuviera embarazada?! ¿Qué harías? ¿Dudarías en tenerlo, Tomás? ¿Y si es Down?

—Marlene, no vayas por ahí —me desafía con las palabras y con la mirada.

Pero ya estoy muy enojada como para dejar de “ir por ahí”.

—¡Voy por donde quiero! Y me importa tres carajos si pensás que vos y tu genética son el problema para traer hijos al mundo. Y ahora... andate de mi cuarto, quiero estar sola.

—Marlene...

—¡Ni siquiera te conozco, Tomás! Ni siquiera sé el nombre de la persona más importante de tu vida... —sonríó sarcásticamente y me dirijo al balcón, dándole la espalda—. Ni siquiera sé si esto es bueno.

Cierro mis ojos al escuchar el golpe que le da a la pared, y segundos después, sale de mi habitación, dando un portazo.

Cuando estoy lista, bajo y me encuentro con las chicas, que empiezan a contarme todo lo que hicieron anoche mientras yo cenaba con Tomás y la familia de Luchi. Aprovecho y anoto en mi cuaderno que en el día de hoy vamos a ir a la playa Azeda y Azedihna.

Y ellas hablan y hablan y yo no escucho nada porque... porque pienso en Tomás. Pienso en las cosas que le dije, en cómo lo traté y quiero estrellar mi cabeza contra la pared por ser tan impulsiva.

—Hey, Mar, ¿seguís dormida? —la pregunta de Ana interrumpe mis pensamientos.

—Solo estoy pensando...

—¿En qué?

—No seas chusma.

—Soy periodista, amiga.

Me río como una tonta justo cuando Tomás aparece.

—¿Listas?

Y como siempre, las gatitas falderas le gritan sí con emoción. Los sigo hasta una Jeep 4X4 negra. ¿De dónde mierda saca estos autos? Las chicas se suben en la parte de atrás y claramente, tomo lugar en el asiento del acompañante.

—Ponete el cinturón, por favor —susurra y enciende la camioneta.

Una hora y media más tarde, y luego de estar callada todo el viaje mientras que ellos hablaban y hablaban como cotorras, llegamos a Azeda y Azedinha. Es como una bahía, poca gente, hay una casa vieja que está trasformada en un parador encima de un morro y muchas sombrillas amarillas sobre la arena. Hay barquitos en el agua, en el fondo se pueden ver unas pequeñas islas y estamos en medio de una selva. Y el cielo celeste demuestra que será un día hermoso. Nos ubicamos en unas reposeras que nos indica Tomás, nos sentamos y acomodamos nuestras pertenencias.

Tomás deja su bolso en una de las sillas, se saca la remera y agarra unas patas de ranas y antiparras. Entonces, nos mira y sonrío.

—Si lo desean, pueden usarlas. Después les enseño.

Las chicas están alucinadas y preparadas hasta que llegue su turno, mientras él camina hacia el mar, se coloca las antiparras en la frente y cuando el agua le llega a la cintura se agacha y se calza las patas de rana. Camina hacia atrás y de a poco el agua lo va tapando. Lo veo desaparecer... sí, desaparece y un escalofrío me recorre el cuerpo de punta a punta. ¡Tiene una hija, no puede hacer algo tan peligroso como esto!

Sos tan exagerada, Marlene. Ni que se estuviera tirando en paracaídas.

—Marlene, tenemos que contarte algo.

No tengo idea con qué van a salir ahora. Mi estómago se hace un nudo porque tal vez es algo referido a Tomás y no sé si quiero saberlo.

—¿Qué chisme tienen ahora?

—Eh, no es un chisme, es algo de nosotras. ¿Por qué decís así?

Porque estoy a la defensiva.

—Perdón, no quise ofenderte, Agus. Ando con otros mambos.

—Está bien —hace una pausa y mira a Anabela. Se ríen y me miran las dos al mismo tiempo. ¿Qué les pasa?—. No queremos que te lo tomes a mal, o que pienses mal de nosotras, pero... bueno... somos pareja.

No entiendo y mi cara les dice todo.

—Marlene, somos novias. Si querés ponerle un nombre...

¡¿Novias?! ¿Tan rápido? Pero si se acaban de conocer.

—Ah... wow... perdón, pero de verdad me tomaron por sorpresa. No sé qué decir. Agus, pensé, pensé que te gustaban los negros... perdón, un mal chiste —sonrío por los nervios.

Se miran y empiezan a reír.

—Solo tenés que aceptarnos. ¿No te molesta?

Pero ¿cómo me va a molestar?

—¡Ay, chicas, perdón! Soy una tonta. Me pongo muy contenta por ustedes, me alegro mucho, de verdad. ¿Cuándo fue?

—Ayer —responde Agustina y le toma la mano a Anabela. Es fuerte, no lo niego.

—Bueno, bien por ustedes. Pueden contar conmigo para lo que sea. Se los aseguro. Y gracias por contármelo a mí primero, me hacen sentir bien.

Y solo puedo sentir envidia de esto tan lindo que les está pasando.

Entonces, comienzan a contarme cómo se dieron cuenta que se gustaban. Jamás habían estado con otras chicas, pero cuando se conocieron fue diferente. Y esas sonrisas que demuestran el amor y el compañerismo que las une, me desarma de ternura. ¡El amor está en todas partes!

Luego de estar charlando una hora y como se pusieron mimosas, decido caminar hasta la orilla, donde me quedo de pie mirando el horizonte, mis pies se hunden en la arena con cada olita y... siento que alguien se para detrás de mí... lo escucho respirar y se me cierra la garganta.

—Yo sí te conozco, Marlene. Sé que te da miedo volar y que te tranquiliza sentir el perfume de mi cuello. Sé que te gusta el vino tinto, que le contás todo a tu mamá, que te reís como chanchito... que tus ojos se ponen más amarillos cuando te metés al mar o cuando llorás. Te gusta tocarte pensando en mí, pero disfrutás mucho más cuando estás conmigo... —hace una pausa e inspira muy profundo—. También sé que dudaste en seguir conmigo cuando te enteraste que soy papá, lo sé aunque no me lo hayas dicho. Y sabiendo cómo sos y conociendo tu carácter, te quiero más. De verdad te quiero, Marlene.

¡Dios! No logro juntar fuerzas para darme vuelta y enfrentarlo. Mis ojos están llenos de lágrimas, pero no quiero que bajen por mis mejillas, quiero que se queden donde están. Y tal vez es una tontería, pero lo que no logro entender es que en cuatro días este hombre se haya tomado el tiempo suficiente para conocerme. Estuvo prestando atención a cada detalle y eso me hace pensar que le importo. Que en verdad soy alguien importante para alguien más. Me desarma pensar que lo hice sufrir por una de las tantas cosas que le dije hoy a la mañana.

Ni siquiera sé si esto es bueno.

Cuando por fin recupero mi estabilidad emocional, giro y me encuentro con sus ojos. Esos ojitos de color verde claro que me miran, como si estuvieran pidiendo algo. Me pongo en puntitas de pie, acuno su cara entre mis manos y le doy un beso suave en los labios. Ubica sus manos en mis costillas y aprieta... siento la presión de sus dedos en mi carne y sin dejar de besarlo, me abrazo a su cuello y él me rodea con sus brazos, me alza y mis pies ya no tocan la arena. El beso crece, se intensifica, nuestras lenguas chocan, las respiraciones se mezclan y ya pierdo todo tipo de control que tuve hasta el momento.

Sé que tiene un poder sobre mí aunque me haga la fuerte, sé que con un solo beso puede lograr lo que él desee. Lo quiero, se me hace inevitable no quererlo, no sentir amor y cariño. Y es tan extraño lo que me pasa, no lo entiendo. Lo conozco hace cinco días... dejé de lado mi estereotipo de mujer y me entregué a él aún sabiendo que podía llegar a sufrir. Siento miedo con solo pensar que puedo perderlo.

Dejo de besarlo y lo abrazo más fuerte. Pego mi cara a su cuello... ¡Dios! Puedo sentir el sufrimiento que padece por la muerte de su esposa, por no llegar a Italia, por... por todo. Me dan ganas de llorar. Y lloro, mis lágrimas caen y empiezo con mis espasmos nerviosos. Tiemblo. Me separa a la fuerza y me sostiene de mis antebrazos.

—Marlene, no llores. Sentémonos, vení.

—Per... perdón... perdón, Tomi. Soy una... una egoísta... perdón.

—Los dos somos un poco egoístas y eso está bien.

Me abraza y de a poco, mi cuerpo se tranquiliza. Mis labios aún tiemblan... con una mano en mi espalda y con la otra en mi barbilla, me mira a los ojos y susurra:

—Clara... mi hija se llama Clara.

Al fin. *Clara Ruán.*

Y al conocer esto, comienzo a pensar en cómo serán sus ojitos, sus orejitas, su carita, el cuerpecito chiquito y tierno de una nena de cinco años. Me la imagino con los ojos de él, un verde claro y extraño, que a la luz del día se asemeja al esmeralda...

¿Y si no quiero que la tomes?

Ay, Tomás.

Me estiro en la reposera y apoyo mi cabeza, cierro mis ojos porque no quiero pensar más. No quiero hacerme la cabeza, no quiero que mi corazón

quiera amar tan rápido... no quiero volver a sufrir, no quiero volver a sentir ese dolor... no quiero sentir miedo... ¡No quiero, no quiero, no quiero!

Todavía recuerdo sus últimas palabras, su engaño, sus mentiras... las heridas que me quedaron y la desconfianza que me tengo como mujer, como persona gracias a él. Derrumbó mi estantería y todavía se me hace imposible reconstruirla, poner todo en su lugar, acomodar sentimientos, priorizar emociones, borrar los recuerdos...“El tiempo cura las heridas”, dijo Pablo, cuando me dejó destrozada en la puerta de la casa de mis papás. Qué hipócrita fue quien inventó esa frase y más hipócrita es quien la usa, porque el tiempo no las cura, las agranda cada vez más y más y termina quedando una estría que nunca vas a poder tratar con cremas. Siempre va a estar ahí y la vas a ver...

Abro mis ojos y miro hacia el mar para dejar de pensar. La escena es increíblemente graciosa, Tomás le está poniendo las patas de rana a Anabela y ella aprovecha para tocarle los músculos de los brazos y le dice algo con respecto a eso porque se los aprieta y ríen entre ellos... me causa mucha gracia y sonrío, están felices. Muy felices.

—Uh —susurro, cuando Ana cae hacia atrás.

Rompen en carcajadas, Ana no puede ponerse de pie y Tomás la alza en sus brazos, entra al mar con ella y la tira se lleno en una ola. Anabela sale tosiendo y tirándole agua con las manos pero otra vez vuelve a caer, porque no logra mantenerse parada. Él le dice algo y ella se da vuelta, camina hacia atrás y se mete muy despacio en el mar, mientras Tomás la mira. Agustina observa todo desde la orilla. Se da vuelta, me mira y su sonrisa es sincera... ella me mira con cariño y yo le devuelvo el mismo gesto.

—Sí mamá, en dos días estoy por allá... tengo mucho trabajo en Buenos Aires... no mamá, no puedo, tengo que volver... ¿Qué está haciendo, Clarita? —tiene los ojos cerrados y sonrío mientras escucha lo que la madre le cuenta, se pasa una mano por el pelo y ríe en voz baja, divertido—. Está muy traviesa, cuando llegue, te vas a tomar unas largas vacaciones. Si es necesario la voy a llevar a la redacción conmigo... No mamá, es tema resuelto, en algún momento tenía que pasar esto, ¿no?... cuando vuelvo hablamos. El lunes estoy por ahí, preparará todas sus cosas, te hablo en serio... tengo que dejarte, a la

noche hablamos, besos para las dos. Gracias mamá, chau.

Corta la llamada y se queda mirando el teléfono. Sonríe, mientras niega con la cabeza. Entonces, me mira y le sonrío.

—Sos hermosa, Marlene.

¿Por qué no está con su hija?

—Gracias —contesto, un poco confundida. Y cuando estoy por preguntarle por qué está acá y no en Buenos Aires...

—Marlene...

—Decime.

—Necesito que me prometas que esto no se va a terminar acá, que en Buenos Aires va a ser mejor. Que vas a quedarte conmigo... que no te va a importar lo que digan en el diario.

Por supuesto que me importa porque no quiero que piensen que me garcho a uno de los jefes. Ya me imagino lo que van a empezar a hablar, los chismes, las conjeturas, vamos a ser el centro de atención de muchos porque eso hacen en la redacción.

—Marlene, no lo pienses...

—Es que, no me llevo muy bien con los chismes.

—¿Por qué tenés miedo de eso? Mirá a las chicas, ¿vos te pensás que les importa si alguien en la redacción las juzga por ser pareja? No, no lo piensan, les importa un carajo. Si querés, lo mantenemos en secreto durante un tiempo. Pero, en algún momento, quiero que sepan que estás conmigo...

—No hace falta que los demás sepan eso, vos sabés que soy tuya —hago una pausa y sigo—. Quiero que me cuentes cosas de vos, lo necesito.

Sonríe como si estuviera satisfecho con mi planteo... bien, supongo que vamos a conocernos. Se aclara la garganta y comienza:

—A ver... me llamo Tomás Ruán, tengo treinta y tres años y soy de tauro —ambos nos reímos—. Tengo una hija de cinco años y se llama Clara, solo somos nosotros dos. Mi mamá, Rafaela, la cuida la mayor parte del tiempo. Desde que Clarita nació y mi esposa murió, ella se... se hizo cargo de Clara, la malcría y le da todos los gustos. No me gusta mucho, pero fue su condición: “Nunca vas a decirme lo que tengo que hacer con ella”. Sinceramente, es una mujer buenísima e incondicional, y no sé qué hubiera sido de mi vida sin ella... —sus ojos se cristalizan por un segundo, pero traga la emoción que se junta en su garganta—. Mi color preferido es el blanco. Mi casa es blanca, la mayor parte de mi ropa, mi yate, mi camioneta, mi cuatriciclo... mi celular —

carcajeo de risa y no puedo apartar mis ojos de él—. Soy el accionista mayoritario del diario donde trabajás y tengo muchas personas a mi cargo, demasiadas para mi gusto, pero lo manejo muy bien. Cuando mi papá murió hace unos años, tuve que hacerme cargo de su parte, además de las acciones que ya tenía... y la verdad es que me va muy bien, no tengo mala relación con las personas, siempre trato de mantenerme serio delante de los demás y lo bueno es que no es necesario que mis empleados me chupen las medias, soy muy accesible —hace una pausa y ríe con él. Esto me está haciendo muy bien—. No sé qué más decir. ¿Soy romántico? —sonríe de costado, pero se pone serio y suspira—. Y no puedo sacarte de mi cabeza, no sé cómo manejar todo lo que siento... a veces, creo que voy a volverme loco, Marlene.

Lo entiendo, porque a mí me pasa igual.

—Es mutuo —admito y le sonrío para tranquilizarlo.

—Hoy, cuando no quisiste seguir hablando conmigo, cuando te enojaste y me pediste que me fuera... enloquecí. Fui rechazado cuando dije que lo sentía y eso me hace pensar en que, tal vez, no soy libre de expresar lo que siento cuando estoy con vos.

¿De verdad se siente así?

—Tenés que entenderme, Tomás. Pensaste en la posibilidad de tener un hijo conmigo cuando la noche anterior... perdón por lo que dije de la carta, no me parece algo estúpido, al contrario, es muy inteligente porque de esa forma las personas entienden lo que es entrar en tu mundo...

—Sé que no fue en serio, Marlene.

—¿Tuviste una relación seria en estos cinco años?

—No... —suena confundido—. Pensé que había quedado claro...

—¿Y por qué no?

Medita unos segundos su respuesta...

—Teníamos una vida para estar juntos. Mi mujer y yo lo teníamos todo... amor desde muy chicos, una amistad, un matrimonio perfecto, buena comunicación, nos divertíamos, nunca nos aburríamos y nos amábamos. Discutíamos todo el tiempo, pero ella decía que el día que no peleemos íbamos a estar en problemas —sonríe al recordarlo y negando con la cabeza, cierra los ojos y yo me muero por dentro—. Teníamos un futuro, tomamos la decisión de buscar un bebé y... ella era todo para mí. ¿Alguna vez amaste de esa forma? ¿Amaste tanto?

No, nunca.

Niego con la cabeza, porque es imposible responderle con palabras. No puedo siquiera modular la palabra *no*.

—Entonces... entenderás que, después de una pérdida tan grande, no me di el lugar para conocer a alguien y amar como amé. Pienso que la vida sólo nos da una oportunidad y esa chance, ya pasó.

¿De verdad?

Trato de tragar la pelota de angustia que tengo en la garganta... imposible.

—En fin, estar... sí, estuve con otras mujeres, pero nada parecido a esto que me pasa con vos. Y además, con Clarita se complica un poco.

Obvio la parte de su hija.

—¿Alguna que conozco?

¿Por qué tendría que conocerlas?

—Trabaja en la redacción... Sonia, una de las chicas de administración.

¿Hay en el mundo con quien no haya estado esa mujer?

—Sí, la conozco de vista —susurro y me acomodo sobre la reposera, muy inquieta.

¿Por qué las personas tienen que hablar de sus ex? ¡¿Eh?!

—Bueno, ella buscaba algo serio... algo que yo no estaba dispuesto a dar y simplemente lo dejamos.

¿Y ella se conformó con eso? ¿De verdad?

—Ahora que lo pienso, se corrió un rumor que andaba con uno de los jefes y todos en la redacción hablaban mal de ella... así me va a pasar a mí.

Entonces, me doy cuenta de que soy como todos los demás. Yo formo parte de todos esos rumores que decían que quería dinero y escalar más alto de lo que le daba el culo. Yo digo que es “una puta asquerosa” por todo lo que escuché. Y si yo lo pienso, los demás también podrían opinar lo mismo. Sonia estaba con Tomás.

—No, Marlene, no te va a pasar eso —hace una pausa y entrecierra los ojos... odio cuando elije las palabras que está por decir porque yo soy todo lo contrario—. Por lo que sé, tenés muy buena relación laboral con todos tus compañeros y jamás me llegó una queja de tu editor. Voy a contarte algo... —chasquea la lengua contra el paladar y se acomoda frente a mí—. Antes de elegir a las personas que tenían que acompañarme, me junté con todos los editores y de esa reunión salieron ustedes tres. Pedí datos personales, notas que hicieron en el último año, el currículum y una opinión profesional por

parte de sus jefes. En tu caso, sos eficiente, dinámica, inteligente, proactiva y lo más importante, sabés trabajar en equipo, por eso te elegimos. ¿Te acordás que hace un mes te llamamos para hacerte un test psicológico? Bueno, el resultado dio que estabas en una etapa depresiva en tu vida y decidimos que si no te tomabas vacaciones por tu cuenta, te las dábamos nosotros. Necesitábamos que te pusieras mejor para que cumplieras perfectamente con tu trabajo y nos des mucho más.

Creí... creí que éramos un número más en una empresa tan grande.

—¿Leen correos electrónicos?

—Por supuesto —contesta y deja de sonreír.

—Ah, estamos muy vigilados. No creí que era para tanto...

—Sí, Marlene. El correo del trabajo es sólo para trabajo, pero si ustedes eligen usarlo para cosas personales, nosotros nos enteramos igual. En todas las empresas grandes pasan estas cosas. Pensé que ustedes lo sabían.

Apoya los codos sobre las rodillas y entrelaza los dedos de sus manos. Toma una postura relajada y a la vez, trata de marcar un poco de espacio entre nosotros.

—Sí, nos imaginábamos algo, pero pensábamos que como éramos tantos no se iban a poner a controlar cada *e-mail* que salía o entraba desde nuestra bandeja.

—Bueno, ahora lo sabés. Hay personas que trabajan para eso. Bien, ¡basta de hablar de trabajo!

—¿Por qué nunca te vi en la redacción? —pregunto.

Sonríe.

—Yo sí te vi.

¿De verdad?

—¿Cuándo?

—Hace dos meses atrás, antes de que empezara todo esto... te encontré en una de las escaleras de emergencias... estabas llorando y hablabas por teléfono... —*mierda*—. Insistías en que vos no lo estabas presionando, que tu amor no era una presión de nada. Creo que él te volvió a decir que no lo presiones... te lo repitió varias veces, te gritaba y yo, estando dos escalones más arriba, lo escuché... y llorabas sin parar. Estabas en medio de un ataque de tristeza... te pregunté si necesitabas algo...

—No me acuerdo de vos.

Dios mío, qué vergüenza.

—No, porque ni siquiera me miraste. Levantaste tu mano para que hiciera silencio, te pusiste de pie y saliste a la terraza para seguir implorándole que no te dejara.

—¿Y vos seguiste escuchando?

—Salí a fumar un cigarrillo y tampoco te diste cuenta que estaba ahí. ¿Qué te hizo, Marlene?

—No... no sé si estoy preparada para hablar de eso. Recién ahora me siento mejor...

Es increíble que el recuerdo de Pablo haga que me duela la panza hasta retorcerme.

—A mí me gustaría mucho saber qué fue lo que pasó para que lloraras de esa manera.

¿Por dónde empezar? ¿Qué contarle y qué no? ¿Y si me pongo a llorar otra vez? Porque ese efecto tiene Pablo en mí, recordarlo me da ganas de llorar por todo lo que le di y él nunca valoró.

—Bueno... salimos durante tres años y medio. Sí, mucho tiempo —susurro y sonrío para quitarle importancia—. Una noche, vino a cenar a la casa de mis papás, como siempre, y... recuerdo que no quise tener sexo porque me dolía la panza, había estado todo el día en la calle haciendo notas, caminando... y quería dormir. ¡Siempre quiero dormir!

Me río como una tonta porque es verdad y ahora que lo pienso en frío, yo me recriminaba a mí misma haberlo rechazado... porque, tal vez, si hubiésemos tenido sexo, no me hubiera dejado. ¡Qué estúpida! Él solo quería una última vez, para despedirse o algo así.

—Al otro día, me desperté y me fui muy temprano al diario porque tenía que pasar en limpio toda la información del día anterior... cuando salí, llegué a casa y me preguntó si podía ir a buscarme porque teníamos que hablar. Enloquecí, Tomás... —admito, mirándolo a los ojos—. Enloquecí de una forma que no puedo explicar... me dolía la panza, se me cerró la garganta y tenía miedo... mucho miedo porque sabía que iba a dejarme. Subí al auto y cuando lo vi, lo supe todo... —me río, mientras me paso las manos por las piernas—. Paró el auto a cuatro cuadras de casa... me dijo que estaba viendo a otras chicas, a muchas, en realidad... sí, dijo eso... que ya no le importaba, que no era lo mismo, que no me amaba y... —suspiro y dejo de mirarlo porque me da vergüenza contarle esto—. Yo le pregunté qué iba a hacer ahora con mis sentimientos... él me respondió que no me preocupara porque el

tiempo se encarga de curar las heridas. ¡Sí, dijo eso! Ah, sí, y agregó que ya me iba a sentir mejor... le pedí que me lleve a casa, bajé del auto, me di vuelta para mirarlo y ya se había ido, ni siquiera esperó a que entrara.

¡Como si eso fuera lo más importante! ¿No?

Dios mío, qué tonta.

—Entré llorando... me sangraba el corazón, el alma, el cuerpo. Y lo único que le repetía a mi mamá era: “No es mi Pablo, no es él”. Lloraba tanto... todo el tiempo. Cada vez que tenía un segundo libre, lloraba... era insoportable. Hasta... —vuelvo a reír, recordando a mi hermano—. Dormí con mi hermano más chico durante tres semanas, tiraba mi colchón en su habitación y dormía ahí porque tenía miedo... no quería estar sola, no podía dormir y si me dormía, me despertaba con una pesadilla. No controlaba mis emociones y me terminé refugiando en mis amigas... me prometí a mí misma, no enviarle un mensaje, no llamarlo y borrarlo de mi vida. Y... dos meses después, acá me ves... cuando pienso en él, siento tristeza... desilusión... tal vez, porque me lastimó.

Levanto la mirada y me está observando... en la misma posición que antes, los codos sobre las rodillas y las manos unidas en el medio de las piernas. Sus labios son una fina línea y sus ojos... ya no son verdes, son negros.

—Una amiga me dijo: “Él está bien, es feliz... entonces, dejalo ir”. Y a partir de ahí, mi perspectiva cambió... yo cambié.

—¿Te volvió a hablar? —su voz ronca me hace cosquillas en la panza.

—Una vez me mandó un mensaje diciendo que iba a ser tío... y no le respondí.

—Lo seguís pensando, Marlene. No sé si lo seguís queriendo, pero lo pensás...

No voy a mentirle.

—Sí, lo pienso. Lo comparo con vos todo el tiempo... ¿Y sabés qué?

—¿Qué? —pregunta confundido.

—Me sentí más querida y cuidada en estos cuatro días, que en casi cuatro años.

Sonríe y larga un suspiro de alivio. ¿De verdad, Tomás?

—Marlene...

—Ahora me siento una tonta porque lo mío ni siquiera se compara con lo que te pasó a vos.

—Preciosa, son diferentes duelos. Vos también perdiste a alguien que

querías y eso es aceptable.

¿Por qué es tan fácil hablar con él?

—¿Qué pasa? —pregunto, cuando se pone serio.

—Me pone mal saber que sufriste... me imagino a tus hermanos y tus papás, lo habrán querido matar.

—Sí, estuvieron a punto. Pero ¿para qué? Pablo no iba a volver conmigo bajo amenaza... supongo que, a veces, necesitamos estos golpes...

—No, Marlene. No necesitamos ser golpeados para darnos cuenta de las cosas... no merecemos sufrir y menos por amor... ay, ¿qué voy a hacer con vos? —pregunta, mordiéndose el labio inferior.

—Lo mismo me pregunto yo.

—¿Puedo decirte algo? Es más bien una confesión.

—Estoy preparada... —susurro, en todo de chiste, pero me preocupa demasiado.

Entonces, se acerca y poniendo sus labios cerca de mi oído, dice:

—Quiero tenerte en mi cama, Marlene.

Cierro los ojos porque solo él puede decir algo así después de escuchar todo lo que le dije sobre mi ex. Y creo que por eso me gusta tanto... sí, estoy loca por Tomás.

Estoy completamente loca por él, aún sabiendo que su oportunidad para amar otra vez, ya pasó. Y quizá, por eso me estoy entregando de esta forma, porque sé que él nunca va a amar a otra mujer como amó a su esposa, que esto es solo sexo... y por mí, está bien así. Creo.

—Y yo quiero estar en tu cama, Tomás.

Dicho esto, acuno su rostro entre mis manos y lo beso en los labios. Respira con fuerza y después de darme un chupón, se separa, se pone de pie y camina hacia donde están las chicas. Les dice algo que las hace reír y vuelve hacia mí. Estira su mano y la agarro con fuerza, juntamos nuestras cosas y caminamos hacia la camioneta.

—Ay, Marlene...

Le sonrío, porque puedo imaginar todo lo que está pasando por su mente en este preciso momento.

Llegamos a la posada, estaciona la camioneta y le da la llave a un muchachito que está parado en la puerta. Me ayuda a bajar, me toma la mano muy fuerte, caminamos juntos sin detenernos y los nervios comienzan a crecer en mi estómago.

Dios mío, ¿qué estoy diciendo? ¡Me late la vagina! ¿Cómo puede ser?

Pasamos de largo por mi habitación y cuando llegamos a la suya, abre la puerta y me deja pasar primera. Sonrío porque a pesar de todo lo que tiene planeado, todavía sigue siendo un caballero.

Recorro la habitación con mis ojos y él entra en el baño. Aprovecho para sacarme el vestido, lo dejo sobre la cama y camino hacia el balcón. La brisa que entra por el ventanal me refresca y me ato el pelo con una colita que tengo en mi muñeca. Entonces, cierro los ojos cuando sus manos aprietan mi cintura, sus labios se pasan por mi nuca, su lengua me hace cosquillas y comienzo a temblar cuando su mano acuna mi vagina...

—Estás... tan mojada.

Me empuja contra la pared, baja mi bombacha y me sube una pierna en la mesita de luz. Sí... así de entregada me tiene. Entonces, da unos pasos hacia atrás y me mira de arriba abajo. Cierro mis ojos cuando su atención es dirigida al centro de mi cuerpo y tiro la cabeza hacia atrás... enseguida, su boca invade mi clítoris... chupa, lo estira, no lo muerde... es tan delicado... suave... húmedo.

—¡Aaaah!

Mi cadera tiene vida propia, se mueve hacia atrás y adelante... introduce un dedo... dos... los mueve lento, rápido, lento... y al segundo, se aleja de mi vagina y se apodera con su boca de mis labios... Dios mío. Sigue moviendo los dedos, volviéndome loca...

Por la desesperación, muerdo sus labios y tiro de su pelo...

—No seas mala.

—Tomás...

Rápidamente me da vuelta, me levanta la pierna para que la suba nuevamente a la mesita de luz, pego mi mejilla a la pared, mis tetas quedan

apretadas...

—Tomás... —vuelvo a repetir, como si estuviera loca—. Por favor...

—¿Ya?

—Sí... por favor.

Se separa de mí y abre el cajón, saca un preservativo, raja el envoltorio y se lo pone. Sin más, mete su pene brutalmente dentro de mí y grito de placer. Sus embestidas son tan fuertes y rápidas, que hasta podría lastimarme. Lo escucho ronronear y me estremece por dentro.

—¡Vamos, Marlene!

Sus deseos son órdenes para mí. El orgasmo llega y grito como nunca grité en mi vida teniendo sexo... sus embestidas se suavizan y cuando dejo de temblar, hago que salga de mi cuerpo y me doy vuelta... lo miro cuando comienza a masturbarse... su pene duro, rosa, grande y con la cabeza hinchada bajo el condón que parece explotar... *mierda*. Lo llevo hasta la cama, se sienta y me subo sobre él, introduciendo su pene en mi interior. Comienzo a cabalgar sobre él, mientras sus manos aprietan mis caderas para hacer fuerza contra él... ronronea y tira la cabeza hacia atrás... la vena de su cuello parece explotar y...

—Vamos, Tomás... quiero que termines —susurro contra sus labios.

Siento un tirón en mi pelo y le respondo mordiéndole el labio inferior...

—Juntos, Marlene... aaah, más rápido... no pares.

Sonrío, porque el entregado, ahora, es él... me aferro a sus hombros y me muevo más rápido. Escuchar sus jadeos desesperados me enloquece, mojarme con su transpiración me excita más, sentir el dolor que me provoca al hundir sus dedos en mi piel me atemoriza...

—¡Aaaah! —gime, endureciendo todos los músculos de su cuerpo, apretándome más fuerte, clavándose más en mí...

Y entonces, permanecemos unos segundos abrazados hasta que nos calmamos, dejamos de temblar, de respirar con dificultad... nos tomamos unos segundos para tratar de volver a la normalidad, mientras acaricia mi espalda con las yemas de sus dedos. Poco a poco, me levanto y se quita el preservativo, le hace un nudo y lo deja en el piso. Me toma de la mano y tira de mí para acostarme con él...

—Tomí —susurro, tratando de no quedarme dormida—. ¿Estás bien?

—Sí —responde en voz baja y lo escucho reír—. ¿Vos?

Entonces, abro mis ojos y lo veo sonreír. Me contagia.

—También... creo que podría acostumbrarme a esto.

—Mmmm... —responde, medio dormido.

No, medio no, del todo. Acaba de dormirse y antes de cerrar mis ojos, acaricio su mejilla y...

—Marlene...

Escucho mi nombre, acompañado de una caricia en mi pelo... abro mis ojos y sonrío al verlo, pero al notar su preocupación, me siento de golpe en la cama.

—¿Le pasó algo a Clara?

Y sonrío.

—No... —sigue acariciándome—. Ella está bien, gracias por preguntar... solo problemas en la redacción. Tengo que volver a Buenos Aires y reunirme con la junta y los abogados. Nos dieron una prórroga y necesitamos tomar una decisión... pero ustedes se quedan.

Por alguna razón, no quiero que se vaya. Sí, sabía que esto iba a terminar, pero quería seguir un rato más en esta burbuja.

—Hey, no te sientas mal... no nos vamos a dejar ver, Marlene. Esto que nos pasa... puede continuar, yo voy a estar deseando que llegue el día para volverte a ver.

—Tomi...

—Escuchame, vas a tener tu espacio y tu tiempo para resolver esas cosas que todavía están dando vueltas por tu cabeza... y cuando nos juntemos en Buenos Aires, podemos hablar de todo lo que sentimos y tomar una decisión...

—No soy muy buena cuando se trata de pensar.

Vuelve a sonreír.

—Lo necesitás... no quiero ser el clavo que va a sacar al anterior.

—No lo sos.

—Bueno, yo me siento así. Y además, tienen que juntarse con las chicas para seguir las consignas del suplemento, ya las entretuve bastante. ¿No?

No...

—Aunque no parezca, sí estuve trabajando.

—Lo sé, vi tu cuaderno.

Entonces, mis ojos se clavan en la valija cerrada que está al lado de la puerta... trago con fuerza y vuelvo a mirarlo.

—Entonces, me voy.

Me levanto de la cama y agarro bikini que está doblada en la mesita de luz, voy al baño, y cuando salgo, Tomás está de pie, al lado de la puerta. Bien, está apurado, claramente.

Me acerco y lo abrazo, pasa sus brazos por mis hombros y me aprieta a él, besando mi frente. Respira con fuerza... su corazón late muy rápido...

—Hasta la próxima, Tomás —susurro.

Me separo un poco y lo beso en los labios. Me responde, apretándome más.

—Pensá en mí, Marlene. Te veo en Buenos Aires.

Me duché, me cambié, bajé a la playa y tirando una lona de colores encima de la arena, me acosté a tomar un poco de sol. Si en dos días vuelvo a casa, lo mínimo que tengo que llevar conmigo es un poco de color, ¿no?

Y como no puedo quedarme quieta como una higuana, abro mi computadora y comienzo a pasar todas las notas de mi cuaderno. Pero antes, llamo a un brasilero que viene caminando entre las personas, vendiendo bebidas frías. Le pido una cerveza.

—¿Chilena? —me pregunta.

—No, argentina.

—No me gustan los argentinos —admite, pero luego sonrío de oreja a oreja—. ¡Pero me encantan las argentinas! Son las más lindas de todo el mundo.

—Gracias —le contesto, mientras me río como una tonta y se aleja.

Mañana vamos a visitar Playa Brava... un nuevo destino sin Tomás. Y le doy la razón... acabo de darme cuenta de que necesitaba mi propio espacio. Estar tranquila, disfrutar la soledad y conectarme con mi trabajo. Entonces, las ideas empiezan a caer y voy volcándolas sobre un *Word*. Posadas para alojarse; hoteles según la ubicación; hospedajes elegidos para familias con niños pequeños; playas más visitas; comidas rápidas; excursiones de día y de noche; lugares para pasar un día en familia.

Y cuando me doy cuenta, miro la hora y el reloj marca las ocho. Miro el sol, que está casi escondiéndose entre esa delgada línea del cielo y el mar... cierro la computadora, guardo todas mis cosas dentro del bolso y sin pensarlo, voy corriendo hacia el agua y en la primera ola, me tiro de cabeza. Hago la plancha, me hundo y vuelvo a salir y... despido al sol hasta el otro día.

Salgo del mar, me envuelvo con una toalla y agarrando todas mis pertenencias, vuelvo a la posada. Cuando estoy por subir las escaleras, Ana y Agus aparecen tomadas de las manos. Me preguntan por Tomás y les cuento que tuvo que volver a Buenos Aires por temas de trabajo. No indagan mucho en el tema, pero me proponen ir a un bar que conocieron la noche anterior, donde pasan música y sirven tragos. Acepto.

Así que, después de bañarme, bajo y las chicas me están esperando para ir a cenar. Cuando terminamos, caminamos hacia esa playa que me recomendaron. Elegimos una de las mesas más alejadas y durante un buen rato, mientras nos tomamos varias *caipiriñas*, hablamos de nuestras familias... sí, es como una forma para seguir conociéndonos en profundidad y me gusta. Y me doy cuenta de que necesitaba distraerme... estar con ellas ayuda a olvidarme un poco de Tomás.

Miro el mar, la oscuridad, la Luna y decido caminar hacia la orilla ya que las chicas están bastante acarameladas... meto los pies bajo el agua y está tan calentita. Sonrío y cuando me doy cuenta, el agua me llega hasta la cintura.

—Ay —jadeo, disfrutando.

¡Me estoy dejando llevar! Eso es bueno... hago la plancha y...

—Linda noche, ¿no?

Bruscamente, doy la vuelta y me encuentro cara a cara con un flaco que está sentado encima de su tabla.

Dudo en contestarle, pero lo hago.

—¿La verdad? Está precioso... la noche está tan tranquila.

—¿Te gusta nadar en la oscuridad, eh? Valiente.

—Primera vez —susurro, paseando mis manos por el agua.

¿Por qué se ríe? Él también está en el mar.

—Yo lo hago todas las noches... es una terapia, me quedo sentado en mi tabla por horas.

—¿Haciendo qué?

—Pensando... —responde en voz baja y agarrando un poco de agua con sus manos, se moja la cabeza—. Algunos lo hacen en la ducha, otros mientras manejan, o cocinando... yo, pienso en el mar. ¿De qué parte de Argentina?

—Buenos Aires, Lomas de Zamora. ¿Vos?

—Tigre.

—Ah, te gusta el mar, el río... estás acostumbrado.

Sí, estamos teniendo una charla en medio del mar y es de noche.

—¿Querés subir? Hay espacio para dos.

Como si fuera una moto.

—Mmmm... no, prefiero quedarme acá... estoy más segura. Creo...

Ríe por segunda vez.

—No voy a ahogarte, si eso es lo que pensás. Es decir, no ando buscando chicas en el mar para secuestrarlas.

Su comentario me hace reír.

—No te conozco...

—Entiendo. Cuidado con las rayas.

¡Ni me lo digas!

—Sí, gracias. Nos vemos.

Se aleja de la costa y yo salgo del agua, sin sentir frío.

Interrumpo el beso apasionado de las chicas y les aviso que me voy a la posada a dormir porque estoy muy cansada. Nos despedimos y comienzo a caminar.

No me despierto por el sol, sino por el dolor de cabeza de todas las *caipiriñas* que me tomé anoche. Mi celular comienza a sonar... el celular que me regaló Tomás. Como puedo, me pongo de pie y camino hacia la cómoda. Tengo ocho llamadas perdidas, dos de una amiga, cuatro de mi mamá y dos de Tomás. Más mensajes de texto, que ni quiero contarlos. Primero llamo a mi mamá para dejarla tranquila. Luego, decido responderle a Tomás... me avisa que llegó bien, que se reencontró con Clara y... no sé qué escribir.

Me tiemblas las manos... miro el celular, el techo... bloqueo el teléfono y lo vuelvo a desbloquear. Pensé... pensé que...

—¿Qué pensaste, Marlene? —me pregunto a mí misma—. ¿Que iba a dejar de hablarte? ¿Que se iba a olvidar de vos?

Suspiro y comienzo a teclear.

Hola... buen día. Me alegra saber que llegaste bien y espero que se solucione el problema en la redacción. Por acá todo igual. Un beso.

Ok, ya está. Por ahora, mi celular va a permanecer en modo “vibrar”. ¡Vibra! Está vibrando. Un mensaje.

Nunca tuve que haberme ido. ¿No, Marlene? Seguí disfrutando. Un beso.

¿Cómo explicarle que estoy haciendo lo que me recomendó? ¿Tengo que recordarle que él mismo fue quien me dijo que use este tiempo para mí? ¿Por qué se enoja? ¡¿Por qué?!

Bloqueo el teléfono y hundo mi cara contra la almohada, bufando... confundida, con dolor de cabeza y... sin saber qué hacer. ¿Qué me aconsejarían mis amigas en este momento? Hasta puedo escucharlas... dirían que no me meta con un flaco que tiene una hija, que perdió a su esposa, que seguramente tiene tantos mambos en la cabeza que me terminaría hundiendo a mí...

—Ay, Tomás.

Pensá en mí, Marlene, recuerdo lo último que me dijo y mi piel se convierte en gallina.

—Mierda —susurro.

Llegamos a Playa Brava, dejo mis cosas bajo una sombrilla de paja y mis ojos no pueden creer lo que están viendo. Olas altísimas, miles de ellas, rompiendo una tras otra... muchas personas en el agua con sus tablas haciendo *surf*. ¡Es increíble! Esta playa es el punto de destino típico para jóvenes que buscan divertirse... música, alcohol, *surf*, marihuana... y sonrío, agradeciéndome a mí misma por no traer la capelina, ya que iba a quedar como un sapo de otro poso. Y entonces, el agua alcanza mis pies y está tan helada... con razón están todos con trajes de neopreno.

—Hey, ¿qué onda?

Me doy vuelta sin dejar de sonreír y me encuentro con un flaco vestido con un traje negro bien apretado al cuerpo, una tabla bajo el brazo, el pelo rubio

atado en la cima de su cabeza está lleno de rastras, un arito en la oreja derecha y ojos claros que chispean de alegría.

—Hey —repito y no puedo ocultar la confusión. Entonces, sonrío.

—Hoy ya nos conocemos.

¡Aaah! Es él... el chico de la tabla.

—Sí, ¡por supuesto! ¿Cómo estás?

Mojado... Se toca la nariz para quitarse el agua que cae de su pelo y acomoda una de sus rastras detrás de la oreja. Sus labios están un poco partidos, seguramente por el sol. Se está pelando la piel de su frente, pero aún así, apuesto a que es uno de los hombres más lindos de esta playa.

—Todo tranqui... ¿Vos?

—También... tranquila.

—¿Te animás? —pregunta, y señala la tabla.

—Está un poco fría y... sigo sin conocerte.

Asiente con la cabeza y se acerca más a mí.

—Federico, un gusto.

—Marlene.

Tiende su mano y yo la acepto. Ahora, más de cerca, puedo ver que sus pestañas son tan rubias como su pelo.

—¿Recién salís? —pregunto.

—Sí, pasé por al lado tuyo, miré que no estuviera tu novio dando vueltas y me acerqué.

—No tengo novio.

—¿No? Te vi con alguien hace unos dos días atrás... bueno, ayer estabas sola.

—Sí, pero no es mi novio.

—Bien, me alegra saberlo. Voy a entrar de nuevo, pero ¿tomamos una birra después?

—Claro... sí, voy a estar por acá.

Asiente con la cabeza en modo de saludo y comienza a caminar hacia el mar, se acuesta encima de la tabla y empieza a dar brazadas muy rápidas, hasta que llega al rompiente y pasa por debajo. Después de unos minutos, ya no lo distingo y vuelvo con las chicas.

Un rato más tarde, después de almorzar, estamos charlando y alguien se sienta a mi lado, sobre la lona playera y me convida una lata de cerveza.

—Chicas, él es Federico.

Enseguida se presentan y comienzan a hablar sobre el *surf*. Él nos cuenta que le encanta el deporte; que no existe el verano ni el invierno porque lo fundamental es la presencia de buenas olas y cuando entran, ya no importa el clima.

—Decime las cinco mejores playas para hacer *surf* —le pide Agus, dándole un trago a su cerveza.

—El tema no es la playa, sino la temporada donde entran las mejores olas, el *surf point*. A ver, te puedo hablar de olas gigantescas que son una leyenda porque se presentan en condiciones muy especiales... o podemos hablar de sus formas, el entorno, el fondo, la calidad del agua, las más largas, las más mortíferas, las de campeonato, las famosas... bah, tengo un listado de olas soñadas.

—Está bien —lo interrumpo—. Pero si hoy te pedimos que nos digas esos lugares que siempre vas a recordar por sus olas. ¿Cuáles serían?

—¿Son periodistas o qué?! —bromea, pero cuando se da cuenta de que no nos reímos, se pone serio—. Bien, esto va a en serio. Cinco mejores lugares... Waimea, en Hawaii... ubicada en la Isla de Oahu, la playa está en una bahía al norte de la isla y la mejor época para surfear es desde noviembre hasta abril, cuando las *big waves* se hacen presentes. También en Lagundri Bay, en la costa sur de la isla de Nías en Indonesia, de marzo a octubre las olas alcanzan los cinco metros y es un espectáculo que hay vivirlo desde arriba de la tabla —nos sonrío porque sabe que tiene toda nuestra atención—. Chicama, Perú, pero la ola nace a dos kilómetros mar adentro... una sola vez pude recorrer toda la ola porque es muy larga y llega a los cuatro metros de altura. Otra puede ser... en Maverick, California... iba a surfear, pero ese día murieron cuatro tipos y... preferí quedarme en la orilla.

—¡No! —grita Agus, espantada.

—Sí, no es solo diversión. Y la última es en Sudáfrica, Jeffreys Bay. La ola nace por el encuentro de dos mares, el atlántico y el Índico, es una ola de potencia y energía. Ahí se hacen campeonatos mundiales.

Federico captó toda nuestra atención con sus anécdotas en el mar.

—¿Y viste tiburones?

—¡Muchos!

Se quedó con nosotras toda la tarde y hasta nos pasó su número de teléfono para encontrarnos en Buenos Aires. Nos despedimos de él, de la playa y regresamos a la posada.

Y ahora, que ya estoy acostada a punto de dormir, mi cuerpo no deja de temblar, levantó temperatura porque el sol estuvo muy fuerte. No voy a cenar, solo voy a cerrar los ojos y dormir... entonces, una punzada en la panza me hace doblarme de dolor. Me levanto y voy al baño... me bajo la bombacha y me doy cuenta de que está manchada con sangre.

Pienso en la posibilidad de dejar a Tomás en Búzios, también los recuerdos, las conversaciones, los besos y las caricias... todo.

Pensá en mí, Marlene. Te veo en Buenos Aires.

Exhausta, me siento en el sillón del patio y disfruto viendo el fondo tan prolijo, el césped corto, una regadera en medio tirando agua para todos lados y una cerveza bien fría en mi mano. Entonces, recuerdo todo lo que pasó en estas dos semanas de vacaciones del mes de diciembre.

Mis papás me fueron a buscar al aeropuerto, dejé las valijas en mi habitación y media hora después llegaron mis hermanos y mi sobrino para almorzar. Les entregué a todos los regalos que les compré y disfruté a mi sobrino toda la tarde en la piscina. Cuando se fueron a sus casas, mi papá me dio la noticia de que la casa de mi abuela, que había fallecido hacía dos años atrás, ya estaba desocupada de los inquilinos, y que yo podía irme a vivir ahí.

En estos quince días, arreglamos las paredes y las pintamos. Mi mamá me acompañó a comprar un somier, una mesa para el comedor, una heladera, una cocina, un microondas y un lavarropas. Poco a poco, fuimos equipando toda la casa, me traje todos mis libros para poder armar la biblioteca.

Varias noches fui a cenar con mis papás porque los extrañaba. Tantos años viviendo con ellos y de repente, encontrarme sola, mirando una serie por mi computadora me hacía sentir sola, a pesar de que amo la soledad. Por eso, trataba de llenar mis noches invitando a mis amigas a comer, a mis hermanos y a mi sobrino. Y cada día que pasa, me siento más a gusto... me encariñé con la casa, empecé a sentirme segura, me encontré con mi tranquilidad y me di cuenta de que esto era lo que precisamente le faltaba a mi vida: mi propio lugar.

Pensé en Tomás, por supuesto que lo hice. Pensé en todo lo que había pasado entre nosotros... me hice varias preguntas: si yo seguía con él, ¿qué lugar iba a ocupar? ¿El de novia? ¿El de mamá sin ser mamá? Clara ya había tenido una madre y no quería ir por ese camino... no estaba preparada. Y además, no tenía idea de lo que pasaba por la cabeza de Tomás. Meterme en la vida de alguien que ya tenía todo en su lugar... la pérdida que tuvo. Dios mío, ¿cómo se me cruzó por la cabeza estar con un tipo que había pasado por tanto dolor?

Interrumpo mis pensamientos como hago siempre que lo recuerdo, me

pongo de pie y voy hacia el baño para darme una ducha porque mañana comienza mi primera jornada laboral después de tantos días de vacaciones.

Estoy sentada en mi escritorio riendo a carcajadas con mi compañera Florencia. Nos llevamos tan bien desde un principio, que en seguida nos hicimos buenas amigas. Después de no vernos durante tanto tiempo, no podemos parar de hablar y pasarnos el parte de todo lo que ocurrió en la redacción las semanas que no estuve. En un momento, le señalo el reloj de la pared, me guiña un ojo y poniéndonos de pie, vamos hacia *bufete* a buscar un poco de comida. El del segundo piso está repleto de gente, así que decidimos ir al del tercero... nunca vamos ahí porque no nos corresponde, ya que no trabajamos en el diario deportivo.

Cuando terminamos de elegir comida, nos sentamos en una mesa para dos personas, ubicada en el medio del salón.

—¿Y te seguís hablando con esas chicas? —me pregunta Flor.

—Sí, seguimos en contacto. De verdad, son re buena onda, vos y yo la hubiésemos pasado muy bien con ellas. No las vi desde que llegamos, pero creo que en estos días nos cruzaremos en el diario.

—Ojalá algún día me toque a mí un suplemento de verano y me manden a las Ruinas de Machu Pichu o a la Quiaca... algún lugar raro, que no haya ido.

—Entonces, empezá a deprimirte, amiga —nos reímos—. No, mentira. Como te conté, me eligieron para mejorar en mi trabajo.

—Sí, bueno, yo también me quiero pelear con un novio, que por supuesto no tengo, y bajar en el rendimiento de las notas. Tal vez se dan cuenta y me mandan a mí también.

—Para el verano que viene podemos programar algo.

Nos reímos, hasta que unas risas masculinas llaman nuestra atención... entonces, veo un hombre de espaldas a nosotras vestido con un traje negro que se sienta con esos hombres que están riendo sin parar. Cuchichean entre ellos, hasta que se da vuelta y...

Tomás.

Sus ojos se congelan al darse cuenta que soy yo, su sonrisa desaparece y...

bajo la mirada a mis piernas, tratando de ocultar el impacto, la vergüenza y el arrepentimiento.

—Mar, ¿estás bien?

—No... yo... necesito ir al baño.

Le acerco mi bandeja de comida a Flor y poniéndome de pie, sabiendo que tiene sus ojos clavados en mí, me encamino hacia el baño. Me encierro en unos de los compartimientos para poder sentarme en un inodoro y tratar de tranquilizar a mi corazón que va muy rápido... miro mis manos transpiradas, mis piernas que no dejan de temblar y...

¿A quién quiero engañar? Todo este tiempo estuve ocupando mi mente, llenando el espacio vacío que dejó, evitando su recuerdo, pero ¿para qué? ¿Para hacerme la fuerte, para sufrir menos, para no extrañarlo? *¿Para qué, Marlene?*

—¿Marlene Flores? —pregunta un muchacho, acercándose a mi escritorio y yo asiento con mi cabeza—. Por favor, acompáñeme.

—¿Por qué? —me animo a preguntar.

—Es por el suplemento.

Suspiro aliviada y feliz, porque eso significa que voy a ver a las chicas. Lo sigo por los pasillos de la redacción, subimos al cuarto piso y me pide que espere sentada hasta que me llamen. A los segundos, una mujer mayor sale de una oficina y me indica que ya puedo ingresar. Entonces, abro la puerta y ahí está él, vestido con una camisa blanca arremangada hasta los codos, de pie apoyado contra el escritorio, los brazos cruzados a la altura de su pecho, mirándome.

¿Y si todavía no estoy preparada para enfrentarme a él?

—Pasá y cerrá la puerta, por favor —su voz es fuerte y tengo que respirar...

Cierro la puerta y me quedo de pie, tratando de respirar, de que no me duela el pecho, mirando el piso, buscando un punto fijo para poder concentrarme. Entonces, lo escucho suspirar con fuerza y levanto mis ojos, se pasa ambas manos por el pelo tirándose hacia atrás, entrelazando sus dedos

en la nuca y cierra los ojos.

—¿Cómo estás, Marlene? —pregunta y me mira.

Y no sé por qué, pero no puedo dejar de mirarlo. Simplemente no puedo.

—Bien... ¿Y vos?

—¿Por qué? —pregunta de repente y me pierdo en la conversación.

¿Por qué, qué?

Pienso que la vida sólo nos da una oportunidad y esa chance, ya pasó.
Entonces, recuerdo su comentario y...

—Pensé... pensé que vos tenías todo en su lugar. Dijiste que la vida da solo una oportunidad... creí que lo mejor era dejarte en Brasil, Tomás.

—Marlene...

—¿Marlene, qué? ¿Qué? ¡¿Qué querías que hiciera?! Llamarte para vernos, reencontrarnos, coger, hablar, cenar... sabiendo que vos no estás dispuesto a amar otra vez, pensando que estás condenado al sufrimiento — respiro con fuerza, pero me mantengo firme—. Yo ya sufrí, Tomás. ¡Vos también!

Su pecho sube y baja, al igual que el mío.

—Me dijiste que no eras buena para pensar...

—Exacto —susurro y doy un paso al frente—. Tomás, ¿qué hubieras hecho en mi lugar? Me dejaste una puerta a medio cerrar, me dijiste que me tome un tiempo para pensar y a la vez, me afirmaste que no ibas a volver a amar tanto... ¿Qué querías que hiciera?

Doy otro paso más y él deja caer los brazos a los costados del cuerpo.

—¿Y por eso elegiste borrar me de tu vida?

—No sé si te borraré... —doy otro paso más y endereza la espalda—. Solo sé que no iba a ilusionarme... a seguir pensando en vos cuando...

—Cuando ¿qué?

—Cuando parece ser que todo está bastante claro para vos. Tenés una hija, Tomás... ¿Qué pensabas hacer con eso? ¿Presentármela sabiendo que nunca ibas a amarme? ¿Dejar que me encariñe con una nena que después tenía que arrancármela del corazón?

Sigo caminando hacia él...

—Marlene, te pedí que pensaras en mí. ¿Eso no te dijo nada?

—¡No sé leer entre líneas! O me decís lo que pasa por tu cabeza o... nada.
¡Yo necesito que seas claro!

¿Qué hace?

Se separa del escritorio, camina hacia mí y... cierro los ojos cuando una de sus manos me aprieta de la cintura y la otra encierra mi nuca para acercarme a él. Sus labios se abren sobre los míos y...

—Tomás... no...

Se separa, me empuja contra la pared y pregunta:

—No, ¿qué?

—Hablemos...

—¿De verdad querés hablar? —mira mi boca y una sonrisa pícaro aparece en sus labios.

Entonces, le devuelvo la sonrisa y ahora soy yo quien lo besa con fuerza y desesperación. Me abrazo a su cuello, meto mi lengua en su boca y jadeo cuando una de sus manos se mete bajo mi vestido y me aprieta la cola.

—Tomás —digo su nombre como si el tiempo no hubiese pasado, como si estuviéramos en Brasil, en una de las habitaciones... —Tomás.

Se separa de mis labios y me mira a los ojos, mientras acuna mi mejilla derecha.

—Estás tan loca por mí que no podés dejar de repetir mi nombre —susurra, mientras sonrío...

Me aferro a sus hombros, mientras asiento con mi cabeza.

—¿Qué querés, Tomás? ¿Qué querés conmigo?

—Todo —besa mis labios y vuelve a separarse—. Todo... quiero intentarlo todo.

Mi sonrisa se hace más grande y asintiendo con mi cabeza, vuelvo a besarlo. Entonces, sus dedos comienzan a acariciar mi vagina por encima de la bombacha... corre la tela e introduce un dedo... dos... vuelve a pasear toda la mano y me desespero.

Con movimientos torpes, trato de abrir la hebilla del cinturón negro de cuero, desabotono el pantalón, se lo bajo junto con el bóxer y agarrándome de las piernas, nos gira y me sienta sobre el escritorio, tirando muchas cosas al piso. Me corro la tela y guío su pene hasta que entra...

—¡Aaaah! —gimo, mordiendo sus labios, pellizcándole las nalgas, apretándolo...

Ronronea dentro de mi boca, mientras comienza a empujar con fuerza, sus embestidas son rápidas, profundas... tan profundas.

Se remueve, buscando algo dentro de su pantalón, y separándose de mis labios, sin dejar de moverse, abre el paquete de un condón. Sale de mi cuerpo, se lo pone y vuelve a embestirme.

Lo tenía todo planeado. Todo.

—No pares... no pares, Tomás. Por favor —mi voz tiembla, mis piernas también...

Aprieto mis ojos con fuerza.

—No grites, Marlene. Por favor, no grites —vuelve a besarme, acunando mi rostro entre sus manos... —Mierda...

Las cosquillas comienzan a expandirse por todo mi cuerpo, mis piernas se endurecen y...

—Ay —susurro contra su boca—. Seguí...

—Terminemos, Marlene.

La velocidad de sus embestidas aumenta, la fuerza de sus manos y... justo cuando el orgasmo me consume, siento su pene latir y como si estuviera loca, lo beso con desesperación.

Lo miro e inevitablemente, sonrío.

—¿Qué? —pregunta, con un tono de voz divertido y se acerca, poniendo una mano a cada lado de mi cuerpo, en el filo del escritorio.

—¿Qué de qué?

Se muerde el labio inferior y me animo a ser un poco cariñosa. Paso mis manos por sus brazos hasta llegar a los hombros.

—No quise joderte, Tomás.

—No me jodiste... es solo que, te extrañé, Marlene. Te extrañé.

—Yo también. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Primero... necesito que me digas cómo estás... cómo está tu cabeza, tus sentimientos...

—¿Estás hablando de mi ex? —pregunto y sonrío, al igual que yo. Asiente con la cabeza—. Nada... fuiste vos quien apareció en mi cabeza una y otra vez... y otra... y otra... y otra más...

—¿Y qué hacías cuando te acordabas de mí?

Se acerca, poniendo sus labios en mi cuello, acariciándome...

—Pensaba en otra cosa.

—¿Y ahora querés pensar en otra cosa?

—No... te propongo un trato.

Se separa de mí para quedar frente a frente.

—¿Sos buena para los negocios?

—No, malísima.

—Te escucho —dice, mientras deja escapar una carcajada.

—Vamos a vernos.

—Wow... eso sí que es motivador.

Le pego en el hombro.

—Estoy hablando en serio... empecemos a vernos cuando tengamos ganas. Vamos a cenar, venís a mi casa... nos vemos un sábado a la tarde... almorzamos un domingo, vamos a caminar...

—Yo... tengo una hija, Marlene.

Dios.

—Lo sé, por eso te dije que acá las cosas iban a ser diferentes. No solo se trataba del diario, Tomás. Ya sé que sos papá, que nuestras prioridades son diferentes, nuestras responsabilidades también.

—¿Entonces?

¿Por qué no parece tan seguro?

—Te invito a comer a mi casa. Me mudé sola y de verdad me gustaría que vengas a conocerla. Perdón —me disculpo, cuando me doy cuenta de que él estuvo todo el día trabajando y seguramente quiere estar con su hija.

¿Pero qué tengo que hacer?

—Está bien... dejame hablar con mi mamá —se aleja, agarra su teléfono de arriba del escritorio y se ubica otra vez frente a mí—. Dame la dirección de tu casa.

Le digo el nombre de la calle y el número.

—Bien, nos vemos hoy a la noche.

—Bien —coincido y sonrío.

—¿Ya te vas?

—Sí, ya terminó mi horario.

—Te espero en el estacionamiento.

Asiento con mi cabeza, encantada de que quiera acompañarme, y bajando del escritorio, le doy un beso en los labios. Voy hacia mi lugar de trabajo, junto todas mis cosas, me despido de unos compañeros que todavía están escribiendo, y bajo al estacionamiento.

Lo encuentro apoyado contra la primera columna que hay al salir del ascensor. Me sonrío y caminamos juntos hasta mi auto, un Fox negro, de dos puertas, ¡divino! Desactivo las puertas y mi auto me hace ojitos con las ópticas delanteras.

—¿Es tu auto?

—Sí —le contesto, al escuchar el tono divertido de su voz.

—No sabía que te gustaran tanto los autos. Hasta está bajito...

—Hay muchas cosas que no sabés de mí, Tomás.

—¿A cuánto lo pusiste?

Su pregunta me hace gracia.

—175 km/h.

Tira la cabeza hacia atrás y larga una carcajada que me mata.

—Bien, pistera. Andá con cuidado. Más tarde nos vemos.

Le doy un beso en los labios y me subo al auto. Lo enciendo, pongo primera y salgo. Le toco bocina al portero y me abre las dos solapas del portón de rejas. Miro hacia ambos lados y salgo del estacionamiento. Pongo música y subo a la autopista.

Cuando el reloj marca las nueve de la noche, suena mi celular, miro la pantalla y es un mensaje de Tomás. **Estoy llegando.**

Voy hacia la puerta, agarro la llave que está en la mesita de entrada y abro. Mi casa tiene una pequeña entrada, con un camino hasta la puerta de tres metros más o menos y pasto alrededor. Tomás está apoyado contra la reja, todavía con el pelo mojado. Y está sonriendo.

—Hola —susurra.

—Hola, Tomi.

—Te traje un regalo.

—Si, ya veo la bolsa —contesto, ansiosa.

—No, la bolsa es la comida y el vino. Tengo otra cosa para vos.

Abro la reja y nos damos un pequeño beso en los labios. Que bien huele. Lleva el mismo perfume que en el avión. Me da la bolsa para que la tenga y camina hacia la tremenda camioneta que está subida en el garaje de mi casa.

—¡Mierda! Una Range Rover Evoque —estoy alucinada. Siempre quise ver de cerca esa camioneta.

—Ah, entonces es verdad que te gustan los autos.

—Y las camionetas más. Con motor dos punto cero turbo y 240 caballos, como para que no me impacte.

—¿Querés subir?

—¿Que si quiero? ¡Obvio! —me subo en el lado del conductor—. Es increíble, de película. Parece del futuro. Una cuatro por cuatro, con llantas de dieciocho pulgadas, faros de led y con xenon. Es increíble, en serio. Me vuelve loca... Dios, si mis hermanos la vieran, te besarían los pies.

Su risa de sorpresa me encanta.

—Te criaste entre hermanos varones, es lo mínimo que espero de vos.

Lo miro y está sonriendo.

—Si el fútbol no me gusta es porque a ellos no les gusta, pero como les encantan los autos, camionetas y motos, a mí también. Fui como un nene más en la familia.

Tiene apoyado el codo en la puerta y pareciera que se está divirtiendo con mis comentarios.

—Sos increíble, Marlene.

—Gracias —sonríó y le guiño un ojo—. Bueno, gracias por dejarme subir, espero que algún día me dejes manejarla. Prometo cuidarla e ir muy rápido.

Como siempre, tira la cabeza hacia atrás y vuelve a largar esa carcajada que me vuelve loca. Bajo y cierro la puerta. Escucho que abre la de atrás y saca una caja enorme, grande pero estrecha. Está envuelta en papel de regalo. ¿Qué compró? Y del baúl, saca una cajita color naranja. Creo que son herramientas.

Lo invito a pasar y entramos al comedor. Mira todo sin soltar la caja.

—Es perfecta.

—Ay, gracias. ¿Te gustan los sillones? Eran de mis papás, pero los mandé a forrar.

—Sí, quedaron bien. Tomá, esto es para vos.

—Tomás, no hacía falta que trajeras un regalo.

No dice nada, pero se remueve inquieto a mi lado, quiere que abra mi regalo. Entonces, me agacho y empiezo a romper el papel. La caja tiene dibujado un televisor. Un Smart TV. ¡Lo mato!

—Tomás, ¿por qué me compraste esto? No lo necesitaba, de verdad. Ya estaba por comprarme uno.

Se agacha junto a mí y me da un beso en la frente.

—Tenés que aceptarlo porque lo compré pensando en vos. Lo voy a instalar ahora. ¿Dónde querés que lo ponga?

—Pero Tomi, esto es muy caro. No quiero.

—Ya está, Marlene. Mientras yo lo conecto, calentá un poco la comida. Vengo desde muy lejos pensando en vos.

Le doy un beso en los labios, permanezco unos segundos con los ojos cerrados y luego me separo.

—Gracias, aunque no tenías porqué —suspiro—. Voy a poner la mesa y calentar la comida. ¿Dónde vas a ponerlo?

—¿Te parece en esta pared? Frente a la mesa.

—Sí... me gusta. Cualquier cosa que necesites avísame.

—Tranquila. Yo me arreglo.

Voy hacia la cocina, que es un cuadrado bastante grande y tiene un pasa platos hacia el comedor, donde tengo una mesa larga para doce personas. Mientras pongo la carne con papas en el horno para que se caliente, saco las copas de vino, los platos, cubiertos y el pan. Voy al comedor y lo veo muy entretenido, tirado en el piso, sacando el televisor. Se para, enchufa una

agujereadora y hace cuatro agujeros en la pared. Me pide una escoba y una palita y se la alcanzo.

Mientras, estiro el mantel y coloco todo. Estoy por sacar la comida del horno, cuando lo escucho gritar:

—¡Ya está!

Lo miro y lo veo paradito con las dos manos juntas en su pecho y sosteniendo el control remoto entre ellas. Me da mucha gracia. En serio, parece un niño de siete años.

—Quedó hermoso. Gracias —le doy otro beso porque se lo merece—. Vamos, prendelo... quiero ver qué linda definición tiene mi nueva tele.

Eso era lo que él quería escuchar. Enseguida lo prende y empieza a explicarme como si tuviera un manual en la cabeza, como si yo entendiera algo. Me llevo muy mal con la tecnología. Entonces, le digo que sí a todo y él se queda contento.

—La comida ya está. ¿Cenamos? —pregunto, una vez que termina con todo su parloteo.

—Muerdo de hambre.

Sonrío y voy a la cocina. Traigo las dos bandejas y nos sentamos a comer, mientras tomamos vino, charlamos y miramos un programa de autos en la televisión. Y me doy cuenta de que no estaría mal tener esto algunas noches de mi vida. Lo quiero a él sentado a mi mesa, riendo, disfrutando y sobre todo, que esté tan relajado como ahora.

¿Y su hija?

—Bueno, entonces empezamos de cero —dice, mientras espera a que termine de lavar los platos que me alcanzó—. ¿De acuerdo?

—Sí, es un trato.

—Bien, ahora necesito el postre —ronronea y yo no levanto la vista de los platos.

Se pega a mi espalda, mientras que sus manos empiezan a levantarme el vestido y me quedo quieta. ¿Me está mirando la cola?

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, divertida.

—Te estoy mirando. Extrañé tus bombachas.

Engancha sus dedos en las dos tiras del costado de mi bombacha y la baja de a poco. ¡Dios mío! Estoy lavando los platos.

Cierro la canilla y me seco las manos porque se me cierran los ojos. Sí, así

me tiene... acaba de sacarme la bombacha y comienza a hacer un camino con su lengua por la cara interna de mis piernas. Con sus manos me las separa despacio, se pone de pie y me saca el vestido. Desabrocha mi corpiño y quedo desnuda, frente a los platos recién lavados.

Y entonces, vuelve a bajar, me separa los cachetes de la cola y siento su lengua por toda la línea de mi cola.

—Mmmmm—ronroneo.

Me separa de la mesada y agarrándome de la cintura, me inclina de la espalda para que apoye mis codos sobre la mesada para seguir chupando, saboreando y abriendo mis nalgas para que no vuelvan a su lugar.

Mis gemidos son cada vez más fuertes, hasta chistea la lengua contra el paladar, me toma en sus brazos y yo... lo dejo hacer, como siempre.

Me lleva hasta los sillones y me sienta. Me abre las piernas, se arrodilla en el suelo, mete un dedo muy despacio dentro de mí y chupa mí clítoris. Me remuevo, subiendo mis caderas, invitándolo a que vaya más profundo. Su lengua hace movimientos circulares, mientras mete un segundo dedo. Y yo lo acepto, porque necesito más. Entonces, mete otro dedo y deja de saborearme.

¡Dios, es tan intenso! Cada vez, lo hace más rápido. Siempre busca un poco más, como si quisiera ir más... más adentro.

Desesperada y fuera de control, empiezo a jadear como si estuviera sola en una habitación. La sensación es tan fuerte, que no puedo controlar mis movimientos y mi boca. Abro los ojos y lo veo con la boca entre abierta, sus ojos pasaron de ser verdes a negros. Completamente oscuros. Y su respiración alterada...

—Quiero que me mires... terminá, Marlene.

—Sí, sí, sí... dame un segundo.

No sé cuánto aguantaré su mirada, la vergüenza me supera. Sé que en algún momento los volveré a cerrar. Sigo gimiendo. Y por más que desee cerrar mis ojos, no puedo dejar de mirarlo... me tiene hipnotizada. Y entonces, siento las cosquillas, encorvo mi espalda invitándolo a que me chupe las tetas, pero no lo hace. Y desvío la mirada.

—Mirame, Marlene... —vuelve a pedir, en un susurro.

¡Dios! ¿Por qué quiere que lo mire? ¿No se da cuenta que me da vergüenza?

Y cuando lo hago, me dejo llevar, mis extremidades se endurecen y grito. Mis manos tratan de pellizcar el cuero del sillón, pero no puedo. Jadeo con

fuerza y él no deja de mover sus dedos. Cuando creo que deja de tocarme, vuelve a chuparme el clítoris y siento que mi vagina explota en su boca. De nuevo hace círculos con su lengua y yo... ¡Yo no aguanto más! Siento que viene de nuevo, pero con más fuerza.

—¡Aaah! —mi grito proviene directamente desde mi estómago.

De a poco, el dolor y la hinchazón de mi clítoris van calmando, pero sigo agitada, mi pecho sube y baja por culpa de él. Abro mis ojos y está sentado a mi lado, mirándome y sonriendo. Una sonrisa traviesa, casi degenerada. Por mí... por nosotros.

Entonces, me pongo de rodillas frente a él y le desabrocho el botón, bajo la bermuda junto con el bóxer, se los saco y los tiro a un costado.

Pero entonces, mis ojos se enfrentan a su pene grande, duro y con la cabeza roja e hinchada. Escupo en la punta y comienzo a bajar y subir mi mano, mientras tira la cabeza hacia atrás y los músculos de su pecho se tensan. Entreabre a penas sus labios y suspira de placer.

Me gustaría pedirle que me mire, pero por vergüenza no lo hago. Paso mi lengua desde el comienzo de su pene hasta la cabeza, como si estuviera saboreando un helado. Él, me responde levantando la pelvis y gimiendo. Y sin pensarlo, me la meto de a poco en la boca y empiezo a chupar. Succiono la cabeza justo cuando sus manos se aferran a mi pelo y sus dedos se enredan en mi cabello. Tira. Me agarra más fuerte y me empuja hacia él. Mi boca traga completamente su pene y lo siento casi en la garganta. Hago el esfuerzo para no hacer arcadas y seguir chupando.

—Mierda... así, Marlene...

Noto como el pene se hincha de repente y la vena que lo recorre late. Sé que va a terminar y empiezo a chupar con más fuerza y rapidez. Se pone tenso y... eyacula en mi boca. Siento como el líquido recorre mi garganta y lo trago de una vez, sin pensar en el gusto.

¡Jamás había hecho esto! Lo juro, jamás. En mi vida pensé que iba a hacerlo... despacio, dejo de chupar y él se normaliza. Alejo mi boca y lo miro con expectativa...

—Marlene... —abre los ojos y me mira. Los entorna a penas y me sonrío.

¿Qué quiere ahora? No entiendo.

Se para y me toma de la mano.

—¿Dónde está tu cuarto?

—Es ahí.

Abre la puerta y entramos. Me pide que me acueste en la cama y va corriendo hacia el comedor. Cuando vuelve, tiene el preservativo puesto y yo lo espero sentada en el medio de la cama. Gatea para llegar a mí, me pide que abra mis piernas y me cubre con su cuerpo. Entonces, lo rodeo con mis piernas y entra muy despacio...

—Quiero hacerlo así... —susurra.

Me agarra de las manos y las pone por encima de mi cabeza, comienza a moverse, y nos dejamos ir juntos. Terminamos en el mismo momento. Yo a los gritos y él, con la respiración cortada.

—Te extrañé, Marlene... te extrañé con locura.

Tal vez, su oportunidad de amar *tanto* ya pasó, pero estoy segura de que me extrañó con locura.

Estamos en el fondo, relajados y sentados en los sillones de plástico, todas las luces están apagadas, el cielo estrellado, una sirena de bomberos que se escucha a los lejos, el ruido del tren y... dos cervezas con limón.

—Tomi, ¿cómo está Clara?

Gira su cabeza para mirarme y me sonrío en plena oscuridad.

—Bien, muy bien. La semana pasada la llevé al pediatra... diecisiete kilos, un metro de largo, los estudios salieron excelentes y... dijo que la ve más despierta que antes. Eso me dio un respiro.

Me animo a seguir preguntando.

—¿Por qué un respiro?

—Y porque, desde que volví de Brasil, paso más tiempo con ella y creo que es más feliz.

¿Qué quiere decir con que pasa más tiempo con ella?

Ay, Tomás.

—¿Y por qué ahora?

Respira con fuerza y se remueve en el sillón.

—Mi mamá solo la está cuidando en mi horario de trabajo. Cuando llego a mi casa, ella se va y nos quedamos solitos. Le preparo de comer, jugamos un rato y antes de acostarla, la baño. Me quedo con ella hasta que se duerme y después me voy a mi habitación a seguir trabajando...

¿Y por qué me lo cuenta como si fuera algo emocionante? Acaso, ¿no es siempre así?

—¿Ustedes sabían que Clara iba a nacer con Síndrome de Down?

¡Ay, es que es imposible no preguntar algo así!

—No.

Dios mío.

—¿No?

Sonríe, seguramente me está odiando por preguntar tanto. Pero en algún momento teníamos que hablarlo, ¿no?

—No, Marlene. No lo sabíamos... no sabíamos nada hasta que ella nació.

Clara iba a nacer por parto natural, se complicó porque Pilar tuvo una hemorragia y... y ella no sabía nada, o tal vez sí y nunca me lo quiso contar — ¡Pilar! Su mujer se llamaba Pilar—. Seguramente lo sabía... en fin, se realizó una cesárea de urgencia, durmió por cuatro días y falleció.

¿No conoció a su hija?

¿Cómo hace para contarme esto sin que se le caiga una lágrima? Yo... yo estoy desesperada, destruida, me estoy ahogando.

—¿Y Clara?

Deja de mirarme, le da un trago a la cerveza y se acomoda en el sillón, estirando su cuerpo, cerrando los ojos.

—Clarita quedó en incubadora, estuvo dos semanas, casi tres. Era tan chiquita, Marlene... tan chiquita que me daba terror tocarla —susurra y mi corazón se encoge—. A veces, el mejor médico y el más caro, no es la mejor opción. Habíamos elegido uno con una carrera eficiente y supuestamente, sin errores.

No puedo creerlo.

—¿Puedo preguntar algo más?

Gira la cabeza hacia mí y sonrío.

—Sí, Marlene.

—Si el médico hubiera sabido que Clara tenía el Síndrome, ¿Pilar se hubiese salvado? Es decir... la hemorragia no tuvo nada que ver con Clara, Tomás. Pero quiero saber si se hubiese evitado.

—Es el destino, Marlene... ¿Querés saber si me lo pregunté un millón de veces? —asintiendo con mi cabeza—. Sí, un millón y más.

Ay, Tomás. *Mi amor.*

—¿Cómo hacés para estar acá después de todo?

Le da un trago a la cerveza y deja escapar un suspiro más.

—Estoy, Marlene. ¿Fue difícil? —se pregunta a sí mismo, como si supiera que ésa iba a ser mi siguiente pregunta—. Fue difícil irme de la clínica sólo... llegar a mi casa y que todo esté vacío, en silencio. La taza de té que Pilar había dejado sobre la mesa antes de salir, su computadora y unos libros en el sillón... mi vida cambió totalmente, dio un vuelco fatal... jamás pensé que iba a pasarme algo así... —se le escapa una risa nerviosa y se tapa la cara con las manos, se refriega y otra vez, suspira—. Estábamos tan contentos que no quisimos ver una posibilidad de peligro, no lo pensamos porque estábamos

entregados. Estábamos felices...

—Tomi.

—¿Quieres saber cuál es mi mayor miedo?

No.

—Sí.

—Que me pase algo y que mi hija se quede sola.

Me levanto del sillón, me siento encima de sus piernas para abrazarlo y me acepta. Quiero disculparme por hablar de Clara, por sacar el tema, por mis preguntas... quiero pedirle perdón en nombre del *destino*, porque para Tomás, es el culpable de todo esto.

Y se me encoge el corazón al pensar que Clara nunca conoció a su mamá y un dolor en el pecho, muy en el fondo, que me toca el alma, crea en mí un deseo inesperado: ¡Necesito conocer a Clara!

Saco el auto del garaje y parto hacia mi trabajo. En la redacción no hay muchas personas porque todavía es muy temprano. Cuando llego a mi escritorio, veo una caja de bombones al lado del teclado de mi computadora con una tarjeta que dice: "*Dios mío, ya quisiera ser uno de estos bombones. Te extraño, T*".

Me río como una tonta, miro hacia todos lados y beso la tarjeta, sin que nadie me vea, obvio. Agarro mi celular y comienzo a teclear: **Sos tan rico... ¡Gracias!**

Espero a que me conteste, pero no lo hace, supongo que estará ocupado. Entonces, me pongo a trabajar en las diez notas que tengo para el día de hoy. Luego de terminar la sexta, llega Florencia y como siempre, con una taza de té en nuestras manos, empezamos a hablar y a reírnos, hasta que otras personas nos piden con un chisteo que hablemos en voz baja.

¡Quiero tanto a Flor! Y la adoro aún más porque es de la Ciudad de Dolores. Cuando empezó la Universidad, tuvo que venir a vivir a Capital y dejar a su familia. Solo va los fines de semana y eso me hace pensar que tiene un corazón enorme y es muy fuerte. Yo, en cambio, jamás podría dejar a mi familia. Nunca lo haría. Supongo que tanto ella como los demás, están

acostumbrados y sus familias los preparan para esto.

Con su metro sesenta, pelo castaño claro, ojos marrones y una simpatía que enamora, la hacen una hermosa mujer. Y a veces, es tan buena que creo que se pasa de la raya. Nunca dice que no, siempre está dispuesta para todo y todos. Eso me enoja y trato de aconsejarla para que no sea así, porque a la larga, la terminan tomando de boluda. ¡Siempre pasa!

Al mediodía, vamos a comer al bar. Nos sentamos y a los diez minutos llegan Marcos y Gonzalo y se sientan a comer con nosotras. Como siempre, hablamos de trabajo y de lo que hicieron el fin de semana. Con Flor, pensamos que son “adolescentes eternos”. Tienen treinta y cuatro años cada uno y todavía siguen saliendo jueves, viernes, sábado y domingo, y nunca se cansan. No piensan en el compromiso ni en tener una relación.

Cuando nos estamos yendo, Marcos me toma por los hombros y trata de guiarme hasta la salida como si fuera un auto de carreras, hasta hace ruido con su boca. ¡Si yo siempre digo que es un eterno adolescente! Me río, mirándolo de reojo hasta que chocamos de lleno con una persona y cuando enderezo mi cabeza, es Tomás. No me mira a mí, sino que tiene los ojos clavados en las manos de Marcos que siguen en mis hombros. Entonces, mi compañero, como no sabe que es Tomás Ruán, dice:

—Disculpá, no te vimos.

Ay Marcos, si supieras...

Salimos y no miro hacia atrás. Bajamos las escaleras y llegamos a nuestros escritorios. Cada uno se ubica en su lugar y seguimos trabajando, pero mi mente no está en la nota, sino en Tomás. Mi celular vibra. **¿Quién era ese que te agarraba de los hombros?**

Me aguanto la risa por sus celos.

Decido no contestarle por mensaje de texto, prefiero mandarle un *e-mail*.

De: Flores Marlene

Fecha: 18 de Diciembre de 2012 13.20

Para: Ruán Tomás

Asunto: ¡Celos sin fundamentos!

Tomi, Marcos es un simple compañero de trabajo. No te preocupes por él. Además, es raro que no conozcas quién trabaja en tu propia empresa.

Muchos besos.

M.

Pulso enviar y minimizo la ventana de mi cuenta. Abro el *Word* y comienzo a escribir una de las notas que me quedan. Me llega su respuesta.

De: Ruán Tomás

Fecha: 18 de Diciembre de 2012 13.24

Para: Flores Marlene

Asunto: ¡MUY CELOSO!

Sí, señorita. Lamento informarle que soy un hombre muy celoso y más, si se trata de usted.

Por cierto, estás hermosa con ese vestidito a lunares. ¿Venís?

T.

De: Flores Marlene

Fecha: 18 de Diciembre de 2012 13.26

Para: Ruán Tomás

Asunto: ¿No leían los mensajes?

Señor Ruán, ¿no era que leían todos los mensajes de los empleados de la empresa? No puedo responder, disculpe.

Y no se desubique con mi vestidito...

M.

PD: Yo también soy muy celosa. Creo que vamos a tener un problema.

De: Tomás Ruán

Fecha: 18 de Diciembre de 2012 13.28

Para: Flores Marlene

Asunto: ¡Ay, Marlene!

(Me estoy riendo frente a la estúpida computadora)

Vos empezaste a mandar, ¿o me equivoco?

Quedate tranquila, los míos no los lee NADIE. Y los tuyos tampoco .

¿Querés que hoy cenemos con Clara?

Espero tu respuesta.

¡Muchos besos!

T.

PD: Tendremos que hablar de los celos para que no sea un problema.

—Ay, Tomás —susurro, releyendo su mensaje.

No le respondo y decido ir a la oficina.

Camino nerviosa, mirando hacia todos lados, como si hubiese robado el cajero del edificio. Llego y la misma señora de la otra vez, está saliendo de la oficina de Tomás. Me escondo detrás de una columna y espero a que se aleje.

¿Qué estoy haciendo? Si alguien me viera, diría que estoy loca.

Me acerco despacio y golpeo.

—Pasá, Marta.

Abro la puerta y me mando como un rayo. Apoyo mi espalda contra la puerta y espero hasta que levante la vista de su computadora y me vea. Cuando lo hace, se tira hacia atrás en el sillón y cruza los brazos en el pecho.

¡Ay Dios, es tan hermoso!

—Hola, Tomi.

Nos reímos como dos tontos.

—Marlene, ¿qué te trae por acá?

—Tu mensaje.

Me acerco, le doy un beso suave en los labios y apoyo mi cola contra el escritorio.

—¿En serio? —pregunto.

—¿En serio, qué?

—¿En serio querés que conozca a Clara? Vos sabés lo que pienso al respecto...

—¿Y qué pensás?

—No quiero que me regales algo y después me lo quites. No quiero encariñarme con Clara si vos no estás seguro...

—Solo trato de... no sé, pasar tiempo con las dos.

Sonríe, mientras se pone de pie y se ubica entre mis piernas, apretándome la cintura con sus manos. Acerca sus labios a mi cuello y...

—Tomi, no cerré la puerta y es pleno mediodía. Mirá si entra Marta.

Comienza a reír. Pero ¿de qué?

—¿Cómo conocés a Marta?

—No la conozco, solo escuché cuando dijiste “pasá, Marta” y la vi salir

de acá, así que supuse que era ella. Tomás —vuelvo a repetir su nombre, cuando empieza a levantar mi vestido.

Mi respiración se acelera y mi corazón comienza a bombear con toda rapidez.

—Marlene —susurra contra mi oído.

—Tomi, por favor... acá no.

Deja de pasarme la lengua por el cuello, se separa y sube las manos en señal de paz. Apoya la espalda contra la pared y permanezco apoyada en el escritorio, con la respiración cortada.

—Entonces, ¿te esperamos?

¿Cómo hace para cambiar de tema tan rápido?

—Sí —confundida y sin saber qué decir, prosigo—. ¿Quieren venir a comer a casa? Cocino lo que más le guste.

—No, prefiero que se sienta cómoda, que esté en su lugar cuando te conozca.

Tiene razón. Por supuesto que es lo mejor.

—Bueno, dale. ¿Te puedo traer mi GPS y agendás la dirección?

—No, te voy a buscar y te llevo yo.

—No, Tomi, no. Quiero que vos estés en tu casa con tu hija. Va a ser tarde cuando quiera volverme... ella tiene sus horarios —frunce la cara y sonrío—. ¿No los tiene? ¡Eso está muy mal! Una criatura tan chiquita tiene que llevar una rutina y...

Se acerca, callándome con un beso. Y para mí mala suerte, se separa.

—Vamos al estacionamiento, así te grabo mi dirección.

Juntos, caminando uno al lado del otro por los pasillos, vamos hacia la planta baja. Trata de rozarme la mano y yo me inquieto más. Antes de llegar a mi sector, le pido que me espere afuera y pone cara de fastidio, pero me hace caso. En el escritorio, agarro mi cartera y saco las llaves de mi auto.

Llegamos al estacionamiento, aprieto el botón de la alarma, abro la puerta y me siento en el espacio del conductor. Abro la guantera, saco el GPS, salgo del auto y se lo doy, apoyándome contra la puerta.

Lo mira divertido y dice:

—¿Lo pintaste con esmaltes?

Río y me sonrojo. Jamás pensé que alguien iba a darse cuenta.

—Sí. Estaba tan negro...

Subo mis hombros y frunzo los labios.

Niega con la cabeza y prende mi aparatito. Después de unos minutos, me lo da y veo dónde queda su casa.

Y sí, ¿cómo no lo adiviné antes? Vive en Palermo. En la loma del orto, a la vuelta, tres cuadras. Tengo que salir de mi casa dos horas antes para llegar a tiempo... de verdad, estamos muy lejos.

—¿Qué pasa, Marlene?

—Nada, solo pensaba que estamos tan lejos.

—¿Entonces? —pregunta y se inclina hacia mí.

Le doy un beso y como siempre, se desespera. Me aprieta contra el auto justo cuando abro mi boca y nuestras lenguas chocan. Nos besamos, hasta que nos quedamos sin aire.

Necesito respirar o esto va a terminar mal.

Sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo, mi cola, mi cintura, mi espalda y llegan a mis pechos.

—Tomás... —lo reto, atrapándole las manos—. ¡Es imposible que dejes tus manos quietas, hombre!

—Te hubieras puesto corpiño.

Vuelve a acercarse para darme un beso, pero lo alejo.

—Ni siquiera se nota.

—¿Pensás que me importa que estemos en un estacionamiento, Marlene? Por supuesto que sé que no le importa.

Mi cara es un poema y él sabe leerlo mejor que nadie.

Me mira y abre su boca para decir algo, pero no lo hace. Y sus labios se curvan en una media sonrisa que me derrite.

Me separo, entro en el auto, guardo en la guantera el GPS y le sonrío.

—Bien, parece que voy a tener que esperar hasta la noche.

Cuando estoy saliendo de mi casa, me llama Agustina al celular. Eligió el peor momento.

—Hey, Mar... El jueves tenés franco ¿no? ¿Vamos al Tigre a dar una vuelta? Federico tiene un barquito y nos invitó a pasar el día.

¿Federico? ¿El *surfista*?

—Ay, no sé, Agus. Se me hace raro...

—¿Él?

—No, la situación. No sé.

—Quedate tranquila, el miércoles te llamo y arreglamos.

—Bien, dale.

Corto la llamada, dejo el teléfono en el asiento del acompañante y empiezo mi camino para conocer a Clara.

Después de una hora y media de mucho tráfico, llego a la torre donde vive Tomás. Pongo las balizas y estaciono en la puerta, para escribirle un mensaje.

Ya llegué, ¿qué hago?

Mientras espero a que conteste, observo la magnífica torre blanca e iluminada. El predio es enorme y...

Ya le avisé a Omar, solo necesita tu nombre y te va a indicar dónde estacionar. No puedo bajar, perdón.

Le envío un **Ok** y toco bocina. Sale un hombre de unos cuarenta años con una planilla en su mano y abre el portón corredizo.

—Buenas noches, señorita. ¿Su nombre?

—Marlene.

Busca mi nombre en la planilla, sonrío y me mira.

—Espero que pase una hermosa noche, señorita Flores, pase por favor. Estacione el auto en la segunda cochera del señor Ruán.

Hago lo que me indica, me acompaña hasta el ascensor y me marca el piso de Tomás. Nos despedimos y subo sola hasta el 16.

¡Dios mío! Mi estómago es una pelota de nervios.

¿Y si esto es una locura? ¿Y si es celosa y no me quiere?

Siento el pitido y las puertas se abren.

Por favor, he hecho cosas más difíciles que esto.

Ingreso a un recibidor individual y espero a que Tomás abra la puerta... entonces, escucho el ruido de la cerradura y aparece él, sacando medio cuerpo por la puerta, me sonrío y me señala el piso. Bajo mis ojos y aparece otro cuerpito diminuto y en la cara lleva una careta de una princesa.

—Cree que es invisible —susurra él.

Inmediatamente, levanto la vista y me acerco a la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

—Por favor.

Cuando estoy entrando, veo a Tomás todo mojado, de cabeza a los pies...

es tan lindo verlo en papel de papá.

—No la mires, en serio, ella se va a acercarse sola.

Me tapo la boca para ocultar la risa, y permanezco en mi lugar. No me acerco a Tomás y él tampoco lo hace.

—Ahora vengo, voy a cambiarme de ropa. Estoy fatal.

—Claro, te espero.

Al mirar el departamento, recuerdo que Tomás había mencionado que le gustaba el color blanco. ¡Y mierda que le gusta! El comedor es enorme, con pisos de madera y paredes blancas. Los sillones son marrones oscuros y combinan con la ratona. Un mueble con un LCD plano en el medio de la pared y una biblioteca con montones de libros. Hay un pasaplato enorme y copas colgadas por encima de éste. Y la cocina también, todo en ella es blanco y...

Alguien interrumpe mis pensamientos tirando suavemente de mi vestido. Miro hacia abajo y la veo... mi mundo se rompe en mil pedazos. ¿Cómo pude ser tan egoísta?

Con el pelito lacio y mojado, súper rubio; de ojos grandes y pizpiretos, de un verde esmeralda impresionante; y la nariz pequeña y chata. Desde mi altura, veo que ríe y achina los ojos. Es tan tierna, que me hace acordar a Luchi, con esas orejitas tan chiquitas y los dientes dispares. Cachetuda... demasiado. Es como toda pomposa y grandota y... Dios mío.

Me agacho, poniéndome a su misma altura. Me mira expectante y su sonrisa se ensancha más, se acomoda el pelito hacia atrás y me dan ganas de comerla a besos y arrancarle la risa hermosa que debe tener. Se acerca un poco más y me da un beso en la nariz. Sonrío y hago lo mismo. Vuelve a darme un beso pero en la frente y la copio.

—Upa.

Me pide upa. ¡Me muero!

La alzo en mis brazos y la miro a los ojos.

No, no.... no puede ser tan linda.

—¿Cómo te llamas, mi cielo?

—Clari.

—¡Ay, pero qué nombre tan hermoso! Yo me llamo Marlene.

Achina los ojos, confundida.

—Mar, me llamo Mar. ¿Te gusta?

—Tí. ¿Juegamos?

¡Ay, no!

—Sí, mi cielo, vamos a jugar.

Me señala una puerta, camino con ella en brazos y la abro, entonces veo juguetes y juguetes y más juguetes. Cuatro baúles en los cuales desbordan chiches. Un mini pelotero inflable, con pelotas y sí, más juguetes. Una mesita con cuatro sillitas y un florero en el medio. ¡Me muero! Una cocinita de plástico bien ordenada y un lavarropas.

¡No tenía idea de que existían estas cosas! Un piso de goma que ocupa toda la habitación, con dibujos de estrellas y corazones. Es un *playroom* increíble. Y observo si tiene lo que yo le compré, pero no. Eso me pone contenta. Le va a gustar.

—¿A qué querés jugar, Clari?

—Pilotera.

—Bueno, vamos al pelotero.

La meto en el pelotero y empieza a revolear pelotas para todos lados. Entonces, cada vez que tira una, la agarro y la meto. Y ella ríe. Y vuelve a tirar una más. Y así, sucesivas veces. Ríe y ríe a carcajadas y me mata de amor.

Ella, de verdad, es el cielo.

—¡Mi papáaaaa! —grita Clara y miro hacia atrás.

Tomás está de pie en el marco de la puerta con una sonrisa que podría enamorar a cualquiera, incluso a mí. Nos observa y veo ese brillo en sus ojos. Y yo, mantengo el contacto visual, no quiero romperlo. Hasta que sonrío y se acerca. Se sienta a mi lado y me dice gracias en el oído. Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar a Clara.

—¿Él es tu papá?

—¡Sí, mío! Mí... papá. Mío.

Me río a carcajadas.

—Qué bueno, Clari. Tu papá es muy lindo, tan lindo como vos.

—Tí, pero es mío.

Me acerco a ella y la beso muchas veces en el cuellito. Me abraza y quiero suponer que me aceptó, a pesar de que repita que Tomás es de ella.

—¿Vamos a comer, Clarita? —le pregunta Tomás.

—¡Sí! Hambre. Sí. La panza —se señala la pancita gordita y mira a Tomás—. Tiene hambre... no tiene nada, papá.

Hasta parece indignada. ¿Cuánto hace que no le da de comer?

—Marlene, ¿me acompañás a la cocina?

—¿Y la vamos a dejar solita? Ella me dijo que quería jugar conmigo...

—Es muy independiente —trata de convencerme.

Me paro y voy caminando hacia atrás y ella me sigue con la mirada, no me quiero ir. No la quiero dejar solita en esta habitación tan grande y metida en el pelotero. Y aunque tengo la mano de Tomás guiándome por la espalda hasta la puerta, camino hacia el pelotero, la tomo en brazos y salgo de la pieza. Tomás me sigue, riendo.

¡Sí, quiero que ría más!

—Estás... increíble —susurro y le sonrío—. Así... como papá. Lo digo en serio, Tomi.

Entonces, soy consciente de lo que mi comentario provoca en él. Traga con fuerza y asiente con la cabeza... ¿Por qué? ¿Por qué, Tomás?

Ya en la cocina, la siento sobre la mesada y agarra una espátula que cuelga del mueble. Y juega, juega con una simple espátula. Con tan poco se entretienen los niños.

—Tengo un regalo para vos, Clari. ¿Querés que papá lo vaya a buscar?

—Sí, relago. Quiero relago.

—Bien, Marlene, ahora tengo que ir abajo porque sino no va a parar —se hace el enojado pero no, no lo está—. ¿Me van a dejar ir solo, chicas?

La miro a Clara y ella me observa de reojo, haciéndose la tonta, entendiéndole cada palabra a su papá. ¡Me muero! No puede ser. Me tapo la boca para que no me vea reír, pero una sonrisita traviesa comienza a aparecer en toda su carita y se tira el pelo hacia atrás.

—¿De verdad, Clara? —hasta suena herido.

—Clari con Mar... papá con relago.

—¿Estás segura?

—Acá. Clara, acá.

—Después no vengas buscando a papá.

Clara lo mira, ríe y se tapa con las dos manitos la boca. Tomás se muerde los labios para aguantar la risa y negando con la cabeza, dice:

—Dame tus llaves.

—Están en la cartera, en el bolsillo de adelante. Fijate que el paquete lo puse en el asiento de atrás porque en el baúl no entraba.

Lo escucho suspirar.

—¿Qué le compraste, Marlene? Te voy a matar.

—No es nada. Una pavadita... nosotras vamos a tener una charla de chicas. ¿No, Clari? Me va a contar muchos secretos de su papá.

—Síiii.

Tomás abre la puerta y sale de su departamento.

—Bien, Clari. ¿Te parece si cocinamos?

—¡Sí! Clari sabe cocinar...

—Yo creo que también.

La siento en el piso, le doy un envase de plástico con dos cucharas de madera y empieza a batir una mezcla imaginaria. Enciendo el horno, pongo las bandejas con milanesas de carne y abro una tapa de una olla donde hay puré de papas. Le meto unos cuadrados de queso que hay en un platito para que se vayan disolviendo, mientras se cocinan las milanesas.

No le quito los ojos de encima a Clari cuando pongo la mesa... encuentro todo muy rápido y en unos segundos, ya condimenté las ensaladas.

Cuando Tomás entra en el departamento, con el enorme paquete, encuentra a Clari jugando en el piso con un colador, una espátula y un vaso de plástico. Se queda de pie, en el medio del comedor y solo se dedica a observar la escena. Por un segundo, dudo si está feliz o triste porque no logro descifrarlo...

¿Qué pasa por su cabeza?

Entonces, camino hacia él y me animo a tocar su mejilla.

—Hey —susurro, tratando de no sonar preocupada—. ¿Encontraste los dos paquetes?

—Sí —le quita la mirada de encima a Clari para poner toda su atención en mí—. Podría haberlo hecho yo, Marlene.

—No es nada. Solo puse las milanesas en el horno. Tomi, ¿estás bien?

Entonces, besa mi frente, pasa su brazo alrededor de mi cuello y me pega a él. A los segundos, se separa y le chistea a Clara. Cuando su hija ve el enorme paquete, va corriendo al lado de Tomás y comienza a romper el papel. Grita muy fuerte al descubrir que es un tobogán. En unos segundos, él encastra las tuercas, ajusta los tornillos y...

—¡Plazaaaaaaaa! Una plazaaa.

Tomás la agarra en sus brazos y la ayuda a deslizarse. Al llegar al piso, da la vuelta, sube muy rápido la escalera y se tira otra vez, gritando “plaza”. Está eufórica, sin aliento y emocionada... y ésta vez, su papá parece estar feliz.

¿Y si, cada vez que Clara logra algo nuevo, él piensa en cómo le gustaría que Pilar estuviese con ellos? ¿Y si, cuando me vio en la cocina imaginó que éramos una familia feliz, esa que no tuvo con su esposa?

Dios mío, esto no es fácil. No quiero sentir lástima por él, ni por Clara, pero inevitablemente es un sentimiento que no puedo despegar de mí al pensar en ellos, en la familia que podrían haber sido... ¿Cómo sería Tomás antes de perder a Pilar? ¿Se reía más? ¿Era divertido? ¿Un hombre más relajado y no tan meticuloso?

—Clari, decile gracias a Mar.

Su comentario me hace volver a la realidad.

—¡Gracias, Mar! —me abraza las piernas, me da un beso en la cadera derecha y me río como una tonta.

—Es feliz... —susurra él, mirándola jugar—. A pesar de todo, es una nena feliz.

¿Y si es eso? ¿Y si piensa en la felicidad de su hija?

Voy hacia mi cartera y le entrego un paquete que traje para él. Lo observa confundido y cuando rompe el papel, encuentra una foto mía. ¡Sí! No es que sea egocéntrica, pero pensé que sería lindo obsequiarle una foto mía...

—Cuando mires la foto, quiero que sepas que estoy pensando en vos.

—¿Así? ¿Tan fácil? —pregunta, sonriendo—. Cuando tenga una duda, voy a mirar la foto y vos vas a aclararme todas mis ideas. ¿Funciona así?

Muerde su labio inferior y acercándose a mí, me besa en la mejilla.

—Gracias... de verdad, Marlene. Gracias.

—Voy a dar vueltas las milanesas.

¿Y si no estaba preparado para tener una foto mía? ¿Y si piensa que quiero estar metida en su mente todo el tiempo como una loca retorcida?

¡Basta, Marlene!

Doy vuelta las milanesas, enciendo la hornalla del puré y revuelvo... cierro los ojos al sentir sus labios contra mi nuca, sus manos en mi cintura, su cuerpo contra el mío.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja, poniendo mis manos sobre las suyas e inclinando mi cabeza hacia un costado.

—Te quiero, Marlene.

Yo también. Pero esa no era la respuesta que quería escuchar cuando pregunté si estaba bien.

—Tomás, no digas un *te quiero* así como así.

—Si lo digo es porque lo siento.

Abro mis ojos de golpe.

—¿De verdad? ¿De verdad creés que esto es una oportunidad más?

Me gira muy rápido para estar frente a frente.

—¿Qué pasa, Mar? ¿Eh?

—Es que... no tengo idea de lo que pasa por tu cabeza y me asusta.

—Creéme, no querías saberlo. ¿Es por Clara?

—No, por nosotros. Para vos esto es muy importante... no quiero decir que para mí no lo sea...

—Te entiendo. ¿Entonces?

—Entonces, ¿creés que esto es amor? Acaso, ¿existe el amor de verdad, Tomás?

Sonríe, como si tuviera la respuesta a la pregunta más importante del mundo.

—Estás en mi casa, conociste a mi hija... ¿Te parece que jugaría con mis sentimientos? Te aseguro, que de nosotros dos, soy el que menos quiere sufrir y que el que tiene más para perder.

—¿Y conocer a tu hija es el significado del *amor*?

¿Eso es lo que piensa?

Tira la cabeza hacia atrás y achina sus ojos, confundido por mi pregunta.

—Clara es el amor para mí... perdón por decirte que te quería, supongo que fue la situación, el regalo, que Clara esté feliz y...

¿Se está arrepintiendo?

—No, nunca te arrepientas de decirme algo. No... por favor, quiero que seas sincero y más cuando se trata de amor.

—Y yo quiero que te quedes a dormir.

Bueno, esto es muy sincero.

—Tomi.

—No te vayas... hoy quedate conmigo.

Asiento con mi cabeza.

—Está bien, me quedo.

Qué fácil soy. Y así, mi confusión desaparece.

—La comida ya está. ¿Cenamos? —pregunto, sabiendo que Clarita tiene hambre.

—Sí, dale. Clara, ¿dónde estás?!

Camina hacia el comedor y coloca una silla más alta en la punta de la mesa, agarra a Clari y la sienta, me parece un poco exagerado ya que Clara tiene la edad y la altura suficiente para sentarse en una silla común y corriente, pero no le digo nada. Enciende la televisión y le pone un canal en el cual están pasando “Princesita Sofia”. Eso la paraliza y se queda con la boquita abierta mirando hacia la pantalla, como si estuviera hipnotizada. Tomás abre la heladera y saca jugo de naranja, vino y una bandeja de ensalada. Yo, agarro las milensas y la llevo a la mesa. Tomo tres platitos chiquititos y pongo un poco de puré en cada uno. Cuando estamos los tres sentados, observo cómo Tomás le corta la milanesa en pedacitos muy pequeños, y ella, con sus manitos pequeñas y regordetas, los agarra y se los mete en la boca.

—Clari, mirame —le dice Tomás—. Masticá bien. ¿Me entendés, no?

—Tí.

—Y comé tranquila, que hay muchas milansas.

—Gacias, papá.

Tomás le da un beso en la nariz y la escena que forman me emociona. Entonces, me clava los ojos, suspira y...

—A pesar de que tiene todos los síntomas del Síndrome de Down, es diferente. Cuando nació no tuvo afectaciones cardíacas que podrían haber requerido una intervención quirúrgica; su estatura es normal a la de una nena de casi cinco años y su peso también. Es decir, su cabeza y su cara son redondas y pequeñas, los ojos tienen la inclinación hacia arriba y hacia fuera y la nariz chata. Pero por ejemplo, su tono muscular no está tan disminuido, como en reposo, y es por eso que la lengua no tiende a salirse. Y lo más importante, el grado de inteligencia no es tan malo. Cada persona con el Síndrome, tiene deficiencia mental, pero varía en cada uno. Su pediatra me dijo que ella es inteligente y no va a tardar en aprender lo que se le enseñe. Es viva y muy despierta.

¿Por qué me cuenta esto? Tal vez, por como los estaba observando y eso me hace sentir culpable. Y que me haya dicho todo esto como si lo hubiese leído, me hace pensar que lo sabe de memoria.

—¿Va al jardín?

—Sí, de ahí conozco a la familia de Luchi. Van juntos.

—Me imaginé. Y... ¿Vas a mandarla a una escuela normal?

—Por supuesto, ella va a una escuela normal. Yo siempre le dí el

beneficio de la intervención temprana y la educación especial. Las maestras siempre me dijeron que ella no va a tener problema de asistir a las aulas para niños normales. Hoy en día, el porvenir de otros nenes como Clari es mucho más prometedor de lo que era. Muchos de ellos, aprenden a leer y escribir, y participan en muchas actividades propias de la niñez. Clara tiene una maestra especial, que trabaja bajo un programa especializado y diseñado para chicos con Síndrome de Down. Yo pretendo que Clari, el día de mañana, sea independiente y, según lo que dice la maestra y el médico, ella va a poder tener su hogar y cuidar de ella misma. Ojalá que sea así. Es mi mayor deseo.

—Tomás, vos sabés que esto no se puede prevenir. ¿No?

Asiente con la cabeza y nos sirve vino.

—Lo sé, pero aún así, lo consulté con millones de médicos —mira a Clara y su rostro se entristece—. Por más que lo desee con toda mi alma y pueda pagarle cualquier tratamiento, no tengo una cura para mi hija... nadie sabe por qué ocurren problemas con el cromosoma número 21.

No se trata solo del cromosoma.

—Tomás, ¿por qué vivís con tanta culpa?

—Porque ése es mi mayor problema, tal vez fuimos nosotros los culpables, o hicimos algo mal. Pero de lo que estoy seguro, es que me lo podrían haber dicho antes de que naciera. Porque si hubiesen hecho la ecografía de la traslucencia nucal ó el escáner fetal como debía ser y saltaba que Clara tenía el síndrome, podrían haberle hecho el análisis de la vellosidad coriónica, podrían... podrían...

—¿Y qué hubieras hecho, Tomás? Si sabías que Clarita tenía el Síndrome, ¿qué podrían haber hecho?

¿Abortar?

Deja escapar un suspiro de fastidio. Sí, está enojado, conmigo, con Pilar, con los médicos, con él mismo, con todos. Sigue enojado con Clara.

—La mamá de Pilar me dijo que fue ella quien no quiso hacer ningún estudio porque si el bebé estaba enfermo o no, ella lo iba a amar igual. Sea como sea lo amaría de igual forma... Pilar la hubiera adorado porque así era ella. Amaba a todos...

Entonces, Pilar no lo sabía. Ni siquiera tuvo la oportunidad de amar a su hija en vida.

—Pero Tomi...

Dejo de hablar cuando me clava la mirada.

—A veces... —dice en voz muy baja, como si no quisiera que yo lo escuche pero aún así, lo dice —pienso que Pilar lo hubiera hecho mejor que yo porque ella sabría qué hacer con todo esto. Nunca pude hablarlo con ella. Nunca pudimos... nunca pude preguntarle por qué.

Y sus palabras me rompen el corazón.

Estoy sentada en el sillón, con Clarita en los brazos, esperando que Tomás nos traiga helado. Llevo media hora aguantando a “Zou”, una cebra de Disney Junior. Mis ojos están pesados y mis párpados se van a cerrar en cualquier momento por jugar tanto con Clara y bailar canciones de princesas, sin saber cómo hacerlo. Sonrío al acordarme de todas las cosas que me hizo hacer. Por dos horas me transformé en una nena de cinco años y me duelen las rodillas de tanto gatear.

Tomás se sienta a mi lado y nos mira.

—Se quedó dormida.

La miro y es verdad. ¿Por qué no me dormí yo también?

—No me di cuenta... la estaba acariciando y pensé que estaba mirando la tele... esos dibujitos son tan bueno, dulces y problemáticos...

Tomás ríe y yo también. Dios mío, quiero dormir.

—¿Querés que la llevemos a la cama?

—No, no. Dejala, no me molesta.

Deja las copas con helado arriba de la ratona y agarra a la nena en sus brazos. Me paro y lo acompaño hasta la habitación de Clara.

—Tomi, te dije que no me molestaba.

—Te van a doler los brazos, ya no es una beba de ocho meses.

Abre la puerta de una habitación y entramos. Antes de acostarla, le saca la ropa y le pone un pañal... otra vez, me parece algo muy exagerado, pero no digo nada. La viste con una remera blanca con corazones y la mueve para todos lados, pero ella ni se inmuta, sigue durmiendo. Después, la deja en una cama de una plaza y media, que está contra la pared y sube una baranda de madera. Enciende la luz de un velador que da vueltas y dibuja en las paredes de la habitación angelitos. Antes de salir, la besa en la frente y le acomoda la

sábana.

Me toma de la mano y volvemos al sillón. Me siento como india y agarro mi copa. Estamos enfrentados y nos miramos. Solo nos miramos...

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, estoy bien. ¿Vos?

—Perfecto.

—Es hermosa, te felicito. Pero...

—Pero, ¿qué? —sonríe.

—La protegés demasiado. Tendría que comer en una silla normal, tendría que dormir sin pañales y sin baranda, y... —su risa me interrumpe y la mano que se pasa por la panza, me desconcentra—. ¿De qué te reís?

—De vos —responde, divertido.

—¿Por qué?

—No sé... pero gracias... gracias por todo, Marlene. Por el tobogán, por jugar, por ver los dibujitos... por quererla —lo último, lo dice en un susurro.

—¿Cómo sabés que la quiero?

—Por tu mirada...

No lo entiendo.

—¿Cómo es mi mirada?

—De emoción y no de lástima.

Por Dios. Yo jamás sentiría lástima por Clara. ¿Cómo se le ocurre decir algo así?

—Entonces, sí, la quiero. .

—Bienvenida a Holanda, Marlene —dice en voz baja.

—A partir de ahora, mi país preferido —admito y su sonrisa se agranda, como si mi respuesta fuera lo que él quería escuchar.

Estira su mano para que la agarre y entrelazo mis dedos con los de él. Entonces, me da un beso en la palma, provocándome cosquillas. Besa la línea de la vida... muchas veces. Cierro mis ojos al sentir que sus besos comienzan un camino por mi muñeca y... me empuja para atrás, se acuesta sobre mi cuerpo y abro mis ojos.

Paso mis manos por su nuca, lo acaricio muy suave y lo beso en los labios... ronronea contra mi boca... se separa y me mira como si quisiera decir algo. Y yo sé lo que quiere decir. Me quiere. Por supuesto que me quiere porque yo también. A pesar del poco tiempo que estamos juntos, lo quiero. Pero entonces, recuerdo que Clarita está durmiendo y puede despertarse en

cualquier momento. No quiero que se aparezca en el comedor y nos vea...

—No puedo, Tomi...

Su cara es un poema y veo la frustración.

—¿Es por Clara?

—Sí.

Asiente, se pone de pie y me agarra de la mano para llevarme hasta su habitación. Cuando entramos, veo una cama enorme... cierra la puerta detrás de nosotros y de pronto, me asalta la idea de que acá dormía con Pilar, tenían sus charlas o discusiones antes de irse a dormir, se vestían y hacían el amor, y...

—Tomi, ¿cuánto hace que viven acá?

Distraído, se aclara la garganta, mientras quita unos almohadones y dobla el acolchado hacia los pies.

—Desde que nació Clara.

¿Por qué? ¿Por qué se vino a vivir acá una vez que nació Clara? ¿Era un plan que tenían con Pilar? ¿Se trata de eso?

—Está bien —susurro, sacándome el vestido por encima de la cabeza.

—¿Qué pasa, Mar? Cuando hacés una pregunta así, es porque... — entonces, me mira y su rostro se endurece—. Marlene, decime que lo que estoy pensando, no es verdad.

—No estoy pensando en nada...

—No te tortures... Pilar no vivió en esta casa, no se acostó en esta cama... no navegó en mi yate, ni siquiera pisó la redacción, tampoco viajamos a Búzios. Ni siquiera conoció a Clara. Mierda...

Se da la vuelta mirando hacia la puerta y yo... yo me siento tan estúpida por haber traído tantos recuerdos a su mente otra vez, por cuestionarle cosas que no me corresponde, por...

—Perdón, Tomás.

—Dejá de traer a Pilar, Marlene... sé que vos querés saber cada puto detalle de todo lo que pasó, pero no puedo —me enfrenta—. ¡No puedo aclararte todas las dudas porque no quiero! Dejá de preguntar y dame tiempo para poder hacerlo.

—No quiero presionarte, perdón.

—¿Presionarme? —pregunta y se ríe.

Entonces, sale de la habitación y cierra la puerta. Rápidamente, busco mi vestido y no lo veo, entonces agarro la remera que acaba de quitarse y me la

pongo. Salgo de la habitación y comienzo a buscarlo... no está en la cocina, ni en el comedor, tampoco en el baño, pero comienzo a sentir olor a tabaco. Camino hacia el balcón que da al living y salgo, corriendo la cortina hacia un lado.

Tiene los codos apoyados en la baranda de metal, los ojos cerrados y tira el humo hacia arriba. Si no estuviera tan triste, sería precioso. Eso es lo que hice, él estaba feliz y contento y yo... yo lo hice sentir triste.

—¿Desde cuándo fumás? —no contesta, continúa con los ojos cerrados—. Tomás, no te enojés conmigo... prometo no presionarte más en cuanto a tu vida...

—No me estás presionando, Marlene —gira su cabeza y me mira—. Estoy enojado conmigo mismo por... por tener tanta mierda en la cabeza y no poder largarla de una puta vez... no es presionar, yo no soy como él... jamás te culparía de presionarme cuando lo único que querés hacer es conocerme un poco más y yo no te dejo.

Y entonces, caigo en la realidad. A pesar de los recuerdos que traje haciendo mi pregunta, él está tratando de hacerme sentir mejor convenciéndome de que yo no lo estoy presionando, de que él jamás sería como Pablo.

—Perdón, Tomi. Sé que no te gusta que te pida perdón...

—¿Querés saber por qué no me gusta? —asiento con miedo—. Porque antes de que durmieran a Pilar para hacerle la cesárea, me pidió *perdón*. Ella me pidió perdón por no poder controlar una hemorragia, por no saber qué iba a pasar...

—Tomi —mi voz se corta y ya no puedo respirar.

No quiero que siga hablando.

—Así que, por favor... no me pidas más perdón por estupideces, excepto por algo que valga la pena, Marlene.

Sus ojos brillan en la oscuridad y la desesperación empieza a crecer en mí. Sí, estoy desesperada porque sé que todavía sigue sufriendo y nunca va a dejar de hacerlo, excepto el día en el cual se perdona a sí mismo, que deje de sentir culpa por ser él quien está disfrutando a Clara y elimine de una vez la lástima que le provoca ver a su hija con el Síndrome. Porque no estoy equivocada, él de verdad siente todas estas cosas y me parte el cuerpo a la mitad.

Y sí, me da pena. Siento muchísima pena porque Tomás está roto y no sé si

voy a ser capaz de arreglarlo. No me creo con la fuerza necesaria para hacerlo...

Me acerco muy despacio, acuno su rostro entre mis manos y lo beso. Tarda en responder, pero cuando lo hace, endereza su cuerpo, una mano aprieta mi cintura y la otra el lado derecho de mi cara... empieza a empujarme hacia atrás hasta que choco mi espalda contra una pared. Me aprieta con su cuerpo, me besa con desesperación y sus manos me manosean, hasta que llegan a mis nalgas, me alza y lo abrazo con mis piernas.

Su pelvis empieza a empujar hacia atrás y adelante, mientras su bulto comienza a crecer y...

—¡Aaaah! —grito, cuando acomoda su pene y entra en mi cuerpo.

—No... grites... —susurra y sus labios se abren sobre los míos.

Su beso me consume, me enloquece dándome ganas de tirarle el pelo y... su pene me llena y tirando la cabeza hacia atrás, sintiendo su lengua en mi cuello, sus manos apretando la piel de mi cintura, me dejo ir. Mi clítoris explota al rosarse contra su pelvis Tomás y...

—Tomí —jadeo, cuando lo siento respirar entrecortadamente contra mi oído.

Sus embistes se hacen más profundos, cortos, secos, rápidos y... gruñe contra mi cuello, saliendo de mi cuerpo y terminando contra mi panza.

Justo cuando termino una entrevista por teléfono con el Ministro de Seguridad, suena mi celular.

—¿Hola? —digo, mientras trato de releer una de sus respuestas.

—¡Maaar!

Es Agustina, inmediatamente dejo de leer.

—Hola, Agus, ¿cómo estás?

—Bien, bombona, muy bien. Escuchame, mañana vamos al Tigre, ¿no?

Lo había olvidado completamente.

—Sí, obvio —respondo, con toda mi seguridad.

—Bueno, nos pasás a buscar por mi casa y vamos directo, ¿te va?

—Sí, dale. ¿A qué hora?

—A las nueve.

—A las nueve por tu casa.

—Bueno, te esperamos, diosa. Cuidate y nos vemos mañana.

—Vos también cuidate y portate bien.

—Siempre me porto bien, sino preguntale a Ana.

Reímos como bobas, nos despedimos y dejo mi teléfono a un costado. Apoyo mis codos sobre el escritorio y refriego mi rostro, mientras recuerdo cómo me escapé hoy a la mañana del departamento de Tomás antes de que se despierte. Le di un besito a Clara mientras seguía durmiendo en la misma posición que la había dejado su papá la noche anterior y salí de ahí.

Decido escribirle un *e-mail*.

De: Flores Marlene

Fecha: 19 de Diciembre de 2013 14.32

Para: Ruán Tomás

Asunto: Fugitiva.

Más que fugitiva, soy una RATA. Me fui sin despedirme, pero qué bien dormí.

¿Cómo se despertó Clarita?

Dale un besito de mi parte. Y gracias por dejarme entrar en su vida.

M.

PD: ¿Cómo estás?

De: Ruán Tomás

Fecha: 19 de Diciembre de 2013 14.37

Para: Flores Marlene

Asunto: ¡Mi ratita hermosa!

Ja, ja, ja. Ni siquiera te escuché cuando te fuiste. Me desperté y ya no estabas... con Clara nos sentimos muy usados. □

Lo primero que dijo cuando se despertó fue: “¿Mar? ¿Plaza?” Gracias por eso, Mar. De verdad.

Y por el cuarto piso, todo en orden. Hoy me reúno con los abogados y otros accionistas para solucionar el tema que nos viene complicando la existencia: “La ley de medios”. Se está por vencer el plazo y debemos “ocuparnos” y apurarnos.

Sospecho que hoy y mañana, van a ser los peores días de mi vida.

¿Qué vas a hacer en tu franco?

T.

De: Flores Marlene

Fecha: 19 de Diciembre de 2013 14.40

Para: Ruán Tomás

Asunto: Mi franco.

Sé que no te gusta hablar de trabajo conmigo, pero me gustaría que me cuentes un poco más... tal vez, te hace bien desahogarte con este tema.

Mi franco lo voy a pasar con Agus y Ana. Están como locas por ir al Tigre a navegar. Voy a pasarlas a buscar por la casa de Agus a las 9 y de ahí nos vamos. Un amigo de ellas tiene un barquito y me invitaron.

M.

De: Ruán Tomás

Fecha: 19 de Diciembre de 2013 14.46

Para: Flores Marlene

Asunto: ¿Barquito? ¿Yate? ¿Velero? ¿Canoa?

¿A qué tipo de “barquito” te referís? Recordá que estás hablando con un experto en el tema. (Por cierto, ¿conocés a ese amigo? Tené cuidado y enviame un mensaje avisándome que todo está bien).

¿Hablar de trabajo con vos? NO. No pienso perder nuestro tiempo en este tema.

Si no te enojás, sigo trabajando. Y vos también, quiero leer las cinco notas al final del día.

Besos, besos y abrazos.

T.

De: Flores Marlene

Fecha: 19 de Diciembre de 2013 14.50

Para: Ruán Tomás

Asunto: OK, JEFE.

¿De verdad leés mis notas? No te creo.

Besitos.

M.

Y no hablamos más en todo el día.

Salgo de mi casa y voy directo a lo de Agus. Cuando salen y me ven, gritan y saltan como locas. Me abrazan y me llenan de besos. Sí, así son ellas.

Pasamos por una estación de servicio, y mientras cargo nafta, ellas van a comprar papas fritas, galletitas y bebidas para la tarde. Suben al auto y arrancamos directo hacia Tigre. Cuando llegamos, pongo la dirección en el GPS y me indica el camino hasta un barrio precioso.

—¡Ahí está Fede! —grita Ana.

Él me hace señas para que entre el auto en la cochera de su casa. Apago el auto y bajamos. Se acerca a nosotras y nos saluda con mucho cariño, como si de verdad nos hubiese extrañado desde esa tarde en Brasil. Nos envuelve en

abrazos y las chicas están encantadas.

—¿Se les complicó para llegar?

—No, Mar puso el GPS y nos trajo directo.

Mientras ellos se quedan hablando, abro el baúl del auto y saco el canasto del mate, las bolsas con la comida chatarra que compraron y nuestros bolsitos. Cierro y pongo la alarma. Entonces, nos invita a subir a su camioneta Jeep Liberty, de color gris plata. La rodeo caminando y susurro para mí:

—Motor 3.7 L, con 12 válvulas y 6 cilindros. Hola, preciosa —le acaricio la trompa.

—Buena onda, Mari.

Me doy vuelta por el “Mari”. Entonces, sonrío porque es la primera vez que alguien me llama así.

—Me encanta tu camioneta.

—¿Querés manejarla?

¡Me está jodiendo!

—¿Ahora? ¿Acá?

—Sí, hasta el estacionamiento. ¿Querés?

—Sí... por supuesto, no podría negarme.

Empiezo a temblar y la adrenalina me sube al cerebro. ¡Voy a manejar una Jeep Liberty! Mierda, ¡sí!

Me revolea sus llaves y las agarro en el aire. Miro mi mano y todavía no puedo creerlo. ¡Vamos, ni siquiera me conoce!

—¡Confío en vos, Mari! Vamos chicas, suban —golpea el techo de la camioneta dos veces cuando se sube en el asiento del acompañante.

Me pongo el cinturón, acomodo el asiento y la enciendo. Entonces, escucho el motor... ¡Carajo!

—Tranquila, Mari...

—Sí, sí, ya sé. Despacio.

—No, despacio no. Te digo tranquila a vos, estás nerviosa.

—Sí, perdón, es la adrenalina.

—Bueno, disfrutá. ¡Vamos! —se engancha el cinturón y aplaude.

No puedo creer que tenga tanta energía. Lo miro y su perfil es extraño... me llama la atención nuevamente su mandíbula. Recuerdo que en Búzios pensé que estaba tenso, pero no, es así. Pareciera como que todo el tiempo apretara sus dientes. Eso me causa risa y niego con la cabeza. Tiene las rastras atadas

en un colita alta que parece un pajarito.

—¿Marlene? —Agus dice mi nombre.

—Sí, sí, vamos.

Pongo primera y salgo. Federico me indica las calles por donde tengo que ir, no parece molestarle que vaya rápido. Es más, parece que disfruta de cómo manejo. A cada rato, siento su mirada en mí y eso me pone nerviosa; que me observe, me inquieta, porque sé que no se fija en cómo trato su camioneta, sino que se concentra en mí. O tal vez estoy loca.

—Es ahí. Chicas, este es el estacionamiento de lanchas. Entrá por ahí, Marlene.

Hago lo que me dice y un hombre nos abre un portón enorme y entro con la camioneta. Mis ojos no pueden creer lo que ven. Es como un estacionamiento de autos, pero las lanchas, motos de aguas, *jet ski* y kayak están en las paredes, en cuadrados hechos a su medida.

—¿De quién es esto? —pregunto porque me intriga.

—Mío. Va, lo empezó mi abuelo, después de mi papá y ahora que se jubiló, me encargo yo. ¿Buena onda, no?

—Sí, nunca había estado en un lugar así.

—Mirá... estaciona allá. Chicas, bajen ahora si quieren así no caminan tanto a la vuelta —y me señala un lugar como a una cuadra de distancia.

Las chicas se bajan y nosotros seguimos, hasta que meto la camioneta de culata en una sola maniobra.

—La tenés clara, eh.

Me río porque me causa gracia su forma de hablar y afirmo con la cabeza. El también se ríe. Apago la camioneta y nos bajamos.

—Mirá, Mari, quiero mostrarte algo. Ya que te gustan tanto los autos...

Se acerca a un auto que está tapado por una funda gris. La desliza y veo un Porsche 911, GT3 RS.

—Mentira —susurro, mientras me acerco y escucho su risa—. No es como el 911 Turbo y el 911 GT2, pero para mí es el mejor de la gama, a pesar de que le sacan una gran cantidad de caballos de ventaja. Pero éste... éste es el modelo más radicalmente deportivo. ¿Lo usás solo en circuitos o en la calle?

Asiente con la cabeza, parece sorprendido y sonrío.

—Solo en circuitos.

—¿Por qué no lo usás por acá? Si su uso es legal para la ruta.

—Lo compré en Alemania, es del 99'. Lo cuido mucho... demasiado.

—Yo también lo cuidaría.

—¿Querés manejarlo?

Tiro la cabeza hacia atrás porque no puede estar hablando en serio.

—Muero por hacerlo —contesto, sin dudar.

—Cuando quieras, arreglamos un día y vamos al circuito.

—¿En serio?

—Claro, tonta. Me demostraste que manejas muy bien, no tengo miedo de que lo manejes. Es más, quiero que te saques las ganas.

—El sueño del pibe —susurro, sin más nada que decir.

Pero entonces, da un paso hacia mí como... ¿Cómo qué?

—¿Qué hacés?

—Es solo que... hay en algo en vos que... me gusta.

Si Federico hubiese aparecido antes de conocer a Tomás, le hubiera contestado que a mí también me llama la atención. Pero no...

—Yo... estoy en pareja. Bueno, no tan literal, pero estoy empezando algo y es algo lindo... nada, quería que lo sepas. Perdón si te demostré que podía pasar algo entre nosotros.

—Perdoname vos a mí... me dejé llevar. Con esto de los autos y...

—¡Chicos! ¿Y? —grita Agustina, como siempre, impaciente.

Le sonrío a Federico y lo ayudo a tapar el auto. Segundos después, caminamos hacia donde están las chicas y lo seguimos. Salimos del garaje, llegamos al río y nos ayuda a subir a su yate.

—Hay una playita que tiene toda la onda. Voy a llevarlas ahí.

Mientras navegamos, nos cuenta que su barco se llama *Obsession*. Me encantaría que me cuente más cosas, pero no quiero confundirlo, entonces no le pregunto nada y me quedo con las chicas adelante, hasta que lo enciende y arrancamos. Agustina va a buscar unas cervezas y nos fundimos en una charla de trabajo, también me preguntan por Tomás y aprovecho para contarles que conocí a su hija, Clara. Y como veo que todo va bien, le mando un mensaje a Tomás.

Buen día, Tomi. Todo va muy bien. Espero que tu día no sea tan agotador. Un besito. M.

Tal vez, cuando nos veamos, le cuento que manejé la Jeep... o tal vez no. Su respuesta me llega casi al instante.

Hola, Mar. ¡Disfrutá tu día porque el mío va de mal en peor! Un beso. T.

Le envió una carita triste y un beso.

Cuando llegamos al lugar, me enamoro al instante. Federico tenía razón. Es una playita divina, con un barcito lejos de la orilla, varias personas reunidas al sol, tomando mate o cerveza y muchos yatecitos anclados.

Nos acercamos a la playita, en un barquito que nos viene a buscar y tiramos unas lonitas en la arena. Mientras tomamos mates, sacamos fotos y charlamos, y el día se nos pasa volando. Como siempre, deseo tener un poco de espacio y lugar para mí, entonces decido ir a mojarme los pies a la orilla.

—¿Te pasa algo?

Es Federico.

—No, solo estoy pensando.

Me doy cuenta que Federico es un buen acompañante porque se queda en silencio a mi lado, con los brazos cruzados, mirando las lanchas que pasan por el río y acepta hacerme compañía mientras sigo pensando.

—Dios, creo que hoy voy a soñar con tu Porsche. Sí, señor. No voy a poder quitármelo de la cabeza en muuucho tiempo —trato de hacerle una broma y se ríe.

Me empuja del hombro, pero no porque quiere tocarme, sino porque es muy juguetón. Con las chicas están todo el tiempo jugando de mano y tal vez, como acabo de hacerle una broma, siente la misma confianza conmigo. ¿No?

—Voy a contarte algo, pero queda acá.

—Lo prometo.

Se acerca a mi oído y sonrío porque me hace cosquillas.

—Dormí tres noches seguidas en el Porsche.

Ahora soy yo quien lo empuja.

—¡Mentira!

—Lo juro... siempre lo quise tener y... bueno, la emoción me pudo y por tres días se convirtió en mi cama.

—No quiero saber más... ya es mucha información.

—¿No querés que te cuente todas las chicas que pasaron por mi auto?

Vuelvo a empujarlo, mientras me río como una tonta. Entonces, me agarra de los hombros para que deje de pegarle y volvemos con las chicas.

Llego de almorzar con Flor y chequeo mi correo porque estoy esperando que me confirmen una entrevista. Reviso mi bandeja de entrada y abro muy entusiasmada el *e-mail* de Tomás.

De: Ruán Tomás

Fecha: 20 de Diciembre de 2013 14.00

Para: Flores Marlene

Asunto: ...

Lindas fotos, Marlene. Y por cierto, ¿por qué te tocaba tanto ese tipo? Tomás.

¿De qué fotos está hablando?

Entonces, recuerdo las imágenes que me envió Agus a mi correo del trabajo y eso me llena de ira. Sí, mi amiga nos tomó fotos cuando estábamos hablando con Federico a orillas del río, pero ¿por qué las tiene él?

De: Flores Marlene

Fecha: 20 de Diciembre de 2013 14.10

Para: Ruán Tomás

Asunto:...

1: No estaba haciendo nada raro.

2: ¿Por qué mierda tenés fotos privadas?

¿Y por qué estás tan enojado? Es solo un amigo.

Me estoy enojando y me conozco... esto no va a terminar bien.

De: Ruán Tomás

Fecha: 20 de Diciembre de 2013 14.13

Para: Flores Marlene

Asunto: ...

¿Era la primera vez que lo veías o ya lo conocías?

¿Y eso qué cambia?

De: Flores Marlene

Fecha: 20 de Diciembre de 2013 14.15

Para: Ruán Tomás

Asunto: ...

Lo conocimos en Brasil.

¡¿POR QUÉ?!

De: Ruán Tomás

Fecha: 20 de Diciembre de 2013 14.17

Para: Flores Marlene

Asunto: ...

¿Qué pasó entre vos y él, Marlene?

Si hubiera pasado algo, no me molestaría su pregunta.

De: Flores Marlene

Fecha: 20 de Diciembre de 2013 14.20

Para: Ruán Tomás

Asunto: ...

¡NADA!

Tu desconfianza me altera.

Por favor, no sigamos hablando.

A las seis y media de la tarde, le digo a Flor que la alcanzo hasta su casa. En el camino, me desahogo contándole el intercambio de mensajes que tuvimos con Tomás. Además, le conté que lo conocí en Brasil, pero no le digo quién es en realidad.

Su respuesta es clara y concisa... que deje a Tomás porque si ya empieza con celos, ¿qué me espera en un año? Y como los consejos se agarran o se dejan, prefiero hacerlo a un lado porque, aunque esté muy enojada por su arrebatado de celos, no está en mis planes alejarme de él.

Como no me contestó los mensajes que le envié, decido llamarlo para hablar y tratar de arreglar las cosas. Mi desesperación tiene un límite y cuando me pongo un poco loca, puedo ser muy insistente.

No me atendió las primeras veces que lo llamé, por eso lo estoy intentando de nuevo.

—¿Hola?

¿Y ahora qué le digo?

—Tomás, necesitamos hablar.

—Estoy... ocupado.

—Está bien, no te pido que dejes a Clara, solo que hablemos por teléfono.
Se queda el silencio unos segundos...

—Cuando me desocupo en la redacción, paso por tu casa.

Y corta. ¡Me cortó! *Mierda.*

Me meto a bañar para calmarme un poco... justo cuando termino de vestirme, tocan el timbre. Y sí, aunque esté muy enojada, me hace feliz saber que vino para arreglar las cosas.

Abro la puerta y lo veo atrás de la reja. Ese hombre con pelo corto y ojos verdes, significa mi enojo y a la vez, mi amor. Y vino a verme. Abro la reja y lo invito a pasar. Me da un beso en los labios y espera a que cierre. Vamos juntos hasta adentro y en la cocina, se sienta en la mesada, enciende un cigarrillo y me mira.

—Necesito tener sexo, Marlene. Necesito arreglar esto con sexo —admite, dándole una pitada al cigarrillo y largando el humo hacia arriba.

Imagino que debe ser una broma, pero no. Su rostro se mantiene serio y vuelve a darle una pitada.

—No, Tomás —me cruzo de brazos y pongo mi mejor cara de póker—. ¡Las cosas no se solucionan cogiendo! Y vos y yo, vamos a hablar, te guste o no. Ahora, te invito a que apagues el puto cigarrillo y te sientes a la mesa así cenamos.

Para estar enojado, tiene un apetito bastante importante. Yo, en cambio, no logro probar un bocado. Me hice la fuerte y la dura, pero por dentro, soy una bola de nervios.

Lo observo comer las rodajas de colita de cuadril rellena y los cubitos de zapallo...

—Mmm, Marlene, esto está buenísimo... a Clara le va a encantar... tenés que cocinarle esto —habla con la boca llena y se atraganta. Toma un poco de vino.

—¿Comiste algo hoy?

—No, nada de nada, no paré en todo el puto día. Moría de hambre.

Saber esto, afloja un poco mi enojo porque me hace pensar que los nervios le jugaron una mala pasada y por eso se las agarró conmigo. ¿No? Las personas hacemos eso, es algo completamente normal.

—Marlene, ¿por qué estaba enojado?

—Por las fotos.

—Cierto —se limpia la boca y cruza los cubiertos sobre el plato—. Te voy a pedir por favor que no vuelvas a verlo.

¿Cómo?

—¿Perdón?

Me aclaro la garganta y el enojo, vuelve a caer sobre mí.

—Ese tipo te devoraba con la mirada, no puedo tolerarlo.

Tiro mi cuerpo hacia atrás porque su comentario me da rechazo. Y sé que tengo dos opciones: mandarlo a la re mierda o callarme la boca y hacerle caso.

—Creo que es mejor dejar este tema para otro día cuando estemos más calmados... —trato de ser lo más amable posible.

—Y yo necesito coger, Marlene.

Me pongo de pie y camino hacia la cocina... pero vuelvo sobre mis pasos y lo enfrento:

—Tomás, el sexo no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

—¿Por qué, Marlene?! Acaso ¿no puedo estar celoso de otro tipo? ¿Va en

contra de la ley? ¿Está prohibido decir lo que uno siente?! ¿Eh? —se pone de pie y acerca la silla a la mesa. Agarra nuestros platos y los lleva hasta la cocina—. Con vos siempre va a ser así, Marlene... nunca voy a poder expresarme. Ya me di cuenta en Brasil, y ahora me pasa otra vez... y yo necesito coger y después hablar.

Omito la parte del sexo.

—Una cosa es querer expresarte y otra muy diferente es la forma imperativa que usás.

—¿Qué? ¡A la mierda el modo gramático, Marlene! Te estoy pidiendo que dejes de verlo porque me siento inseguro...

—Y yo te contesto que no, Tomás.

Deja escapar un suspiro interminable y se rasca la cabeza con ambas manos. Agarra los vasos y los lleva hasta la cocina, la botella del vino la guarda en la heladera y...

—Solo trato de cuidar lo que es mío...

—Pero yo no soy tuya...

Bien, tal vez no es la mejor forma de decirlo, pero así me siento yo.

—Sos mi mujer, Mar.

—No... no soy tu mujer. Ni siquiera somos novios, Tomás. Y no me imagino tener una relación con vos así...

—¿No te imaginás viviendo conmigo? ¿De verdad, Marlene?

Tengo que separar... tengo que separar a Clara de Tomás.

—No. Me gusta vivir sola, me encanta mi casa y... no, no me imagino viviendo con vos. Si me lo preguntabas la otra noche, te hubiese dicho que sí... pero no quiero a alguien obsesivo y celoso a mi lado. No... no puedo. Ya lo viví y no me gustó...

—Mar...

—Tomás, es mejor que te vayas a tu casa y... y otro día volvemos a hablar. Ahora estamos muy alterados, enojados y... no está bien.

—¿Y dejarte sola para que pienses? No, no voy a cometer el mismo error dos veces. Vamos a hablar, ahora.

Creo que no está entendiendo.

—Necesito que te vayas, Tomás. Y voy a pedirte un favor... cuando estés viajando para tu casa o te estés por dormir, pensá en todo esto. Porque si vos sos así, esto no puede seguir... no es sano para ninguno de los dos.

Duda, pero asiente con la cabeza, agarra el saco del traje, las llaves de la

camioneta y camina hacia la puerta de salida. Lo sigo... abro y sin despedirse de mí, mira hacia todos lados, desactiva las puertas y sube. Las luces se encienden, el motor también y... se va.

Y yo me quedo con una angustia terrible en el medio de mi pecho, con ganas de llorar, de seguir gritando, peleando y... podríamos haber solucionado las cosas hablando como dos personas adultas.

Minutos después, termino de ordenar la cocina y me voy a dormir.

La empresa está dividida en sectores y pisos. Por ejemplo, en el primero está la recepción, recursos humanos, un cajero automático y administración. En el segundo está “Las crónicas del día”, hay un bar, el sector de fotografía y otro cajero. En el tercero, está la sala de diseño gráfico, el diario de deportes, los zonales, la revista que sale los domingos con el nacional y otro bar. En el cuarto, están las oficinas de la gente más importante, como Tomás. Y en el piso cero, está el estacionamiento y la sala de fotografía, donde hacen las fotos de los suplementos importantes y los anuarios. Y cada sector está rodeado de vidrios, es decir, vivimos en peceras gigantes las nueve horas que trabajamos. A veces, suelo salir al patio porque me siento encerrada. Pasar tantas horas en un lugar con aire acondicionado, me mata la cabeza.

Empiezo a buscar gente por todos los escritorios, pero solo llegaron los chicos de edición de mi piso. Y como me llevo bien con ellos, preparo el agua caliente y el mate. Cuando me acerco, empiezan a silbar y saludo a los cuatro con un beso... aclaro que son todos homosexuales, si me chiflan es solo para molestar.

—Marlene, siempre tan atenta... qué ricos que son tus mates —dice Diego, un chinito súper amoroso.

—Por eso estoy acá.

Le sonrío y los cuatro comienzan a hacer chistes, uno tras otro. Pobres, se aburren tanto que buscan chistes en la Web y después los cuentan.

En un momento, lo miro a Cristian y me guiña un ojo para que me acerque a él.

—Mar, ¿es verdad lo que me dijeron?

Mierda.

—¿Qué te dijeron?

—Que le andás tirando el ala a Ruán.

—No es tan así... —contesto en voz baja, poniéndome blanca.

—Mar, ¿qué hacés con un tipo como él? ¿Tenés idea de todas las mujeres que pasaron por su oficina?

Me toco el pecho porque me duele... sí, me duele mucho.

—Ay, Cris, ¿cuántos tipos de cogiste este mes?

—Ocho —admite y mueve los hombros de atrás para adelante, quitándole importancia.

—Bueno, tal vez, con suerte, él garchó con tres... entonces, no podemos llevarnos por eso.

De verdad quiero creerme.

—Sí, tenés razón. Solo quiero cuidarte, Marcita...

—¿Y qué se dice de mí?

—“Marta, la lengua larga”, me contó que te vio entrar en su oficina dos veces.

—¿Dos veces? —repito—. Podría haber sido por el suplemento de verano...

—También dijo que estuviste mucho tiempo adentro.

—¡El suplemento es enorme! —trato de justificarme.

Le pido que vayamos al estacionamiento para poder hablar mejor. Ahí, nadie nos puede escuchar. Entonces, mientras caminamos hacia mi auto, le cuento desde principio a fin... hasta la pelea que tuvimos ayer por la noche.

Nos sentamos y por un buen rato no dejamos de hablar.

—Ay Marcita, querida, qué difícil —dice con una mano en el corazón—. Ojalá yo tuviera un hombre así a mi lado.

Hablar con Cris es al pedo.

—Hablar con vos es como hablar contra una pared. Así de difícil.

Miro hacia al frente porque viene un auto blanco... y no es un auto, es la camioneta de Tomás. Estaciona frente a la garita del policía y baja, riendo. Está loco o...

No, no está loco. Está con alguien. Y cuando veo quién es la persona que lo acompaña, un dolor en la boca del estómago me parte a la mitad, mi corazón empieza a latir con fuerza y... estoy sintiendo lo mismo que sentí cuando Pablo me dejó en la puerta de mi casa hace casi tres meses atrás.

¿Por qué me terminan engañando? ¿Cuál es el problema conmigo?

Siento la mano de Cris sobre mi pierna derecha tratando de tranquilizarme. Dice algo, pero no lo escucho. Entonces, sin meditarlo dos veces, me bajo del auto, cierro la puerta con mucha fuerza y empiezo a caminar hacia él. Tomás direcciona su mirada hacia mí y su rostro se congela... observa a Sonia, vuelve a mí y se pasa una mano por el pelo.

—Mar... —dice, como si me estuviera avisando que nada es lo que parece.

¡No me importa!

—Señor Ruán, qué coincidencia.

Respira con fuerza.

—Sonia, subí... ahora te alcanzo.

Me desespero cuando ella le guiña un ojo y desaparece, subiendo las escaleras. Miro a Tomás y con toda la bronca del mundo, pregunto:

—¿Después la alcanzás? ¿Qué mierda es esto?

—Mar —trata de acercarse, pero me alejo.

—Ni siquiera trates de tocarme...

—No es lo que parece.

—¡Me importa tres carajos lo que parece! No puedo creerlo... te quejás de mí por una foto de mierda que viste mientras espiabas nuestros *e-mails*, pero te da la cara para aparecer en la redacción con ella.

Aprieta los puños al costado del cuerpo, sus ojos están negros por el enojo y da un paso, pero otra vez, vuelvo a alejarlo de mí. No lo quiero conmigo.

—No, señor Ruán, no se atreva a acercarse.

—Marlene, pará... estás confundiendo las cosas. Hablemos...

—¡El momento para hablar era ayer y fuiste un pelotudo! —me tiembla el cuerpo... me tiembla el corazón—. ¿Qué es lo que hago mal para que me engañen? ¡¿Eh?!

—Nada... no hay nada de malo con vos. Y no soy como él, Marlene. No soy él. Yo te quiero... de verdad.

—No te creo...

Camina hacia a mí y cuando me doy cuenta, me tiene agarrada por los brazos, se acerca a mi boca y susurra:

—Estoy loco por vos... estoy tan loco que te cogería acá mismo.

—Te pensás que con sexo se arregla todo, pero...

No me deja terminar de hablar. Sus labios se abren sobre los míos y trato de separarlo, pero no puedo. Mi cuerpo sigue temblando hasta que no lo puedo controlar. Entonces, se separa de mí, observando mi boca, mis ojos y...

—¿Qué estamos haciendo, Marlene?

Entonces, recuerdo lo que me dijo Flor el día de anterior.

—Nos estamos destruyendo... tal vez estamos yendo muy rápido y deberíamos parar...

—No —me interrumpe.

—Tomás, apareciste con Sonia... te la cogías hasta hace ¿cuánto? ¿Cuatro meses atrás? ¿Qué hacés con ella? ¿Por qué la trajiste al trabajo? ¿Durmieron

juntos? ¿Fue porque no quise tener sexo? ¿Porque te eché de mi casa?

Pega su frente a la mía y trato de alejarlo otra vez, imposible.

—¿Marcita?

¡Cris!

Tomás se separa de mí y lo mira a Cristian.

¿Por qué estoy llorando? ¿Por qué?

—Marcita, vamos al baño, ¿quierés?

—Señor Martínez, vuelva a su trabajo. Yo me encargo de Marlene —dice, sin un gramo de paciencia.

Cristian, haciéndole frente, se acerca un poco más.

—Señor Ruán, con todo mi respeto, creo que Marlene no quiere estar con usted.

—Vuelva a su trabajo, ¡ahora!

Y como si le hubiera pegado una patada en el culo, Cris sale corriendo hacia las escaleras. Tomás me clava los ojos.

—Estábamos hablando en el auto... —le explico, cuando su mirada me interroga.

—Tuviste que avisarme que uno de mis empleados nos estaba observando.

—¿Y Sonia no te importa?

—¡Por eso la mandé arriba!

Me suelto y él se queda en su lugar.

—Sí, pero la trajiste a la redacción, no te importó nada... ni siquiera yo.

—Estoy cansado, Marlene...

—¿De qué? ¿De mí?

Baja la cabeza, se pasa una mano por el pelo y suspira con fuerza.

—¿Te parece justo hacerme una escena en mi empresa?

—Ay, perdón... ¡Perdón! El principal accionista del diario teniendo una discusión con una simple redactora. Ay, Tomás. ¡Te faltan muchos huevos! Muchos...

—Se terminó, Marlene.

—¿Qué se terminó? ¿El sexo de reconciliación, el que usás para sacarte el enojo, para descargarlo porque no sabés hacerlo de otra forma? Por favor, Tomás, ¿de qué mierda me estás hablando? ¡Hacete una paja y dejame de joder!

Camino hacia mi auto, saco la llave y pongo la alarma. No miro atrás, sigo

caminando, subo las escaleras, llego a mi escritorio y mi editor, se acerca a mí.

—¿Qué pasa, Mar?

—Me siento mal... voy a ir a una guardia. ¿Está bien?

—Sí —asiente con la cabeza, mientras me alcanza la cartera—. Avisame qué te dicen. ¿Puede ser?

—Gracias.

Apago el monitor, me cruzo la cartera y cuando estoy por salir, veo a Tomás a través del vidrio. Doy la vuelta y salgo por la otra puerta. Bajo las escaleras, desactivo la alarma de mi auto, me subo, lo enciendo, pongo primera y salgo. El portón del estacionamiento se abre y miro por el espejo retrovisor... Tomás está de pie, mirando en mi dirección, con las manos en la nuca.

Entonces, como no quiero ir a mi casa, retomo la rotonda en dirección a capital y Federico aparece en mi cabeza.

Minutos después, llego al estacionamiento de lanchas. Estaciono el auto al lado de la subida y bajo. Un hombre está cortando el césped y le pregunto por Federico.

—Está en el río.

Camino hacia la parte de atrás y veo a Federico apoyando un kayak sobre el agua.

—Hey —lo saludo y se da vuelta.

Su cara de sorpresa me hace sonreír.

Saca el kayak, lo deja en la orilla y camina hacia mí. Me abraza y separándose, me toma por los hombros.

—¿Estás bien?

—Digamos que tuve una mañana muy complicada en el trabajo y necesito despejarme.

—Y me viniste a buscar a mí. ¡Buena onda!

—No quiero molestar... estabas por irte. ¿No?

—Cambio los planes y no, no me molesta. En absoluto. Voy a buscar la canoa y salimos. ¿Te parece?

—Me encantaría —respondo.

—Bien, preparo el mate y salimos.

—Gracias, Fede.

—De nada. ¡No te muevas, a ver si te perdés!
Su comentario me hace reír.

Tomo aire y me siento sobre el césped, trato de no pensar en Tomás y en todo lo que le dije, pero es imposible. Nunca fui tan soberbia y asquerosa con una persona. ¿Cómo se me ocurrió decirle que se hiciera una paja? ¡¿Cómo le da la cara para aparecer con Sonia en la redacción?! Pensar en ellos, imaginarlos riendo camino al diario y todo lo que habrán hecho, me revuelve el estómago.

Desato el lazo del vestido a la altura de mi cintura y lo guardo en la cartera, justo cuando aparece Federico, llevando unos remos en sus manos y la mochila en su espalda. Obviamente, agarro la mochila, caminamos hacia una bajada de lanchas, señala una canoa y me siento en la punta como él me indica. Y entonces, engancha los remos en la canoa, empuja con fuerza y se sube con mucha destreza. Lo aplaudo y él hace una pequeña reverencia... comienza a remar sin hacer demasiado esfuerzo. Se nota que está acostumbrado y que, además, le encanta. Y por un segundo me pierdo en la contracción que hacen los músculos de todo su cuerpo cuando sus brazos van hacia atrás y adelante, sin parar.

—No te canses demasiado, porque no creo poder relevarte en el puesto.
Ríe con ganas.

—¿Estás mejor?

—Sí... cómo no estarlo con todo esto. Gracias, Fede.

—Pero si todavía no te mostré nada, ¿por qué me agradecés?

—Por dejarme acompañarte... no sabía a dónde ir.

—¿Tan malo es? —mira hacia atrás y luego adelante.

Levanto mis hombros y sonrío, porque no quiero hablar del tema. Él se da cuenta y asintiendo con la cabeza, me pide que mire hacia el frente. Y ya sé por qué lo dijo, la vista es hermosa. Pasan lanchas que hacen pequeñas olas, nos movemos y las náuseas vuelven a mí, sin estar pensando en Tomás y Sonia.

En un momento, cambia la dirección de la canoa y nos metemos en un brazo del río donde los árboles nacen bajo el bajo y se unen encima de nosotros, formando un túnel hermoso.

Frena la canoa.

—Marlene, te estoy mostrando mi lugar preferido. Cuando estoy enojado o de mal humor, vengo un rato y se me pasa todo... es mágico.

—¿Alguna vez viste la película “El diario de una pasión”?

—No...

—Tendrías que mirarla, es hermosa. Y ésta parte del río, me recuerda a una escena de la película.

Deja de remar, agarra la mochila y prepara el mate. Se toma el primero, lo escupe en el río y después me da uno a mí.

—Pensé que solo la gente grande escupe el primero.

—Soy grande —dobla los brazos hacia arriba y saca músculos. Es un tonto —. Ay, Mari, no voy a preguntarte qué es lo que te tiene tan mal, por eso quiero que me cuentes cómo les fue con el suplemento de verano.

Se lo agradezco, asintiendo con mi cabeza y sonriendo.

—La idea era recopilar toda la información posible, a partir de ahí hacer las notas y luego juntarlas para armar el suplemento. Lugares que recorrimos, playas, comidas, restos, precios de los mismos... como para orientar a aquellas parejas o familias que desean tomarse unos días en Búzios —Dios, no tengo ganas de hablar de esto—. Lo bueno es que me hice amiga de las chicas. Eso es lo único que rescato.

—Qué buena onda. Son buenas chicas...

—Nos hubiese gustado quedarnos más tiempo.

—¿A quién no? Mirá... sé que te debe sonar extraño, pero yo me vuelvo a ir en una semana, si querés y podés, te invito. Tengo una casa y vamos a pasar las fiestas con mi familia.

Me iría, lo juro. Pero no puedo.

—Gracias, pero ya me tomé mis vacaciones y no creo que me den más días.

—Bueno, la oferta ya te la hice, queda en vos.

Le sonrío y seguimos con la mateada en medio del río, entre tanta naturaleza, sin bocinazos, con el ruido de los pajaritos y... con él.

—Creo que si lo hubiéramos planeado, no hubiese salido tan perfecto —susurro.

—Ay, Mari. ¡Qué lástima que estás en pareja! Vos y yo la pasaríamos muy bien.

Le sonrío, pasándole el mate.

—Lo sé... prometo que, si algún me separo, te llamo —bromeo y él se hace el emocionado.

Y sí, con todo lo que pasó con Tomás estos días, todavía sigo pensando en

que podemos solucionar las cosas.

Amiga, ¿salimos a cenar? Avisame y arreglamos con las chicas. Te quiero.

Cuando llego a casa, le contesto a mi amiga con un “sí”. Dejo el celular cargando y me voy a bañar. Una hora y media más tarde, me reúno con las chicas en un bar de Lomas.

—Mar, Sofi tiene que contarte algo muy importante.

La miro a Sofía y ella baja la cabeza, estira su mano y me muestra un anillo de plata con una piedrita azul. Abro la boca y empiezo a gritar como loca. Las chicas se suman a mi euforia y me levanto de la silla para abrazarla y felicitarla.

¡No puedo creer que Sofi se case!

—¡Ya me contás cómo fue! Quiero saberlo todo, todo.

—Fue hermoso... estábamos en un hotel y después de hacer cositas, me pidió que me sentara en el borde de la cama. ¡Se arrodilló! ¿Pueden creerlo? Y cuando veo que me da una cajita, me pongo a llorar. O sea, que Mati sea romántico es una escena para presenciar. Me hubiese gustado que todas estén ahí —las cuatro nos reímos, porque no nos imaginamos estar en un telo todas juntas—. Y me dijo que me amaba y que después de estar cinco años de novios, ya era el momento para casarnos. Le dije que sí, salté, grité, lo abracé, lo besé, e hicimos cositas de nuevo. Fue muy hermoso. ¡Hermoso!

—¡Salud por Mati, un romaticón empedernido! —grito y todas se unen a mi brindis.

—Gracias Mar, yo también estoy muy contenta, contenta y feliz.

Después de pasar una noche llena de emociones y confesiones, las llevo a todas a sus casas. Cuando doblo en la esquina de la mía, veo la camioneta de Tomás estacionada en la puerta.

—¿Por qué no estás con Clara, Tomás? —susurro para mí.

Avanzo hasta la puerta de mi casa y cuando llego, Tomás se baja de la camioneta.

Subo el auto al garaje, abro el portón y entro el auto. Salgo, cierro y me lo encuentro apoyado contra la camioneta de brazos cruzados a la altura de su pecho. Abro la reja y me quedo esperando a que me siga, lo hace y entramos juntos a mi casa. Pongo a calentar la pava en el fuego, agarro dos tazas y mezclo café. Él se sienta en la mesada y enciende un cigarrillo.

—¿Por qué fumás tanto, Tomás? Tenés una hija... dijiste que tenés miedo de dejarla sola si te llegase a pasar algo. Y no soy quién para decírtelo, pero así estás aumentando todas las probabilidades.

No contesta, sigue fumando. Cuando están listos los café, le doy una taza y yo me siento en una banqueta alta que da al pasaplato.

—¿A qué viniste?

Sueno tranquila y relajada.

—¿Qué hiciste toda la tarde con ese tipo?

Acaso, ¿está drogado?

Cierro mis ojos y suspiro porque él, de verdad, tiene un gran problema. Está enfermo.

—¿Me seguiste?

—Sí.

—¿Por qué harías algo así? Las personas normales no hacen éstas cosas, Tomás.

—Te fuiste mal, me preocupé... quería quedarme tranquilo de que estabas bien.

Él no está bien.

—En vez de preocuparte por mí, ¿por qué no estás cenando con Clara? ¿Por qué no la bañás, la acostás, le contás una linda historia y una vez que le da sueño, le deseás que sueñe con los angelitos? ¡¿Por qué estás acá y no con tu hija?!

Cierra los ojos con fuerza y deja caer su cuerpo hacia adelante, entre las piernas. Se aprieta la nuca con ambas manos y...

—¿Está con tu mamá?

—No —endereza el cuerpo y me mira—. Está con Sonia.

Una risa irónica escapa de mi boca.

—Estás mal, Tomás. ¿Cómo funciona esto? ¿Hacés una doble vida o qué? ¿Por qué dejás a tu hija con otras personas?! Ella tiene que estar con vos.

Y yo... yo la verdad es que ya estoy cansada de pelear, estoy harta de buscar las palabras y los insultos que lo lastimen tanto como me está jodiendo a mí con las escenas de celos infundadas... o tal vez, lo que me duele en realidad es darme cuenta de que él no quiere hacerse cargo de Clara.

—Marlene, Sonia la cuida a Clara cuando mi mamá no puede. Está estudiando Terapia Ocupacional y Estimulación Temprana. Le tengo muchísima confianza y Clara la adora... no puedo quitársela del corazón y más si la necesito.

—La necesitás para venir a buscarme y hacerme una escena de celos, Tomás. ¡Para ésta mierda dejás a tu pequeña hija cuando tendrías que hacer todo lo contrario!

Sí, estoy enojada con él por Clara.

—Lo sé... lo sé, Marlene, lo sé más que nadie. Pero no puedo cuidar de Clara si tengo otras cosas en la cabeza...

—Entonces, sacame de tu cabeza...

—¡No puedo! —grita—. ¿No entendés que no puedo? No puedo dejarte ir, Marlene. Y no soporto la idea de saber que podés estar con otro tipo...

Mi casa está en un silencio absoluto. Podría parecerse a la paz y a la tranquilidad, pero está muy lejos de eso, porque esto es una tormenta. Y no quiero discutir más, no quiero pelear, no quiero...

—Marlene, ¿qué hiciste con él?

Bien, él quiere una verdad para quedarse tranquilo y yo se la voy a dar.

—Me olvidé de vos, de toda la mierda que habrás hecho con Sonia...

—Pero no hice nada.

—¡Ni siquiera tenés los huevos para ponerte en mi lugar tres segundos! Me estás cuestionando sobre Federico y vos entraste a la redacción riendo y hablando como si no hubieran cogido toda la noche.

Baja de la mesada y se ubica frente a mí.

—¡No me la garché, Marlene! No le toqué un pelo, te lo juro por Clara. No la toqué —vuelve a repetir.

—Dios, no nombremos a Clara cuando hablamos de Sonia, por favor.

Da varios pasos hacia atrás, hasta chocar contra la mesada. Saca otro cigarrillo y lo enciende.

—No solo vos sufriste por amor, Marlene. Yo también pasé por cosas horribles y jamás te lo echo en cara porque no tenés nada que ver con mi pasado, ni te digo que ya tuve suficiente aunque así lo crea... solo estoy creyendo en el amor, otra vez. Me estoy dando una nueva oportunidad y... vos no lo ves. No entendés la importancia que tiene esto en mi vida. El lunes, por ejemplo, ¿tenés idea de todas las veces que pedí que te fueran a buscar a tu escritorio y al segundo me retractaba? No... no lo sabés porque no me dejás hablar. No puedo decirte todo lo que pasa por mi cabeza porque me señalás con el dedo. Me juzgarías aunque te pidiera por favor que no lo hicieras.

¿De verdad? ¿En qué momento me volví una persona tan mediocre?

—Lo que vos no entendés es que yo jamás te engañaría, Tomás. Ni siquiera se me pasó por la cabeza estar con él... y lamentablemente, es algo que tenés que resolver vos.

—Bien, me parece que esto ya no tiene vuelta atrás, ni siquiera intentás entenderme.

Pero ¿cómo voy a entenderlo si sé una mínima parte de toda su historia? Y me pidió tiempo, me dijo que lo esperara para que pudiera contarme todo y yo no lo estoy haciendo.

—Perdón, Tomás. Creo que estoy en una etapa en la cual solo pienso en mí... creo que no estoy completamente preparada para una relación porque si así lo fuera, te esperaría.

—¿Qué te hace falta, Marlene?

—Todo... quiero saberlo todo.

Suspira nuevamente y refriega su rostro con ambas manos.

—¿Todo? —pregunta en voz baja, como si fuera muchísimo lo que tiene para decir. Piensa... elije sus palabras como si me temiera—. Todo... tengo miedo...

¿A mí?

—¿A qué?

—A... a que las personas que quiero se mueran... —sonríe tristemente y mi corazón se rompe todo—. A que me dejes... miedo a no poder con Clara —cierra los ojos y continúa hablando—. A veces, es tanto lo que tengo que hacer... a veces, es tanta la tristeza que siento porque quiero despertarme un día y que Clarita sea una nena normal... y me enoja conmigo porque ella es normal y yo no logro entenderlo... le temo muchísimo al miedo que siente mi mamá por mí. Sé que la desilusiono todos los días y... no puedo más. No

puedo con tanto miedo, Marlene.

No se trata de mí. Todo esto no es sobre nosotros, es sobre su vida. Y cuando abre los ojos, no hace falta decir nada más. Camino hacia él y ubicándome entre sus piernas, lo abrazo con fuerza. No me abraza, al contrario, se pone rígido. Entonces, me separo de él para mirarlo a los ojos y acunando su rostro entre mis manos, lo beso suavemente en los labios.

—Todo va a estar bien... esto es parte de la vida, Tomás. Se trata de crecer, madurar, vivir, tropezar, errar, levantarte, seguir... estoy con vos y voy a ayudarte. Pero me tenés que dejar entrar, no me la hagas tan difícil.

—Ay, Marlene. Si solo estuvieras un día en mis zapatos...

—No lo soportaría. ¿Es que no lo ves? ¿No te das cuenta la fuerza y la valentía que tenés? Y eso que solo sé una partecita de todo lo que tuviste que pasar... ni siquiera me puedo imaginar todo lo que vino después de Clara.

Se acerca un poco.

—A veces, no sé para dónde ir.

—No te vayas... quedate con Clara —susurro, todavía con mis manos en sus mejillas.

—Quiero escaparme de mi vida, Marlene.

—“Bienvenido a Holanda” —le recuerdo y sonrío.

—Es más que una carta...

—Lo sé, es tu vida. Es Clara, tu hija, el bebé que Pilar y vos buscaron con tanto amor.

Niega con la cabeza, aún no aceptándolo.

—¿Sabés que hice anoche? —niego—. Dejé a Clara con Sonia y me fui a dormir de mi mamá.

Ay, Tomás.

Junto fuerzas para no largarme a llorar.

—¿Y sabés qué vamos a hacer ahora nosotros dos? —niega y sonrío para tranquilizarlo—. Primero, voy a armar un bolso con mi ropa y segundo, nos vamos a ir a dormir a tu casa y pasar todo el fin de semana juntos.

—¿Por qué harías eso? —pregunta, entusiasmado.

—Porque te quiero.

Sonríe muchísimo, sonrío tanto que sus ojos se achinan.

—¿Me querés? ¿De verdad me querés conociendo lo peor de mí?

—Sí, te quiero.

Y es verdad, lo quiero aún sabiendo que no me contó lo peor de él.

Abre la puerta de su departamento, entramos y veo a Sonia, como reina de su casa, acostada en el sillón mirando una película. Cuando escucha que la puerta se cierra, se levanta con rapidez y quedamos enfrentadas.

—Sonia, te presento a Marlene, mi novia.

Sí, su novia. Levanto el pecho.

—Hola, Sonia. ¿Clara duerme? —pregunto y su cara es un libro abierto a todas mis interpretaciones posibles.

Se acerca y nos saluda con un beso a cada uno.

—Sí... sí... se durmió hace una hora. Más o menos... comió, la bañé, leímos un cuentito y se durmió.

Bueno, tal vez, después de todo, no es tan mala.

—Gracias, Sonia —dice Tomás y se agarra una cerveza de la heladera.

Después, saca de su billetera dinero y se lo da.

—Cualquier cosita...

—Te llamo. Gracias.

Nos vuelve a saludar con un beso y se va. Entonces, miro a Tomás...

—¿Por qué le dijiste que soy tu novia? Es decir, ¿por qué esa aclaración? ¿Te sigue diciendo que quiere algo con vos?

—No... fue solo para que te quedaras tranquila —asiento, ocultando la emoción—. Voy a ver a Clari.

—Te acompaño —susurro.

Me toma la mano y vamos hacia la habitación de su hija. Abre la puerta, nos acercamos a la cama y parece un angelito. Está durmiendo boca arriba, con los brazos por encima de la cabeza y toda despatarrada. ¡Es tan hermosa! La apretaría para despertarla. Tomás le da un beso en la frente y le susurra que sueñe con los angelitos.

Salimos de la pieza, apaga todas las luces, pone la alarma y vamos a su habitación. Busco en mi bolso el pijama y mientras él va al baño, me visto.

—¿No tenés hambre, Marlene?

—No, comí con mis amigas.

—¿La pasaste bien?

—Sí, muy bien. Sofía, una de mis mejores amigas, se va a casar... el novio se lo pidió después de echarse un polvo en un telo.

Tira la cabeza hacia atrás y ríe. Esta vez, lo perdono porque yo también sonrío con mi comentario.

—Sos terrible.

—Lo sé... ¿Tomi?

—¿Sí? —responde, mientras se baja el pantalón del traje negro.

—¿No tenés amigos?

—Soy un poco raro para esas cosas. En realidad, mis amigos son mis socios.

—¿Cómo se llaman?

—Eduardo y Raúl son los más cercanos. En total somos seis, algunos están casados, otros divorciados o separados...

—¿Y los ves muy seguido?

—¿Por qué tantas preguntas?

—Porque nunca me hablás de tus amistades. Los únicos que conozco son Roxana y Mauricio.

Me mira y sonrío.

—Sí, ellos también son mis amigos... —mi mirada viaja a su bóxer negro—. Con mis socios, por ejemplo, solemos comer todos los mediodías juntos, sin falta. Y los fines de semana comemos asado o algún que otro pescado que trae Eduardo cuando va a pescar. Para mí, los compra, pero él sigue insistiendo en que tuvo una buena pesca —ríe y me contagia—. Para los cumpleaños también nos vemos.

Respondió todas mis preguntas y eso, por ahora, me deja tranquila. No está tan solo como yo pensaba.

—¿No tenés hambre?

—Un poco —contesta, mientras dobla la ropa en la silla.

—¿Querés que cocine algo?

Niega con la cabeza. Golpeo la cama a mi lado para que se acueste y me obedece, con cierta picardía.

—Hoy solo quiero dormir abrazado a vos.

—Yo también.

Besa mis labios y se acurruca, pasando un brazo por encima de mi estómago, una pierna sobre las mías y con las cabezas pegadas, nos quedamos dormidos.

Me despierta un calor insoportable. Tomás está agarrado a mí como si fuera una garrapata. Corro su pierna y su brazo muy despacio para que no se despierte y salgo de la pieza. Los fideos con pesto que comí con las chicas me dio tanta sed que tengo la boca seca.

Entonces, escucho un ruido y me quedo quieta, con el vaso de agua en mi boca. ¿Es Clari? Dejo el vaso, corro hacia su habitación y la veo sentada en el medio de su camita, refregándose los ojitos. Me acerco muy despacio para que no se asuste y me arrodillo al lado de su cama. Me mira y en un primer momento no me reconoce, pero luego me tira los bracitos que se enredan en mi cuello.

—Mamita —susurro y la agarro a upa—. Vamos a dormir con papá. ¿Querés?

—Chi —susurra medio dormida y yo me muero de amor.

La acuesto entre Tomás y yo y me la quedo mirando hasta que se queda dormida, con las dos manitos juntitas debajo de su cabecita. ¡Pobre angelito mío!

¡Clara!

Me siento de golpe, miro hacia mi derecha y veo a Clari sentada arriba de la panza de Tomás y él tiene sus piernas flexionadas, me miran serios y yo sonrío, aliviada de que no la haya ahogado con mi cuerpo o peor, tirado de la cama. Y entonces, Clarita me sonrío, despeinada, con cara de dormida y... me voy a morir de amor. Literal.

—Me asusté... —susurro.

—Sí, nos dimos cuenta.

Me acerco y le doy un beso a Clara en la nariz y uno a Tomás en la frente.

—¿Dormiste bien?

—Sí, muy bien. Perdón por traer a Clara, pero se despertó y me tiró los bracitos y...

—Ya sé, es tu debilidad —me sonrío—. Me encantó despertarme con mis dos mujercitas... ¿Y a vos, Clari?

—¡Tamben!

Dicho eso, empieza a hacerle cosquillas en la panza y ella grita contenta, se pone nerviosa porque no se puede soltar, y vuelve a reír a carcajadas porque está jugando con su papá. Y yo, debo parecer una tonta porque me estoy riendo sola, amo la escena que componen.

Aprovecho que siguen jugando para ir al baño. Cuando salgo, saco ropa del bolso, me visto y me doy vuelta para preguntarles qué quieren desayunar, pero me quedo muda porque la luz que entra por la ventana los ilumina de una forma tan angelical... agarro el teléfono de Tomás y disparo varias veces. Entonces, él se da cuenta y me pide que le devuelva el teléfono, y que, además, me acueste a su lado para sacarnos una foto los tres juntos.

Por supuesto que me emociono, es la primera foto de muchas... sonreímos naturalmente, después nos reímos porque Clarita tiene hipo, sacando la lengua, los dos dándole un beso a Clara en cada mejilla.

—¡Hambreeeeeeee! —grita Clara.

—Voy a preparar el desayuno. ¿Sí? —propongo.

—No, vamos los tres.

—Tranquilo, yo lo preparo.

—Entonces, ¡aprovecho para lavarle los dientes a este dinosaurio!

Clara empieza a saltar en la cama con los brazos hacia arriba, y grita:

—¡Sí! Dino, dino, dino, dino, dino. ¡Plaza!

—Me encantaría ir a la plaza, Clarita —le doy un beso en la punta de la nariz y me abraza con fuerza, aprovecho para bajarle de la cama y sale corriendo hacia el baño—. Tenés mate, ¿no?

—No —contesta él y sube los hombros—. ¿Café con leche es lo mismo?

—Me conformo.

—¡Hay tostadas con dulce de leche y mermelada! —grita, desde el interior del baño.

—¿Y Clara qué toma?

—De Clarita me encargo yo.

Y como si estuviera en mi casa, levanto las cortinas del comedor y del living para que entre la luz del sol. Voy hacia la cocina, enciendo la cafetera, abro el paquete de tostadas y en unos minutos, la mesa ya está servida y ordenada para tomar el desayuno.

Clara sale del baño bailando y Tomás estirando sus brazos hacia arriba, mientras bosteza. Se acerca a mí y envuelve mi cuello, acercándose a él, besando mi cabeza.

—Buen día —susurra contra mi pelo.

Cierro mis ojos y disfruto de esta mañana atípica en mi vida.

Estamos sentados en el sillón, Clari encima de mis piernas y Tomás a mi lado, mientras miramos “Transformers”, una película de humanos, *autobots* y *decepticons* que, a Clari parece fascinarle tanto como a su papá... y como a mí me gusta la historia de amor que hay entre los protagonistas, también me engancho.

Escucho que la cerradura de la puerta gira y se abre, entonces una mujer de unos sesenta años aparece en el living y... debe de ser su mamá, porque a penas la escuchó entrar, se puso de pie, caminó hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Vieja, te presento a Marlene.

La señora se acerca y me sonrío dulcemente.

—Hola, Marlene. Un gusto enorme encontrarte en casa, al fin te conozco. Mi nombre es Rafaela.

Entonces, me pongo de pie con Clara en brazos y la saludo con un beso.

—Solo espero que hayan sido cosas buenas.

—No lo dudes... además, nosotras ya nos conocemos. Hablamos por teléfono cuando estaban en Búzios.

—Cierto... ¿No vas a darle un beso a la abuela, Clari?

—Dejala, mi vida. Sos su juguete nuevo... no va a soltarte. ¿Cómo está la nena de la abuela?

Clara sigue en mis brazos y no tiene intenciones de bajarse, me abraza tan fuerte y yo sonrío.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bien, hijo. Perdón que no te avisé que estaba viniendo... no pensé que ibas a tener compañía. Es que, Marlene, no veo a Clara hace dos días. La extraño.

Aprieto más a Clara, le doy un beso en la frente y cuando Rafaela se siente en el sillón, me ubico al lado de ella.

—¿Tienen ganas de comer un asado? —pregunta Tomás, mirándonos con cara de confundido.

—Ay, hijo. ¡Qué recibimiento!

Una hora y media después, Tomás está controlando la carne, las achuras y las verduras que puso en la parrilla, ubicada en la planta baja del edificio, justo dentro del quincho, detrás de la piscina. Hago muy rápido las ensaladas, pongo la mesa, dejo a Clara jugando con Rafaela y bajo para darle una copa de vino tinto. Hay algunas personas nadando, otras tomando sol en el borde y charlando...

Dejo la copa de vino en una mesita y lo abrazo por detrás, apoyando mi mejilla derecha en su espalda. Entonces, pone sus manos sobre las mías.

—Te traje una copa de vino.

Se da vuelta sin perder el contacto y sonrío.

—Gracias —besa la punta de mi nariz y une sus manos en la parte baja de mi espalda, pegándose a él—. ¿Cómo están arriba?

—Muy bien... tu mamá es increíble. No deja de hablar...

—Sí, lo sé —ríe y vuelve a darme un beso en la punta de la nariz—. En un ratito te llamo para avisarte que subo. ¿Sí?

—Está bien... te veo en un ratito.

Lo beso en los labios y comienzo a caminar.

—¡Clara come en su silla!

—Sí, señor —le contesto, sin mirarlo.

Minutos después, me llama para avisarme que en cinco minutos está con nosotras. Saco cubitos de hielo del congelador y me asusto cuando siento una mano en mi espalda. Me doy vuelta y es Rafaela.

—¿Se encuentra bien, Rafaela?

—Sí, querida, sí. Solo quería un minuto con vos —asiento con la cabeza—. Marlene... sé que parezco una madre entrometida, pero tengo mis razones y créeme que son muchas para fundamentar mi entrometimiento. Por eso quiero pedirte que... no lo hagas sufrir a Tomás... ya tuvo suficiente en su corta edad y... me alegra muchísimo verlo tan tranquilo y despreocupado... parece un chico normal.

¿Por qué piensa que lo voy a hacer sufrir?

—Entiendo, Rafaela. De verdad.

Y para mi sorpresa, continúa hablando.

—Fue devastador como madre presenciar que mi hijo pierda a la mujer que tanto amaba... y que luego, no acepte a su hija...

Por favor, Rafaela... basta.

—Yo... no sé qué decir.

Quiero pedirle que deje de hablar porque estas cosas tendría que contármelas Tomás.

—Tomí estaba ciego, fuera de control... lloraba, gritaba, estuvo medicado por dos semanas y... al poco tiempo, pasó lo de su papá y... ¿Cómo hace, Marlene? Explicame, ¿cómo hace para cargar con tanto dolor estando solo?

Si había una partecita de mi corazón sin romperse, Rafaela se encargó de desintegrarla.

—Él nunca me contó esto...

—Anteayer vino a dormir a casa... lo hace muy seguido, creeme. No por Clara, por él... —toma aire y quiero rogarle que deje de hablar—. Tomás quiso suicidarse...

¡Que pare un segundo de hablar, por favor! ¿Quiere matarme?

—Rafaela, ¿por qué me cuenta esto?

—Porque te quiere... ayudalo, Marlene, que no se encierre en su burbuja queriendo huir de su hija que tanto lo ama...

Sus ojos se llenan de lágrimas y la abrazo con rapidez... Tomás no tiene

razón, Rafaela no está desilusionada, sino que tiene tanto miedo como él. Le doy un beso y nos separamos justo cuando Tomás pone la comida sobre la mesa.

—Mar —miro a Clarita que está estirando sus bracitos hacia mí.

La alzo y la siento en su sillita. Tomás entra y empieza a repartir la carne, ajeno al dolor de estómago que hay en mí, a la tristeza, al vacío, a la preocupación. Trago con fuerza, mientras le corto pedacitos de carne a Clara y se los soplo. Me señala el tomate con huevo duro, y también le sirvo un poco. Cuando termino, me siento al lado de Tomás y le acaricio el hombro como si le estuviera preguntando si todo va bien... me mira y entonces, sonrío... sonrío y trato de pensar que ahora es feliz, que ya no está triste...

—Hijo, tengo que comentarte algo que estuve pensando sobre Clarita — anuncia Rafaela y a mi me da escalofríos.

No quiero cruzar mirada con esa mujer porque tengo miedo que quiera complotarse conmigo o algo así.

—Sí mamá, lo que quieras —le contesta él, con toda la paciencia del mundo.

—¿Por qué no mandás a Clara a un taller de teatro? —*¡Bingo!* Aunque la idea me gusta y presto atención—. Mirá, el teatro es arte, por lo tanto, es como un potenciador de discapacidades. Creo que podría ser hasta terapéutico y ayudar mucho en el crecimiento de Clari.

Tiene razón... hasta podría ayudarla a desenvolverse mejor estando con personas que no conoce. ¿No?

—En teatro se trabaja mucho con el amor, la paz y la tolerancia... entra en juego la paciencia, desinhibirse frente a lo desconocido o lo que te da vergüenza... sí, creo que sería muy lindo que Clari tenga la oportunidad de experimentar algo así —explico mi punto de vista y levanto mis ojos.

Roxana sonrío de oreja a oreja, Clarita no entiende nada y Tomás tira un poco el cuerpo hacia atrás y endereza la espalda.

—¿Fueron juntas a una charla informativa o qué?

Se me escapa una risa nerviosa y... lo quiero. Lo quiero tanto.

—Mirá, estuve investigando mucho sobre el tema y creo que tendrías que hacerlo, aunque sea para probar. Si querés, yo puedo acompañarla —se ofrece Rafaela.

Tomás la mira por unos segundos, seguramente está pensando... se limpia la boca con la servilleta, respira profundo y vuelve a enderezar la espalda.

—¿No te parece demasiado todo lo que hacés?

—No —responde ella, sonriendo.

—A mí me resulta muchísimo, mamá.

—Y a mí no me importa lo que a vos te parece, hijo —le acaricia suavemente la mejilla y sonrío con tanta dulzura—. Esto está muy rico... ¿Ya lo probaste con limón, Marlene?

—¡Mimón! —grita Clari y sin previo aviso, me mete un pedazo de chinchulín en la boca.

Lo mastico, tratando de no pensar en cuánto tiempo lo estuvo apretando con la manito y tomando mucha agua, lo trago.

—Mmmm —ronroneo y todos sonrío—. Clari, qué rico.

—¿Más?

—No, mi amor... no, gracias. Yo tengo.

A las seis de la tarde, decido ir a un súpermercado a comprar un mate y yerba. No puede ser que no haya uno en esta casa y si pretendo pasar todo mi fin de semana en este lugar, tengo que tomar mate.

Después de ducharme, me pongo un vestido verde loro, lo que causa un alboroto.

—Ay, Tomi —me hago la enojada, pero me causa mucha gracia su comentario.

—Se te ve la cola, mujer.

Miro hacia atrás, como si pudiera verlo.

—Tomi, es un simple vestido, no la compliques.

—Hacé lo que quieras, Marlene —responde con un tono cansado y hasta de fastidio—. ¿Me puedo ir a bañar? Se me parte la cabeza.

Asiento con la cabeza y cuando se mete en el baño, agarro a Clari y me la llevo a comprar. Si se va a bañar es porque indirectamente me está pidiendo que me lleve a Clari, no la voy a dejar sola. No le aviso que nos vamos, simplemente agarro su llave y salgo del edificio. Le pregunto al portero dónde hay un súpermercado y me dice que a cuatro cuadras.

Empiezo a caminar y Clari parece feliz, está chocha de caminar conmigo tomadas de las manos. Todo va bien hasta que llego al súper. La siento en un carrito y poco a poco me doy cuenta de cómo la mira la gente y una tristeza enorme se apodera de mi pecho. Primero me miran a mí y luego le sonrío con lástima... ¿Por qué? ¿Por qué la gente tiene que mirar de esa forma tan discriminativa a una nena con Síndrome de Down? Pero me tranquiliza que

Clari no se dé cuenta. Le doy muchos besitos en las mejillas coloradas y empezamos a recorrer.

Caminando por las góndolas, comienzo a poner en el carro comida chatarra, Clara estira la mano y va agarrando mercadería, pero no puedo decirle que no y aunque no me sirvan para nada, la dejo. Cuando llegue a la caja, las saco.

Pienso qué puedo cocinar hoy a la noche y compro un kilo y medio de vacío, zapallo y queso para hacerlo gratinado. A Tomás le había gustado.

—¿Marlene?

Me doy vuelta y es Roxana. ¡Roxana y Luchi!

—Ay, qué sorpresa. ¿Cómo estás, Ro?

—Bien, Mar, muy bien. Qué lindo encontrarte con Clara.

—Lo mismo digo. ¿Vivís por acá?

—No, no. Mi suegra vive a dos cuadras, cerca de la casa de Tomás. Y bueno, vinimos a almorzar con ella. Ahora estamos eligiendo nuestra merienda porque la vieja no tiene nada.

Nos reímos a carcajadas y mientras ella saluda a Clara y la llena de besos, hago lo mismo con Luchi.

—Entonces, todo va bien con Tomás. Me alegro muchísimo —sonríe, mientras me expresa lo que siente.

Le devuelvo la sonrisa.

—Sí, me voy a quedar todo el fin de semana. Hasta el lunes, supongo.

—Bueno, agendá mi número de teléfono y cuando llegues, preguntale a Tomi si quieren que hoy a la noche nos juntemos a comer.

—Sí, claro, por mi no hay problema. Justo estaba comprando para la cena, pero pido un poco más y listo.

—Mmmm... comida casera. Desde que tuve a Luchi, no cociné nunca más.

—¡No me digas!

—¡Sí te digo!

Nos reímos, porque las dos sabemos que eso es de vaga. No puede ser.

Cuando nos despedimos, voy a comprar más vacío y más zapallo. Pago la cuenta y la tomo a Clari de la mano.

—Por nada del mundo me sueltes. ¿Entendido?

—Sí.

En la otra mano llevo las cuatro bolsas que pesan una tonelada, me van a

cortar los dedos. Cuando llegamos al departamento, lo encuentro a Tomás hecho una furia. No solo por mi vestido, sino porque me llevé a Clarita y ni siquiera le avisé que salíamos.

—¿Por qué estás tan enojado?!

—Porque te llevaste a mi hija sin mi permiso.

¿No me tiene confianza?

—Ay, Tomi, no seas tan duro. Solo fuimos a comprar, la llevé a pasear un ratito.

—Marlene, no fuiste capaz de agarrar tu celular, y si no bajaba y le preguntaba a Omar si las había visto, nunca me hubiese enterado hasta que llegaran. No puedes hacer algo así.

—Bueno, bueno, ya está.

Trato de tranquilizarlo, mientras lo abrazo y le doy un beso en los labios, pero me aleja, hasta que cede y envuelve mi cintura con sus manos.

—Te podría haber acompañado... hay un chango de compras en el cuartito.

Sonrí contra su cuello y me alejo.

—¿Eso quiere decir que puedo llevarme a Clara otra vez?

—Pero primero tenés que avisarme.

—Lo prometo —lo beso otra vez en los labios y sonrío—. Si hubiese sido por Clara, me traía el supermercado entero.

Su cuerpo tiembla al reír.

—¿Cuánto gastaste?

—Veinte pesos y monedas.

—Dale, Marlene.

—Veinte pesos.

—No me hagas enojar.

—Mierda, me olvidé el mate.

—¡Merda! —grita Clara, que está parada encima del sillón.

La miro y sonrío, pensando en lo inocente que es. Pero en cuanto miro a Tomás, me doy cuenta que no le gustó nada que Clarita haya repetido una mala palabra que dije.

—Marlene...

—¡Ay, cómo estamos hoooooooooy! Tomate algo para el dolor de cabeza porque no quiero discutir más. Es más, me crucé con Roxana y Luchi y me dijo para cenar, pero ya me sacaste las ganas.

—Perdón... me duele mucho la cabeza, estoy cansado y necesito estar con

Clara y con vos... no deseo nada más.

Me acerco y le doy un beso en los labios. Me separo y empiezo a guardar la mercadería. Tomás saca las demás cosas de la bolsa y me las alcanza.

—Tomí, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, amor.

—¿Qué sentís cuando vas caminando con Clari por la calle y la miran? Se toma unos segundos para responder.

—No salgo con Clara a la calle.

—¿Cómo?

—Eso... no salgo con Clara a la calle.

¡¿Por qué?!

—¿Por qué?

—Porque la miran como si estuviera enferma...

Ay, Tomás. Acabo de darme cuenta de algo.

—Vos sos el que no aceptás que Clara sea una nena con Síndrome de Down... porque es eso, Tomí. Clarita tiene el Síndrome.

—No es fácil. No es tu hija.

Lo sé.

—¿Cómo que no es fácil? Para mí no tiene nada de malo... es una nena como todas las demás.

—No Marlene, no es igual.

—Me parece que tendrías que hacer terapia.

Me mira con tanto asco que me asusto.

—¡Todos lo arreglan con eso! ¿Para qué ir a un lugar donde me van a decir todo lo que ya sé?

—Por eso mismo, vas a ir para que reconozcas las cosas que te pasan y te ayuden a superarlas.

—No creo en esas cosas.

—Bueno, tendrías... —trato de apaciguar su estado de ánimo—. Señor Ruán, ¿me deja bañar a su hija?

Me sonrío y asintiendo con la cabeza, se acerca a mí y besa mis labios. Sí, así de cambiante es, puede pasar del grito al estado más dulce de todos. Lo que Tomás no sabe es que yo solo necesito hacer algo para poder distraerme y olvidarme de lo que me contó su mamá hoy al mediodía.

—No, Clari, ¡no!

—¡Siiiiiiiiiiii!

Levanta un vaso enorme y lo voltea encima de mí. No pude agarrarla, fue más rápida que yo, ahora tengo el vestido verde loro todo mojado. Y sin embargo, me la quedo mirando... está sentada en medio de la bañadera, el pelito mojado y pegado en su cabecita, mueve sus manitos mientras ríe y me muestra una sonrisa de dientes disperejos. Mi ánimo se va por el piso otra vez al pensar que Clarita podría haberse quedado sin papás. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero cuando veo que sus ojitos pierden la diversión al darse cuenta de cómo me siento, le tiro agua y vuelve a reír.

—¡Aaaaaaaah! —grita y vuelve a mojarme.

—¿Qué pasa acá?

Tomás se queda parado en la puerta, primero la mira a Clara y se asegura que está bien. Y segundo me mira a mí, de arriba abajo y una sonrisa tremenda se dibuja en su cara.

—Señorita Flores, está usted fatal. ¿Ahora entendés por qué el otro día estaba todo mojado?

Empiezo a reír y él también... hasta que Clara nos vuelve a tirar agua. Por un segundo, nos imagino en Buzios jugando en el mar, cerca de la orilla saltando olas, corriéndonos mientras Clara nos revolea arena. La visualizo feliz, contenta y... Tomás quiso suicidarse. ¡¿Por qué?!

Agarro el toallón que dejé en el inodoro, Clara levanta los brazos para que la alce y entonces, los brazos de Tomás aparecen y la sujetan fuera del agua para que yo la envuelva. La agarra y la aprieta, Clara chilla pero él no la suelta. Y ella ríe. Me tira los brazos pero no la agarro. Quiero que esté con su papá. Quiero verlos felices porque si no mi cabeza va a explotar por pensar que ella podría haberse quedado solita.

—No, no, no. ¡Mar!

—Ay, ahora te refugiás en ella.

Me la da y la agarro. Vamos juntos a la pieza y elige la ropita que quiere ponerle.

Tomás tiene tanta onda para vestirse que, aunque a la nena le ponga una pollera blanca con lunares negros, una remera rallada verde, violeta y amarillo, unas zapatillas rojas y un moño negro en la cabeza, queda más que hermosa.

Me ubico detrás de ella y comienzo a peinarla, Tomás está en cuclillas frente a nosotras y nos observa.

—¿Sabés que nunca antes había traído a alguien para que conozca a Clara?
Pienso en Sonia.

—Sí, me lo comentó tu mamá.

—¿Ah, sí?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué más te dijo?

Sus ojos se entrecierran como si lo supiera, como si lo estuviera imaginando. Sí, Tomás, lo sé todo.

—Muchas cosas, pero es un secreto.

—¿Y no vas a contarme lo que ya sabés, Marlene?

Lo imagina.

—No, es tu secreto. Cuando vos quieras hablar, acá voy a estar.

Traga con fuerza y asiente con la cabeza.

Cuando termino, la agarro a upa y la llevo al comedor. Nos sentamos juntas frente al televisor y le muestro todas las películas que tiene para que elija una.

Me señala “Toy Story”.

—Buena elección, Clari.

Prendo el DVD, inserto la película y aparece el menú. Le doy *play* y comienza. Siento a Clara en el sillón y queda como estatua mirando la pantalla. Y yo, como tonta, me quedo observándola como hice hace unos minutos mientras se bañaba. Entonces, como si se hubiera acordado de algo, clava sus lindos ojitos en mí y pregunta:

—¿Mamá?

Me dijo *mamá*. Veo que en la película, Andy llama a su mamá y Clara solo está repitiendo la frase, o de verdad se estará preguntando si yo soy su madre. Entonces, la miro y no sé qué responder... Clara está esperando una respuesta y solo puedo acariciar su mejilla. Y no sé por qué, pero un escalofrío pasa por mi cuerpo y una sensación muy extraña llega a mi pecho. Enseguida pienso en Pilar.

—Te voy a hacer el amor, Marlene.

Rompe el envoltorio del preservativo y con mucha delicadeza, lo estira a lo largo de su pene. Luego, se ubica encima de mi cuerpo, me besa en los labios y se desliza dentro de mi cuerpo, mientras se agarra del cabezal de la cama.

Paso mis brazos por su espalda y lo pego a mí. Empieza a moverse despacio, subiendo y bajando su pelvis con tanta delicadeza como si fuera nuestra primera vez. Y entonces, se aleja y me mira directo a los ojos.

—Te amo, Marlene. De verdad te amo.

—Tomi... —susurro y pego mis labios a los suyos.

La fuerza de sus embestidas aumenta y ahogo un grito en su boca.

Estoy en la playa de Búzios, sentada en una manta sobre la arena, mirando hacia la orilla. Tomás agarra a Clara y le da vueltas en el aire... se ven felices. ¡Plenos! Clara ríe fuerte y a carcajadas, y su papá le dice cosas que no logro escuchar. Parece ser que me gusta esa complicidad entre ellos... entonces, el movimiento de mi bebé en mi panza me distrae y comienzo a hacer círculos con mi mano. Sonrío porque estoy feliz. Contenta. En mi mejor momento. Vamos a ser papás, vamos a formar una familia.

Pero comienzo a sentir punzadas. Dolor. No soporto el dolor. Grito. Lo llamo a Tomás, pero él no me escucha. Sigue girando con Clara en sus brazos.

Dolor... tanto dolor.

Me despierto de golpe al sentir mi entrepierna mojada. Me toco y llevo mi mano hacia mi nariz para oler... no sé por qué hago esto, y entonces el dolor se hace más fuerte.

Me quejo, sentándome en la cama.

Recuerdo el sueño, pero el dolor en mi panza hace que me maree.

—Mar, ¿qué pasa?

Tomí me toca la espalda y se sienta a mi lado. Me corre el pelo de la cara, me seca la frente...

—Estás transpirando. ¿Qué pasa, Marlene?

—Duele... duele mucho.

Tomás enciende la lámpara de la mesita de luz y me miro la mano. Sangre... corro la sábana y hay mucha. Tengo sangre en mis piernas, en la bombacha y en la sábana.

¿Qué mierda?

Entonces, vuelvo a recordar el sueño. Pero la desesperación de Tomás por ver sangre en la cama me distrae de todos mis pensamientos.

—¿Qué tenés? ¿Estás enferma? ¿Qué pasa, Mar?

—Tomí, necesito que te tranquilices. ¿Puede ser? —asiente con la cabeza, me mira a los ojos y vuelve a mirar la sábana.

—Voy... voy a pedirle a mi vieja que venga y te llevo a la clínica. Vamos al baño, Mar... vamos a limpiarte.

Caminamos muy despacio hacia el baño y mientras él abre la ducha, me quito la ropa. Empiezo a enjugarme, pero otra vez las puntadas me amenazan y se hacen más fuertes.

No quiero ponerlo más nervioso.

—Andá a llamar a tu mamá. Por favor —le pido en voz baja.

Sale del baño y a los dos segundos entra con el celular en la oreja. Y yo que pensé que iba a poder retorcerme del dolor sin su presencia. Lo hace más complicado.

—Mamá, necesito que vengas a casa... no, Clara está bien. Es Mar... por favor.

Corta y me mira.

—¿Dónde hay ropa limpia?

—En mi bolso.

—Voy a buscarte una bombacha y ropa. Tengo algodón. Podemos... podemos... podemos ponerte un poco, para que no te sigas manchando.

—Tomí... no pasa nada. Estoy bien —trato de sonar tranquila, pero el dolor hace que mi rostro se retuerce—. De verdad...

—Amor, por favor.

—Pero yo fui suave, no te lastimé. ¿O sí?

¿Por qué piensa eso?

—No, Tomi, no fuiste vos. No tiene nada que ver con lo que hicimos...

Media hora después, llega Rafaela. Y a penas abre la puerta, Tomás no la deja ni siquiera preguntar, que salimos del departamento. Nos subimos a la camioneta y después de soportar el dolor y la velocidad en la que maneja, llegamos a la clínica. Entramos por la guardia y diez minutos después, me hacen análisis de sangre y orina, y ahora estamos esperando por una ecografía abdominal.

Nos dieron un cuarto... no porque mi obra social me lo brinde, sino porque Tomás pagó para que tengamos prioridad y privacidad.

Acostados uno en frente del otro, me acaricia la mejilla una y otra vez, sin parar. Trato de no demostrar dolor, de no pedirle a gritos que también pague por unos calmantes.

—Antes de sentarte... —susurra y tira hacia atrás un mechón de pelo que se salió de mi redote—. Balbuceabas... en un momento te reíste... ¿Te acordás lo que soñabas?

Asiento con mi cabeza y me pongo frente a él, tocando mi estómago.

—Soñé con vos... y con Clarita. Estábamos en Búzios, en la playa... ustedes jugaban y se reían, ni siquiera se daban vuelta a mirarme por lo entretenidos que estaban y... yo me tocaba la panza porque estaba embarazada.

—Mar...

—Pará... —le pido y abro mis ojos—. Ayer estuve preocupada todo el día... por vos, por Clara, por Pilar, por tu mamá... se ve que mezclé todo y... fue un sueño lindo, Tomi. No había nada malo ahí... y después, me desperté por el dolor y... eso es todo.

—Permiso.

Entra el médico con un sobre en la mano y Tomás se reincorpora, sin dejar de acariciarme. Yo, ni siquiera intento sentarme.

—Señorita Flores. ¿Cómo se siente?

—Mal, doctor. ¿Cómo se va a sentir?

—Tomi —lo interrumpo—. Me duele... el dolor es cada vez más fuerte —admito y Tomás me aprieta el hombro.

—¿Qué tiene? —vuelve a preguntar.

—Tiene... un bebé.

¿Un bebé? ¿De qué está hablando? Pero... pero si nosotros nos cuidamos.

—¿Un bebé? —pregunta él en voz baja.

¿Y si piensa que estuve con alguien más? ¿Y si cree que es de otro?

—Bien... no lo sabían.

—No, doctor. No estábamos al tanto.

¿Al tanto? ¿Un bebé es estar “al tanto”?

¡Es un bebé! Es como Clara... ¡Clara fue un bebé! Yo tengo un bebé en la panza. Un bebé que me hace doler y sangrar.

¿Y si algo anda mal y por son las pérdidas?

—El paso a seguir es una ecografía para monitorear al feto. ¿Preguntas?

—¿Por qué el sangrado?

Miro a Tomás cuando esa pregunta y sus ojos están llenos de lágrimas. ¿Lágrimas de tristeza, de emoción, de preocupación, de felicidad?

—Suele pasar en las mamás primerizas. Hay dos opciones, el embrión está prendiéndose o está luchando por quedarse.

¿Qué carajo significa eso?!

—Doctor... —Tomás está perdiendo la paciencia.

—Seamos pacientes, descartemos cualquier anomalía con la ecografía y después volvemos a hablar. Marlene. ¿tuviste mareos?

—No lo recuerdo...

—¿Vómitos?

—No lo sé.

—¿Algún síntoma?

—No...

Tomás me mira con irritación cuando contesto que no tengo idea de lo que está pasando por mi cuerpo.

—¿Cansancio?

—El de siempre.

—¿Cambios de humor?

—Doctor, soy mujer, no puede hacerme esa pregunta.

El médico sonrío.

—¿Le pueden dar algo para el dolor?

—Sí, quédese tranquilo, señor Ruán. Ahora van a ponerle un suero para que el dolor disminuya. Pero solo eso, no puede tomar nada más. ¿Está claro?

—Sí.

—Después vamos a hablar del reposo si hace falta...

Mis oídos no quieren escuchar más. Cierro los ojos y empiezo a recordar la carta de “Bienvenidos a Holanda”; la conversación que tuvimos esa noche con Roxana y Mauricio y... esa mañana en la cual nos dimos cuenta que olvidamos usar preservativo.

Me tapo la cara con ambas manos, dándome cuenta del día exacto en el cual este bebé empezó a crecer en mi panza.

Toda la pantalla es negra, no se ve nada... el médico mueve un poco más el aparato y aparece una pequeña bolsa con un punto en el medio. Sí... una bolsa con un punto y supuestamente, ese punto es mi bebé.

No tiene forma de bebé.

El médico nos explica que como estoy de tan pocas semanas, no se puede escuchar el corazón hasta pasadas las nueve semanas de gestación. Mide la bolsa y al supuesto bebito que tengo en mi barriga.

Nos cuenta que el embrión tiene la medida justa en relación a las semanas de embarazo, pero está “medio” desprendido. Con reposo absoluto, por un tiempo indeterminado, el embarazo seguiría su curso.

Sí, usó la palabra “seguiría”.

Cuando volvemos a la habitación, Tomás se queda afuera hablando con el médico y yo aprovecho para cerrar mis ojos y dormir aunque sea un poco.

¿Y si me bebé no es lo suficientemente fuerte para quedarse?

Me despierto cuando siento un beso en mi mejilla.

—Buenos días —susurra en mi oído.

—Hola —susurro y por primera vez, en horas, ya no siento dolor.

—Traje un té para vos y un café para mí.

—¿Un té?

—Sí, Marlene. Lo siento...

—Pero... quiero un jugo de naranja, o un licuado de banana. No un té.

—¿No te gusta el té?

—No.

Sonríe y niega con la cabeza.

¿Cuándo vamos a dejar de hablar del té para hablar del bebé? De nuestro bebé.

Le doy un sorbo y me dan ganas de vomitar. Lo dejo sobre la mesa con rueditas.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunto, sentándome en la cama.

—Por ahora, lo que diga el médico.

—¿Y después?

Traga con fuerza y... esa sonrisa no me tranquiliza. Para nada.

—Después vamos a hablar bien sobre las medidas que tenemos que tomar.

—Tomás, no hay medidas. No es un contrato de trabajo, es un bebé. Tenemos que decidir qué vamos a hacer y punto.

—Lo quiero tener. Si nuestro bebé es tan fuerte como para quedarse con nosotros, quiero tenerlo, Marlene.

Es inevitable no sonreír. Acaso, ¿pensaba que yo no lo quería? ¿Cómo se le ocurre?

—Yo también, pero esa no fue mi pregunta...

—Entonces, te pido que seas más clara —se remueve mientras trata de encontrar una postura más cómoda.

O tal vez no. Quizá estoy inventando todo.

—¿Qué va a pasar entre nosotros? —termino de formular mi pregunta y sonrío, dejando escapar aire por la nariz.

—Amor, te dije que te amaba. Un bebé solo provoca que te quiera más.

Entonces, gateo hasta llegar a él que está sentado en la otra punta de la cama y lo abrazo muy fuerte.

—Yo también te amo, Tomás.

Se aleja para mirarme directo a los ojos, mientras acaricia mi mejilla derecha.

—Lo sé.

—¿Lo sabías? Todo este tiempo supiste que te amaba y nunca me lo dijiste —hasta sueño enojada.

¿Qué me pasa?

—No quería presionarte. Solo...

—Querías que lo dijera cuando estuviera lista.

—Yo estoy listo desde el primer día en que te besé.

Me pongo colorada. Recuerdo nuestro primer beso.

—Es verdad. Me besaste y ya nadie volvió a ser igual. Y te daría un beso ahora, pero tengo mal aliento.

—El bebé hace que tengas mal aliento —me explica, como si de verdad lo creyera.

Nos reímos y al segundo, estamos acostados otra vez, haciendo reposo.

Mi mamá está sentada en los pies de la cama con una cara de preocupación que me oprime el pecho. Amo tanto a esta mujer que daría la vida por ella sin pensarlo.

—Corazón —susurra, mientras acaricia mis pies.

Tomás me mira y sé que quiere hablar él, pero acordamos, antes de que mi mamá llegara, que sería yo quien le daría la noticia.

—Mami, es una pena que conozcas a Tomi sin un asado de por medio, me hubiese gustado llevártelo a casa, perdón...

—¿Estás embarazada, Mar?

¡La amo!

Asiento con mi cabeza y sus labios empiezan a dibujar una sonrisa juguetona, mezclada con alegría y emoción. Se pone de pie y me abraza con fuerza.

—Voy a ser abuela otra vez. ¡Bienvenido a la familia, Tomás!

Mi mamá deja de abrazarme y poniéndose de pie, camina hacia él, le toma la cara entre sus manos y le da un beso en cada mejilla.

—Bienvenido.

—Gracias... gracias, Marisa.

Entonces, mi mamá se aleja de él y vuelve su mirada a mí.

—¿Cuál es el problema?

Voy a responder justo cuando Tomás aclara su garganta.

—Marisa, el asunto es que Marlene tuvo pérdidas. Se despertó con dolor de panza, vinimos a la clínica y el médico dijo que tiene que hacer reposo absoluto para no perder al bebé. Y si hacemos todo lo que él nos marca, el embarazo va a seguir su curso normal. La realidad es... —Tomás me mira y asiento con mi cabeza para que le cuente todo—. Es que el embrión no está agarrado muy bien y de ahí vienen las pérdidas... está luchando para aferrarse al útero y... no sabemos qué va a pasar.

Mi mamá asiente con la cabeza, se acerca a mí y agarrándome de las manos, dice:

—Va a pasar lo que tenga que pasar, chicos. Si este bebé quiere seguir con nosotros, vamos a estar muy felices. Pero... si el bebé, por cosas del destino, que nosotros no podemos manejar, no se queda en este mundo... quiero que estén listos. Tienen toda una vida para encontrar la oportunidad de agrandar la familia y sé... —mira a Tomás y yo también lo hago. Tiene los ojos cristalizados, brillosos... —Sé que Clarita sería una excelente hermana, para este bebé o para otro. ¿Está bien, Tomás?

¿Por qué siento que mi mamá piensa que de los dos, yo soy la más fuerte? ¿Por qué le habla directamente a él?

Entonces, me ataca la loca idea de... ¿Y si el bebé no se queda con nosotros? ¿Y si Tomás no lo soporta y quiere dejarme?

—Amo a su hija, Marisa. La amo... y sé que tenemos mucho tiempo por delante.

—Bien. Muy bien, Tomi.

Una hora más tarde, nos vamos a casa.

—¿En qué pensás, amor? —me cuestiona Tomás, al verme un poco distraída.

—En lo que hablamos en Brasil... recuerdo lo que dijiste sobre tu genética y todo lo demás. No sé qué te estará pasando por la cabeza...

Deja de acariciarme y se ubica de costado, apoyando la cabeza en su mano.

—Ahora no lo estoy pensando... yo solo quiero que se quede con nosotros. Yo también.

—¿Y si no se queda?

—Más adelante, volveremos a intentarlo. Sé que estás ilusionada...

—Estoy más preocupada por vos que por el bebé, Tomás.

Cierro los ojos al decir en voz alta el pensamiento que está en mi cabeza desde que me enteré del embarazo. Sé que debería preocuparme más por mi hijo, pero por alguna razón, sé que dentro mío está bien. Pero Tomás... Tomás es quien me preocupa.

—Mirame... —susurra y abro mis ojos—. Lo pensé... al principio, cuando el médico dijo que podríamos perderlo, lo pensé. Es que, ¿soy yo el problema? ¿De verdad? —deja escapar un suspiro y sonrío—. No... no lo soy. No soy yo, Mar.

Se me nubla la vista porque mis ojos se llenan de lágrimas.

—Es un alivio saber que no pensás así. Prometeme que... que si perdemos al bebé, no nos vamos a alejar. Prometelo, Tomi.

Traga con fuerza mientras que sus ojos vuelan por todo mi rostro hasta que vuelven a mis ojos.

—No puedo prometerte eso, Mar. No... no puedo hacer ese tipo de promesas después de lo que me pasó con Pilar. Nos... nos prometimos tanto y...

Deja de hablar.

No.

¡No!

Quiero que siga hablando de ella.

Necesito que de una vez por todas me hable de Pilar.

—Voy a ver a Clara. Solo voy a tardar una hora o un poquito más. ¿Está bien?

—Sí... claro. Mandale un beso de mi parte.

Besa mi frente y luego, sale de la habitación.

Suspiro al saber que perdí una de las únicas posibilidades que tenía para conocer a Pilar. Entonces, el vestidor abierto llama toda mi atención. Tal vez, hay algo ahí dentro que sea de Pilar. ¿No?

Siempre fui una persona demasiado... introvertida. Quizá por eso elegí ser periodista. El asunto es que, desde que tengo memoria, me gusta investigar el baño de las personas porque de esa forma las conozco. Pero como en este momento no puedo ir muy lejos, decido hurgar en el vestidor de Tomás.

Me pongo de pie, entro en el vestidor y realmente no hay nada que me interese. Me subo arriba de un banquito y observo el último estante. Las personas guardan cosas bien arriba para que nadie las encuentre. Efectivamente, hay una caja. ¡Una gran caja! A los segundos, estoy sentada sobre la cama, abriendo la tapa y encontrándome con cientos de fotos.

Empiezo a sacarlas...

—Ay, qué linda.

Es Clara de bebé... de muy bebida, llena de rollitos en las piernas y en los brazos. Riendo, llorando, haciendo morisquetas...

—Ay.

Me da tanta ternura.

También aparece Rafaela y... para mi sorpresa, hay muchas de Clara con Tomás. Es la primera vez que tengo una foto de él en papel... acaricio su rostro pensando en lo precioso que es, en el parecido que tiene con Clara, en sus ojos claros y...

¿Ella era Pilar?

Una chica realmente preciosa. De la misma altura de Tomás, rubia, de ojos claros e igual a Clara. Idénticas. Y se me parte el corazón al ver fotos muy viejas de ellos dos cuando eran novios y más jóvenes... totalmente ajenos al destino que tenían ya escrito.

Pilar embarazada, feliz, emocionada, tocándose la panza... trago con fuerza

al encontrar fotos que se están besando. Un beso tierno... creo que era espontáneo.

Tomás, realmente, parecía feliz.

Me tiemblan las manos al darme cuenta que perdió ese brillo que tenía en los ojos cuando estaba con Pilar. Esa sonrisa natural... porque hoy se esfuerza por reír. Lo sé.

Mi corazón se vuelve a romper porque ellos eran jóvenes, tenían una vida por delante, una familia hermosa que estaban formando, llenos de alegría y amor. Ellos se amaban y...

Me doy cuenta que estoy llorando cuando el agua de mis ojos cae sobre las fotos. Las seco rápidamente...

Teníamos un futuro, tomamos la decisión de buscar un bebé y... ella era todo para mí. ¿Alguna vez amaste de esa forma? ¿Amaste tanto?

Me toco el pecho al caer en el significado de esas palabras porque ahora soy yo la que realmente ama de esa forma... lo amo tanto, tanto que hasta me duele. Y solo con pensar en que puede llegar a pasarle algo, se me quiebra el alma. ¿Y eso fue lo que me quiso explicar? ¿Que amó hasta el dolor?

—Dios.

Pobre Pilar, pobre Tomás... Clarita.

Todo hubiera sido más sencillo para Tomás si a Pilar no le hubiera pasado nada. Estoy segura... ella lo hubiese sabido llevar mejor que Rafaela, mejor que nadie. ¿No?

Me toco la panza, recordando que ahora soy yo la que está esperando un bebé y cuando me doy cuenta, le estoy rogando a Pilar que me ayude, que me dé un milagro y este bebé quiera quedarse con nosotros.

Porque lo sé, no soy tonta... el médico dio muy pocas probabilidades, soy muy consciente de ello.

Sorbo mi nariz y me seco las lágrimas. Dejo las fotos a un lado y saco más. Aparece un hombre de pelo blanco y Tomás es idéntico a él. Claramente, es su padre. Lo recuerdo... lo he visto en la redacción millones de veces. ¿Cuánto hace que murió?

Sigo entrometiéndome en la vida de Tomás sin que él lo sepa, pero es la única forma que tengo para saber algo de Pilar.

Entonces, escucho el ruido de la puerta de entrada y no me da tiempo a

guardar nada, así que, tapo todo con el acolchado de plumas, me seco las lágrimas, me peino un poco y para cuando Tomás entra en la habitación, me sonrío divertido. Permanece de pie en el final de la cama y se cruza de brazos, como si yo fuera Clarita y me mandé alguna travesura.

Es que... así lo siento.

—¿Qué estabas haciendo?

Sonrío y sorbo mi nariz.

—Yo...

—¿Estuviste llorando?

—Es que...

—¿Qué hay debajo de la colcha?

Entonces, mira el vestidor dándose cuenta que la luz está encendida, la puerta de espejo abierta, el banquito en el medio y... de un tirón, quita el acolchado y sonrío. Sí, él de verdad está sonriendo. No está enojado conmigo por salir de la cama y meterme en su vida sin su permiso, al contrario. Y al segundo, lo tengo sentado frente a mí, sonriendo y sus ojos brillan.

Sus ojos, de verdad, están brillando.

—¿Alguna pregunta que quieras hacerme, Marlene?

¿De verdad puedo hacer preguntas?

—Conocí a Pilar —susurro y trato de contener las lágrimas—. Quiero decir que... la vi en fotos. Era preciosa, Tomi. Y Clarita... Clarita es igual a ella.

Asiente con la cabeza.

—Era muy celoso porque... —sonrío y negando con la cabeza, me mira a los ojos—. Porque todo hombre se daba vuelta a mirarla. Al principio de la relación, me sentía orgulloso de tener una mujer tan hermosa a mi lado, pero después se convirtió en un fastidio constante... hasta nos separamos por mis celos —me cuenta riendo—. Era muy buena y sincera... Pilar no se podía guardar nada y era muy boca sucia, decía malas palabras todo el tiempo y me prometió...

Entonces, sus ojos se llenan de ese brillo que vi en las fotos.

—Quiero saberlo... ¿Qué te prometió, Tomás? —pregunto, llena de intriga.

—Que iba a dejar de putear porque no quería que Clara la copiara —deja caer sus ojos a las fotos—. Ella quería dedicar su vida a nuestra hija...

empezó a trabajar desde casa y... Pilar era feliz. Amaba la panza... adoraba comprarse ropa y la lucía como si no tuviera un bebé dentro de ella... y aún así, los hombres la deseaban. Yo la deseaba... —levanta sus ojos otra vez y se pasa una mano por el pelo—. Ella... ella siempre sonreía... nunca tenía un mal día y como la viste en las fotos, era en la vida real. Así de hermosa... así de feliz.

—Gracias por hablarme de Pilar... sé que te cuesta mucho y...

—No, no me cuesta hablar de ella. Me cuesta recordarla, Marlene. Pilar está... está desapareciendo de mi cabeza y no sé cómo hacer para que se quede...

Su declaración me confunde.

—No entiendo.

—Dejame hablar... necesito sacarlo... Clara no me va a pedir que le hable de su mamá porque no es como las demás nenas, Marlene. Y eso lo tengo en claro porque es mi mayor miedo... no hablar de Pilar y olvidarla. A mí no me afecta que Clara tenga el Síndrome, me enoja que el Síndrome no la deje querer saber quién era su mamá.

Se me achica el corazón porque tiene razón. Tomás, por primera vez, tiene razón.

—Lo siento.

—Ahora me entendés —susurra—. Ahora entendés por qué me siento así con Clara... porque mi hija nunca me va a pedir que le cuente cómo era su mamá y yo, inevitablemente, voy a olvidarme de Pilar... sin querer.

—Pero, igualmente, podés hablarle...

—No, no va a entender, Marlene.

—Tomi, Clara es muy inteligente.

—Sí, pero es inteligente dentro de su condición. Mar, no te enojés conmigo por pensar así...

Niego con la cabeza y sorbo mi nariz porque estoy llorando. Tomás tiene razón. No puedo contradecirlo...

—Yo voy a hablarle de Pilar.

—¿Vos? —pregunta y sonrío, mientras estira su mano y me seca varias lágrimas que caen por mis mejillas.

—Sí... yo siempre le voy a hablar de su mamá. Y le voy a mostrar sus fotos y... y cuando tenga una duda, voy a preguntártelo a vos. Me vas a responder y juntos, vamos a hablar de Pilar.

—No se tuvo que haber ido.

Agarro su mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Estoy de acuerdo, Tomi. Pilar nunca tuvo que haberse ido. Pero así es la vida... ahora, vamos a dejar de hablar de esto porque me voy a morir de tristeza.

Sí, quisiera saber mucho más y sé que ésta es mi oportunidad de oro para saberlo todo, pero no estoy preparada. No puedo...

—Ví fotos de tu papá.

Frunce el entrecejo y hasta parece sorprendido.

—Qué raro, no sabía que tenía fotos de él.

—¿Me vas a hablar de la relación que tenías con tu papá?

—No...

—¿Por qué? —pregunto, sonriendo.

—No estoy acostumbrado a hablar él... y no creo que sea el momento para hacerlo. Él no fue ejemplo de nada...

—Está bien —accedo.

Guardamos las fotos dentro de la caja y cuando terminamos, se va de la habitación y cuando vuelve, me entrega una bolsita que me mandó su mamá. Un mate. Le escribo un mensaje a Rafaela para agradecerle por el mate y le mando muchos besos para Clarita.

Me estiro para dejar el celular sobre la mesa de luz justo cuando un dolor punzante me atraviesa el estómago. Sí, otra vez.

No quiero mirar... no quiero... pero lo hago y ahí está. Hay sangre en las sábanas.

Aunque sé que esto podía pasar, no puedo contener el llanto y un grito desesperado porque sé que no solo perdí al bebé, sino que también a Tomás.

Él no va a soportarlo.

Me despierto de golpe.

Miro hacia la derecha... estoy en mi casa. Otra vez, estoy sola en mi casa.

Odio dormir pero más odio estar despierta porque caigo en la realidad una y otra vez. Entonces, repito la misma rutina desde hace dos semanas atrás. Recuerdo...

—¡Tomás! —gritaba hacia afuera.

Pero más gritaba hacia adentro. Era dolor mezclado con tristeza y desesperación. Lo estaba perdiendo... y perdón, pero no solo pensaba en el bebé, más pensaba en Tomás.

Después de lo que me había contado, sabía que no iba a soportar otra pérdida. No iba a aguantar perder otra vez o, peor aún, vivir con miedo a perderme a mí también.

Lo supe apenas vi sus ojos llenos de lágrimas.

Me agarró en sus brazos y en menos de cinco minutos, estaba arriba de su camioneta, yendo a la clínica.

Otra vez.

Cuando llegamos, todo fue muy rápido.

Me ingresaron a quirófano, me practicaron un raspaje y después de dos horas, me desperté en la habitación. Tomás estaba sentado en los pies de la cama y hablaba por teléfono con mi mamá. Lo sé porque dijo en voz baja su nombre.

—Voy a llevarla a tu casa... perdón, Mariza. Perdón.

Le pedía perdón por dejarme.

Guardó el teléfono y sus ojos se perdieron en el suelo. ¿Por qué pensaba tanto? ¡Odiaba cuando hacía eso!

Me aclaré la garganta y toda su atención fue para mí.

—¿Cómo te sentís?

Estaba preocupado, lo veía en sus ojos. Por eso iba a dejarme.

—¿Por qué pensás que lo mejor es separarnos? —le pregunté sin dudar—.

¿Por qué estás eligiendo por mí?

No supo qué responder.

Sus ojos se llenaron de lágrimas... otra vez.

—Tomi —traté de convencerlo, suavizando el tono de mi voz, aunque en realidad, quería gritarle.

—Perdón, Mar... pero no puedo perder más.

Tragué con tanta fuerza que hasta me dolió el útero.

—No me vas a perder, yo estoy acá. Vos mismo lo dijiste... si perdíamos al bebé, íbamos a volver a intentarlo más adelante...

—Yo no te prometí nada —me interrumpió—. No te lo prometí... perdón, Mar. Pero no puedo más.

Se levantó y salió de la habitación.

Suspiro y corriendo la sábana para un costado, me levanto de la cama. Miro el reloj. 20:45. Dormí casi tres horas de siesta... y volvería a hacerlo, pero ya están por llegar mis amigas. Me doy una ducha y vuelvo a llorar, pero mi cuerpo ya sabe que es una costumbre.

Sí, también se convirtió en rutina extrañar a Tomás y a Clara. Si él supiera que una vez me llamó *mamá*...

Tengo que dejar de pensarlo porque no quiere volver; de buscarlo por la redacción porque hace lo imposible para que no nos crucemos; de esperarlo dentro de mi auto hasta verlo subir a su camioneta e irse... tengo que dejar de esperarlo porque tomó una decisión.

Tengo que entenderlo.

¿Y él me entiende a mí?

—Cuidate mucho, Mar. Por favor... y si algo más llega a pasar, hacemelo saber.

Frenó la camioneta en la puerta de la casa de mi mamá. ¿Por qué me dejaba ahí? ¿Tanto me conocía?

Otra vez, se estaba repitiendo la historia. Esa persona que amaba me estaba depositando como si fuera un paquete en la puerta de alguien más, como si mis sentimientos no valieran la pena.

—¿Qué estás haciendo, Tomi? —le pregunté.

—Todo tiene que estar bien... vos... vos tenés que estar bien.

Tenía que preguntárselo.

—¿Y yo qué hago con mis sentimientos, Tomás?

—Marlene, por favor. No soy él... solo te estoy pidiendo un poco de tiempo.

Ahí entendí que estaba cometiendo el error más grande del mundo. Lo estaba presionando y era lo que yo menos quería. En un segundo recordé la charla que tuvimos en Brasil de cuando me escuchó discutir con Pablo en las escaleras de emergencia. Tomás, en ese momento, era Pablo.

Sí, era él, aunque dijera que no.

—¿No voy a poder volver a ver a Clarita?

—No... creo que lo mejor es separar las cosas.

—¿Qué cosas?! Clara no es una cosa, Tomás. Yo la quiero...

Tocan el timbre y vuelvo a la realidad, secándome las lágrimas, juntando fuerzas para creer que voy a poder estar bien sin él.

Abro la puerta de mi casa y solo con verlas, mi mundo cambia. Nos fundimos en un abrazo interminable, como si supieran que algo que me pasó, que alguien me dejó por perder a un bebé...

—Mar, estás más flaquita, ¿no? ¡Ah, ya elegí el color del vestido! Va a ser: ¡lavanda! —grita, levantando los brazos, casi saltando.

Entonces, nos sentamos a la mesa y entre nosotras nos miramos de reojo... tuvimos que haber imaginado que Sofía iba a elegir el color más feo para un vestido. Y para nuestra sorpresa, saca de la cartera un pedazo de tul espantoso. ¡Realmente, es horrible!

—Quiero que todo el vestido sea de esta tela y tenga unos picos debajo de gasa, que vayan por debajo de las rodillas hasta los talones... pero por partes —*Dios mío*—. En la parte del escote, quiero que tenga forma de corazón con pequeños volados y una tirita en un solo hombro y... —hace silencio cuando deja de volar y ve nuestras caras.

Claramente, yo no me voy a poner eso. Y para mí sorpresa, comienzo a reír. Contagio a mis amigas y por unos minutos, carcajearnos de risa. Estoy tentada porque hasta hace unos minutos estaba llorando porque el hombre que amo me dejó después de perder a nuestro bebé, y ahora estoy preocupada porque no quiero vestirme con esa cosa que está describiendo.

—¿De qué se ríen?

—¡De vos! ¿Nos querés ver solteras toda la noche que nos mandás a ponernos esa cosa? —pregunta Julieta, muerta de risa.

—¿Mar?!

Dejo de reír y pongo una mano en mi panza para calmar el dolor que me provocó la risa.

—Perdón, Sofi... es que...

—¿Qué?

—No me gusta. No está a la moda, ni el color ni el diseño. Y no es que me importe ser tendencia ni nada por el estilo, pero... no me gusta.

Se muerde el lado interno de su mejilla y sonrío.

—Nunca te gustó mi forma de vestir. ¿No?

—¿Qué tiene que ver? —le pregunto, riendo más fuerte.

—¿Y cómo te gustaría que sea?

—A ver...

Agarro un cuaderno y dibujo un boceto. Mantengo el escote en forma de corazón, sigo la línea del cuerpo hasta la cintura y hago una pequeña campana hasta arriba de la rodilla para estar cómodas. Me gustaría que sea al cuerpo, pero si vamos a bailar, tenemos que sentirnos sueltas. Deslizo la hoja hacia el centro de la mesa para que lo vean todas.

—¿Qué te parece? Es sencillo, delicado y... nos quedaría bien a todas. No nos marcaría ningún rollo que ande dando vueltas por la cintura, ni el ancho de las caderas y...

—¿La copa puede ser de tul?

—¡Sí, puede! —afirmo, porque creo que tengo que decirle que sí a algo—. Estaría lindo.

—¿Les gusta? —pregunta Sofi, mirando a todas las demás.

Entonces, sonrío.

—Sí.

—Me encanta.

—Me parece bien.

—¡Buenísimo! —coincido—. Ahora, pidamos unas pizzas y tomemos cerveza.

Me ayudan a poner la mesa en el fondo, llamamos a la pizzería, llevamos una pequeña pida y agarramos cervezas, mientras acomodamos todo... la noche está preciosa, el cielo oscuro está despejado y la luna brilla con toda su intensidad.

Dejo escapar un suspiro y miro a mis amigas que están riendo y hablando como cotorras, comiendo papas fritas y aceitunas, una enciende un cigarrillo, otra se quita el corpiño porque le molesta el aro de alambre y sonrío. Sonrío

porque, después de dos semanas, me hicieron reír otra vez.

Pienso en la posibilidad de contarles todo lo que me pasó, pero no quiero arruinar la noche. Prefiero guardarme todos mis sentimientos y respirar, aunque sé que no me animo a dar vuelta la página porque no quiero olvidarme de él.

—¿Vas a ir a la fiesta de 80 años de la empresa? —pregunta Cris, dándome un mate.

Tomás nunca mencionó la fiesta cuando estábamos juntos. Ni siquiera sabía que estaba organizando un evento solidario por el aniversario de la redacción. Entonces, me doy cuenta de que no tengo ni idea de su vida, solo sé lo que él quiere contarme... que es *nada*.

Eso era para él. No era nada, no era importante.

—Todavía no lo pensé...

—¿Es por él?

—Todo es por él —susurro.

Cris le pasa unas fotocopias a un compañero, mientras me dedica una sonrisa de lástima... de pena.

—¿Y si todo lo que pasó hizo que volviera a revivir la muerte de su esposa?

Es posible.

—Es mi hipótesis preferida —coincido.

—¿Y si se lo preguntás?

—Cris, lo llamé...

—¡Te dije que no lo hicieras! Y no te atendió.

—Me atendió Clara... algo es algo.

—No lo puedo creer.

—Sí... hablé con ella y... nada.

Me acomodo el vestido por sexta vez desde hace dos minutos porque me da vergüenza que mi amigo sienta lástima por mí.

—¿A qué hora salís hoy?

—A las tres.

—¡Bien! Vamos a ir a comprarte un vestido para la fiesta de aniversario.
No.

—Cris, no voy a ir.

—¡Sí, vas a venir conmigo y con todos estos giles! —grita, señalando a sus compañeros de diseño.

Todos me sonrén y si fuera por mí, iría porque son muy graciosos y...

—No...

—Que sí.

Y cuando se le antoja algo en la cabeza, no para hasta conseguirlo. A las tres de la tarde, lo tengo de pie frente a mí, con los brazos cruzados y haciendo caritas raras.

—Mar, ¿te retirás? —me doy vuelta cuando escucho a mi editor.

Entonces, trato de cerrar rápidamente las ventanas que tenía abiertas en mi computadora, pero ya es tarde. Mi jefe tiene los ojos clavados en la postulación de trabajo que estaba leyendo.

—¿Te vas de Crónicas?

Cierro la ventana y aparece un *e-mail* de un conocido que trabaja en otro diario.

—Jorge...

—¿Te estás hablando con Nicolás Linas? ¿Desde cuándo? No tenía idea de que lo conocieras... ¿Te vas de la redacción, Mar?

—Yo...

—¿Tan mal estás conmigo?

—No es eso, Jorge. Es solo que... las cosas ya no son como antes. No estoy cómoda y...

—Mar, dejame mover algunas fichas...

—No —me pongo de pie y agarrando mi cartera, cierro todas las ventanas —. No... no quiero que digas nada.

—Escuchame, la semana pasada tuve una reunión y parece ser que me van a cambiar de sector. Cuando me preguntaron si tenía alguna persona para dejar en mi cargo, te nombré a vos —se acerca un poco más, toma mi mano derecha y se la pone en el pecho, tratando de hacer una escena dramática que, a mí, no me afecta en nada—. No quiero que te vayas... te estuve preparando por mucho tiempo. No es justo para mí, Mar.

—¿Y qué es justo para mí, Jorge?

—Subir un escalón más...

—Pero no acá adentro.

—¿Por qué? ¿Porque tuviste algo con uno de *ellos*?

Respiro con fuerza y mi jefe aprieta más mi mano. Luego, la sube a la altura de sus labios y la besa como hizo el día de mi cumpleaños frente a todos mis compañeros. Es algo tierno en él, una muestra de cariño, de afecto, solo eso.

—Gracias, Jorge.

—No te vayas, dame unas semanas más.

Si él supiera que yo no puedo vivir más acá adentro sabiendo que el hombre que amo está en el cuarto piso.

Me despido de él, doy vuelta a mi escritorio y Cris me abraza, apretándome a él y obviando cualquier tipo de comentario con respecto a lo que acaba de escuchar. Vamos al estacionamiento, nos subimos a mi auto y... bien, elegiremos un vestido para la fiesta aniversario de la empresa.

La fiesta está montada en una enorme carpa blanca ubicada en un predio de Costa Salguero. “**80 años haciendo periodismo**”, dice un cartel blanco con letras en dorado. Le decimos nuestros nombres a la chica de la recepción e ingresamos. Ya hay demasiada gente y poco a poco, vamos saludando a todos los que conocemos.

Nos quedamos con los chicos de diseño, nos sirven bebida fría y... me acomodo el vestido negro y largo hasta mis pies, me tiro el pelo hacia atrás y mi estómago hace ruido porque, prácticamente, no como hace dos semanas.

Lo busco por todos lados... sonrío como si estuviera escuchando la conversación de mis compañeros, pero no tengo idea de qué están hablando. Solo quiero saber si él está acá.

Y entonces, como si todo se congelara a mi alrededor, lo veo. Tomás está impecable, vestido con un esmoquin negro, su pelo peinado hacia atrás con gel, sin un rastro de barba, se está divirtiendo y sonrío entre varias personas. Está radiante... parece muy contento por la fiesta que montó con sus socios y yo me estoy muriendo por dentro.

Íbamos a tener un bebé y me dejó porque no soportó la pérdida. Mis ojos se llenan de lágrimas justo cuando su mirada cae como un balde de agua fría

sobre mí. Me observa de arriba abajo y su sonrisa desaparece. Trago con fuerza cuando comienza a caminar hacia mí.

—Perdón, Marlene. Necesito tiempo para pensar en todo lo que acaba de pasar... yo no estoy bien. Perdón.

—Las personas solo piden perdón cuando se equivocan y vos... vos, Tomás, parecés muy seguro. No creo que necesites un tiempo para nada.

Me besó en la mejilla y apretando un botón, destrabó la puerta del acompañante.

La mía.

Abrí y bajé, sin mirar atrás. Para cuando mi mamá salió a recibirme, él todavía seguía estacionado en la calle. Él esperó a que yo entrara... él no era Pablo.

Me ahogo... me quedo sin aire. Tengo que tomar una buena bocana porque me estoy muriendo. Sin darme cuenta, estoy dando pasos torpes hacia atrás porque él está muy cerca. Demasiado.

Está llegando.

Casi...

—Mar —susurra y se acomoda el moño.

Dios.

—Tomás, no...

No puedo hablar.

—Estás... estás muy flaca y... estás hermosa.

Y cuando me doy cuenta, estoy apretada contra su cuerpo, sus brazos me rodean casi toda la espalda y me quedo dura, sin saber muy bien qué hacer, cómo reaccionar.

¿Y si de verdad necesitaba tiempo?

¿Y si ya está bien?

¿Y si podemos volver a empezar?

—Con vos todo está bien, Marlene.

¿De verdad?

—Tomás... —susurro y me separo de él, para mirarlo a los ojos—. ¿Qué

fue lo que pasó?

Sí, todavía me lo estoy preguntando. Y para mi sorpresa, acuna mi rostro entre sus manos y su mirada viaja por todo mi rostro como si no pudiera decir lo que su cabeza está pensando.

—Vos... vos hacías que me olvide de ella. No es por Clara, es por vos. Y no sé... enloquecí.

—Pero yo nunca te pedí que olvidaras a Pilar. No quiero que la olvides...

—Lo sé. Ay, Mar. Te extrañé.

Atina a besarme, pero corro mi cabeza hacia atrás porque no va a volverme loca.

—No, Tomás. No se puede hacer y deshacer así como así. Me dejaste en el peor momento y no te importó que haya perdido a nuestro bebé...

Frunce su rostro como si lo que acabo de decir fuese una locura.

—Sabíamos que iba a pasar, era solo cuestión de tiempo, Marlene —deja escapar un suspiro y acaricia mi mejilla—. Estoy listo para contártelo todo... todo lo que pasó con Pilar... estoy preparado para dar ese paso, Marlene.

¿De qué está hablando?

—¿Todo?

Asiente con la cabeza y a pesar de los recuerdos que quiere contarme, sonrío. Pero yo sé muy lo que quiero en este momento.

—Ahora que no me tenés, ¿querés contarme todo?

—Mar, no seas injusta —enloquece. La vena de su cuello se hincha y sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Injusta?! —aprieto los dientes por la rabia y observo a las personas que pasan por nuestro lado, mirándonos de reojo—. ¿Yo, injusta? Acabábamos de perder a nuestro bebé y me dejaste en la casa de mi mamá como si tuviera quince años, como si no fuera capaz de contenerme a mí misma, como si no fuera demasiado fuerte —respiro muy profundo y subo el pecho—. Y perdón, pero lo que menos puedo hacer ahora es... festejar. Porque yo, a diferencia tuya, no tengo nada para festejar. Lo que a mí me lastima, a vos ni te roza el brazo.

Su rostro está a milímetros del mío y distingo el enojo en sus ojos, lo estoy lastimando tanto como él hizo conmigo.

—No subestimes mi tristeza, Marlene.

—Vos no subestimes la mía. Era mi hijo... a pesar de ser un feto o un embrión de un mes, era mío.

La nuez de su cuello sube y baja, su respiración se entrecorta y sus ojos, ésta vez, se llenan de lágrimas.

—No sé qué hago acá... no quiero estar en esta fiesta. Así que, cuando termines, te espero en mi casa para hablar —doy un paso hacia atrás, me acomodo el vestido y respirando con más fuerza, levanto la cabeza para mirarlo.

—¿Qué? No... no te vayas. Hablemos, Marlene.

—No quiero estar acá, Tomás. Y perdón, pero por primera vez, no voy a seguir tus caprichos.

Le doy un beso en la mejilla y salgo de la enorme carpa blanca. Sé que no puede seguirme, por eso me voy. Porque a pesar de querer todo con él, necesito que entienda que al dejarme, me partió el corazón.

Me despierta el ruido del timbre... me remuevo en la cama y miro la mesita de luz, justo cuando comienza a sonar mi celular. Lo pongo frente a mis ojos. **Tomás.** Me levanto y camino hacia la puerta, abro y ahí está él, apoyado contra la reja... los primeros botones de la camisa desprendidos, el moño sin atar y el saco del traje colgado del hombro.

No digo una palabra porque tengo sueño y estuve llorando hasta quedarme dormida, pensando en todo lo que pasó y en que tal vez, se iría con Sonia de la fiesta.

Camino hasta la reja y abro para que pueda pasar. Besa mi frente y me sigue al interior de mi casa, directo a mi habitación. Y como si estuviéramos programados, me acuesto mientras espero que se quite la ropa y se acomode a mi lado.

—Pensé que ibas a irte con Sonia.

Lo escucho reír en la oscuridad. ¿Y si está borracho?

—Pensaste mal... no veía la hora de que se termine para volver a verte. Quiero hablar para poder solucionar las cosas.

Se acomoda haciéndome cucharita, abrazándome desde atrás y ubicando su boca en mi mejilla.

—Tomi, ¿podemos hablar por la mañana? Tengo mucho sueño.

Esta vez, besa mi mejilla y por primera vez, después de dos semanas, duermo tranquila. Así de dependiente soy de Tomás.

Sabía que, una vez que lo recuperara, iba a despertarme sin ese nudo en la panza que me retorció a la mitad. Por eso lo estoy observando dormir hace

media hora, porque antes no lo hacía. Antes, no me daba cuenta de los pequeños detalles que hacían de nuestro amor... antes no le sacaba una foto dormido, no me daba cuenta de la grandeza de mis sentimientos, del poder que tenía sobre mí y de lo loca que estaba por este hombre.

Y me enojo. Me enojo conmigo misma por depender de una persona para ser feliz. Pero ¿quién no lo hace? ¿Qué persona en este mundo no es feliz estando con quien ama? Todos buscan esto porque el amor... el amor es una responsabilidad. Entonces, me doy cuenta de que, tal vez, él no siente lo mismo por mí porque si no, ¿cómo explicaría el dejarme sola después de perder a nuestro hijo?

Me levanto y camino directo al baño para lavarme la cara, los dientes y preparar el mate. Cuando termino, me siento a la mesa y abro un pan dulce con chispas de chocolate. Niego con la cabeza al darme cuenta que, oh casualidad, también me volvió el hambre. Le doy un gran mordisco a la porción y ronroneo, saboreando a esos pedacitos de chocolate que se pegan a mi paladar y...

—¿Mar?

Mis ojos van directo a Tomás, que me mira como si estuviera frente a una loca. Me limpio la boca y le digo:

—Estoy muy enojada.

—Yo diría hambrienta.

Y sonrío. Me enojo peor porque quiere apaciguar mi bronca con un chiste. Y Tomás es todo, menos gracioso y divertido.

—Enojada... estoy enojada con vos, Tomás Ruán.

—Lo sé.

Se sienta frente a mí, todavía despeinado, sin remera y vestido solo con un calzoncillo.

—El amor es una responsabilidad, Tomás. Y me doy cuenta que en todos los ámbitos de tu vida, no sos responsable —también se lo digo por Clara—. No cuidás a las personas que amás y eso no está bien.

Asiente con la cabeza y no parece sorprendido por mi arrebató de sinceridad a plena mañana.

—Perdón, Marlene.

—No, no te perdono. Me volviste loca, por tu culpa me la pasé llorando muchos días, estuve muy triste y no... no te perdono por sacarme el hambre,

por quitarme el sueño y las ganas de trabajar... no te perdono por haberme dejado.

Se pasa una mano por el pelo y...

—Mar, perdón. No fue fácil para mí. Todavía me cuesta entender por qué se van las personas que amamos... creí que vos ibas a saberlo llevar mejor porque no perdiste a nadie.

Lo interrumpo, subiendo mi mano.

—¿Llevar mejor la pérdida de un bebé después de sufrir dolores, un raspaje y ver mi vagina sangrar como una canilla?! —grito y él abre los ojos como dos pelotas—. ¿Creés que vos tenés más experiencia por haber perdido a tu mujer, Tomás? Y si nos enfocamos en eso, sabrías mejor que yo cómo manejarlo, cómo contenerme, sabrías cómo me sentí al perder tres personas en un día.

Asiente con la cabeza porque sabe que me refiero a él, a Clara y al bebé.

—Marlene, no soy un hombre fuerte y perdón si alguna vez te mostré que lo era. No estoy preparado para perder personas...

—¿Y si me perdías a mí?! ¿Y si no quiero volver porque no puedo olvidar?

Apoya la espalda contra la silla y deja largar un suspiro.

—No lo entendería.

Bien, por lo menos es sincero.

—Tomás, fuiste muy cruel. Elegiste el peor escenario para cortar con nuestra relación, dijiste cosas que no... que no puedo sacarlas de mi cabeza. Todas las mañanas me levanto y vuelvo a repetir todo lo que hablamos ese día para buscarle una buena respuesta y nunca la encuentro. ¡Me hiciste volver a preguntarme qué había hecho mal para que me dejaras! Hasta pensé... pensé que por mi culpa perdimos al bebé.

Rápidamente se pone de pie y se sienta a mi lado. Me agarra de las manos para tranquilizarme.

—Yo no quería que te sintieras así. Sé que tenías miedo, que...

—¿Que, qué? Siempre supiste cómo sufrí por amor. ¿Por qué te cuesta tanto hablar conmigo, Tomás? Si solo hablaras conmigo...

Respira con fuerza.

—Porque el día que te cuente toda la verdad, no sé si vas a poder seguir amándome.

Su confesión me paraliza.

—Digas lo que me digas, nunca voy a dejar de amarte —le respondo, para suavizar la angustia que comenzó a formarse en sus ojos verdes.

Entonces, su mano vuela a mi nuca y me acerca a él para besarme. O para hacerme callar.

—Te amo, Marlene —susurra contra mis labios—. Dame una oportunidad. Por favor...

—No me presiones —le respondo.

Entonces, lo escucho reír.

—Voy a presionarte porque sé que juntos, estamos mejor.

Me levanta de la silla y en un segundo estoy sentada sobre la mesa, mis piernas abrazan su cadera, mis labios devoran a los suyos y cuando se mete dentro de mi cuerpo, todo el enojo desaparece. Sí, se esfuma porque me ama y creo que podemos volver a intentarlo, porque el sexo de reconciliación con él es, a veces, la mejor solución. Porque uno es feliz cuando está con la persona que ama y yo, definitivamente, lo amo más que a nada.

Llego al estacionamiento de “Crónicas del día”, busco un lugar y lo encuentro. Subo por las escaleras y camino por los pasillos de la redacción... el sol que entra por las ventanas me ilumina y por primera vez, en dos semanas, me siento feliz otra vez.

Llego a mi escritorio y como siempre, no hay nadie a mí alrededor. Abro mi correo y tengo *e-mails* de mi editor sobre unas notas que hay que cubrir. Entonces, me tomo un taxi del diario y tres horas después estoy de vuelta en mi escritorio. Termino las dos notas y cuatro más que tenía pendientes. Dos de política, una de ciudad y otra de historias y personajes.

A las tres de la tarde, mi estómago hace ruido. Voy hacia el bar y le pido a Jimena, la encargada, que me prepare un café con leche y cuatro medialunas. Cuando me lo da, me siento en una mesita ubicada al lado de la ventana.

—¿Puedo sentarme, señorita Flores?

Ay, Tomás.

Levanto mis ojos y verlo sonreír de esta forma, me llena de felicidad.

Trato de borrar todos los pensamientos tristes que vienen a mi mente, porque ya son cosas del pasado y tengo que seguir. Debo mirar hacia adelante y darnos una oportunidad, olvidar todo lo que pasó y crecer. ¿No?

Antes de sentarse frente a mí, pasa su cuerpo por encima de la mesa y besa mis labios.

¿De verdad?

Toma lugar y miro a las personas que están sentadas en el bar, ajenas a todo lo que está pasando por mi cabeza al ver que, por primera vez, me demostró su amor dentro de la redacción.

—¿Cómo estás? —pregunta en voz baja, manteniendo la sonrisa.

—Bien... bien. Muy bien —confieso que tartamudeo un poco—. ¿Vos?

—Estoy bien, Marlene. Estoy... feliz.

Dejo escapar una risa tonta, mientras siento mis mejillas coloradas.

—Me alegro... ¿Es por mí?

—Por nosotros —aclara y le da un sorbo a su café—. Y porque tuve una

reunión con los abogados y hasta nuevo aviso, puedo seguir teniendo todas las licencias.

Pero dijo que también era por nosotros.

—Felicidades.

—Gracias... estás hermosa, *amor*. Estás diferente.

Por segunda vez, me pongo colorada.

Mi alma ya saltó sobre la mesa y lo está abrazando.

—Ay, Tomi, te extrañé tanto.

—Y yo quiero abrazarte. De verdad, Marlene. Necesito abrazarte —estira su mano por encima de la mesa y hago lo mismo, para estar conectada con él —. Tengo que contarte algo.

—Te escucho.

—Hoy tengo la reunión en el jardín de Clara y voy a proponerles integrar una maestra acompañante para que esté más encima de mi hija y pueda progresar como los demás nenes. La directora de la institución me recomendó dejar sola a Clara este año, por lo menos hasta junio... pero no creo que sea lo mejor.

Aprieto su mano y sonrío.

—Si creés que lo mejor para tu hija es eso, dale para adelante, Tomás. Nadie va a saber qué es lo indicado más que vos. Y me parece que, viéndolo desde afuera, más ayuda no le vendría mal.

—Gracias —deja escapar otro suspiro y ésta vez, es él quien aprieta mi mano—. Quiero proponerte algo.

—Te escucho.

Me encanta que esté tan suelto y animado.

—¿Te gustaría que vayamos a Búzios los tres juntos? Una semana o diez días... podemos arreglarlo y... de verdad, me encantaría que vayamos.

¿Y si de verdad ésta es una buena oportunidad? ¿Y si hablaba en serio cuando dijo que juntos estamos mejor?

—A mí también me encantaría, pero solo con una condición.

—La que quieras —responde y pone toda su atención en mí.

—Necesito que me dejes tomar decisiones en cuanto a Clara.

—No entiendo.

—La otra vez, cuando la llevé a hacer unas compras, dijiste que no vuelva a llevarme a Clarita sin tu permiso... no quiero que lo vuelvas a decir. Jamás haría algo para perjudicar a Clara.

Suelta el café, pasa por segunda vez su cuerpo por encima de la mesa, atrapa mi nuca con su mano libre y besa mis labios. Le devuelvo el beso porque esto, definitivamente, es un progreso.

Cuando se aleja, sus ojos tienen ese brillo especial.

—Lo prometo, amor. Nunca más voy a hacerte sentir fuera del equipo.

—¿Nosotros tres somos un equipo?

—Sí. Lo somos... ¿No?

—Claro.

—Bien. Tengo que volver a trabajar.

—¿Tan rápido?

—Señorita Flores, acaso ¿desea distraer a su jefe?

Le sonrío.

—Sí, es lo que más quiero.

—Vamos a mi oficina —susurra.

—No...

—Bueno, por lo menos lo intenté —bromea y su risa me contagia.

Ay, cómo amo a este hombre.

Se pone de pie, me besa por tercera vez en los labios y comienza a caminar hacia la salida.

—Jimena, a partir de hoy, todo lo que consuma la señorita Marlene Flores va directo a mi cuenta.

—Por supuesto, señor.

Me lo quedo mirando como una tonta, hasta que se da vuelta, me guiña un ojo y sale del bar. Pienso en la posibilidad de seguirlo hasta su oficina, pero yo también tengo que trabajar.

Un rato después, abro mi correo, tengo varios *e-mails*, pero uno llama toda mi atención.

De: Ruán Tomás

Fecha: 4 de Febrero de 2013 16.00

Para: Flores Marlene

Asunto:

TE AMO.

Le respondo al instante, porque yo también lo amo.

De: Flores Marlene

Fecha: 4 de Febrero de 2013 16.01

Para: Ruán Tomás.

Asunto: Pregunta.

¿Querés ser mi novio? Mi pareja, mi... mi todo.

¿Querés?

De: Ruán Tomás

Fecha: 4 de Febrero de 2013 16.04

Para: Flores Marlene

Asunto: SÍ.

Sí, quiero. Quiero ser tu novio, Marlene.

Dios mío, menos mal que te perseguí en Brasil. Me hubiera arrepentido toda la vida por no hacerlo.

No puedo creerlo. Me río como una tonta frente a la pantalla de mi computadora.

De: Flores Marlene

Fecha: 4 de Febrero de 2013 16.06

Para: Ruán Tomás

Asunto: Siempre lo supe.

¿Y qué se te pasaba por la cabeza? “¿Voy a perseguirla para saber si hoy tengo suerte?”

Ay, Tomi. ¿Y si volvemos a fracasar? ¿Y si, otra vez, nos hacemos mal y nos separamos? Sufriríamos más que antes y yo no sé si lo soportaría... con todo lo que pasamos... la pérdida del bebé... ay, Tomás. Me alejarías de Clara otra vez y yo te odiaría.

Pulso enviar y espero su respuesta. Pero no llega. Claro, se enojó. Por supuesto que se enojó. Ay, Marlene.

Continúo frente a la pantalla de mi computadora, actualizo mi correo, pero

nada. Entonces, veo que un grupo de chicas miran en mi dirección y cuchichean, mientras comen ensalada de frutas. Una hace señas como si estuviera acalorada. Miro hacia atrás y Tomás está caminando por el pasillo de mi sector, entra y viene directo hacia mí.

Claramente, me pongo colorada porque esas mujeres estaban hablando de él. De mi novio.

Se sienta a mi lado, en la silla de Flor y acercándose a mí, me da un beso fuerte en la boca.

—Vine hasta acá porque no creo que una conversación tan seria deba malinterpretarse —da vuelta mi silla para quedar enfrentados—. Necesito pedirte un favor, amor. Pero más necesito que lo cumplas... —asiento con la cabeza—. Te amo y... hace un tiempo hablamos y te pregunté si alguna vez habías amado tanto...

—Lo recuerdo.

—Bueno, hoy te lo pregunto de nuevo. ¿Alguna vez amaste tanto, Marlene? ¿Tanto como a mí?

Niego y trago el nudo que se hace en mi garganta al reconocer ese brillo de emoción en sus ojos.

—No... nunca amé tanto.

—Yo sí, y hoy... hoy estoy sintiendo lo mismo.

¿Me ama tanto como amó a Pilar?

—Tomi, no digas eso...

—Marlene, te amo tanto. Y estoy acá, con vos. Ahora te pido por favor, que si me amás como yo te amo, trates de olvidar lo que pasó. Sé que es difícil, pero necesito que lo intentes. Quiero que te enfoques en nuestra relación... en esta oportunidad que nos estamos dando. Creo que ya pasamos la parte más difícil. ¿No? Estoy dispuesto a cambiar todo lo que una vez nos jugó en contra.

—Tomi... —no me deja hablar.

—Bien. Ahora te prometo que, más adelante, vamos a volver a intentar tener otro bebé. Lo prometo, Marlene. Lo juro por Clara. Si vos estás segura, yo te sigo a donde sea.

—¿De verdad?

—Te lo estoy jurando por Clara.

Tira de mi silla, las rueditas avanzan y me da otro beso en los labios sin importarle absolutamente nada.

—Tomás, no es que necesite desesperadamente buscar otro bebé, no es eso. Pero desde el minuto uno supe que si lo perdíamos, también iba a perderte a vos y así fue... no creo poder pensar en agrandar la familia sabiendo que, si algo sale mal, me dejarías. Usaste al bebé como excusa para alejarte de mí... hasta le pedí a Pilar que... que me ayudara a no perderlo. Estaba segura de que ibas a dejarme.

Sus ojos se llenan de lágrimas y niega repetidas veces con la cabeza.

—Mar... creí que no iba a soportar más pérdidas. Por favor, amor. Yo solo... necesito saber que puedo irme para quedarme. Y con vos me pasa eso.

—Es decir que... ¿Estás acá conmigo porque querés?

—Sí, Marlene. Por supuesto que quiero.

Cierro los ojos al sentir su mano acariciar mi mejilla.

—Ay, Tomi.

—Quiero que nos acompañes a un lugar...

—¿Qué los acompañe? —abro mis ojos y sonrío.

—Sí, a Clara y a mí. ¿Nos haría el honor?

—Sí... pero ¿a dónde?

—Es una sorpresa.

—Entonces, ¿ya está? ¿Puedo volver a ver a Clara?

Se le escapa una risa graciosa que me contagia.

—Vos misma lo dijiste, somos una familia.

Es verdad, lo dije.

—¿Nada de ir despacio?

—¡No quiero ir despacio! —señala todo a su alrededor, como si yo supiera lo que está por decir—. Ya te dije que con vos, todo está bien.

Por supuesto que accedo. Me da un beso en los labios y sonriendo, me susurra un *te amo*.

Contacté a varias personas para realizar notas y al final del día, terminé con cuatro para la semana entrante. Le envié un *e-mail* a mi jefe dejándole toda la información de mi sumario.

A las cinco y veinte, termino. Mientras charlo con Flor y le cuento todo lo

nuevo sobre Tomás, nos tomamos un café.

—Mar, Tomás está en el pasillo.

Me doy vuelta y ahí está, se brazos cruzados, apoyado contra el marco de la puerta y sonríe.

—Flor, me tengo que ir. Mañana nos vemos.

Le doy un beso, agarro mis cosas y apago la computadora. Camino hacia él sin quitarle los ojos de encima y como dos tortolitos, nos reímos al mismo tiempo. Yo porque lo extrañaba, él porque parece estar nervioso. ¿A dónde vamos?

—Te extrañé —susurra y me envuelve en sus brazos.

Cierro los ojos, agradeciéndole en voz baja por tomarse esta nueva oportunidad, en serio. Es como si... como si fuera otra persona, como estar conociendo a alguien más. ¿Y si esa frase que dice “uno se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde” es verdad? ¿Y si Tomás es de esas personas que reaccionan cuando están al límite?

Nos separamos, pero solo un poco. Empezamos a caminar hacia el estacionamiento y enseguida me abraza contra él.

—Tengo que comprar un *booster* nuevo para que lleves a Clara en tu auto.

—¿Un *booster*?

—Sí... no recuerdo dónde compré el anterior.

¿Qué es eso? ¿Un *booster*? ¿Será una especie de butaca?

—Puedo comprarlo yo, es mi auto —digo, aunque no tengo ni idea de cuánto sale.

No escucha mi comentario, seguramente está pensando dónde conseguir otro. Entonces, me doy cuenta de algo... las personas que acabamos de cruzar lo saludan a Tomás con muchísimo respeto a pesar de ser más joven que muchos empleados de la redacción.

En cambio, las mujeres primero lo miran a él, después a mí, vuelven a él... seguramente se preguntan qué hace con esta chica que nada tiene que ver con él. Seguramente, van a empezar los chismes, pero ya no me importa.

Llegamos al estacionamiento y antes de subir a su camioneta, pregunta:

—¿Estás lista?

Ni siquiera sé a dónde vamos.

—Eso creo.

Susurro y sonrío.

Después de unos diez minutos, llegamos a un edificio que no conozco. Me cuenta que acá vive su mamá y que Clara lo está esperando. Así que, mientras él va en busca de su hija al piso 18, yo me quedo apoyada contra la puerta de su camioneta.

Quiero ver a Clarita.

Entonces, el ascensor se abre y Clara sale corriendo, seguida por Tomás. Empieza a gritar cuando me ve y yo me retuerzo de alegría... me alejo de la camioneta, camino hacia la puerta de vidrio y cuando se abre, Clara salta a mi brazos. La alzo con fuerza y la pego a mi cuerpo, acunando su nuca con mi mano y sosteniéndola por la pequeña cintura. Sus manitos rodean mi cara y me da besos por todos lados... nariz, mejillas, frente... hasta que se aleja un poco y mirándome a los ojos, dice:

—Te amo.

Sus palabras van directo a mi corazón.

—Yo también, mi amor. Y te extrañé mucho.... mucho, mucho, mucho. Clarita, mi vida.

—¿Dónde estabas? —pregunta, apretando con más fuerza mis mejillas.

—Trabajando... tenía mucho trabajo y no podía venir a verte. Pero acá estoy y te prometo... —susurro, corriéndole un mechón de pelo rubio de su carita—. Prometo que, nunca más, me voy a alejar de vos.

—Yo también.

Me río muy fuerte y vuelvo a apretarla.

Es ahí cuando miro atrás de Clara y está Tomás, sonriendo como nunca lo vi hacerlo y reconozco, otra vez, el ese brillo de emoción en sus ojos... sí, está emocionado, seguramente por la interacción que tuvimos con Clara, por el amor que nos tenemos. Pero ¿qué se pensaba? ¿Que yo no amaba a su hija, que podía arrancármela del corazón?

Clarita me había dicho *mamá* y eso, es un sentimiento que nadie puede borrar, ni siquiera él. Aunque no lo sepa, claro.

—¿Vamos? —pregunta, todavía sonriendo y con los ojos más brillosos que nunca.

—Sí, vamos.

Abre la puerta de atrás y acomodo a Clara en el *booster*. Ahora sé lo que es, una butaca para nenes grandes. Cuando termino con ella, me ubico en el

asiento del acompañante, Tomás traba las puertas, enciende el aire acondicionado y minutos después, nos fundimos en el tránsito de General Paz.

Nos dirigimos hacia la zona de San Vicente, bien al sur de Buenos Aires, donde hay barrios privados. Ingresamos en uno que se llama “Bosques de San Vicente”, el guardia lo saluda alegremente como si lo conociera. Vamos muy lento por una calle muy delgada, observo las preciosas casas que hay hasta que llegamos a una laguna y sube la camioneta en la entrada de un garaje. La casa es demasiado grande, muy blanca y tiene árboles a su alrededor, el jardín lleno de flores, ventanales gigantes que, seguramente, regalan una vista impresionante, varios faroles que ya están encendidos aunque no sea de noche y...

¿Qué hacemos acá?

—¿Te gusta? —pregunta, con cierta intriga.

Asiento con mi cabeza justo cuando destraba las puertas. Bajamos, agarro a Clara en mis brazos y Tomás abre la puerta principal hecha en madera oscura. Ingresamos y mis ojos no pueden creer todo lo que ven. Pisos de madera recién lustrados, paredes blancas y una escalera de mármol color marfil que se abre en dos en medio del living. Mientras caminamos por un comedor enorme, veo una arcada cuadrada bellísima, recubierta por unas piedras muy finas del mismo color de la escalera. Pasamos a la cocina, donde hay una mesa de doce personas y una isla en el medio de la cocina con las hornallas. Una mesada en forma de L que me enamora. Hay una puerta para salir al fondo, que sin pedir permiso la abro y veo pasto, pasto y más pasto, y la laguna. Sí, la laguna da al fondo de la casa junto a una piscina enorme con rejas alrededor.

Entramos otra vez, subimos por la escalera y hay un recibidor con un espejo enorme en la pared del fondo. Todo en esta casa, es grandísimo. Entonces, me miro en el espejo y nos veo... Tomás, Clara y yo. Los tres, como una familia. El reflejo es hermoso y me emociona, pero a la vez, pienso en Pilar, en lo que hubiese sido de ellos tres si... si no moría.

Trato de borrar el pensamiento de mi cabeza, no porque me moleste pensar en ella, sino porque me provoca mucha tristeza. Es más, a veces, cuando la pienso, es como si hubiéramos sido amigas y....

—¿Te compraste una casa? —pregunto y me doy vuelta para mirarlo a los ojos, todavía con Clara en mis brazos.

La prieto más a mí y Tomás sonrío.

—Nos compré una casa...

¿Nos compré?

—No entiendo, ¿vamos a vivir acá? ¿Todos?

Vuelve a sonreír y yo trato de concentrarme en lo que está pasando acá, ahora... ¿Qué es lo que está haciendo Tomás?

—Clarita, ¿le damos nuestro regalo a Marlene?

—¿Más regalos? Ya compraste una casa, ¿es suficiente!

De repente, Tomás agarra a Clara en brazos y le entrega un paquete rojo. Sí, ahí mismo, en medio del pasillo, frente a las habitaciones.

Clarita, dudosa de quedarse con el regalo, va estirando su manito hacia mí hasta que lo agarro y pregunto:

—¿Estás segura de dármelo?

—Sí...

Tomás ríe fuerte y yo... yo solo puedo abrir el paquete rojo, quitarle el pequeño moño, levantar la tapa y... hay dos alianzas, mitad oro y mitad plata. Es... ¿Es un compromiso? ¿Vamos a comprometernos?

—Tomí —susurro su nombre en voz baja.

—Hay algo más.

Miro otra vez la caja y es verdad, dentro, en la tapa de arriba, hay un papel. Lo saco y... es su letra. ¿Qué es esto? Y cuando empiezo a leer, mis ojos se llenan de lágrimas.

“Marlene, soy un papá especial con una hija especial y te amo. ¿Nos llevarías a Italia?”

Rápidamente, levanto la mirada y ahí está él, observándome con expectativa, intensidad, emoción y... miedo. Tiene miedo. Me pongo el anillo sin pensarlo.

—Yo también te amo, Tomás. Y sí, por supuesto que los llevaría a Italia.

Me acerco para besarlo en los labios... cierra los ojos y sonrío contra mi boca.

—¿De verdad, Mar? ¿De verdad vamos a ser una familia?

—Ya somos una... no seremos perfectos, pero nos queremos y eso importa. ¿No?

Clara se remueve en los brazos de Tomás porque quiere bajarse y él la deja en el piso, ella va directo al espejo para mirarse y yo, aprovecho para abrazarme con fuerza a él, para demostrarle que mi afirmación es cierta, que

de verdad quiero todo con este hombre.

—Dame tiempo para ir Italia, Tomi... todavía no estoy preparada.

Acuna mi rostro entre sus manos y suavemente, besa mis labios con ternura.

—Te doy todo el tiempo del mundo, yo solo quiero que seamos felices, amor.

—Yo también.

Los abrazamos con fuerza y miramos a Clara que no deja de modelar frente al espejo.

—Clari, ¿vamos afuera? En la laguna hay peces.

—¡¿Peces?!

—Muchos —vuelve a aclarar.

Tira de mi mano cuando Clara empieza a bajar por escalera con rapidez. A los segundos, estamos en el fondo de casa, frente a una laguna preciosa con el atardecer más romántico del mundo, sabiendo que, en un futuro, nos espera un viaje a Italia acá mismo, en este lugar.

Abro dos botellitas de cerveza, camino hacia el balcón y me siento al lado de Tomás, que está medio acostado en una reposera. Cuando me escucha, abre los ojos y estira su mano para agarrar su cerveza.

—¿Qué pensás? —le pregunto.

—Pensaba en... en cómo va a ser nuestra vida cuando vivamos en San Vicente. Imaginate tomar una cerveza frente a la laguna... de noche. Y durante el día, Clarita va a jugar, a sentirse libre, va a correr... ya quiero que nos mudemos.

—Tengo que vender mi casa.

—No... no la vendas. Podés alquilarla y tener otra entrada de dinero. Va, eso haría yo.

Tiene razón.

—Bien, voy a hacerlo.

—¿De verdad, Marlene? —sonríe y sus ojos comienzan a brillar en plena oscuridad.

—Sí, Tomás. Cuando dije que aceptaba, le dije que sí a todo.

Se sienta de costado, le da un trago a la cerveza y de repente, me angustio y mi corazón empieza a latir muchísima fuerza. Sí, toda la felicidad que sentía hasta este preciso momento, desaparece porque no puedo creer por qué un hombre tan joven, con tanto dinero, con una bebida y una vida por delante, quiso matarse.

—Tomi, ¿por qué querrías terminar con tu vida?

Su rostro se congela. Tal vez no esperaba una pregunta tan concreta y puntual.

—Mar... —susurra, pero lo interrumpo.

—Necesito saberlo, por favor. Dijiste que estabas dispuesto a contármelo todo... bueno, acá estamos, empezando una vida juntos y no voy a amarte menos al saber el por qué.

Asiente con la cabeza, toma aire, abre la boca, la vuelve a cerrar, se pasa una mano por el pelo, después por todo su rostro, cierra los ojos y...

—No quería a Clara.

Dios mío.

—No... no entiendo —trato de tragar el nudo en mi garganta, pero es imposible.

—No la aceptaba. Ella... ella, de alguna forma, había hecho que la mujer que yo amaba, falleciera y... no conocía a Clara, sí, la había esperado durante nueve meses, pero en ese momento, no la quería porque no la conocía. Yo... yo amaba a Pilar y ella ya no estaba, todo lo que habíamos planeado y construido, ya no existía. Clara había terminado con todo —respira con fuerza y yo, en cambio, me estoy ahogando—. Cuando te escuché hablar con tu ex... no te juzgué por presionarlo para que volvieran, al contrario, vi una mujer fuerte y enamorada que solo estaba luchando por lo que quería porque la persona que amaba estaba viva.

—Tomi...

Cierra los ojos y yo... yo... yo no sé qué decir.

—Marlene, me quise matar porque... porque hubiese dado la vida de Clara por la de Pilar sin pensarlo dos veces.

Mis ojos se llenan de lágrimas porque no puedo creer cómo no vio a Clarita como el increíble milagro que le había dejado Pilar. ¿Fue la desesperación y la pérdida?

—¿Querés saber la peor parte?

No... no más.

Me observa esperando una respuesta, mordiéndose el labio inferior, atento a cada una de mis respiraciones. Si él solo pudiera escuchar latir mi corazón...

—Yo...

—No fui a ver a mi hija cuando nació —se seca los ojos antes que yo pueda ver el arrepentimiento—. Y así fue como me encerré en el departamento que compartía con Pilar y me emborraché, me pasé en cocaína, no comía, ni hablar de bañarme... solo quería morir. Por eso me quise matar, Marlene. Porque yo no era capaz de amar a mi propia hija, ni siquiera podía verla —se pasa ambas manos por la cara y yo...

Yo... yo no esperaba algo así.

—Tomi, basta.

Niega con la cabeza y sus ojos empiezan a brillar.

—Hasta que una noche soñé con Pilar... yo estaba en una camilla, era

como un quirófano. Ella me miraba desde la puerta y no estaba enojada, Marlene. Ni siquiera en mis sueños era capaz de enojarse conmigo por no querer a nuestra hija. Recuerdo que me puse de pie, caminé y justo cuando estaba por llegar a alcanzarla, me desperté. ¿Sabés dónde estaba? En una ambulancia, por una sobredosis. Estaba tan duro y pasado por las drogas y el alcohol que ni siquiera podía hablar... ni siquiera era capaz de mover un dedo, Marlene.

Enciende un cigarrillo, le da una intensa pitada y larga el humo hacia arriba. Yo... yo no tengo palabras, no puedo siquiera preguntarle cómo sigue la historia porque no sé qué va a decirme acerca de Clara, porque ya no quiero saberlo *todo*.

—Me desperté dos días después... fue como un antes y un después. Suelo reaccionar cuando toco fondo, cuando llego al límite... dicen que nadie puede actuar bajo un ultimátum, pero yo sí... —asiento con mi cabeza porque lo sabía, siempre lo supe—. Era de madrugada... me di cuenta de que estaba en la misma clínica donde Clara estaba internada... me arranqué el suero porque quería verla. ¡Tenía la necesidad de conocerla porque era lo único que me había dejado Pilar! Ni siquiera me fijé en lo que llevaba puesto, pero salí y el piso estaba helado, Marlene. Así que, empecé a caminar... caminé por toda la clínica hasta que vi a un hombre con su bebé en brazos, hamacándolo y tarareando una canción... él iba y venía por un pasillo mientras su mujer, seguramente, descansaba. Empecé a correr... sí, corría como un loco... encontré a una enfermera y se asustó al verme. Todavía me acuerdo de su rostro... le dije: “Quiero conocer a mi bebé”. Ella sonrió y me preguntó el nombre... no lo sabía. No sabía cómo se llamaba... solo pude decirle que mi hija tenía Síndrome de Down. Ella sonrió y me pidió que la acompañara. Llegamos a Neo y se paró frente a una cuna vidriada... Clara tenía muchos claves en su cuerpito y una máquina que marcaba el ritmo de su pequeño corazón... la enfermera me pidió que metiera mi mano para tocarla y cuando lo hice, el corazoncito de Clara empezó a latir con fuerza... me dijo que era la beba más fuerte, que había aumentado de peso y que, en unas semanas, iba a poder llevármela a mi casa... —y entonces, se ríe irónicamente, como si estuviera loco—. Me explicó que el contacto con su papá es lo primero que tiene que sentir al perder a su mamá... habían pasado dos semanas desde la muerte de Pilar y lo único que, supuestamente importaba, era nuestra conexión. Sí, Mar, tardé dos putas semanas en darme cuenta de que era papá y que mi hija me necesitaba. Y estaba solo... solo en un mundo sin Pilar.

Mira el cigarrillo que tiene en la mano, le da una pitada muy profunda y a los segundos, larga el humo hacia arriba. Y yo... yo estoy con dolor de panza, mi corazón late muy rápido porque estoy conteniendo las ganas de llorar. ¿Qué podría decirle que él ya no sepa? ¿Eh? ¿Una palabra mágica de aliento y contención? Una frase... o podría pedirle que continúe, aunque sea la historia más triste que me contaron jamás.

—¿Y qué pasó a partir de ahí?

No me mira, es como si tuviera vergüenza por mi reacción ante todo lo que me contó.

—Al otro día, simplemente compré este departamento y empecé otra vez. Dejé todo atrás... menos las fotos que encontraste vos.

Metafóricamente hablando, claro. Porque estaban escondidas, bien escondidas en una caja en el último estante de su vestidor.

—¿Y después?

Sonríe.

—Después fue todo más difícil... por eso le pedí a mi mamá que me ayudara. Los papás de Pilar desaparecieron, yo no podía hacer todo solo y... y mi vieja me enseñó a amar a Clara porque yo no sabía cómo hacerlo —gira un poco su cabeza para mirarme y lo que ve, parece tranquilizarlo—. Amo a Clara, Marlene. De verdad la amo...

—No lo dudo —le contesto rápidamente—. Nunca dudé de tu amor por Clara... es solo que...

—¿Qué?

—Creo que Clarita merece más... ella no tiene la culpa de nada. Creo que vos, todavía, no aceptaste su condición.

—Marlene...

—Déjame hablar. Creo que ningún padre lo aceptaría y es por eso que siempre buscás lo mejor para ella. Y por eso te amo más, Tomás.

Parpadea varias veces para quitar las lágrimas de sus ojos.

—Después de todo lo que te confesé, ¿seguís amándome?

—Siempre —susurro.

—¿Por qué? Soy un monstruo...

—No... —me levanto de mi reposera para sentarme sobre sus piernas. Le tiro el pelo hacia atrás y sus ojos buscan una respuesta viajando por todo mi rostro—. No sos un monstruo... sos un ser humano que comete errores, que se perdió por un tiempo, pero que volvió... volviste por tu hija, Tomás.

La nuez de su cuello sube y baja con fuerza, hasta pude escuchar el ruido que hizo al tragar.

—Nunca viste a Clara como un problema, Marlene. Nunca.

Ahora soy yo la que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Jamás... —se me corta la voz—. Yo los amo, Tomi. ¿Por qué pensaste que podría verla como un obstáculo?

—Porque... porque la gente la mira de una forma... la miran como si estuviera enferma.

—Lo sé.

—Mar...

Entonces, escuchamos a Clara llorar.

—Dejá, voy yo... —le digo, cuando está a punto de ponerse de pie.

Camino muy rápido hacia la habitación de Clarita y cuando llego, la veo sentadita en el medio de la cama y automáticamente, me tira los brazos para que la agarre. Por supuesto que lo hago. La aferro a mí con todas mis fuerzas y le prometo en voz baja que siempre la voy a cuidar.

Agarra un mechón de mi pelo y lo empieza a enredar en su dedito y ubica su cabecita en mi hombro. Le preparo una mamadera... sí, todavía sigue tomando la leche en un biberón.

Cuando termino, salgo otra vez al balcón y me siento al lado de Tomás. Acomodo a Clara encima de mis piernas y le doy de tomar la leche como si lo hubiéramos hecho siempre. Escucho la risa de Tomás y lo miro, está sonriendo mientras apoya la cabeza contra su mano y se queda observándonos, como si fuéramos lo más importante de su vida. Es que, lo somos, estoy segura de eso.

—Juntas son hermosas.

—Separadas también —le contesto, riendo.

—A veces, pienso que me hubiese gustado conocerte antes.

—Yo también lo pienso, Tomi.

La miro a Clari y me observa con esos ojitos verdes que me llenan de emoción. Transmite tanto amor... me agarra la mano y separa la mamadera de su boca.

—Mamá —dice en voz baja.

Todos afirman que los niños dicen la verdad... y si Clara eligió este momento y este lugar para llamarme mamá por segunda vez, es porque debe de ser verdad.

Sí, acabo de convertirme en mamá.

La beso en su pequeña frente.

—Sí, Clarita, soy tu mamá del corazón —susurro, beso su frente y cierra los ojitos.

Entonces, me doy cuenta de que acabo de tomarme el atrevimiento de decirle que soy su mamá. Levanto los ojos y miro a Tomás... lo que veo me emociona. Sus ojos tienen ese brillo. ¡El brillo que tanto amo! No hace falta que diga nada más, él piensa igual que yo.

—Gracias, Marlene.

—Es la segunda vez que me lo dice.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no hacía falta, era algo entre nosotras.

Inclina la cabeza hacia un lado y sonrío.

—Te amo, Marlene... te amo tanto.

—Y yo a vos.

Sonreímos. Y me acabo de dar cuenta de que dejaría todo por estas dos personas, todo. Me jugaría la vida si fuera necesario.

—¿Cuándo vamos a Búzios?

Sonríe más.

—La semana que viene.

—¿Vos hablás con mi jefe?

—Yo soy tu jefe.

Me río como una tonta mientras él, me devora con la mirada.

A veces me da miedo que el tiempo pase tan rápido, ¿y si no disfruto de todas las pequeñas cosas? ¿Y si se me pasan algunas sin darme cuenta? En realidad, todo con Tomás y Clara es intenso y deprisa. Me descuido un segundo y ya hemos vuelto de nuestras vacaciones en Brasil; estamos esperando que el arquitecto termine unos arreglos en la nueva casa y de esa forma, mudarnos; paso más tiempo en el departamento de Tomás que en mi propia casa; lo ayudo a llevar a Clara al jardín cuando él tiene que entrar más temprano al trabajo; no veo a mis amigas con tanta regularidad; mamá me escribe todos los días para que vaya a verla y mi nuevo puesto de trabajo me deja agotada. Yo no sé cómo hacía mi ex jefe para ser jefe en edición en la sección que le correspondía del diario “Crónicas del día”.

Al regreso de Brasil, me enteré por qué mi superior me había dicho, tiempo atrás, que me quedara en el diario porque tenía algo planeado para mí. Resulta que ascendió y en su lugar, me pusieron a mí. No sé si Tomás tuvo algo que ver, pero creo que me lo merezco. Sé que me rompo el cuerpo trabajando y que le dedico más tiempo del que tengo, y por eso no me opuse cuando me nombraron editora y tampoco me interesa lo que piensen los demás de mí. Duermo tranquila todas las noches sabiendo que mi grupo de trabajo es más consolidado que cualquiera. Así que, de una semana a la otra, me convertí en editora y jefa de los redactores de mi sector.

Ahora mismo, Marcos, Gonzalo y Flor vienen a buscarme para almorzar.

—Ay, ahora no sé si podemos hablar mal delante de la novia de Ruán.

—¡Marcos, no seas boludo! —le grito, riendo.

—Nunca confíes en la novia del jefe —replica Gonzalo.

Nos reímos, mientras siguen haciendo chistes malísimos, pero así son todos mis mediodías. Disfruto de un almuerzo tranquilo y relajado, dejando de lado que ahora soy su jefa. Bueno, tal vez ellos todavía no se acostumbran del todo.

Desvió la mirada hacia la puerta porque veo entrar a mi futuro marido rodeado por sus socios y compañeros de trabajo, están riendo... amo verlo bien. Adoro sus días buenos y tranquilos, en los cuales parece un hombre común y corriente de treinta y tres años. En este tiempo, aprendí que en la

redacción, sus amigos lo apodan “Toto”.

Cuando me ve, me sonrío y asiente con la cabeza en modo de saludo. Me muestra sus dientes impecables y se anima a guiñarme un ojo. Poco a poco, se acerca a mi mesa y en un segundo, lo tengo pegado a mis labios.

Lo amo. Lo amo con todas mis fuerzas.

—Buen día, chicos.

Marcos, Gonzalo y Flor se miran entre sí, sonrían y contestan:

—Bien, señor Ruán.

—Excelente, ¿usted cómo anda?

—No tan bien como ustedes, pero bien.

Le sonrío porque siempre hace el mismo chiste. Es un tonto.

—¿Después nos vemos? —me animo a preguntar.

—Sí, amor. Que tengas un buen día.

Me da otro beso y vuelve con su grupo de amigos, dejándome continuar con mi almuerzo.

Le había dicho a mi mamá y a mi papá que los invitaba a comer a mi casa porque teníamos que hablar algo muy importante, pero mi mamá, al enterarse que también nos acompañaba Tomi con Clara, me pidió que por favor vayamos a su casa. Me olvidé de avisarle a Tomás, entonces, cuando salgo del estacionamiento, lo llamo. Activo el alta voz y suena un tono...

—¿Amor? —pregunta del otro lado.

—¿Podés hablar?

—Decime.

—Me dijo mi mamá que nos invita a cenar a su casa. Cuando se enteró que venían ustedes, quiso que prueben su comida.

—Bien, ¿a qué hora? —accede.

—Y... a las 9.

—Bueno, paso por tu casa a buscarte y vamos.

—No, andá directo a lo de mi vieja. Así la ayudo en lo que necesita. Me baño y me voy a tomar unos mates con ella... hace mucho que no la veo.

—Bueno, amor. Nos vemos a las nueve.

—¿Te acordás dónde queda?

—Como para olvidarme.

Sonrío, tratando de no recordar demasiado.

—Besito, te amo.

—Te amo más, hermosa.

Cortamos. Media hora después, llego a mi casa, me baño, me cambio de ropa, y antes de ir para lo de mi mamá, paso por la estación de servicio a cargar nafta.

Y cuando termino de pagarle al playero, se estaciona detrás de mí un auto Volkswagen, un Bora gris plata, 1.8 turbo. Siempre quise tener uno así y mi próxima meta, es adquirir uno igual a ese. Antes de subir al mío, lo miro un poco más hasta que reconozco al tipo que baja.

Pablo.

No puedo creer lo que siento cuando lo veo. Rechazo e indiferencia, son los dos primeros sentimientos que identifico. Jamás pensé que podría llegar a sentir algo así por él, después de todo el amor que experimenté. Pero... ¿Fue verdaderamente amor? No, no lo fue. No después de conocer a Tomás.

Sé que me reconoce, por eso me apuro a abrir la puerta. Pero ya es tarde, se baja y camina hacia mí, mientras una desagradable sonrisa se apodera de su boca.

—Marlene, qué bueno encontrarte.

No me jodas.

—Sí, seguro —contesto tan alto como para que pueda escucharme.

Me doy vuelta para abrir la puerta de mi auto, pero pone su mano para que no lo haga y su arrebato, me sorprende.

—Ya, Marlene, no quiero pelear más.

¿No quiere pelear? ¿Qué le pasa?

—Entonces, sacá la mano de mi auto.

—¿Por qué estás enojada conmigo?

¿Por qué mierda le estoy demostrando que estoy enojada cuando ni siquiera me interesa? ¿Qué estoy haciendo?

—No estoy enojada, Pablo. Me está esperando mi mamá y ya estoy llegando tarde.

—Solo quiero saber cómo estás... hace mucho tiempo que no te veo —se acomoda, apoyando la espalda contra la puerta.

—Bien, muy tranquila.

—Te veo bien y eso me pone contento.

¿De verdad? Entonces, aflojo un poco.

—Lindo auto.

—Sabía que ibas a decirme eso, siempre te gustó el Bora. Es más, cuando lo compré, pensé en vos. ¿Querés que vayamos a dar una vuelta?

Sonríó porque me parece el comentario más tonto del mundo y además, está coqueteando conmigo. ¡Justo conmigo!

—No, gracias —contesto y borro la sonrisa.

—¿Tu novio se va a poner celoso?

—¿Sabés qué, Pablo? Ésta es la diferencia entre nosotros. Vos me engañabas y yo, en cambio, jamás haría algo así... no te lo hice a vos y menos se lo voy a hacer a Tomás.

Su rostro se transforma... pero a mí me importa muy poco. Entonces, muy amablemente, trato de correrlo hacia un costado para poder subir a mi auto, pero otra vez, no me deja.

—¿Un café?

Sí, acaba de preguntarlo.

—No —doy un paso atrás.

—Solo quiero que hablemos... todo lo que pasó entre nosotros, me afectó mucho.

Es como si me hubiera pegado un cachetazo.

—¿Te afectó mucho? ¿A vos te afectó mucho? ¡¿Quién dejó tirado a quién?! Me trataste peor que a un perro.

—Marlene, ¡pará!

—No paro una mierda —revoleo mi brazo en el aire cuando intenta agarrarme—. ¡¿Tenés idea de lo traumada que quedé cuando me dejaste?! Las cosas que tuve que hacer para sentirme mejor y acompañada... me destrozaste el corazón, Pablo. No vengas ahora a intentar acomodarlo. Y por favor, no me *presiones*.

Es evidente que no esperaba una respuesta así de mi parte y por primera vez, creo que estoy cerrando nuestra etapa. Mal o bien, no me interesa.

—¿Es verdad que te vas a casar?

Acaso, ¿este encuentro no fue casualidad? ¿Y si de verdad es lo que pienso? ¿Me estuvo buscando?

—Sí, es verdad. Y soy feliz... ojalá que vos también lo seas porque a pesar de cómo me trataste, creo que te merecés a alguien que te haga bien.

Asiente con la cabeza y cuando empieza a alejarse de mí, le sonrío porque con él, alguna vez, fui feliz.

— ¿Hay un mate para mí?

Miro a mi mamá y le pido disculpas porque, desde que llegué, estoy colgada de la lámpara de la cocina. Encontrarme con Pablo me desorientó, la forma en que lo traté... yo no soy así. No me gusta hablarles mal a las personas.

—Bueno, ¿me vas a decir qué te tiene tan preocupada? Suspiraste más de cinco veces en menos diez minutos.

—Es que... fui a cargar nafta y me encontré a Pablo. Lo traté mal, fui grosera y maleducada...

—No, maleducada no porque yo te crié y lo hice bien. Marlene, él no te merecía, te trataba mal delante de tu propia familia y siempre te hacía sentir inferior. Es que, ¿nunca lo viste? Además, era sucio, desordenado y tenía feo olor.

—¡Mamá! —le grito, riendo.

—Es la verdad. Y andá a poner la mesa que nuestros invitados están por llegar.

Hago lo que me pide, pero no puedo borrarle el sabor amargo que me quedó en la boca.

A las nueve en punto, suena el timbre. Me apuro en abrir y ahí están ellos, recién bañados, preciosos y sonriéndome.

—Buenas noches, mis amores —les digo, cuando abro la puerta.

Le doy un beso en los labios a Tomás y agarro a Clara en mis brazos.

—¡Mamá!

Le doy muchos besos en los cachetes y la aprieto contra mí.

—¿Cómo te fue hoy en el jardín, mi cielo?

—Bem... —contesta, moviendo sus manitos—. Así fuerte... y ¡pum!

Se pega en la cabeza y hasta parece enojada.

—¿Quién te pegó?

—Mambar.

—¿Ámbar?

—Ti.

—Voy a tener que hablar con su mamá —exagero el tono de mi voz.

—Marlene, por favor —nos interrumpe Tomás, sonriendo—. ¿Cómo hacés para entenderle todo lo que dice?

—Práctica. ¡Mamá, mirá quién vino!

Mi mamá aparece en el living secándose las manos con el repasador y veo el momento exacto en el cual se enamora de Clara. Sus ojos se iluminan de ternura y emoción, y sonrío.

—Hola, Clarita. Ay, pero qué linda sos. ¿Me das un besito?

Clara sonrío y sin pensarlo, le da un beso ruidoso en la mejilla, luego se acomoda el pelo hacia atrás y me abraza el cuello como una garrapata.

—Ay, Tomás, tu hija es preciosa, te felicito —lo abraza y continúa hablando—. Bienvenidos a mi casa, siéntanse cómodos, por favor.

—Gracias, Marisa. Y por cierto, me pone contento volver a vernos...

—A mí también, corazón. ¿Estás bien?

Miro a uno y al otro. ¿Por qué le pregunta si está bien?

—Sí, muy cansado, mucho trabajo, reuniones... ¿Se nota?

—Sí, y voy a darte una cerveza para que te relajés un poco.

—Traje postre y vino tinto.

—Ay, mi preferido. ¡Como si lo supieras, Tomás!

Mi mamá agarra las botellas de vino, la caja del postre y desaparece en la cocina, aprovecho para acercarme a él.

—¿Estás bien?

—Sí, amor —suspira y acercándose, besa mis labios—. Nada que un ibuprofeno no arregle. ¿Vamos? Quiero conocer a tu papá.

—Mira que, una vez que conocés a Augusto, ya no hay vuelta atrás.

Sonríe y besa otra vez mis labios.

Clara se quiere bajar de mis brazos cuando escucha que mi mamá la llama, la sigo hasta que salimos al fondo de la casa y sonrío al escuchar:

—Wow, qué lindo. ¡Casa de princesas, papá!

Sí, la verdad es que quedó bastante bien. No tanto como una casa de princesas, pero bien. Solo quería que Tomás se sintiera cómodo, darle una linda bienvenida a mi familia.

Mi mamá le da las botellas de vino para que las descorche justo cuando sale mi papá. Tomás le tiende la mano para saludarlo, pero mi papá lo abraza

y le palmea la espalda varias veces. Muchas, en realidad. Se separan y mi papá camina hacia Clara... mi viejo tiene mucha barba y una panza como de seis meses de embarazo que nunca pudo bajar. Creo que Clarita está pensativa...

—Hola, Clara. ¿Querés ser mi amiga?

Ella asiente con la cabeza y le da un beso en la mejilla. Los cuatro nos reímos cuando se sube a sus piernas y ríe fuerte por las cosquillas que sintió. Y yo... yo, simplemente estoy feliz de que hayan aceptado a Clara sin importar qué.

Entonces, mi papá saca una bolsa de debajo de la mesa y se la da. Emocionada, abre y hay un vaso de princesas, junto a un platito pequeño y una cuchara.

—Miá mamá, miá lo que tengo.

Mis papás me miran y sonríen al escuchar a Clara llamarme mamá. Supongo que mi vieja le habrá contado a mi papá que perdí un embarazo y que Clara me llame mamá es como un regalo. Perdí un angelito, pero me gané la vida con Clarita.

—A ver, mi dulce. ¡Pero qué lindo! Es hermoso.

—¿Le dijiste gracias a Augusto, hija? —dice Tomás, emocionado.

Seguramente no se esperaba esto de mis papás, aunque sea solo un vaso, lo importante es que se acordaron de ella. Tal vez tenía miedo de traerla por lo que iban a pensar mis viejos o por cómo iban a mirarla, tratarla... esta noche no es para Tomás y para mí, es para Clara.

—Gracias, Aguto.

—De nada, princesa.

Nos sentamos a la mesa, servimos el vino, probamos la picada de fiambres que hizo mamá y la charla comienza a nacer sola. Hablamos de trabajo, del barco de Tomás, de cómo nos fue en Búzios, de mis hermanos y sus parejas... de la vida. Mientras disfrutamos la pata de cordero que cocinó mi mamá, conversamos sin forzar nada, reímos porque nos estamos divirtiendo y yo no puedo pedir más. Tomás está bastante suelto, mi papá también y mi mamá... mi mamá es lo más.

—¿Te parece si llevamos el postre con el café? —me pregunta, cuando vamos hacia la cocina para dejar todos los platos sucios.

—Sí, mami. Como quieras... estuvo riquísimo.

—Y Tomás es muy buen chico —afirma y sonríe. Deja el repasador sobre

la mesada y se me queda mirando como si... —¿Te diste cuenta cómo te iluminaste cuando llegó Tomás con Clara? Te olvidaste de todo lo que pasó con Pablo hoy a la tarde y...

Escucho el ruido que hace una botella de vidrio al ser apoyada contra el mármol de la cocina. Me doy vuelta y es Tomás.

—Voy a llevar el postre, permiso —se excusa mi vieja después de tirar una bomba de humo y salir corriendo.

Me quedo de pie en el medio de la cocina, mientras Tomás me observa esperando una aclaración de lo que acaba de escuchar.

—Te lo iba a contar, pero no ahora. Es obvio que no iba a interrumpir nuestra cena para hablar de él...

—Mar, no estoy enojado. Entiendo.

—¿De verdad?

—Sí, es solo que... no quería que llegara este día. Tenía miedo de lo que podías sentir cuando lo vieras después de tanto tiempo y...

Se pasa una mano por el pelo, sus ojos están clavados en los míos... está esperando.

—No sentí nada, solo me quedé pensando en algo.

—¿En qué, Mar?

—Quiero comprarme el auto que tiene él. Un Bora 1.8 Turbo, color gris... asientos de cuero. Dios, ¿te imaginás lo que sería yo en ese auto?

Entonces, sonrío de oreja a oreja y deja escapar el aire.

—Estamos en la casa de tus papás, deberíamos ir con ellos antes de hablar de tu ex.

¿Por qué hace como si no le importara?

Asiento con la cabeza y le pido que me ayude a llevar el café. Un ratito después, Clara busca refugio en mis brazos para ponerse cómoda y dormir un rato.

—Augusto, necesito pedirle una cosa.

—Lo que quieras, Tomás.

—Quiero casarme con su hija. Ella ya dijo que sí, pero... necesito que usted lo apruebe.

Hacía mucho tiempo que a mi papá no se llenaban los ojos de lágrimas como en este momento. Estira la mano para agarrar la de Tomás y le dice:

—Bienvenido a la familia Flores.

Estamos acostados los tres en mi cama. Clara en el medio y nosotros a cada lado de ella, ubicados de costados, mirándonos.

—¿Qué pensás? —pregunta.

—En nosotros... en que quiero que ya vivamos juntos y empecemos nuestra vida.

Sonríe de costado y está precioso, como siempre.

—Ya la empezamos... ésta es nuestra vida, Marlene. Y todo lo que venga después, va a continuar con esto...

Me río como una tonta porque acaba de decir cualquier cosa.

—Estás dormido. Estás con los ojos abiertos, pero estás dormido.

—No —ríe en voz baja—. Estoy despierto.

—¿No vamos a hablar de Pablo?

—No... no lo necesito porque confío en vos. ¿Necesitás decirme algo?

Niego con la cabeza, mientras acomoda la cabeza sobre la almohada. Si está tan tranquilo, es porque de verdad confía en mí.

—No —le respondo en voz baja.

—Te amo, Mar —estira su mano para agarrar la mía y cierra los ojos—. Y no te das una idea de todo lo que haría por vos... por Clara... por nosotros.

—Yo también te amo.

Le doy un beso en los labios y apago la luz.

—Mar —habla en voz baja.

Trato de hacerlo callar, que se aleje porque necesito dormir un rato más.

—Chsss —le pido silencio y me doy vuelta.

—Amor, me tengo que ir.

Pero es sábado, entonces, atrapa toda mi atención.

Abro mis ojos, lo veo sentado a mi lado, recién bañado y cambiado.

—¿A dónde?

—A una junta con mis socios. Perdón, amor, pero necesito que cuides a Clarita por mí. Mi mamá no está y no sé con quién dejarla.

—Despreocupate —susurro y la miro, está más dormida de lo que estaba yo hace diez segundos atrás—. ¿Es muy grave? Te noto bastante... nervioso.

Se acomoda el cuello de la camisa y deja escapar un suspiro.

—Parece que sí, me están esperando los abogados. Sé que es por las licencias, en algún momento iba a pasar...

Me siento en la cama, refriego mis ojos y cuando lo miro, está sonriendo.

—¿Sabés qué, Mar? Es lindo despertarse por la mañana y saber que estás acá, conmigo.

Le daría un beso, pero ni siquiera me lavé los dientes.

—Hey —quiero que se concentre—. Me vas a llamar por teléfono cuando hayas solucionado el problema que hay en la redacción. ¿Está bien? Antes no...

Se ríe en voz baja y se muerde el labio inferior.

—Eso quiere decir que confiás en mí.

—Siempre confío en vos. Además, sos muy inteligente, vas a resolverlo.

—Te amo... me voy.

Me besa la frente y sale corriendo de la habitación.

Vuelvo a acostarme y miro a Clara. Está durmiendo en forma fetal con las manitos unidas debajo de la pera, el pelito lacio y rubio le cae sobre la mejilla y se lo tiro para atrás. Suspira, pero no se despierta. La observo hasta quedarme dormida.

La pequeña se despertó a las doce del mediodía. Ahora mismo, le estoy cocinando milanesas con puré, porque sé que le gustan. Preguntó por Tomás alrededor de siete veces... sí, siete. Eso me hace pensar en que las cosas están yendo bien, en que están más unidos y yo soy parte de eso.

—¿Tenés hambre, Clari?

—Ti.

—Ya va a estar, dame dos segundos.

Está sentada en la banqueta del pasaplato con los brazitos apoyados en la mesada.

—¿Papá?

Bien, ya van ocho veces.

—Se fue a trabajar y me pidió que te cuide.

—¿Abela?

—La abuela tuvo que salir.

Me mira y piensa, piensa y piensa. Bosteza y mira la comida.

—¿Te gusta la mayonesa?

—No.

—¿Ketchup?

—No.

—¿Savora?

—Ti.

A un costado del plato le pongo un poco de savora. Elije un pedacito de milanesa y lo moja exageradamente en el aderezo. Y mientras la miro almorzar, me tomo unos mates.

Suena mi celular. **Tomás.**

—Decime que lo solucionaste.

—No, malas noticias.

Ay, no.

—¿Qué pasó?

—Necesito vacaciones otra vez.

Dejo escapar un suspiro de alivio.

—¿A dónde vamos? —le pregunto, riendo.

—Me encanta que me sigas a donde sea.

—Siempre —respondo en voz baja.

—Las extraño. Tendría que estar ahí con ustedes... me duele la cabeza, el

cuello, la espalda. Los nervios me están matando. Tengo más de diez licencias, Marlene, y sólo me dejan tener tres. El gobierno se cansó de la rivalidad y nosotros también. Estamos bajo un ultimátum.

—Lo bueno es que vos sabés actuar bajo presión.

Lo escucho reír.

—No quiero dejar nada en el camino, Mar. Me costó muchísimo llegar a este lugar... mi papá nunca me hizo las cosas fáciles y se lo agradezco, pero esto es importante para mí.

—Lo sé, Tomi. ¿Y qué dicen tus socios?

—Que todo va a estar bien.

—¿Alguna vez se equivocaron?

—No, nunca.

—Entonces, confiá en ellos y en vos... sé que podés, Tomás.

Está fumando, puedo sentir el ruido que hace con su boca al soltar el humo.

—¿Y Clara?

—Clarita comiendo milanesas con puré y mirando los dibujitos. Habrá preguntado por vos como ocho veces...

Lo escucho reír.

—Mi vida... le había prometido que hoy íbamos a ir a la plaza.

—Yo la llevo —susurro—. ¿Estás fumando mucho?

—Muchísimo.

—¿A qué horá pensás que vas a venir?

—No sé, amor. Después de las siete de la tarde.

Mierda, eso es mucho tiempo.

—¿Te espero con la comida preparada?

—Por favor.

—Bien. Nos vemos a la noche, Tomi.

—Nos vemos a la noche, amor. Y gracias... por todo.

Un rato después, cuando estoy lavando los platos, me llega un mensaje de Tomás avisándome que Roxana festeja su cumpleaños y estamos invitados. Le pregunto quiénes van y su respuesta me deja un poco inquieta: **Papás del jardín y compañeritos de Clara y Luchi. Familia de Roxana... no sé, Mar. ¿Por qué me preguntás eso?**

Le envío una carita feliz, bloqueo el celular y miro a Clara mientras me pregunto a mí misma qué me pasa. Y el asunto es que no sé si ya estoy lista para enfrentar la vida como mamá de Clara. No sé qué tipo de gente voy a

encontrarme en el cumpleaños... es decir, Roxana y Mauricio son increíblemente buenos y nos llevamos muy bien. Y por supuesto que en esas reuniones hablan del Síndrome y de cómo son sus hijos, si avanzan o no, qué tipo de obstáculos se van presentando a medida que pasa el tiempo y, carajo, yo no voy a saber qué responder cuando me lo pregunten.

En Brasil lo pasamos tan bien los tres juntitos que no le dimos lugar a nadie más para que se acerque a nosotros como hicieron conmigo, durante el suplemento, Roxana y Mauricio. Recuerdo que Clarita se despertaba muy temprano, nos cambiábamos de ropa y bajábamos a la playa para empezar el día. Tomás se unió tanto a Clara esa semana que estuvimos lejos... que vivo con el miedo constante a que se pierda. ¿Por qué me cargo con esta responsabilidad y culpa que no es mía?

Por lo tanto, cuando Clarita se queda dormida en el sillón del living, agarro mi computadora y escribo: Síndrome de Down. La primera frase que aparece, me espanta: **“Amplia variedad de retrasos en el desarrollo y discapacidades físicas causadas por un trastorno genético”**. A ver, yo ya sé lo que significa, lo tengo muy en claro, pero leerlo mientras Clarita duerme a mi lado, es muy fuerte. Demasiado.

“No tiene cura”, es la frase más repetitiva y triste.

Respiro con fuerza y empiezo a leer:

“El Síndrome de Down es una de las principales causas de retraso mental en el mundo. Se sabe que uno de cada 800 a 1000 nacimientos es generalmente afectado por este problema. La gente tiene 2 copias de cada uno de los 23 cromosomas. En este Síndrome, en vez de ser 2 copias del cromosoma 21, existen 3 copias. Aquí es donde se acuña el término trisomía 21”.

¡Necesito leer algo que todavía no sé, por favor!

“La salud de las personas con el Síndrome ha mejorado por la disponibilidad de los antibióticos, el cambio de cuidado institucional al cuidado en el hogar y los avances en la cirugía del corazón, lo cual puede corregir defectos congénitos que afligen a muchos bebés con el Síndrome. Más o menos el 80% de los individuos afectados por la enfermedad logran vivir hasta los 50 años o más. Es importante reconocer que aunque la gente con Síndrome de Down comparte muchas similitudes, cada persona es única. Se les puede ofrecer mucha ayuda a través del cuidado

médico apropiado, la nutrición adecuada y una intervención temprana...”

Después de leer y leer sobre el Síndrome, la realidad me golpea con toda la fuerza porque... yo no estuve buscando información de cualquier otra persona en el mundo, estuve investigando sobre la nena de cinco años que tengo acostada a mi lado en el sillón y la miro cada dos segundos para saber si está durmiendo bien. Ahora sé cómo va a ser su vida, prioridades, retrasos, desarrollo, discapacidad intelectual, problemas con la glándula tiroides y enfermedades cardíacas.

Ahora sé que voy a tener que cuidar de Clarita el resto de mi vida... pero también sé que la mejor forma de informarme es con Tomás y vivir el día a día sin pensar en los problemas que se puedan presentar, si su salud va a fallar, si van a tener que intervenirla o...

Dios mío, ¿cómo hace Tomás para vivir tranquilo sabiendo que la persona que más ama en el mundo nació con *algo* que no tiene cura?

Me siento la persona más terrible del mundo por pensar así, pero después de leer toda esta información, siento miedo y recuerdo... recuerdo una frase que me dijo Tomás hace un tiempo: “*A mí no me afecta que Clara tenga el Síndrome, me enoja que el Síndrome no la deje querer saber quién era su mamá*”.

Para cuando Tomás llega de trabajar, estamos bañadas, peinadas y vestidas muy parecidas. Le pinté las uñas, la maquillé un poquito y le corté el flequillo... hermosa. Está increíblemente hermosa. Entonces, escucho la puerta de entrada y las dos miramos a Tomás que, a penas nos ve, nos regala una sonrisa tremendamente preciosa.

—Carajo, no sabía que las había extrañado tanto hasta ahora que las vi.

Muerdo mi labio inferior porque es un tonto y no sé si está bromeando o diciendo la verdad. Clarita corre hacia él, la levanta y la abraza muy fuerte, tan fuerte que Clara chilla. Con sus pequeñas manitos, encierra el rostro de Tomás y le da muchos besos en la boca.

Trago con fuerza el nudo que acaba de hacerse en mi garganta porque me pregunto qué se le cruza por la cabeza cada vez que la ve al llegar de trabajar.

—Hey —susurra cerca de mi oído para distraerme de mis pensamientos—. ¿Qué pasa?

—Nada... —lo beso en los labios y huelo el tabaco impregnado—. Tomi, tenés que dejarlo...

—¿El qué? —pregunta confundido.

—El cigarrillo.

Y entonces, sonrío.

—¿Lo primero que me decís al verme es eso? ¿De verdad? ¿Qué pasa, Mar?

¿Tanto se me nota?

—Nada... es solo que... tenés mucho olor a tabaco y le diste un beso a Clara en los labios... no creo que sea lo mejor.

—Bien... bien. Voy a darme una ducha y cuando termino, seguimos hablando.

Dicho eso, da media vuelta y se encierra en el baño. ¿Por qué lo atacó de esa forma?

Tengo que tranquilizarme... tengo que bajar un cambio porque no me sirve estar preocupada y...

—¿Qué pasa, Mar?

Está apoyado contra el marco de la puerta del baño, observándome, esperando una respuesta. Es que, en realidad, se merece una respuesta.

—Yo... estuve leyendo, Tomás.

—¿Sobre qué? —pregunta confundido.

—Sobre Clara... no sobre ella, sino del Síndrome. Estuve informándome y...

—Mar —susurra, quiere interrumpirme.

—¿Cómo hacés para vivir tranquilo sabiendo que ella...? —ni siquiera puedo terminar la pregunta.

¡Es que tampoco sé qué preguntar!

—Entendí que... no es una enfermedad, Mar, es una condición y simplemente... aprendés a vivir y...

Por favor, que siga hablando.

—¿Y qué?

Suspira, mientras sus ojos se llenan de lágrimas y busca a Clara con la mirada.

—Y podría ser peor. Solo eso, Marlene. Podría ser mucho peor.

Sonríe tristemente y dando media vuelta, se encierra en el baño, pero esta vez no sale. Y como siempre, me arrepiento por hablar de más, pero si él solo me hubiese preguntado por qué estuve informándome.

El fondo de la casa de Roxana es grandísimo y parece un escenario para una película. Alquiló juegos de living en color blanco, contrató camareras y compró comida para un batallón de personas. Un inflable en la parte de atrás que es el centro de atención de Clara, y a penas lo ve, corre hacia esa cosa y la pierdo la vista. Logro alcanzar a Luchi para poder saludarlo, pero no les importa nada más que el inflable en forma de cocodrilo.

Cuando me doy cuenta de que mi presencia no tiene importancia, decido ir a la mesa y sentarme al lado de Tomás. Todos están escuchando a una mujer hablar del Síndrome... es que, yo sabía que iba a pasar esto. Estaba tan segura de que iba a ser parte de una conversación así... pero jamás pensé que iba a escuchar tantas idioteces juntas. Las personas pueden ser tan cerradas, hasta el punto de ser ignorantes.

—Hay muchos paradigmas hoy en día y el Síndrome de Down no es la excepción. Pero, el viejo paradigma dice, y pienso igual, que estos chicos nacen mentalmente retrasados y que es una condición fija y cerrada de nacimiento, y no progresa con el tiempo...

¿Por qué la escuchan?

El lugar está repleto de nenes con el Síndrome, ¿por qué tienen que estar escuchando hablar a una mujer que no tiene razón? ¿Por qué tenemos que aceptar que una mujer hable mal del Síndrome cuando es parte de la vida de nuestros hijos?

—Disculpame... —la interrumpo, porque en serio está totalmente equivocada.

Entonces, me arrepiento cuando veo a todos los integrantes de la mesa, papás de todos los compañeros y amiguitos de Clarita y Luchi, clavarme los ojos, esperando que hable.

¡¿Quién te manda, Marlene?!

Sonrío, tiro mi pelo hacia atrás y aclaro mi garganta, tratando de no verle la cara a Tomás porque dudo mucho de que le agrade mi participación en esta conversación.

—No quería interrumpirte porque parece que sabés mucho sobre el tema, sin embargo... me da pena que pienses a la antigua, por algo es el viejo

paradigma.

—¿Tu nombre?

—Marlene... Marlene Flores. Y no sé si será por la diferencia de edad que tenemos, pero ¿sabés una cosa? Los nenes como ellos —y señalo el inflable—. Se hacen con el Síndrome de Down, ni siquiera está comprobado que el retraso mental está presente a la hora del nacimiento, lo que quiere decir que, si ellos tienen un retraso es porque empeoran al no ser tratados con el tiempo. Imaginate un nene que no nace con el Síndrome, pero no va a la escuela, no le hablan y... ¿No te parece peor?

Todas las cabezas se giran hacia la señora, incluso la de Tomás.

—¿Me querés decir que yo no trato a mi hijo como debo?

—No, solo digo que es una gran ayuda que, a través del cuidado médico apropiado, la nutrición adecuada y una intervención temprana, los nenes pueden mejorar el retraso.

—¿Y ser normales?

¿Normales?

Sonrío.

—¿Cómo es tu nombre?

—Alcira.

—Alcira, todos los que estamos en este cumpleaños somos normales, y ellos también, más que nosotros. Los anormales son los que no aceptan la realidad... te recomiendo una carta que se titula “Bienvenidos a Holanda”, es muy buena y tal vez, en una de esas, te ayude.

Todos, absolutamente todos en la mesa, bajan la mirada hacia los platos y Roxana me susurra un “gracias” en voz baja. Sin embargo, no me siento ni tan contenta ni tan orgullosa de lo que dije porque... porque sigo teniendo miedo. Pero me digo a mi misma que todo va a estar bien porque... todo tiene que estar bien. Si nosotros estamos juntos, todo va a estar bien.

Todo tiene que estar bien.

—¿Cómo se llama tu hijo?

Miro hacia mi izquierda y una chica, de mi edad, está esperando una respuesta.

—Clara... pero no es mi hija. Yo... me voy a casar con el papá y...

—Le dice mamá —susurra Tomás y lo miro.

Está contento... sí, y parece orgulloso al confesar algo tan íntimo como esto a un extraño. Él no es así, tal vez quiere demostrar algo...

—Eso es lindo —vuelve a hablar la chica.

—Sí, Clarita y yo tenemos un amor muy especial.

—Sé quién es Clara, pero es la primera vez que viene acompañada por ustedes, ¿no? Siempre veo a Rafaela.

Asiento con mi cabeza y agradezco que Tomás esté hablando con Mauricio.

—Sí, es un poco más complicado que eso...

—Lo sé, estoy al tanto. Marlene, ¿no?

—Sí. ¿Vos?

—Josefina —sonríe y mira hacia el inflable—. Creo en... en que no importa cuánto tiempo pasemos con nuestros hijos, lo que verdaderamente importa es que, cuando estamos con ellos, los disfrutamos, jugamos y tratamos de enseñarle un poco de todo lo que sabemos. Importa el amor, Marlene, y vos, sin dudas, tenés mucho amor para darles. A los dos...

Asiento con mi cabeza y le sonrío porque sospecho que ella sabe mucho más de lo que creo.

—Mar, ¿me acompañás a la cocina? —me pregunta Roxana.

Le pido disculpas a Josefina y acompaño a Roxana a la cocina. Me pide que la ayude con unos sándwich ya que la camarera no puede con todo. Preparamos varios platos para todas las mesas que hay, hasta que...

—Mauricio nunca me deja contestarle a Alcira... él cree que no debemos darle más importancia de la que cree tener, así que, cierro la boca y me trago todo lo que tengo para escupirle.

Creí que Roxana tenía más carácter.

—A mí no me importa lo que Tomás piense, si alguien habla mal de Clara, voy a saltar a defenderla. Ro, habla mal del Síndrome y no me parece justo.

Hasta sueño enojada.

—Lo sé, Mar. Y si conocieras a su hijo, te darías cuenta que es más despierto que Luchi. Es una lástima que ella no lo vea.

—Es una lástima que nadie quiera mostrarle la realidad —la contradigo.

—Marlene, hace pocos meses que tenés a Clara en tu vida, nosotros, en cambio, ya hace cuatro años y día a día vivimos y pasamos por éste tipo de cosas. Hay algunas personas que te ven en el súpermercado y halagan a tu hijo, pero te das cuenta en sus ojos y en su forma de hablar que sienten lástima porque podría haber sido un niño totalmente normal... y cuando digo normal es porque es así. Clara y Luchi nunca van a estar a la altura de los demás,

nunca, Mar. A pesar de todo lo que hagamos, ellos nunca van a ser Italia, siempre van a ser Holanda y debemos tenerlo presente sin marcar la diferencia.

Asiento con mi cabeza otra vez y respiro con fuerza porque, tal vez, a la que le cuesta ver la realidad es a mí y no a ellos.

Cuando termino, reparto los platos en las mesas y me arrimo al inflable. Clarita está saltando y riendo, su pelito largo y rubio se desparrama en el aire... tiene amigas, está rodeada de un grupo de nenas que se agarran las manitos y... me ve. Sus ojitos se achinan y sonrío más. Le devuelvo la sonrisa y camina hacia mí.

—¿Juegás?

—No puedo entrar, Clarita. Soy muy grande para el inflable. ¿Estás bien? ¿Comiste algo?

Estira sus bracitos para que la agarre a upa.

—Hambre... la pancita.

—Ay, mi vida —susurro y le doy muchos besos en las mejillas—. Vamos a comer algo, mi cielo.

Le calzo las sandalias y vamos hacia la mesa. Tomás está tan metido en la conversación con Mauricio que ni siquiera se da cuenta cuando me siento con Clara... ni siquiera fue capaz de ir a preguntarle si tenía sed, hambre o no sé, si estaba bien. Mínimo...

Le doy una empanada de pollo y ella agarra papas fritas, mete algunas dentro de la mesa y en unos segundos, ya no existe tal empanada. Claramente le doy más.

—Clari, comé más despacio, te va a hacer mal. Tomá un poco de jugo.

Me hace caso y una vez que termina, se acomoda sobre mis piernas y pecho, y se queda dormida. Le despego el pelo de la frente, está transpirada y tengo miedo que el poco viento que hay le haga mal y... me quiero ir, no aguanto más. No quiero estar en este lugar, prefiero estar ordenando la habitación de Clara repleta de juguetes antes que...

—Me duele mucho la cabeza, ¿vamos, Mar? —me pregunta Tomás.

—Sí, vamos. ¿Estás bien?

—No... la verdad es que me arrancarían los ojos.

No me preocupo porque creo que es un poco exagerado.

Un rato después, llegamos a casa, acuesto a Clara mientras él toma una

ducha, y cuando sale, le pregunto si tiene ganas de... de tener sexo porque necesito acercarnos, estamos muy lejos. Me responde con un beso en los labios y...

—Ahora no, amor. Perdón, de verdad, me duele mucho la cabeza. Pero te amo.

Apago la luz, mientras él se abraza a mi cuerpo y cierro los ojos, tratando de dormir.

Tal vez es un sueño erótico... él había dicho que no.

—Tomi —susurro, clavando mis dedos en la almohada.

No, no es un sueño porque mi vagina está mojada y sus dedos hacen círculos sobre mi clítoris, abro más las piernas, levantando mi cadera y desesperada, me subo la remera hasta el cuello y su boca atrapa mis pezones, succiona, muerde, juega con la punta de su lengua y...

—¡Aaah!

Grito porque sus dedos, que estaban tocando suavemente mi clítoris, ahora están entrando y saliendo con mucha rapidez, no puedo controlar mi cuerpo. Mi espalda se arquea, mis piernas se quieren cerrar pero él no me deja... no me deja cerrarlas y...

—Tomi... —imploro su nombre.

Deja de tocarme, se pone de rodillas a los pies de la cama y tira de mis piernas hacia él. Pone una almohada debajo de mi cola, dejando mi pelvis más arriba que todo mi cuerpo. Vuelvo a la misma posición que antes y entonces su lengua entra en contacto con mi clítoris, mientras que sus manos aprietan mi cola y me atraen hacia su boca.

Hace lo mismo que hacía con mi pezón. Chupa mi clítoris y succiona, lo suelta y tira hacia él. Lo agarra entre sus dientes y grito porque tengo miedo de que me lastime, pero no lo hace, no me duele, es una sensación que no puedo soportar ni controlar.

—Tomi, más... más.

Y de una embestida, se mete dentro de mi cuerpo. Comienza a embestirme con fuerza, me golpea con su cuerpo, me empuja y... sale de mí, se pone un condón y vuelve al ataque. Ahora, sus embistes son más rápidos, uno tras otro sin parar... no me deja respirar.

Rápido... más rápido. Mis piernas se endurecen y exploto. Ni siquiera sé lo que digo... solo disfruto de mi orgasmo hasta su pene comienza a latir

dentro de mi cuerpo, termina, lo saca y cae rendido a mi lado.

—Perdón, Mar —susurra.

¿Por qué me pide perdón?

—¿Qué pasa, Tomi?

Me saco la almohada que está debajo de mi cola, mientras él se da vuelta, se quita el condón y suspirando, lo deja sobre la mesita de luz.

—Estaba enojado...

Entonces, ¿volvimos a eso de tener sexo para desenojarse?

—Te dije que con sexo no se arreglan las cosas...

—No es eso, Mar. Estaba caliente y quería cogerte, punto.

El dolor en mi panza empieza a crecer porque... porque presiento que nada bueno va a salir de esta conversación.

—¿Por qué te enojaste, Tomás?

Está pensando... él quiere decir algo, pero no se anima. Hasta que toma aire, se pasa una mano por el pelo y...

—Porque... porque hoy hablaste de Clara como si la conocieras, cuando en realidad defendiste algo que habías leído por internet... ella no necesita que alguien la defiendan, necesita que la cuiden. Y tal vez estoy siendo muy duro con mis palabras, pero vos no la conocés. Estás con nosotros hace seis meses y sí, podés amarla, pero no la conocés. No podés pelear con Alcira cuando no sabés qué vivió, qué tuvo que enfrentar cuando su hijo nació, la tristeza, los nervios y... tal vez es así por algo. Ella no sabe cómo manejarse y la culpás... la estás juzgando, Marlene.

—Tomás... —trato de interrumpirlo, pero no me deja.

—Tenés miedo —clava sus ojos en mí y puedo ver la angustia en su mirada con la poca luz que hay en la habitación—. No sabés cómo manejarte con Clara, qué le puede pasar... creo que no sabés qué querés, Marlene. Y perdón, pero no puedo dejar que dudes con ella.

¿Qué?

¿En qué momento le demostré tantas cosas y no me di cuenta?

—Vos no vas a decirme lo que siento por Clara —susurro y me levanto de la cama.

Me pongo la bombacha y salgo de la habitación. Me paro frente a la heladera y no sé qué agarrar porque... porque... cierro mis ojos y apoyo mi frente contra el metal frío para poder enfriar mis pensamientos y mi cerebro y

no enojarme. Él no sabe lo que está diciendo, no tiene idea de...

—Marlene.

—No, Tomás...

—Sé que no te gusta escuchar la verdad.

Me doy vuelta y está desnudo mientras habla conmigo. Estamos teniendo una de las conversaciones más serias del mundo y sí, estamos desnudos. Enciende un cigarrillo, le da una pitada muy larga...

—¡Porque esa no es mi verdad! ¿Por qué hablás por mí? ¡¿Por qué me querés pasar tu miedo?! —le grito.

—No es mi miedo, Marlene. Yo ya no tengo miedo... es que, no lo entendés, Mar. No entendés...

—¿Tengo que parir un bebé con el Síndrome para saber qué se siente? ¡¿De verdad, Tomás?! Acaso, ¿no tengo permitido sentir miedo o simplemente preocuparme por alguien que amo? ¡¿Todo tiene que estar bien?! —

Me alejo, dando pasos hacia atrás y chocando contra la mesada.

—Mar, no es eso... no estás entendiendo.

—¡Vos no estás entendiendo!

—No grites —susurra, apretando los dientes, cerrando su mano derecha en un puño a la altura de su pecho y acercándose a mí—. Esto no se trata de jugar a la casita. Y perdón, pero creo que vos no estás preparada... me preguntaste cómo hago para vivir tranquilo sabiendo que ella tiene el Síndrome, Marlene.

—No dije esa palabra...

Y entonces, sonrío irónicamente.

—¿Y qué quisiste decir? Decime, a ver... ¿qué quisiste decir?

Le da una larga pitada y apoya un costado de su cuerpo contra la heladera. Y yo... yo estoy enojada.

—No estás siendo justo... vos mismo lo dijiste, estoy con ustedes hace seis meses. ¡Dame tiempo para acostumbrarme!

—¿Acostumbrarte a qué, Marlene? ¿A estimularla todo el tiempo que estés con ella? Creo que no comprendiste una parte de la vida de Clara... ella no es como los demás y vos no querés entenderlo. Mierda —jadea, se da vuelta y baja la mirada al piso—. Es como si te estuviera pidiendo que te hagas cargo de algo que no es tuyo y no tenés por qué... no es tu hija, pero lamentablemente, si estás conmigo, estás con ella y no sé si estás lista para esto.

No sé qué decir, ni siquiera qué pensar.

Juro por Clara que no sé qué contestar, cómo defenderme... estoy... estoy impactada por sus palabras y por cómo me habla. No es justo. Hasta hace seis meses él no era ejemplo de nada y ahora se cree el mejor padre del mundo. Y no digo que no lo sea, pero...

—Hago lo mejor que puedo, Tomás. Como vos... vos también hacés lo mejor.

—Pero yo soy su papá y yo no puedo vivir con tu miedo, Marlene.

¿No le alcanza? ¿De verdad?

—Perdón, pero no estoy entendiendo muy bien lo que me querés decir —susurro, casi ahogándome.

Respira con fuerza como si necesitara tranquilizarse.

—Yo tampoco. Vamos a dormir... mañana seguiremos hablando.

Se pasa una mano por el pelo, apaga el cigarrillo, da media vuelta y vuelve a la cama. Y yo solo puedo preguntarme por qué no se siente seguro a mi lado.

¿Qué es lo que cambió?

No logré dormir en toda la noche, solo pude mirarlo dormir porque... presentía que toda esa charla que tuvimos durante la madrugada no iba a terminar bien. Lo vi dudar, adelantarse y retroceder en sus palabras. Lastimarme sin arrepentirse. Según él, no estoy preparada para vivir y cuidar de Clara, pero en este momento, estamos solas en el departamento y todavía no me llegó un mensaje interesándose por su hija. Ni por mí.

Habíamos arreglado con Rafaela que venía temprano para que yo pudiera ir a mi casa aunque sea un rato para abrirla, pero no me contesta el teléfono. Es domingo, Tomás está trabajando con sus socios y Clara quiere salir del departamento, así que, lo único que se me ocurre hacer es: comprar comida rápida e ir a almorzar con él.

Necesito demostrarle que puedo con Clara, que puedo ser una buena mamá.

Le cambio la ropa a Clarita, bajamos del departamento, subimos a mi auto, pasamos por un local de comida rápida y vamos directo a la redacción. Subimos al cuarto piso. Clarita lleva en sus manos la cajita feliz, salta a mi lado y tararea una canción que no logro entender cuál es. Con una mano tengo agarrada a Clari y con la otra, llevo la bolsa de comida.

Llegamos a su oficina y la puerta está entreabierta. Escucho la risa de Tomás, luego un jadeo y una risa de mujer. Mi corazón se detiene... mi

estómago cae al piso, al igual que la bolsa de comida.

—Sona —susurra Clara—. ¡Sona!

Ahora empieza a gritar esa palabra y quiere soltarme la mano, pero no la dejo. Entonces, caigo en la realidad. Empujo la puerta con la punta del pie y ahí están ellos. Sonia y Tomás.

Y yo solo quería demostrarle que podía ser buena para algo... buena para su hija.

Sonia tiene las manos puestas en los hombros de Tomás y ríe en voz alta cuando él ronronea. Seguramente debe de ser muy buena porque Tomás parece disfrutarlo mucho. Muchísimo... entonces, el hombre que amo levanta la mirada al darse cuenta que hay alguien en la puerta de su oficina y que ese alguien no es nada menos que su futura esposa.

Pero no me enojo porque ahora todo está más claro para mí. Haga lo que haga, nunca voy a ser suficiente. Jamás. Tomás no es un hombre que se conforme con lo que tiene, siempre quiere más.

—Yo no tengo que demostrarte nada —susurro, cuando él se pone de pie y comienza a caminar hacia nosotras—. Pensé que podía ser una buena mamá para Clarita, pensé que no me estaba esforzando lo suficiente, pero nunca voy a estar a la altura de Pilar. ¿Verdad?

Sonia sí. Sonia va a estar a su altura porque estudió para esto, sabe del tema y...

—Todo esto no es lo que parece. Te lo juro, Mar —aprieta los dientes, sus ojos se llenan de lágrimas y quiere acercarse, pero no lo dejo—. Pilar no tiene nada que ver con esto... Sonia tampoco. Soy yo, Marlene.

¿Qué carajo quiere decir con eso?

—¡Me importa tres carajos! ¿Sabés qué? Yo no tengo por qué demostrarle a nadie que amo a tu hija, ni siquiera a vos, Tomás. Tenías todo... tenías a una mujer que te amaba y que amaba más a tu hija. Que quería una vida con vos y... tenés todo y sin embargo, no lo querés.

—Mar, dejame explicarte.

—¿Qué querés explicar? Ni siquiera me hables, me das asco... asco — vuelvo a repetir—. Otra mujer te estaba tocando y no era yo. Mientras vos estabas acá con ésta, yo... yo estaba cuidando a tu hija.

—¡Sona! —grita Clarita y empiezo a luchar para que no se suelte de mi mano.

No... Clarita no me va a dejar por Sonia. No voy a dejar que se aleje de mí.

—Clara, ¡por favor! —miro hacia abajo y ella comienza a hacer puchero.

¿Qué estoy haciendo? Clara solo quiere ir con Sonia... y yo no soy quien para decirle lo que tiene que hacer. Entonces, le suelto la mano y sale disparada en dirección a la mujer que estaba tocando a Tomás.

Trago el nudo que se hace en mi garganta porque siento vergüenza de mí misma. Toda esta situación me da vergüenza y ni siquiera la provoqué yo.

—Mar —susurra Tomás, levanto mis ojos y puedo ver lo afligido que está por mí—. Clara no entiende...

Trata de justificar la decisión que tomó Clara en irse con Sonia.

—Lo sé. Y lo peor es que vos sí entendés... ¿Cuánto hace que están juntos? ¿Ayer también vino a darte una mano? ¿Cuánto tiempo hace que me mentís?

Niega con la cabeza y quiere tocarme, agarrarme de los brazos... pero me sacudo con fuerza para que no me toque. No quiero que me toque.

—No pasó nada, Mar... me dolía la cabeza, la espalda y... confiá en mí, por favor. Confiá en mí.

Lo sé. Sé que estos días estuvo con mucho dolor de cabeza, lo mencionó en varias ocasiones y pensé que era por el cigarrillo. Sin embargo, en este instante, solo puedo pensar en mí. En lo que acabo de ver, en todas las cosas que me dijo anoche y en Clara.

—Tenías razón... ayer cuando me dijiste que no podías vivir con mi miedo... tenías razón. Yo tampoco puedo vivir con miedo sabiendo que nunca voy a ser la mujer perfecta para vos y para tu hija. No quiero ser perfecta... ya no quiero demostrarte nada.

—Marlene, por favor, hablemos afuera. Sonia no tiene por qué escuchar todo esto y Clara... no me gusta discutir frente a ella.

Sonríó al recordar una cosa que me dijo una vez: *“Marlene, Sonia la cuida a Clara cuando mi mamá no puede. Está estudiando Terapia Ocupacional y Estimulación Temprana. Le tengo muchísima confianza y Clara la adora... no puedo quitársela del corazón y más si la necesito”*.

—¿Y dejar a Clara con tu amante? Claro, qué tonta. Sonia sí sabe lo que tiene que hacer, ¿no? Es más, estudió una carrera. ¡¿No?! Eso es lo que más te gusta de ella... —doy un paso atrás y me seco las lágrimas de mis ojos—. No vas a quitarme a Clara de mi vida, te guste o no, ella me llamó mamá y no me voy a ir. Esto se terminó, pero Clara no...

—¡Dejá de hablar, Marlene! —grita y se agarra la cabeza con ambas manos, como si estuviera a punto de explotar—. Pará... para un minuto y

escuchame, por favor.

No quiero escuchar. No puedo seguir escuchándolo porque tengo ganas de vomitar. Me estoy mareando y ya no doy más. Entonces, miro a Clara y está abrazada a la pierna de Sonia, parece asustada y... Dios, ¿qué estoy haciendo? Subo mis ojos y Sonia me está mirando. No sé si está disfrutando de esto, pero no parece disgustada. Y no la culpo, estaba tocando el cuerpo de Tomás Ruán.

—Marlene, no te hagas la cabeza —dice de pronto, como si fuéramos amigas—. No pasó nada.

—¿Vos vas a decirme lo que tengo que hacer? No tenés vergüenza, Sonia. Bueno, ya está... tenés el camino libre. Siempre quisiste esto, ¿no? Siempre lo quisiste a él...

Y cuando digo esas palabras, me doy cuenta de que no es por Tomás que estoy peleando con ella, es por Clara. Clara tendría que estar conmigo y no con Sonia.

—Marlene...

—Decime una cosa, Tomás... si yo no venía a traerte comida, ¿ibas a decirme lo que hiciste con Sonia? ¿Qué más iba a pasar si yo no aparecía acá?

Se pasa ambas manos por la cabeza y sus ojos se llenan completamente de lágrimas. Se las quita con mucha rapidez...

—¿Por qué no confiás en mí? —pregunta.

Y sonrío. Por supuesto que sonrío porque él no se da cuenta de los errores que está cometiendo.

—Sos vos el que no confía en mí... ayer a la noche lo dejaste muy en claro, Tomás. No conozco a Clara, estoy con ustedes hace seis meses y no es suficiente tiempo para creerme su mamá aún cuando ella me lo dijo. Creés que estoy jugando a la casita cuando en realidad...

Me seco las lágrimas, respiro con fuerza y enderezo mi cabeza.

—Cuando en realidad ¿qué?

Él quiere que termine de hablar, completar mi frase, pero yo ya no deseo estar más acá.

—Me voy.

Doy media vuelta y salgo corriendo de la redacción, dejando a Clarita en manos de Sonia, a Tomás llorando y sí... también dejé mi corazón tirado en el piso junto a las bolsas de comida.

Cuando llego al departamento, me encuentro cara a cara con Rafaela. Por

supuesto, me había olvidado que tenía que venir a buscar a Clara. La verdad es que no le doy tiempo ni lugar a que pregunte nada, solo le digo que Tomás está por llegar. Me encierro en la habitación, agarro una valija y comienzo a meter toda mi ropa. Otra vez, estoy dejando este departamento... *otra vez, Marlene.*

Como si la historia se volviera a repetir y tal vez es eso... con Tomás siempre va a ser así. Idas y vueltas, peleas, reconciliación, desconfianza, terceros, y ya estoy cansada.

Respiro con fuerza por octava vez, seco mis ojos y sigo metiendo ropa, zapatos, una campera de abrigo, una camisa de jean, un perfume y... Tomás abre la puerta y la vuelve a cerrar, gira la llave y se la guarda en el bolsillo de su pantalón, apoya la espalda contra la madera y se me queda mirando con los ojos aguados, despeinado, casi temblando.

Mi pecho sube y baja repetidas veces... tal vez, mi cuerpo tiembla más que el suyo, mis ojos dejan escapar más lágrimas que los de él y mi corazón grita desesperadamente que arreglemos esto, pero mi cabeza dice otra cosa y por primera vez, le quiero hacer caso.

Sin embargo, no puedo dejar de mirarlo porque estoy como hipnotizada... sus ojos, de ese verde precioso, me colapsan. Parpadeo muchas veces y logro bajar la mirada hacia la valija para seguir metiendo todas mis cosas, la vida que tuve en este departamento y la vida que íbamos a tener en la casa que compró.

—Perdón, Tomás —susurro, sorbiendo mi nariz—. Una vez me dijiste que te pidiera perdón por algo que valiera la pena y... ahora te pido perdón por dejarte solo. No voy a voy a cumplir mi promesa de ayudarte con Clara... no confiás en mí... ni siquiera en vos, ni en Rafaela, ni en Clarita... no confiás en todas las personas que te amamos y yo no puedo ayudarte con eso.

—¿Vas a dejarme?

Levanto mis ojos y no me preocupo por mis lágrimas. Que caigan, que se conviertan en un mar, que hagan todo lo que tengan que hacer, yo voy a decir todo lo que pienso y no voy a dejar nada adentro. Nada.

—Yo nunca voy a parecerme a Pilar. Nunca vamos a ser lo que eran ustedes estando juntos...

—¡Pero yo no quiero que te parezcas a ella! La pienso porque cuando veo a Clara la veo a Pilar, porque muchas veces pensé en qué hubiese sido... ¡Carajo, ya lo hablamos, Marlene! ¿Querés un hombre sin recuerdos? ¡Bien,

andá a buscarlo y fijate si lo encontrás! —respira con fuerza—. No hay personas sin recuerdos, pero sí hay un hombre que solo quiere una vida con vos. Yo... yo, Marlene.

¿Cómo creerle?

—No, Tomás. Para vos la vida es corta y para mí es larga... muy larga y todavía me falta muchísimo...

—¿Vas a dejarme?!

—Sí, voy a dejarte —le contesto sin dudar—. Y no es porque no te ame, porque te juro que te amo con mi cuerpo...

—Entonces, si me amás con tu cuerpo, quedate conmigo —susurra y mi piel se convierte en gallina—. No te vayas... no me dejes, Marlene.

—¿Para qué querés que me quede?!

Y con ese grito, me quedo sin aire.

Cuando me doy cuenta, tengo mi espalda apoyada contra la pared, sus manos apretando mis brazos y su respiración agitada se mezcla con la mía.

—Para amarte... —dice casi sin voz—. Para amarte, Marlene...

—Perdón, pero no puedo.

—Hey, mirame —lo hago, levanto la mirada directo a sus ojos—. No quiero que me pidas perdón por tomar una decisión que sea para tu bien, aunque sea la peor para mí. Voy a prometerte una cosa... una más y juro cumplirla.

Dios.

—Tomás...

—Te prometo que, la próxima vez que nos veamos, no nos vamos a separar nunca más. Lo prometo, Marlene.

¿Qué dice?

—No es justo... —se me corta la voz.

—Lo sé... sé que no soy justo, que nunca hago lo que digo, que soy desconfiado y mi carácter no me ayuda, pero nunca desconfíes del amor que te tengo. No te voy a dar ninguna explicación de lo que pasó en la oficina porque no hice nada malo; no voy a tratar de convencerte para que te quedes conmigo; no voy a decirte las cosas que querés escuchar para que me elijas otra vez... solo voy a pedirte que lo pienses... que los dos pensemos qué es lo que queremos hacer.

—Tomás —trato de pararlo, pero no me deja.

—En dos meses... —sonríe y asiente con la cabeza como si estuviera muy

seguro de que voy a aceptar y que es lo correcto para nosotros—. Escuchame... en dos meses nos volvemos a encontrar y sé que te vas a enamorar de mí otra vez... te voy a mandar un pasaje de avión para un lugar neutral y vamos a empezar otra vez.

Está completamente loco.

—Tomás, ¿por qué hacés esto?

—Porque necesitamos tiempo para pensar. Sabemos que no sos buena para eso y yo menos, pero hoy lo necesitamos —su cuerpo hace más presión contra el mío y sus manos se encierran alrededor de mis mejillas—. Marlene, te amo y si tengo que esperarte una vida, lo voy a hacer porque ya te lo dije una vez, cuando estoy con vos todo lo demás está en su lugar, todo está bien.

Sí, pero...

—No confiás en mí... en dos meses tampoco lo harías.

Niega con la cabeza.

—Sí que confío y tal vez es por eso que te subestimo tanto. A ver, cómo explicarlo... con Clara sos hermosa, paciente, bondadosa, positiva, divertida y... sos su mamá, Marlene. Pero antes no tenías miedo y ahora sí...

Es verdad. Tuve miedo... tengo miedo. Él tiene razón.

—Yo te dije que sí a todo... a casarme, a vivir juntos, a ir a Italia y... me parece que este tiempo es más para vos que para mí. Ayer a la noche fuiste muy duro, me dijiste cosas que me lastimaron y... lo de hoy solo me demostró que no estás seguro, porque cuando uno está seguro no duda, tiene miedo, todos tenemos miedo, pero no dudamos. Y vos estás dudando...

—Marlene, yo...

No dejo que me interrumpa.

—Jamás dudé con Clara, nunca di un paso en falso y siempre que tomé una decisión, la mantuve. Y no estoy enojada —aclaro cuando su tranquilidad desaparece—. No estoy enojada... lo prometo. Sí, me dolieron tus palabras de ayer y me destrozó la escena que vi hoy... pero no estoy enojada con vos por estar confundido.

—Ay, Mar.

Susurra y me abraza porque sabe que tengo razón. Los dos estamos ganando y perdiendo a la vez. O tal vez no, quizá esto no se trate de quien sale victorioso porque esto es amor, siempre lo supe. Pero está Clara en el medio de todo esto y no quiero que sufra. No quiero que vuelva a pasar lo de hoy, no quiero que tenga que elegir soltarme.

—En dos meses, Tomás —susurro contra su hombro—. En dos meses, si decidimos volver, va a ser para siempre, lo prometo.

—Perdón por lo de hoy... perdón.

Se aleja y vuelve a apretarme las mejillas.

—No, no te perdono —no voy a mentirle—. No te perdono porque si hubieras estado en mi lugar, tampoco me perdonarías.

—Tenés razón, no lo haría.

Siempre me gustó su sinceridad, aunque odio su rencor y su orgullo, pero quién puede cambiar a un hombre de treinta y tres años.

—A vos también se te aclaran los ojos cuando llorás —susurro, haciéndole acordar lo que me dijo una vez en Brasil.

—Te amo, Marlene —dice en voz baja y acaricia mi mejilla—. Te amo.

Besa mis labios y luego, se separa de mí muy despacio. Para cuando abro los ojos, ya giró la llave en la cerradura, salió de la habitación y me dejó sola en su departamento. Me siento en la cama y respirando con fuerza, trato de convencerme de que todo va a estar bien aunque no seamos el uno para el otro y estemos muy lejos de ser almas gemelas, pero somos nosotros dos...

Sonrío porque separarnos una vez fue malo; separarnos dos veces fue coincidencia; separarnos tres veces se convirtió en un patrón y la cuarta... bueno, quién sabe, tal vez es la que rompa con todo eso.

Dos meses después.

—La están esperando en la playa, señorita Flores.

Le sonrío de oreja a oreja al conserje del hotel y salgo de la posada casi volando. Comienzo a caminar con mucha rapidez para llegar a la playa y ahí está él, dándome la espalda, con los pies en el agua, de cara al sol que se está escondiendo en el horizonte del mar, en Búzios. Sonrío más y cuando estoy muy cerca de la orilla, le chisteo para que se dé vuelta.

Lo hace. Da media vuelta y ya está sonriendo, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón, sin remera, hermoso...

—Hiciste trampa —lo acuso, mientras trato de ocultar una risa divertida.

Y tratando de no saltar a sus brazos porque lo extrañé.

—Esto es un lugar neutral —se defiende.

—No, acá empezó todo, Tomás.

—Por eso mismo, acá empezó todo y podemos hacerlo otra vez.

—¿De cero? —pregunto, intriga.

—No sé si de cero, pero casi —responde y sonriendo pícaramente, agrega —: No sé qué estás esperando para darme un beso, Marlene.

Nos reímos con ganas y salto a sus brazos para unir nuestros labios. Me agarra justo en el aire y clavando sus manos en mis nalgas, se ríe mientras me devuelve el beso y me enrosco a su cadera.

—¿Y si nos casamos acá? —propone.

Me separo un poco y lo miro...

—¿Ahora?

—Mañana... llamemos a nuestras familias, les pagamos los pasajes, cerramos la posada para nosotros y... nos casamos. Vamos a casarnos y seamos felices para siempre.

—Eso no existe —susurro y aprieto mis brazos a su cuello—. No todo va a ser color de rosa, Tomás. Ya lo sabemos...

—Lo sé.

—Pero acepto porque sé que nos amamos y no podemos vivir separados. Te amo, Tomás Ruán. Amo todo de vos...

—Perdón por todo —susurra.

—Perdón por todo —repito.

Nos volvemos a besar y dudo mucho de que me baje... sí, creo que no nos vamos a separar en toda la noche.

—¿Te parece si compramos varios pasajes?

—Sí... por favor, casémonos.

Una de sus manos se enrosca en mi pelo y abro mis labios cuando su boca se aferra con fuerza a la mía. Y nos volvemos a besar... nos besamos una eternidad mientras el sol se esconde, las olas hacen su música cuando llegan a la orilla y nosotros... bueno, dos meses después, creo que nos amamos más que antes porque a veces los tiempos para pensar son verdaderamente sanadores.

Por primera vez, después de tanto tiempo, aprendí que *pensar* es la primera y mejor decisión que pude tomar. Puede que todo se complique más o todo lo contrario. Puede que, a pesar de todo lo que sé, las cosas que nunca van a cambiar, los miedos que se van a repetir una y otra vez, la desconfianza que vamos a tener que trabajar, lo sigo eligiendo. Sí, con ese carácter de mil demonios, pero... es Tomás, el papá de Clara, el hombre que se metió en mi corazón y se quedó a vivir ahí por siempre.

Es Tomás Ruán, un papá especial.

—¿Y si los llamamos después de ir a la habitación? —pregunto.

Empiezo a reír porque comienza a caminar hacia adentro de la posada conmigo, enroscada en su cuerpo.

Ay, Tomi.

Estamos desayunando, mientras esperamos que todos nuestros invitados lleguen después del mediodía para una ceremonia íntima en medio de la playa. Y tal vez él tenga razón, siempre tenemos que volver a este lugar porque es especial. Hasta en mis sueños fue especial.

—Hay algo que no me contaste.

Deja de tomar el café con leche, apoya la tasa sobre el platito y cruza los brazos a la altura de su pecho.

—¿Qué te hace falta saber?

Lo más importante.

—Omar Ruán —susurro el nombre de su papá.

Respira con fuerza y hace sonar su cuello al moverlo hacia la derecha y después a la izquierda.

—Yo no soy como él, Marlene. No quiero ser como él.

Su confesión me impacta porque siempre se adelante a lo que yo pueda llegar a pensar sobre él. Es como si encontrara la forma de avisarme o... no sé.

—Está bien, te creo.

Asiente con la cabeza, toma aire y...

—Mi papá tenía una vida paralela... me enteré porque un día me llama una mujer por teléfono diciéndome que tenía que contarme algo muy importante sobre él. Llamame loco, pero fui sin pensarlo. Ella era, por poco, la mujer más preciosa que había visto nunca... era... era grande, tendría unos setenta años, sin embargo, era hermosa. Y era la segunda mujer de mi papá. Me confesó que salían desde hacía más de diez años y que de un día para el otro, él ya no quiso saber nada de ella. Quería comenzar a viajar por el mundo con mi mamá y disfrutar un poco más la vida porque se estaba poniendo viejo y... yo le pregunté por qué me contaba todo eso a mí.

—¿Y qué te dijo?

Tomás deja escapar el aire y después de tomar un sorbo de su café, continúa.

—Porque él quería dejarme todo a mí... y si yo no le daba la cantidad de dinero que ella me pedía, iba a contárselo todo a mi mamá.

—Te llamó para chantajearte.

—Exacto —coincide—. Le ofrecí un millón.

—¿Y?

Dios, esto es fuertísimo.

—Ella quería más. Mucho más.

—¿Qué quería?

—Ser parte de la empresa.

Puedo entenderla, estaba despechada. ¿No?

—¿Y cómo lo solucionaste?

—Vendí una parte y le pagué lo que supuestamente a ella le correspondía de las ganancias que hizo mi papá los diez años que estuvieron juntos.

Trago con fuerza porque sé que viene la peor parte.

—¿Y qué dijo tu papá cuando se enteró que vendiste una parte?

—Se enojó... discutimos porque él me acusó de querer llevar toda la empresa a la quiebra, que no servía para nada y que Clarita nació así porque yo tenía la culpa... —sonríe tristemente, para quitarle importancia al asunto, pero me doy cuenta de que tal vez él es así por su papá—. Entonces, le expliqué el motivo por el cual tuve que aceptar socios dentro de la empresa. Mi mamá se enteró y... no pude salvarlo, Marlene. Le agarró un dolor en el pecho, cayó al piso, se puso colorado y... la ambulancia no llegó. Trataron de reanimarlo, pero no llegó.

—¿Y Rafaela estaba ahí?

—No... no... ella se había ido con Clarita que apenas tenía seis meses de vida.

Ay, Tomi.

Puedo imaginarlo todo. Absolutamente todo... hijo único que siempre necesitó la aprobación de su padre, apañado por su mamá y... qué triste debió haber sido.

Me pongo de pie y me siento a su lado porque sé que necesita contención. Él necesita que alguien le diga que todo va a estar bien, que es un buen hombre... estarle encima y tratar de quitarle un poco la culpa.

—No es tu culpa, Tomi. Sé que pensás que todo lo que pasa a tu alrededor es tu culpa, pero no... no lo es. Nada de todo esto... nada.

—Lo sé, Marlene. Y si nunca hablo de él es porque me da vergüenza.

—¿Vergüenza?

No entiendo.

—Me da vergüenza que la gente se dé cuenta de que no lo extraño... no estoy triste porque se murió, es más... me sentí aliviado porque mi mamá empezó a ser feliz. Y a veces, me enojaba con ella porque no entendía por qué no se divorciaron.

Como para no darme cuenta... él no está triste por hablar de su papá, está preocupado por lo que yo pueda pensar de él.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—Por mí... mi mamá pensaba que yo no iba a poder superarlo. Ella

siempre piensa en mí, Marlene. Siempre me pone a mí primero.

Se termina el café y yo sigo mirándolo, a la espera de que me cuente algo más.

—¿Puedo contarte algo?

—Sí, amor —susurra y le pide otro café al camarero.

—¿Te acordás ese día que conocí a tu mamá? —asiente—. Ese día me enteré que habías querido suicidarte...

No parece sorprendido.

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Sí... yo quería decírtelo todo, pero no me animaba. No estaba preparado. Supongo que mi mamá quiso ayudarme, como siempre.

—Amo a Rafaela —admito.

—Yo también.

Acaricio su mejilla y le sonrío, mientras su rostro vuelve a la tranquilidad, las arrugas en su frente desaparecer, una sonrisa comienza a dibujarse en sus labios y sus hombros se relajan.

—Una vez, me dijiste que tenías miedo de contármelo todo porque iba a amarte menos. ¿Ya sabés qué, Tomi?

Sus ojos se llenan de lágrimas y niega con la cabeza.

—No sé qué vas a decirme —susurra y la nuez de su cuello sube y baja con fuerza.

—Te amo más... te amo más porque sos el hombre más fuerte que conozco y sé que, algún día, toda la culpa que sentís va a desaparecer porque vas a perdonar... y no hablo de perdonar a Pilar, o a tu papá... hablo de perdonarte a vos mismo.

—Mar —susurra mi nombre y me aprieta muy fuerte la mano—. No sé qué hubiese hecho sin vos.

—Todo esto es mérito tuyo, yo no tengo nada que ver —admito y me acerco un poco más—. Prometo ser tu compañera, Tomás. Voy a seguirte a cualquier parte del mundo porque te amo. Creo... creo que te amo desde el primer beso.

—Ah, ¿sí?

Pasa sus manos por mi cintura para acercarme más a él.

—Sí... ay, no. Estamos en un hotel —susurro, cuando empieza a meterme las manos bajo el vestido—. Tomi...

—Besame, Marlene.

Lo hago. Abro mis labios y por unos segundos, permanecemos unidos, hasta que se aleja y pregunta:

—¿Preparada para planear una boda?

—Siempre. ¿Vos?

—Más que nunca. Y... yo también te amo, Marlene. Te amo... nunca amé tanto algo.

Sonrío, recordando lo que dijo una vez.

Comienza a sonar la canción que tanto nos costó elegir: “Ave María”. Doy un paso, me acomodo el vestido, subo mi cabeza y respiro, apretando la mano de mi papá. Doy otro paso más, dejando que el aire entre en mi cuerpo para poder normalizarme... no lo logro. Estoy agitada, nerviosa y tiemblo. Tiemblo...

—Tranquila, Marlene. Es Tomás...

Tiene razón, mi papá tiene toda la razón.

Es Tomás.

—¿Está ahí? —me animo a preguntar.

—Sí, y te está esperando.

Sonrío y respiro profundo para juntar fuerza y retomar mi caminata. Salgo de la posada, toco la arena con mis pies descalzos y veo a unos metros de mí, a todos nuestros invitados, nuestras familias y amigos más allegados. Todo es blanco... las sillas, las flores, la vestimenta y... sigo caminando.

Mis ojos se llenan de lágrimas cuando, al final del pasillo, veo a Tomás con Clarita en brazos. Dios mío, ¿quién iba a pensarlo? Casi un año después de haber viajado por el suplemento de verano, nos encontramos otra vez acá, para unirnos por el resto de nuestras vidas.

Y me emociono al recordar todas las cosas que vivimos porque fueron tantas... se me escapa una risa nerviosa al ver a Tomás sonriendo de oreja a oreja, con los ojos brillosos y está... él está hermoso. Se ríe y asiente con la cabeza como si me estuviera diciendo que siga caminando hasta llegar a él, solo un poco más...

Acá estoy, frente a él. Acabo de llegar.

Mi papá me besa en la mejilla, agarra a Clara en brazos y me la acerca para que la salude. Lo hago. La abrazo muy fuerte, le doy un beso y se alejan. Respiro otra vez porque estoy frente al hombre de mi vida, de mis sueños, el único que es capaz de sacar lo mejor y lo peor de mí al mismo tiempo. Tomás Ruán.

—Hola, Tomi —susurro y una lágrima de felicidad cae por mi mejilla,

pero Tomás se apura a borrarla.

—Estás hermosa... hermosa.

Y sin importarle el juez de paz, ni mucho menos los invitados, rodea mi nuca con su mano y aprieta mi cintura para acercarme a él y besarme en los labios. Le respondo porque esperé todo el día para besarlo y sonreímos cuando escuchamos los aplausos de todos en la playa.

—Tomi... hay que casarnos —digo en voz baja y se ríe.

—Lo sé.

Un último chupón y se aleja, me aprieta fuerte la mano y nos paramos frente al altar para empezar con la ceremonia. Miro de reojo a Clarita y me sonrío... sus ojos se achinan, levanta la manito y me tira un beso en el aire. Le guiño un ojo y asiente con su cabecita. Clara está feliz, sé que entiende lo que está pasando. Mi hija del corazón comprende todo... leo sus labios: *mamá*. Le respondo con un te amo.

Y último.

Tres años después.

Es tarde.

Miro el reloj que marca la 1:16 de la madrugada. Sé que Tomás no pudo dormir en todo el día, pero no puedo más. Hasta me acosté vestida, lista para salir corriendo. Las contracciones son cada vez más frecuentes, más fuertes, más extensas y...

—Tomi —digo en voz alta y aprieto mis dientes.

Literalmente, salta de la cama y como si tuviera todo memorizado, se viste con rapidez, agarra el bolso y sale de la habitación... sin mí. La contracción pasa, dejo caer mi cabeza hacia atrás para descansar y empiezo a reír hasta tentarme. Entonces, lo escucho volver por el pasillo.

—¿Pensabas tener el bebé sin mí? —pregunto, mientras me río y me quejo al mismo tiempo por el dolor.

—Perdón, amor —susurra y me ayuda a levantarme—. No sé qué me pasó.

Caminamos hasta el garaje, nos subimos a la camioneta y en menos de cinco minutos, estamos en la maternidad. La internación es rápida porque mi obstetra avisó que estábamos viniendo para acá, por lo tanto, nos ahorramos los nervios de Tomás por querer tener todo controlado.

—¡Ay! —me quejo por el pinchazo de epidural en mi espalda.

Es un dolor frío, seco y... *mierda*. Solo espero que haga efecto rápido. Ay, Dios mío. ¡Cómo duele!

—Tranquila —me susurra la enfermera—. Vamos a ponerte boca arriba.

Logran ponerme boca arriba y es como si... como si estuviera volando en el cielo. ¡No, en el cielo no! En una nube... sí, una nube.

—Amor, ¿estás bien?

—Sí, Tomi... esto es... ¿Por qué la gente no quiere ponerse la epidural?

Es como... es como... como si...

—Ya, relajate —susurra, besa mi frente y me acaricia.

Sí, me acaricia.

Soy consciente de todo lo que está pasando a mí alrededor. Los médicos se acercan y se alejan, vienen y van; levantan una cortina delante de mis ojos para que no veamos nada de la cesárea; controlan mi presión y el latido de mi corazón; mis piernas no existen y... no soy tonta, sé el esfuerzo enorme que está haciendo Tomás por mantenerse tranquilo y en paz, por demostrarme que todo va a estar bien y que él, principalmente, está bien.

—Bien, chicos. ¿Preparados para conocer al bebé? —nos pregunta el obstetra, indicándonos que va a comenzar con la cesárea—. ¿Sentís esto, Marlene?

—No... tranquilo porque no siento nada.

—Mejor así. En menos de cinco minutos, el pequeño Ruán estará con nosotros.

Tomás me mira... sus ojos pasean por todo mi rostro y su labio empieza a temblar.

—Decime algo —le pido en voz baja.

—¿Algo como qué?

—Cualquier cosa.

—Bien... —piensa un segundo—. Lo primero que me enamoró de vos fue el color de tus ojos.

Sonrío, pero al segundo siento ganas de vomitar porque... porque siento como si estuvieran revolviendo todos mis órganos.

—¿Y lo segundo? —pregunto para distraerme.

—Tu carácter... tu decisión. Siempre demostraste ser una mujer segura y eso me gustó de vos. Y perdón... perdón por pedirte que hagamos esto por cesárea, es que no... no quería correr riesgos. No quiero perderte...

Me río y quiero abrazarlo, pero no puedo.

—Tomí, te dije que... yo también quería hacerlo de esta forma... ay.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que...

La partera nos interrumpe.

—Marlene, voy a empujar hacia abajo para que salga el bebé. ¿Está bien?

—Sí, sí... empujá tranquila.

—Uno, dos... tres.

Y empuja con fuerza. Entonces, bajan la cortina y mi pequeño está bien. Él está bien.

—¿Preparado para cortar el cordón, papi? —le pregunta el obstetra.

—Sí, doctor.

Tomás agarra la tijera y con mucho cuidado, corta el cordón. El médico cierra la cavidad el cordón apretando un broche y enseguida, le limpia la nariz y la boca y...

—Está llorando —me cuenta Tomás, como si yo no pudiera escucharlo—. Mar, nuestro bebé está llorando. ¿Puedo?

Tomás agarra a nuestro bebé en brazos, le da un beso en la frente y al segundo, se ubica a mi lado. Benjamín está todo sucio y tiene unos pulmones tan fuertes como los de Clara, porque no deja de gritar.

—Acá estamos, Benja. Ya estás con mamá y papá —susurro y quiero agarrarlo, pero no puedo.

Entonces, su boquita comienza a buscar algo en mi mejilla.

—Tiene hambre, amor —dice Tomás, emocionado—. Mirá qué hermoso es.

—Bueno, mamá. Despedite de Benjamín que vamos a limpiarlo, pesarlo y revisarlo. ¿Venís, papá?

—Andá, yo estoy bien. De verdad.

—Te amo. Ahora vuelvo... y... gracias, Marlene.

Entrecierro los ojos mientras los médicos cierran mi panza y desde lejos, veo a Tomás y a Benjamín, rodeados de médicos para examinarlo. Y poco a poco, mis ojos se cierran...

—Descansá, Marlene. En un ratito, te llevamos a la habitación —dice mi obstetra.

Le hago caso y dejo que el sueño me gane porque mi bebé está bien.

Estoy sentada sobre una manta en la arena, precisamente en Búzios. Sé que es un sueño, lo sé porque ya estuve acá una vez, hace cuatro años atrás. Pero hoy es diferente porque tengo a mi bebé en brazos y Tomás y Clara me miran cada dos segundos para ver cómo estamos. Está atardeciendo y el sol está increíblemente brillante.

Todo está bien.

Me distrae una mujer que viene caminando hacia nosotros por la orilla y lleva de la mano a un nene como de unos tres o cuatro años... la reconozco

enseguida. Es Pilar. Esa mujer que está mirando a Tomás y a Clara mientras juegan, es Pilar. Pero ¿quién es el nene que está con ella?

Entonces, Clara corre hacia su mamá, la abraza con fuerza por un buen rato y luego, dedica toda su atención al nene que está con Pilar. Clarita lo hace reír hasta que en un momento, lo abraza otra vez, se despide y vuelve con su papá.

Y yo solo puedo observar la escena.

—¡Gracias, Marlene! Gracias por cuidarlos.

Grita Pilar y se acerca un poco más a mí.

—Vos hubieses hecho lo mismo, ¿no? —le respondo con un poco de miedo, pero a la vez, con mucha paz y tranquilidad.

Y entonces, me sonrío y mira al nene que tiene de la mano.

—Eso hago, Marlene. Con él... yo cuido de tu primer hijo tanto como vos cuidás de Clara.

Mis ojos se nublan por las lágrimas y por primera vez, después de tantos años, encuentro la felicidad plena. El nene levanta su manito y me saluda con un poco de timidez y... y yo solo puedo llorar de emoción porque él está bien.

Hago lo mismo... como puedo, levanto mi mano y lo saludo. Pero quisiera hacer más. Sé que no puedo, pero quisiera hacer más.

—Gracias, Pilar. Gracias...

—No, no me agradezcas. Yo siempre voy a estar cuidándolos. A todos, Marlene. Los cuido a todos.

Cuando me despierto, ya estoy en mi habitación. Mi mamá duerme en el sillón, mi bebé en su cuna y... recuerdo el sueño. Recuerdo a Pilar y a mi primer bebé... no podría estar más agradecida con la vida y con el destino. Y me ataca la loca idea de pensar que Clarita también sueña con su mamá. Quiero creer que Pilar fue tan fuerte en la vida de Clara que es capaz de aparecer en sus sueños y estar con ella.

Sí, prefiero creer que hay más vida después de esta vida.

—Mami —la llamo y se despierta—. ¿Me lo pasás? Lo quiero tener un ratito.

—Ay, sí, mi amor.

Mi mamá agarra a Benjamín en brazos y con mucho cuidado, me lo da. Enseguida, le doy besitos en la mejilla y lo acurruco en mis brazos, a la altura

de mi pecho. Es tan chiquito... tan bebito. Tan precioso.

Entonces, escucho a Clara canturreando una canción por el pasillo de la clínica. Las pisadas cada vez se hacen más fuertes y cuando subo la mirada, ya están en la habitación. Tomás y Clarita nos miran desde la puerta.

—Mi ángel —susurro y Clara camina hacia mí—. ¿Cómo estás, mi amor?

—Bien. ¿Él es mi hermano? —pregunta con curiosidad.

—Sí...

—Es lindo... mi hermano es lindo.

—Igual que vos.

Me abraza y beso su frente.

—¿Voy a poder agarrarlo, mamá?

—Todas las veces que quieras, Clarita. Ya tenés siete años... sos grande y podés alzarlo a upa todo el tiempo que quieras porque es tu hermanito.

Tomás se acerca a nosotros, me saluda con un beso en los labios y sonrío como nunca antes lo había visto. Él, de verdad, es feliz. Su brillo hoy deslumbra a cualquiera.

—¿Te sentís bien, amor?

—Sí, Tomi. Estoy perfecta, tan perfecta como él.

—Lo hiciste muy bien, amor. Muy bien —besa suavemente mi frente.

Los tres miramos a Benjamín porque él es el resumen del amor que sentimos. Y no puedo dejar pasar esta oportunidad para decirle a Tomás lo que siento en este momento. Es decir, todo esto empezó con un viaje para poder acomodar mi vida, volver a conocerme, necesitaba tiempo para confiar en mí otra vez y justo ahí apareció él, invitándome a conocer Holanda, su vida entera. Y después de recorrer el mundo entero, de planear, de subir y bajar, de ir lento y más rápido, *llegamos*. Después de tanto, al final llegamos.

Entonces, sonrío y en voz baja, les digo:

—Bienvenidos a Italia.

Al fin llegamos.



Estefanía Scioli

Es escritora de novela romántica y periodista, nació el 3 de octubre de 1989, en Lanús, Buenos Aires, Argentina. Comenzó a escribir a temprana edad, lo cual se convirtió en su profesión. Leyó su primera novela a los trece años, convirtiéndola en una romántica empedernida. Continúa escribiendo, combinando sus grandes profesiones: autora y mamá. Títulos de la autora: “Bienvenidos a Italia”, “Un sueño cumplido”, “¿Y si nos volvemos a enamorar?”, “Hasta nuestro próximo beso”, “Ocho años”, “¿Qué harías por un mensaje?”, “Quería besar su risa” y “Él quería besar mi risa”, “Última vuelta”, “Ciega, sorda y Muda”, “Areco”, “Un matrimonio para enamorarse” y próximamente “El poder de las voces”.

Agradecimientos:

Es fácil... mi primera historia de amor es gracias a mi mamá porque ella es el *amor*. Te amo, mami. Gracias por enseñarme todo lo que sé.

Estefi.